P. ANTONIO PACIOS, M. S. C.

LA AMADA

EDICIONES ACERVO
Apartado 5319
BARCELONA

© ANTONIO PACIOS, 1974

NIHIL OBSTAT: Manuel Vázquez, Censor
IMPRIMATUR: Abel Robles, Provincial
8 diciembre 1973

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

ISBN 84-7002-155-9
Depósito Legal: B. 51.525-1973

Impreso en GRAFICAS LORENTE - Ciudad, 13 - Barcelona-2

«Gloria a María, Hija del Padre
Gloria a María, Madre del Hijo
Gloria a María, Esposa del Espíritu Santo».

(Trisagio mariano popular).

La palabra MARIA significa «LA AMADA de Yahveh».

(Zorell, Lexicon Graecum, 1.ª ed.).

PROLOGO

«Todo don perfecto viene de arriba, descendiendo del Padre de las luces» (Jac. 1,17).

Todo don perfecto se encuentra en María, como regalo gratuito de Dios.

Ella misma es el don perfecto del Padre a la creación. Ella es tesoro casi infinito de gracias, abismo inagotable de perfecciones. Pero lo es porque así Dios lo quiso, porque así lo exige la destinación gratuita que en el desbordamiento eterno de su amor le prefijó.

Es ese desbordamiento del amor divino, causa de todos los dones y bienes de María, lo que inicialmente en esta obra queríamos explicar, dejando para otra la exposición de la correspondencia de María a esos dones, la humildad y rendición plena con que los recibió, el amor perfecto con que correspondió.

Pero pronto vimos que tal separación hubiera escindido demasiado la figura de la Virgen, y por eso decidimos tratar simultáneamente ambos aspectos: la Amada y la Amante.

La contemplación del amor divino gratuito a María nos dirá lo que María *tenía que ser*, lo que Dios hizo en Ella.

La contemplación de la correspondencia de María a los designios de Dios sobre Ella, y a los dones con que la adornó, nos dirá lo que María fue en realidad, lo que a Dios dejó hacer en Ella.

Lo primero nos descubre el amor divino que nos hizo

hijos de tal Madre. Lo segundo nos enseña cómo corresponder nosotros a esa inundación de amor.

Pero bueno es advertir ya desde ahora que lo que María tenía que ser según el plan divino, eso mismo es en realidad por su correspondencia, ya que es la única creatura humana que jamás resistió a Dios.

En Ella coincide plenamente lo que tenía que ser y lo que fue; lo que Dios quería hacer en Ella, y lo que Ella a Dios le dejó hacer.

Ella es la Toda Santa, exenta de todo pecado mortal o venial, de toda imperfección positiva, y «comparada a la luz, ha sido hallada por el mismo Dios incomparablemente más pura» (Sab. 7,29), porque su blancura no es la de la luz creada, sino la «blancura de la luz eterna, y espejo sin mancha que refleja la Majestad de Dios» (Sab. 7,26).

El orden de exposición será, tras exponer el designio de Dios sobre la Virgen, demostrar y describir en cada caso la realidad de los dones por Dios a María concedidos, como absolutamente queridos por Dios; y luego intentar la explicación psicológica de su realización en María, de la correspondencia de Esta al amor divino.

Entre esos dones hemos escogido sólo tres, en que especialmente se nos muestra María como LA AMADA de Dios: la santidad de que está llena; su Maternidad virginal —con relación a Cristo y a nosotros—; su Maternidad celeste: Toda santa, Madre Virgen, Madre Celeste.

Siendo el libro LA VIRGEN Y EL CORAZON DE JESUS el marco en que LA AMADA se encuadra, era inevitable que algunas veces se diera coincidencia parcial de temas. Pero hemos evitado con el mayor cuidado repetir algo de lo allí dicho. Si a veces se trata el mismo tema, se hace de modo diferente, considerándolo bajo otro aspecto para completarlo.

Pese a esta delimitación, al tratar en conjunto los dos aspectos de María —como Amada y como Amante—, la presente obra se nos volvía voluminosa en exceso para la piedad del pueblo al que va dirigida, lo que nos obligó a dividirla.

En el presente volumen sólo tratamos del plan eterno divino sobre María —Libro I—, y de su ejecución en la santi-

ficación por la gracia —Libros II y III—. La materia restante proyectada se tratará en un segundo volumen que llevará por título, Dios mediante, MATERNIDAD VIRGINAL, en el que contemplaremos a la Madre virginal y a la Madre celeste.

Esta partición no impide que el volumen presente forme unidad por sí, ya que responde, con perfecta unidad, al título LA AMADA: Amada eternamente por Dios —Libro I—; y, ya existente, atrayendo sobre sí toda la complacencia divina por la totalidad de gracia que la llena. Es la gracia, en efecto, lo que nos hace amables a Dios, lo que nos atrae su amorosa mirada.

De ahí que terminemos cuando la gracia de María alcanza su cima en la Maternidad divina. Es entonces cuando se le da la totalidad de la gracia. Es entonces también cuando la totalidad del amor de Dios hacia lo que es fuera de Sí mismo reposa sobre Ella: no hay complacencia de Dios en algo creado que no la ponga en Ella y por Ella, y así será por toda la eternidad.

María no es desde entonces una creatura amada de Dios: es LA AMADA de Dios, pues todo amor divino dirigido a creaturas converge totalmente en Ella, que así en cierto modo agota la capacidad que tiene Dios para amar algo fuera de Sí mismo.

La obra va exclusivamente dirigida a cuántos —poco o mucho— ya aman a María. Y siendo la inmensa mayoría de ellos gente sencilla, es ocioso decir que evitamos en lo posible todo tecnicismo teológico.

Su fin es simplemente ayudar un poquito a avivar y desarrollar el amor ya existente en los corazones de los hijos de María. Y, al ver el infinito amor de Dios, y su hermosura, manifestado en Ella, inducirlos como de la mano a la contemplación del amor divino, plasmado en Cristo, que describimos en EL AMOR.

Cosa fácil si la contemplan siempre como LA AMADA DEL CORAZON DE JESUS.

LIBRO PRIMERO

EL PLAN DIVINO ETERNO: LA INSERCION DE MARIA EN LA TRINIDAD BEATISIMA

«Yo te amé con amor eterno, y por eso misericordioso te atraje a Mi».

(Jer. 31,1).

«El Señor me poseyó en el principio de sus caminos... Cuando preparaba los cielos Yo ya estaba en su presencia... Con El estaba ordenándolo todo».

(Prov. 8,22.27.30).

«Yo salí de la boca del Altísimo, engendrada antes de toda creatura».

María empieza en el tiempo. Pero es la eternamente Amada.

Por serlo, Dios de toda eternidad concibe sobre Ella un plan maravilloso de amor y de hermosura. Y contemplándola cual en su mente divina la concibe, se complace y se deleita en Ella en un «ahora» eterno e inmutable.

Con la existencia de María, el plan de Dios comienza a ejecutarse. Mas el amor divino precedió a esa ejecución, que no es más que manifestación externa de que María es LA AMADA, la eternamente Amada.

De ahí que sólo penetraremos bien lo que es María, lo que Dios hizo en Ella, si previamente conocemos o atisbamos el plan divino eterno sobre Ella: María es la ejecución perfecta de un designio eterno.

Ese designio quiere, decreta y determina la inserción totalmente peculiar de María en la Trinidad Beatísima, y en su misma vida interna trinitaria, haciéndosela compartir en la medida absolutamente posible en creatura: absolutamente posible para el poder divino que la elige —del cual nos dice la Escritura que «no hay para Dios nada imposible» (Lc. 1,37)—, dándole la participación de su ser y de su vida sin otra medida que la que tiene la misma omnipotencia divina para comunicarse a la creatura.

Es lo que acertadamente expresa el Trisagio mariano, con que la honra el pueblo cuando canta: «Gloria a María, Hija del Padre; gloria a María, Madre del Hijo; gloria a María, Esposa del Espíritu Santo».

Y decimos inserción totalmente peculiar, porque la inser-

ción trinitaria —bien que derivando de la plenitud con que María la goza— forma parte del plan divino eterno que mira a todos los salvados, por su incorporación a Cristo como miembros; y aun, en medida diferente, de su plan sobre toda creatura, ya que decidió «incorporarlas todas a Cristo como a su Cabeza» (Efes. 1,10).

Es esa peculiaridad única lo que deseamos describir en este Libro I: exponiendo la vinculación de la Virgen con cada una de las Divinas Personas; el volcarse de cada una de ellas en María; el comunicarle su propio ser según toda la capacidad obediencial absoluta de la creatura.

Dios la ama tanto, que no quiere ya vivir sin Ella: no pudiendo hacerla Dios, *la introduce en Dios*, para que no sólo sea suya, sino que pueda sentirla *como suya*.

Las inserciones en la Trinidad de todos los elegidos derivarán de la inserción de Ella: serán participaciones y reflejos diferentes hermosísimos de su inserción maravillosa, que como agota la capacidad divina de darse a las creaturas.

Hablaremos, pues, de su predestinación peculiarísima (cap. I), de la relación y vinculación que cada una de las Personas divinas quiere tener con Ella, como Hija, Madre y Esposa (cap. II-VII); de cómo de tal modo se le entrega cada una que *realiza totalmente* la potencia obedencial receptiva de la Virgen María, de modo que no es posible creatura alguna que pueda recibir más a Dios, participar más el don divino que Ella (cap. VIII); y acabaremos indicando cómo ese designio divino eterno es la luz que nos ilumina la figura de María y nos facilita su conocimiento (cap. IX).

Capítulo Primero

PREDESTINACION DE LA AMADA

«La Augusta Madre Dios fue unida en modo arcano a Jesucristo, desde toda eternidad, por un único y mismo decreto de predestinación» (Pío XII, Const. Ap. *Munificentissimus Deus*, en que definió la Asunción. Denz. 3031. Pío IX, Bula *Ineffabilis Deus*).

1. Toda predestinación está vinculada a Cristo

Para entender bien la voluntad de Dios en orden a María hemos de remontarnos al plan divino eterno de que hablamos en EL AMOR.

Dios quiere de modo absoluto la glorificación de su Hijo Unigénito. Glorificación que de toda eternidad determinó hasta en sus más mínimos detalles.

El Hijo hecho Hombre será la gloria del Padre. Y el Padre hará que todas las creaturas sean la gloria de su Hijo, como su casa, como su reino (Hebr. 3,6); como sus miembros, realmente partícipes de su misma vida divina si se trata de creaturas libres: la creación será la manifestación de la gloria del Hijo, como el Hijo es manifestación de la gloria del Padre.

El número y la calidad de creaturas libres que a Cristo hayan de incorporarse como miembros para complemento de su gloria está de modo absoluto prefijado de toda eternidad, involucrado en el mismo decreto de predestinación de Cristo Hombre, con que Dios quiere su gloria absoluta y total.

En manos de cada ser libre está el pertenecer o no a ese número de incorporados. Pero no está en su mano el aumentarlo ni el disminuirlo: Dios logrará lo que ha querido, y como lo ha querido, pese a todas las resistencias y oposiciones de las libertades creadas. Las resistencias pueden hacer fracasar el destino individual de cada ser libre en particular; pero no pueden impedir ni disminuir en lo más mínimo la asecución del destino del Cristo total, en sí y en sus miembros.

Dios predestina a cada uno a una vinculación especial y propia al Cuerpo de Cristo, como miembro distinto. Según sea esa vinculación a que le destina, así son los dones que se le predestinan. Nada se le da a la creatura *por ella misma*, sino por Cristo, en orden a Cristo, según lo exige o postula la gloria de Cristo a quien se ordena, a quien se incorpora. Lo que nos daría así conocimiento de los dones que Dios a cada ser ha destinado sería el saber la vinculación a que con Cristo lo ha ordenado.

Sabemos que a todos los seres libres los ordenó a ser miembros de Cristo, partícipes de su misma vida, insertándolos así en la Trinidad en la Persona del Hijo. Sabemos que los ama en Cristo mismo y con Cristo, y que las riquezas que ese amor vierte en cada uno son de verdad insondables. De esas riquezas, de esa inundación del Amor divino en cada hijo de Dios, en cada miembro de Cristo, hablamos en EL AMOR.

Pero ignoramos qué clase de vinculación con Cristo, qué orden o categoría especial de miembro está destinado a cada uno: Dios no lo reveló. Por eso nos es imposible describir ni saber los dones especiales, característicos, que a cada uno tiene Dios reservados, el nombre secreto (Apoc. 2,17) con que Dios lo conoce; sólo sabemos aquellos en que todos coinciden.

Mas hay una creatura cuya vinculación especialísima a

Cristo nos ha sido, al menos en parte, revelada; y con ella, algunos de los dones que a esa vinculación acompañan, mientras otros han sido dejados a nuestra inventiva, como su connatural derivación.

Esa creatura es la Virgen María, destinada a ser Madre de Cristo, Madre de Dios; y, consiguientemente, también Madre nuestra, Madre de cuantos se han de incorporar a Cristo como miembros vivos, como manifestación y complemento eterno de su gloria.

2. Vinculación especialísima de María, la Amada

Toda predestinación es completamente gratuita, como lo es la de la misma Humanidad de Cristo y la de cuantos a Ella se incorporan como miembros, como lo es la misma creación.

El fundamento último de todas las grandezas de María no es así su doble maternidad divina —madre de Cristo, Hijo de Dios, y madre de todos los hijos de Dios por su incorporación a Cristo—, sino el amor gratuito, incomprensible, de Dios, el acto libre divino que funda su doble Maternidad, que la elige por Madre. Este acto, por ser libre, no tiene explicación fuera de sí mismo: es Madre de Dios y Madre nuestra porque Dios lo quiso; y Dios lo quiso porque así le plugo, porque le dio la realísima y divina gana de quererlo.

Todo en María es efecto y consecuencia de la complacencia eterna de Dios en Ella; del amor con que de toda eternidad ha sido amada, antes de que pudiera poner Ella cosa alguna para merecerlo.

Es esa inundación de amor gratuito lo que funda la inimaginable y abisal humildad de la Virgen, la que constituye su gozo y la hace feliz, porque «siendo pequeñita agradó al Altísimo, y de sus entrañas engendró a Dios y Hombre» (Liturgia).

Es ese contemplarla como la eternamente AMADA, la inconcebiblemente Amada de Dios, lo que nos hace desvelar un tanto el misterio del Infinito Amor de Dios —de Dios que

«es amor» (1 Joan. 4,8)—, al verlo realizado en Ella, actuante en Ella, fructificando en Ella, manifestándose en Ella.

Y al dárnosla Dios por Madre, manifestando así que extiende a nosotros el mismo amor que a Ella tiene, la contemplación de la obra de amor de Dios en Ella nos sirve para hacernos sospechar, y como rastrear con su ejemplo, las peculiaridades maravillosas y los dones magníficos de que Dios dotará a cada bienaventurado, en virtud del destino especial de cada uno, que ahora está oculto, pero que nos maravillará al sernos revelado en la luz de la gloria: maravilla causada por la perfección del Cristo total; maravilla que culminará en la perfección detallada de todos los miembros que lo integran.

3. La predestinación de la Amada difiere de la de los demás predestinados por lo que mira a la plenitud, contingencia y condicionalidad

La predestinación de María difiere variamente de la predestinación de cada uno de sus hijos incorporados a Cristo. Esas diferencias convierten a la Virgen María en caso único, en paradigma maravilloso, en espejo sin mancha en el que podemos contemplar toda la magnificencia infinita del infinito amor de Dios.

Baste aquí mencionar dos de ellas: una que mira a la plenitud; otra que mira a la contingencia y condicionalidad de esa predestinación.

Por lo que mira a la plenitud, todos los predestinados participan verdadera y realmente de la vida divina del Verbo Encarnado, viven por El del mismo modo que El vive por el Padre (Joan. 6,58); y así, mediante El, se insertan en la Trinidad en la Persona del Hijo, como verdaderos hijos de Dios.

Mas la riqueza de la vida del Verbo es infinita, y así admite infinitos modos diversos de participación, sin que por ello jamás pueda agotarse.

Cada predestinado participa la riqueza divina en uno de esos modos —por eso se incorporan a Cristo como miembros

distintos, con un modo de actuar divino diferente—. Cada uno es pleno en su modo, sin límite en el crecimiento dentro de ese modo; pero limitado en su mismo modo, como es limitada la operación vital de cada miembro con relación al conjunto de todo el cuerpo, aunque sea ilimitado en su propio orden de operación vital.

En María, en cambio, no sucede lo mismo. Ella participa plenamente en todos los modos de vida divina del Verbo Encarnado. Así se deduce de su ser Madre de Cristo; y también de su ser Madre nuestra.

Toda donación del Verbo a la creación se hace al darse a la Humanidad de Cristo, y es por esa Humanidad que se comunica a los demás. Mas esa comunicación plena, de la que son participación modal todas las otras, y como manifestación externa de su infinita riqueza, se hace también a la Virgen María. Es Ella la que, como Madre, comunica a la naturaleza humana de Cristo la naturaleza divina del Verbo en unidad de Persona. Y para comunicarla, debe Ella recibirla antes como don.

Esto no implica que María sea la autora de la naturaleza divina, ni aun siquiera la autora principal de la unión de ambas naturalezas. La naturaleza divina del Verbo es del todo independiente de María; y respecto a la unión de las dos naturalezas, Ella es sólo causa instrumental y secundaria: la principal, quien verdaderamente la obra, aunque en Ella, con Ella y por Ella, es el Espíritu Santo que «descenderá sobre ti, y por eso el Santo de ti nacido será llamado Hijo de Dios» (Lc. 1,35).

Mas del mismo modo que en la generación natural los padres disponen la materia, y sólo Dios crea el alma y la infunde al cuerpo, pero jamás dotaría de esa alma espiritual al hijo, ni la infundiría en él obrando la unión de cuerpo y alma, si antes no hubiera dotado de alma racional a los padres que disponen la materia —y por eso sale el hijo semejante a los padres, aunque el alma la ponga Dios—; de igual modo acaece en la unión personal de las dos naturalezas en el Verbo Encarnado: Dios no la haría de no haber antes misteriosamente comunicado a la Madre la naturaleza divina del Verbo, para que el Hijo salga también a imagen

y semejanza de Ella, pues el Hijo es la Persona, no la naturaleza.

Así se explica la osada declaración de San Jerónimo —que la misma Iglesia hace suya en el oficio de la Inmaculada—: «De verdad llena, porque en María se infundió juntamente toda la plenitud de la gracia, que a los demás se les da por partes... la plenitud de toda la gracia —y la gracia es comunicación de Dios— que hay en Cristo vino a María, aunque de modo diferente» (San Jerónimo, *De Assumptione B. Mariae Virginis*, 2º nocturno de la Inmaculada): en Cristo, en unidad de Persona; en María, como donación a pura creatura, con los límites y modificación que la persona creada de María necesariamente implique.

La misma plenitud de donación se deduce de la Maternidad universal de María. Si es Madre de la Iglesia, y por tanto Madre de todos los incorporados a Cristo, de todos los salvados, ángeles y hombres, tiene que comunicarles, como Madre, la participación modal diferente que de la vida del Verbo Encarnado tienen todos ellos.

Por consiguiente a Ella se le han comunicado a perfección todos los modos de participación especificados en sus hijos: y así quien conociera la plenitud de comunicación divina hecha por Dios a Ella, conocería también todos los modos particulares con que Dios se comunica a cada predestinado.

En Ella se condensa así toda la perfección de comunicación divina hecha por Dios al orden de lo creado. Y este orden creado no hace sino manifestar lo incomprensible de la riqueza de María y de su Hijo Jesús, a quien está en todo estrechamente asociada, partícipe en todo de su misma suerte, de su misma herencia, de su mismo destino de predestinación eterna (Pío XII, Denz. 3031).

Por lo que a la contingencia se refiere, la predestinación de María es contingente —obra libre del amor divino—, como es contingente la misma encarnación del Verbo, y por tanto la misma existencia de Jesucristo como a la vez Dios y Hombre verdadero en unidad de Persona.

Mas de una vez supuesto el decreto libre eterno de que el Verbo se encarnase, María participa de la misma necesidad

de esa encarnación, pues *con un mismo decreto* arcano y eterno (Denz. 3031) Dios predestinó a María y a Jesucristo. En otras palabras, Dios no quiso la encarnación del Verbo sin María como Madre suya, como no quiso a María sino en cuanto relacionada a la encarnación de su Hijo.

Y si la creación se ordena toda ella a la gloria del Verbo Encarnado, Dios no quiso la existencia de creatura alguna sin la existencia y predestinación de ese mismo Verbo Encarnado y de su Madre: todo debe el ser, y la predestinación, a la Virgen María, unida indisolublemente a su Hijo Unigénito por el decreto eterno de Dios.

Dios quiso asegurar así a su Hijo encarnado la gloria de su Madre: Ella sería la gloria y manifestación de su Hijo, el receptáculo del don de Dios a la creación.

La predestinación de todos los demás es diferente.

Por una parte, es condicional. Dios quiere que todos los seres libres se incorporen a su Hijo: lo quiere, pero no lo impone. De la correspondencia libre amorosa de cada cual dependerá el incorporarse o no; y la encarnación del Verbo se hará igualmente tanto si yo acepto mi incorporación a El como si la rechazo.

En una palabra: Dios quiere la manifestación en mí de la gloria de su Hijo; pero *no necesita* de mí para esa glorificación, que obtendrá conmigo o sin mí. Parece, en cambio, como si necesitara de la fidelidad de la Virgen María: Ella es la gloria de su Hijo; por eso, si Ella acepta, se encarnará; no se hubiera encarnado de no haber Ella aceptado, puesto que a Ella y a su Hijo los predestinó con un único y mismo decreto eterno.

Ella es así, en verdad, LA AMADA, sin la cual jamás hubiera manifestado Dios su amor, y por la cual lo manifiesta y comunica a cuantos quieran ser objeto de él.

Por otra parte, la predestinación de los demás sigue contingente, aun supuesto el decreto de la encarnación del Verbo.

Dios busca primariamente la gloria individual de la Persona de su Hijo hecho Hombre. A esa gloria es necesaria la predestinación de María, pues sin Ella no se hubiera encarnado el Verbo. La glorificación del resto de los salvados es

una consecuencia, como complemento y manifestación, de la gloria individual de Cristo, ampliación de ella —y de la de su Madre, a El indisolublemente unida—, que muestra su infinita e inagotable riqueza.

Supuesto ya el libre decreto de la encarnación del Verbo, Dios pudo querer manifestar más o menos, y de modo distinto al que decidió, la gloria de su Hijo, dotarle de más o menos miembros, según una u otra concepción de su Cuerpo Místico posible en la mente divina; y así pudieron ser más o menos los salvados, y con grados de gloria distintos a los que ahora alcanzarán.

La predestinación de los seres libres es así algo contigente por doble título. No sólo porque depende de la encarnación de Cristo, en quien y por quien son predestinados, y que es algo contingente como dependiente de la libre voluntad divina, sino también —y en esto difieren de la Virgen María—, porque aun supuesta como querida por Dios esa encarnación y glorificación de su Hijo, sigue dependiendo de la libre decisión divina el grado, modo y extensión de la manifestación externa de la gloria individual de su Hijo al ser participada por las creaturas.

Esa gloria individual es infinita, e infinitamente comunicable sin que pueda agotarse. Mas la comunicación a las creaturas necesariamente es finita, y por tanto admite infinitos modos distintos de hacerla, de los cuales Dios, según su beneplácito, escogió el actual, en el que también yo estoy llamado a la salvación.

También aquí María aparece como LA AMADA, como la manifestación necesaria del Amor Divino Infinito para gloria del Verbo Encarnado, supuesta la encarnación de ese Verbo, que no se hubiera dado sin Ella. Y de Ella y por Ella deriva a todas las demás creaturas el amor del Verbo ya Encarnado, como manifestación de la gloria de su Madre, quien es a su vez la verdadera gloria del Verbo Encarnado, la incondicionalmente y absolutamente buscada por Dios para su Hijo, cuando decidió se hiciera Hombre y habitara entre los hombres.

4. La inserción única y del todo peculiar de María en la Trinidad Beatísima: su vinculación a cada una de las tres Personas divinas

Estas diferencias, y otras que aquí no podemos aducir, hacen de la inserción de María en la Trinidad Beatísima un caso único y del todo peculiar, que resume y compendia en sí toda la comunicación divina posible al orden creado.

Comunicación en la que participan las tres Divinas Personas, haciéndola el Padre su Hija, a la que todo lo entrega como herencia; el Hijo su Madre, de quien todo quiere recibirlo; el Espíritu Santo su Esposa, en la que y con la que quiere obrar toda su obra de vida y de santificación.

Hija del Padre por su asociación al Verbo encarnado en virtud de un mismo decreto de predestinación eterna, está recibiéndose actualmente del Padre según la medida posible en una creatura. Igual que el Padre se da totalmente al Hijo, así se está dando totalmente a María, sin otra limitación que el de la potencia obediencial propia de creatura. Y en esa donación del Padre, precisamente por estar limitada por la misma naturaleza de creatura, su capacidad se dilata más y más de continuo, asociándose al Hijo en la herencia sustancial del Padre.

Como Madre del Hijo, el Padre le comunica su misma fecundidad; y, dentro de esa fecundidad, todas las perfecciones sin otro límite que el de la misma potencia obediencial de creatura, para que, con relación al Verbo encarnado, la Madre humana no desdiga del Padre celestial. Por eso, cuanto pueda afirmarse como posible de una creatura, debe afirmarse de la Virgen María, para que sea digna de ser la Madre del Hijo del Padre Eterno.

Y, finalmente, Esposa del Espíritu Santo. Al comunicarse el Padre a la Virgen por su asociación al Hijo en un mismo decreto, le comunica como a Este el mismo Amor sustancial divino que es el Espíritu Santo, principio de fecundidad. De ahí que le diga el ángel en la Anunciación: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el Poder del Altísimo (= el Espíritu Santo) te cubrirá con su sombra, y por eso

el Santo que nacerá de ti se llamará Hijo de Dios» (Lc. 1,35).

Si es Esposa del Espíritu Santo para la obra máxima a que se ordena toda la creación, que es la Humanidad de Cristo, igualmente ha de ser Esposa del Espíritu Santo para toda obra de fecundidad divina externa: toda obra *ad extra* de Dios se hace por María y con María.

Queda así María asociada al Hijo, e inserta en la Trinidad, como representante y compendio de toda la creación, a la que consigo lleva a esa misma inserción que su Hijo vivifica. Todo lo cual supone riqueza insondable de dones y privilegios, de los que la revelación detalla sólo algunos.

Pasemos ya a explicar ese plan divino —la relación de la Virgen a la Trinidad como Hija del Padre, Madre del Hijo, y Esposa del Espíritu Santo—, para a esa luz penetrar menos inadecuadamente los dones de que las tres divinas Personas la han adornado.

Capítulo II

LA FILIACION DIVINA Y LA VIRGEN MARIA

«Creo... en un solo Señor Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios»
(Credo de la Santa Misa).

1. Unicidad y singularidad de la generación divina

Para entender bien la filiación divina de María es necesario tener presentes algunos presupuestos, el principal de los cuales es sin duda el de la unicidad y singularidad de la generación divina.

De ese presupuesto nos habla el Credo, en el que profesamos: «Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, creador de cielo y tierra, de todas las cosas visibles e invisibles. Y en un solo Señor Jesucristo, Hijo *Unigénito* de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no hecho; consustancial al Padre, por quien todas las cosas fueron hechas; quien por nosotros los hombres, y por nuestra salvación, bajó de los cielos, y se encarnó, por obra del Espíritu Santo, de María Virgen, y se hizo hombre».

Hay, pues, un Hijo *Unico* de Dios, que es Jesucristo. Hijo eterno, de siempre, mucho antes de que se hiciera hombre

por nosotros. El nombre que se le da en la Escritura siempre es «Hijo Unigénito». Lo cual quiere decir que no hay filiación divina ninguna fuera de la del Hijo natural de Dios.

Se dan muchas filiaciones divinas —«nos ha sido dado poder para ser hechos o hacernos hijos de Dios» (Joan. 1,12)—. Pero toda filiación divina se hace por incorporación a Cristo, por participación del don que El ha recibido.

Y eso vale también de la Virgen María. Es Hija del Padre, se diría que agota la fecundidad del Padre; pero por su asociación e inserción en el Hijo Unigénito.

2. La generación del Hijo agota la fecundidad del Padre

La generación del Hijo en la Trinidad agota, en efecto, totalmente la fecundidad del Padre, al dar *todo su ser* al Hijo Unigénito, que en nada difiere del Padre si no en ser recibido. La misma y única realidad infinita del Padre está toda en el Padre y toda en el Hijo: en el Padre está dándose, en el Hijo recibiéndose. Y como todo su ser infinito lo da a su Unigénito, nada le queda ya como propio para darlo a los demás: se agota ahí la fecundidad del Padre.

Es la suya empero una fecundidad tan profunda y maravillosa, que supera cuanto nosotros podamos concebir de la paternidad real. Por eso nos dice San Pablo que «de Dios deriva y toma nombre toda paternidad en los cielos y en la tierra» (Efes. 3,15).

Las paternidades que conocemos producen un ser *semejante* a los padres, no hacen un ser *idéntico*. Pero a donde querría llegar la verdadera paternidad sería, no a comunicar un ser *semejante* al mío, sino a comunicar mi mismo ser, darme yo mismo al hijo. Esto no lo alcanzamos nosotros; lo alcanza Dios.

La estructura o esencia interna de la misma naturaleza divina infinita exige la donación de sí entera, completa, sin división ni multiplicación. Por eso la misma realidad, no una realidad semejante, hay en el Padre y en el Hijo: en el Padre eternamente dándose, en el Hijo eternamente recibiéndose.

Y precisamente por ser el mismo y único el ser total que

se da y se recibe, hay una proyección de Infinito Amor del Padre al Hijo, por ver en El la realización completa de sí mismo. Y hay igualmente una proyección infinita de Amor del Hijo al Padre, de agradecimiento al recibir de El todo su ser. Y esa proyección infinita de Amor mutuo que los une es el Espíritu Santo, el Amor sustancial y personal de Dios, principio de toda fecundidad. Y ahí se agota toda la fecundidad divina.

Se agota, y no se agota. Porque la perfección infinita comunicada al Hijo, quiere el Padre glorificarla: quiere que sea conocido cuánto ama a su Hijo, cuánto le da, cómo se le entrega totalmente. Y quiere que esto sea conocido no sólo en el interior de la Trinidad, sino también fuera de Ella.

3. La creación como manifestación y participación externa de la filiación del Hijo, fruto del amor substancial mutuo del Padre y del Hijo

Este deseo de la glorificación externa de su Hijo es la causa de la creación: todo lo crea el Padre simplemente para mostrar la inmensidad e infinitud de amor que tiene a su Hijo, y el don infinito que de Sí mismo le está haciendo en su seno.

Y esa creación que se hace para gloria externa del Hijo, no la hace el Padre sin el Hijo, sino con el Hijo.

La creación consiste en ir cogiendo el don que de Sí mismo ha hecho a su Hijo e irlo poniendo participado de infinitos modos y maneras fuera de Dios: todos los seres creados son como un pequeño reflejo parcial de la inmensidad e infinitud del ser divino del Hijo de Dios.

Mas siendo todo lo del Padre verdadera herencia y propiedad del Hijo, ningún aspecto de su ser comunica el Padre a las creaturas, sino en cuanto el Hijo acepta y quiere esa comunicación para gloria del Padre. Por eso, toda la creación es del Padre, y toda la creación es del Hijo, de quien nos dice San Juan: «Todas las cosas fueron hechas por El, y sin El nada fue hecho de cuanto ha sido hecho» (Joan 1,3).

De esa creación activa hecha por Cristo como instrumen-

to del Padre nos habla San Pablo reiteradamente: «Todas las cosas fueron creadas por El y en El —refiriéndose a Cristo—... Todas las cosas tienen en El —en el Hijo de Dios— su apoyo y subsistencia» (Col. 1,16.17; cf. Rom. 11,36, Hebr. 2,10).

Las cosas existen sólo en tanto en cuanto el Hijo, que recibe la plenitud del ser del Padre, comunica algo de ese ser suyo a una creatura. En el momento en que el Hijo retirara esa comunicación que hace de lo que es suyo, de lo que se le ha entregado en exclusiva a El, la creatura dejaría de existir, fuera la que fuera. Por eso se nos dice que todas las cosas tienen en El su subsistencia.

«Para El y por El son todas las cosas» (Hebr. 2,10), «y El es antes que todas las cosas» (Col. 1,17): «todas las cosas, y en todas las cosas, Cristo» (Col. 3,11). Toda la creación es así una especie de filiación divina, variamente participada, porque toda creación supone por parte del Hijo una comunicación de algo que El ha recibido como herencia y por generación, repartiéndolo a los demás.

Esa comunicación la quiere y obra el Padre para gloria del Hijo, para que se vea la infinita riqueza que le ha dado; tanta, que por mucho que se multipliquen las copias, las imitaciones, las participaciones, nunca llegan a agotarla.

La quiere y obra también el Hijo, pero para gloria del Padre —no hay egoísmo alguno en las Relaciones Trinitarias—: quiere dar ese ser que El ha recibido por generación y participarlo en las creaturas, para que todas las creaturas conozcan el Amor infinito con que el Padre le ama, y todas glorifiquen al Padre, viendo cuán amable, infinitamente amable es, como fuente de todo bien, de todo ser, de toda perfección, de toda bondad, de toda vida, de toda dicha. (cf. Joan. 8,50: Jesús busca la gloria de su Padre, y el Padre la de su Hijo).

Y como ambos, el Padre y el Hijo, proceden por Amor en esta creación, y lo que les mueve a hacerla es el Amor Mutuo, que se tienen para glorificarse el Uno al Otro, el principio fecundo de la creación es el Amor Substancial de Dios, el Espíritu Santo. De ahí que a El se atribuya de modo especial la santificación, es decir, la vinculación de toda esa

creación a Dios de nuevo, porque ha salido de Dios para la glorificación del Padre y del Hijo a impulso del Amor.

Por eso también, como a principio divino de fecundidad, se atribuye al Espíritu Santo en la Escritura todo lo que es vida del Universo: Desde el principio en que rafaguea sobre las aguas como incubándolas para darles potencia de vida (Gén. 1,2); cuando purifica después esa misma vida en el diluvio (Gén. 6,3. 7;8,1); cuando se nos dice de modo general en los Salmos: «Apartarás el espíritu de ellos, y desfallecerán y volverán al polvo; enviarás tu Espíritu y serán creados, y renovarás la faz de la tierra» (Sal. 103,29.30).

4. La filiación participada solo se obtiene por la incorporación a Cristo como a cabeza

El modo de obtener esa finalidad en la creación, y esa extensión de la filiación de Cristo, es «incorporar todas las cosas a Cristo como a Cabeza» (Efes. 1,10).

Nada crea Dios como separado de Cristo: todo es una participación del don eterno que ha hecho a Cristo. Pero esa participación del don eterno no queda separada, sino vinculada a Cristo. Así nos lo asegura San Pablo cuando nos dice que el designio arcano y eterno de Dios, el misterio de su voluntad, es «vincular a Cristo como a Cabeza todas las cosas, tanto las del cielo como las de la tierra» (Efes. 1,9.10).

Ahí empieza precisamente la filiación. En un cierto modo incipiente todas las cosas participan de la filiación de Cristo, en cuanto a todas las asume Cristo como propias, como suyas, para repartir en ellas el don de Dios, y para volverlas junto con El al Padre de quien El procede, glorificándole así al someterle todo.

La filiación se consuma, alcanzando un sentido y significado verdaderamente propio —aunque siempre analógico— en las creaturas libres, llamadas a participar verdaderamente de la vida misma del Hijo de Dios. Aunque también, por libres, son capaces de resistir a esa filiación. También a los resistentes los someterá el Padre a Cristo, y Cristo a su Padre (1 Cor. 15,27.28); pero no recibirán el don divino, que-

dando como fuera del plan de la creación, como lo expresan las palabras que les dirige el mismo Hijo de Dios cuando les dice: «No os conozco» (Mt. 25,12; Lc. 13,25.27).

5. La encarnación es la comunicación infinita de la filiación eterna del Verbo a la creación

En este plan de incorporación a Cristo siguió Dios un designio extraño y maravilloso.

Dios no es nunca cicatero en su don. Puesto el Padre a glorificar a su Hijo, manifestándolo al mundo, y haciendo que participara de la filiación que El tenía, del ser que El tenía, no quiso dar a la creación un don pequeñito: quiso darle toda la plenitud del ser que por eterna generación diera a su Hijo.

Entrañaba este designio una dificultad tan grave que parecía cual si Dios mismo no pudiera superarla. Dios puede dárseme todo entero; pero no hay individuo creado que pueda *recibir* a Dios entero: lo limita al recibirlo. Si de parte del Padre era deseo comunicar a la creación la plenitud del ser de su Hijo, de parte de la creación, fuera la que fuera, era imposible hallar un ser individuo capaz de recibir la plenitud de Dios.

La sabiduría divina obvió esta dificultad de un modo misterioso. Tan misterioso que es el mayor misterio del cristianismo, después del de la Trinidad.

Se comunicó todo el ser del Hijo de Dios. Pero no a un individuo, que por el mismo hecho lo limitaría; ni a una naturaleza ya existente fuera, a algo ya existente, porque al comunicársele, siendo limitado ese existente, también lo limitaría.

La comunicación se hizo de otro modo. Se comunica el mismo ser del Verbo a una naturaleza que se crea —y así la donación es a la creación—, pero no como separada del Verbo, sino como asumida por El: naturaleza creada que no es individuo, ni tiene ser separado del Verbo, ni constituye un Yo, sino que pertenece totalmente desde el primer momento de su existencia al Yo divino del Hijo Unigénito.

Diríamos que más que comunicarse el Verbo a esa naturaleza, es la naturaleza creada asumida, en su misma creación, al orden divino, a la Persona del Verbo.

Esta es la Encarnación, en que tenemos dos naturalezas: la divina eterna del Hijo, y la humana que es también del Hijo. Pero la humana no constituye un Yo, la humana no es individuo, la humana tiene como sujeto personal, como Yo, como individuo, la Persona del Hijo Unigénito eterno de Dios.

Aquí se da la comunicación realmente infinita del Verbo a la creación, como la quería el Padre para manifestar el amor que tenía a su Verbo; como la quería el Hijo para poder dar con la creación honra y gloria infinita a su Padre, de quien todo lo recibe.

Aquí tenemos la naturaleza humana de Cristo, limitada como creada, pero con todas sus acciones de valor infinito, por ser de Persona divina. Y toda esa Persona que impregna la naturaleza humana de Cristo, siendo sujeto de todas sus operaciones, de tal modo se vuelca en esa naturaleza y se da a ella, que en ella «habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad» (Colos. 2,9).

Cristo, Verbo encarnado, es así la donación máxima, realmente infinita, que el Padre Eterno nos hace, entregándonos totalmente, y de modo palpable, a su Hijo. Hasta tal punto que el que mira a Jesús Hombre no sólo sabe que es Dios, sino que verdaderamente ve a Dios; quien le oye, oye a Dios; quien le habla, habla a Dios; quien le obedece, obedece a Dios.

Es el mismo Jesús quien nos lo dice, cuando Felipe le pide en la última Cena: «Muéstranos al Padre, y nos bastará» (Joan. 14,8). Y Jesús le responde: «Felipe, tanto tiempo llevo estando con vosotros, y aun no me conocéis? Quien me ve a Mí —lo que estáis viendo vosotros ahora— ése ve a mi Padre» (Joan. 14,9), porque «Yo y mi Padre somos una misma cosa» (Joan. 10,30).

En la encarnación se nos ha entregado Dios todo entero: no podía darnos más, porque nos ha hecho en ella donación infinita de sí mismo.

Por otra parte, a ese amor que el Padre muestra para

glorificar a su Hijo dándonoslo totalmente a conocer, corresponde el amor de Cristo honrando con la creación al Padre Eterno con honra verdaderamente infinita, y gloria realmente infinita, porque la honra y gloria que le da con su naturaleza humana creada no tiene valor finito de naturaleza creada, sino valor infinito, por ser infinita la Persona, cuyas son esas acciones creadas.

6. Somos hijos de Dios por nuestra incorporación a Cristo Hombre como miembros diferentes

Puesto ese designio eterno de la encarnación del Verbo, toda filiación divina se va a hacer en el plan de Dios mediante la incorporación a Cristo Hombre: al Hijo de Dios hecho hombre, para que las creaturas lo vean asequible en su aspecto humano, y se puedan injertar en El. Y al injertarse en El como miembros, se injertan en la segunda Persona de la Santísima Trinidad, y participan de su vida, de su infinitud, de su amor, de su generación eterna, según nos dice en el Evangelio: «Así como Yo vivo por el Padre, así el que me come a Mí vivirá por Mí» (Joan. 6,58).

Le comemos gracias a que se hizo carne y sangre por nosotros; y al comerle, vivimos de su vida eterna infinita, igual que El vive por la vida que el Padre le está comunicando eternamente en su seno.

Esa es nuestra filiación. Una filiación que alcanza un sentido de propiedad total, porque Jesucristo se abaja a nuestro nivel humano y creado para que podamos injertarnos en su nivel divino e increado. Con toda verdad somos hijos de Dios; y, amados infinitamente por Dios, que nos ama en su Hijo, recibimos el ser y la vida de Dios.

Pero no hijos distintos, diría, del Hijo Unigénito, porque esa vida de Dios que recibimos no es en nosotros sino participación y comunicación de la misma vida que el Unigénito recibe. No engendra el Padre seres aparte de su Hijo.

7. La filiación del todo singular y peculiar de María

¿Qué papel tiene en este plan y proyecto divino la Virgen María?

Ahí entramos en la filiación de la Virgen. Pero antes de entrar en ella detengámonos en una breve reflexión.

De tal modo ha querido Dios la encarnación del Verbo que no depende de que nadie en concreto, ni éste ni el otro, acepte incorporarse a El: por eso todo ser libre puede salvarse o condenarse, y el Verbo se encarna igual.

Mas de tal modo ha decidido Dios la predestinación de María, que no ha querido la encarnación de su Hijo sin la predestinación y existencia de Ella: un mismo decreto de predestinación eterna determina los destinos de la Virgen y de Jesús hecho hombre. Lo cual quiere decir que Dios hubiera decidido no hacerse hombre de fallarle la Virgen; y en tal caso no hubiera habido creación alguna.

Esto demuestra que la filiación que busca Dios para María es del mismo orden que la entrega total que de su Hijo hace al mundo: con que la Virgen acepte, el mundo ha aceptado la donación total que hace de su Hijo; si la Virgen no acepta, no hay tal donación.

Por consiguiente, a la Virgen María se le da la misma donación del Verbo que se da a la naturaleza humana de Cristo; pero como a individuo o persona, y como individuo creado lo limita al recibirlo.

Por eso dice San Jerónimo que «toda la gracia de Cristo está en María, aunque de otro modo», porque la misma donación que se hace a la Humanidad de Cristo, ésa se hace a la Virgen María.

Capítulo III

MARIA, HIJA DEL PADRE ETERNO

«Gloria a María, Hija del Padre».
(Trisagio Mariano).

«La Virgen María se nos presenta estrechísimamente asociada a Cristo, y participando siempre de su suerte o herencia».
(Pío XII, Denz. 3031).

Tenemos dos textos que dan luz extraordinaria sobre esta filiación.

El primero es de la Bula de definición de la Inmaculada, de Pío IX, que retoma Pío XII en la definición de la Asunción: «La Augusta Madre de Dios está de modo arcano unida a Jesucristo de toda eternidad por un mismo e idéntico decreto de predestinación» (Denz. 3031). Pío IX, en su Bula, añade más, como consecuencia de esta unidad de decreto: que la gracia de la Virgen María es como infinita —*quasi infinita*—.

El segundo texto es de Pío XII en su definición de la Asunción, cuando nos dice: «Todos estos argumentos y consideraciones de los Santos Padres y de los Teólogos se apoyan, como en último fundamento, en las Sagradas Escrituras,

las cuales ciertamente nos ponen como ante los ojos a la excelsa Madre de Dios como estrechísimamente unida a su Divino Hijo, y participando siempre de su suerte» (Denz. 3031), y, por lo mismo, de su filiación divina.

1. La filiación de María es en cierto modo idéntica a la de Cristo, participando su necesidad, y completando su finalidad

Si es uno mismo el decreto por el que el Padre Eterno decidió de toda eternidad la encarnación de su Hijo y la predestinación de la Virgen María, es evidente que no se hubiera dado la encarnación de Cristo si la Virgen hubiera fallado.

A Dios no le agradaba hacerse hombre sino con una condición: que la Virgen María interviniera en esa donación del Verbo a la Humanidad. Basta que Ella acepte, y no hay otra condición ninguna: aunque toda la creación hubiera respondido mal, lo mismo da, porque antes de decretar la creación, el primer decreto en la intención es la encarnación del Verbo mediante la Virgen María.

Ya ahí aparece una primera diferencia entre la filiación nuestra y la de la Virgen.

Nosotros somos creados para incorporarnos a Jesucristo, y así participar de su filiación; y como El se hace hombre libremente por amor, por amor libre quiere nos incorporemos. Podemos fallar, y El no por eso deja de hacerse hombre. Podemos ser fieles, y El entonces se vuelca sobre nosotros. Pero, en último término, nuestra filiación, como individual y particular, ocupa un lugar secundario en los planes de Dios. Es para honra del Verbo Encarnado, y Dios logrará que se incorpore todo el número que ha de formar la integridad de su Cuerpo Místico; pero no garantiza la unión de ninguno en concreto como particular.

En cambio, de tal modo ha querido garantizar la unión de la Virgen María, su inserción en Cristo, que de no insertarse Ella, el Verbo no se hace hombre. Porque la pre-

destinación de Cristo como hombre es idéntica y la misma que la de la Virgen: no se da la una sin la otra.

El misterio de la Encarnación tiene así dos vertientes inseparables: la humanización de Dios, y la deificación de María, que representa en sí toda la creación.

Y es que aunque Cristo como Hombre da gloria infinita a su Padre, porque es Persona divina la que le honra en esa naturaleza humana, falta algo a esa honra para que al Padre le llene *como honra de creatura:* falta la perfecta alteridad. Aunque se le da honra infinita con la creación —con la naturaleza de Cristo humana creada—, quien le da esa honra no sale del círculo divino; no pertenece a la creación la segunda Persona de la Trinidad Beatísima.

Dios quería que la misma creación, como distinta de El, le diera la honra total. Por eso sólo admite justificación la Encarnación del Verbo si mediante ella se logra una creatura que en representación y condensando en sí la creación entera, dé a Dios el honor y la gloria que la creación le debe. De ahí que a la Virgen María se le entregue la misma filiación que a Cristo Hombre —aunque la posea de modo distinto—, porque lo que induce a Cristo a hacerse hombre es incorporar como Hija del Padre a la Virgen María.

2. El Padre comunica a María toda la plenitud de la filiación divina destinada a las creaturas.

Si la donación del Verbo a la Humanidad de Cristo se hizo por María, parece evidente que no se hace donación a esa Humanidad que no se haga también a la Virgen María para que de Ella pase a su Hijo. Y por eso la Virgen María concentra en sí toda la filiación posible en absoluto en el orden creado, con relación a Dios.

Nosotros somos, sí, hijos de Dios; pero cada uno como un miembro particular y distinto, con una inserción particular en Cristo, participando de su vida: no sabemos cuál es nuestra particularidad, y así no sabemos cuáles son nuestras gracias.

Pero a la Virgen se le ha conferido toda la plenitud de

la filiación divina. Ella es la transmisora de esa misma filiación a todos nosotros. Así, todos, a la vez que somos hijos de Dios, somos también hijos de María, que como Madre nos engendra a esta vida sobrenatural.

¿Qué quiere esto decir? Que todos los aspectos de filiación divina participados en las creaturas, Dios los puso todos por entero en la Virgen María, de quien después se difunden con largueza en todos y cada uno de los salvados.

3. La filiación divina de María es la síntesis de todas las filiaciones de los elegidos y copia perfecta de la de Cristo Hombre.

Esto nos hace percibir en algún modo lo inconmensurable de la perfección de esa filiación divina de la Virgen.

Es la misma filiación de Cristo Hombre, y es a la vez la suma y síntesis de todas las filiaciones de los elegidos. Por eso la correspondencia de María a Dios basta para la Encarnación.

Lo único que está indisolublemente ligado al decreto de la Encarnación de Cristo es la predestinación de María. Pero es que si Ella corresponde se obtiene ya, aunque nadie más correspondiera, todo el fruto, toda la gloria, todo el honor, que Dios busca de su creación.

¿Qué añadimos nosotros?

Nosotros nos incorporamos a Cristo, no directamente para gloria de Dios, sino para gloria de Cristo Hombre y para gloria de su Madre, para que en nosotros resplandezca la riqueza infinita del don de Dios, dado a su Hijo, y dado a su Madre. Por eso dice San Pablo: «Todas las cosas son vuestras, vosotros de Cristo, Cristo de Dios» (1 Cor. 3,22.23).

Podríamos decir también, dada la asociación estrechísima de María a su Hijo, participando en todo de su suerte: «Todas las cosas son nuestras; nosotros de la Virgen, de quien recibimos como de Madre la filiación divina; la Virgen es el consuelo, la plenitud del Corazón de Cristo; unida y asociada a ese Cristo, y con Cristo su Hijo, es la gloria de Dios, la manifestación de Dios».

Dios se vierte en María, engendrándose de Ella, transmitiéndose a Ella como de toda eternidad se ha transmitido a su Hijo Unigénito; y como en el tiempo transmite todavía la plenitud de su ser a la Humanidad de Cristo, y a la Madre de la Persona del Hijo, que a esa Persona Divina ofrece y da una Humanidad llena «corporalmente» de la Divinidad (Col. 2,9).

4. En qué sentido la filiación divina de la Virgen es la misma que la de su Hijo, y en qué sentido abismáticamente difiere y dista de Ella.

La plenitud de la filiación divina es en cierto modo la misma e idéntica en María y en su Hijo Jesús.

En cierto modo, a saber, si se atiende exclusivamente a la deificación o transformación que la gracia santificante obra en la naturaleza humana de Jesús, que es la misma que obra la deificación en María constituyéndola hija de Dios. Y aun en ese aspecto, la naturaleza humana de Jesús, por ser de Persona divina, adquiere en Cristo una dignidad y valía —aunque no una transformación— que no adquiere en María. Es lo que nos dice San Jerónimo: «Toda la gracia de Cristo —y la gracia es filiación divina de la creatura— está en María, aunque de modo distinto», porque Ella no es Persona divina.

Para evitar todo error dogmático siempre que hablemos de esa identidad, veamos de precisar lo más exactamente posible el verdadero significado de tal expresión.

La filiación divina participada en la creatura se lleva a cabo por la infusión de la gracia santificante, que la hace verdaderamente imagen de Dios —deificada o deiforme— y partícipe de la naturaleza divina.

Dios nos engendra como hijos suyos dándonos la gracia santificante, en la que, por generación misteriosa, nos comunica su misma naturaleza.

Esa comunicación o participación de la divina naturaleza puede ser, al igual que la gracia santificante que la entraña, más o menos plena, más o menos perfecta, aunque siempre

en algún modo limitada —nunca propiamente infinita—, por la limitación inherente a la capacidad obediencial de la creatura para recibirla.

La filiación divina participada por la creatura será así igualmente más o menos plena, más o menos perfecta, según lo sea la gracia santificante que recibe y que la deifica.

En todo caso, nunca será semejanza total y exhaustiva —infinita— de la infinitud divina, porque aunque Dios activamente se dé todo, al recibirse en la creatura quedará siempre su don limitado por la finitud de la capacidad receptiva obediencial propia de la creatura.

Por eso la creatura, aunque deificada por la gracia, y hecha verdaderamente hijo de Dios, *nunca será Dios* en un sentido pleno.

Aunque por la hermosura de la imagen divina que en sí ostenta, y por ser de verdad engendrada por El Padre y *nacida de Dios* (Jo. 1,13), puede acertadamente llamarse Dios en un sentido analógico pero propio, según lo afirma la Escritura: «Yo dije: Dioses sois todos vosotros, e hijos del Altísimo» (Sal. 81,6), y nos lo confirma el mismo Jesús (Joan. 10,34-36).

Esta filiación divina proviniente de la gracia se llama también *adoptiva*, para distinguirla de la filiación natural del Verbo Hijo de Dios, de toda eternidad engendrado. Y es verdaderamente adoptiva en cuanto depende de un acto libre de la divina complacencia; pero es mucho más que adoptiva —sin llegar a la natural del Unigénito—, por cuanto no se limita a una mera asunción jurídica externa del título de hijos, sino que también internamente nos transforma en la imagen de Dios, haciéndonos totalmente deiformes, como partícipes de la misma naturaleza divina.

Cuando decimos que la filiación divina de María y de su Hijo es idéntica, nos referimos exclusivamente a la filiación en cuanto proveniente de la gracia santificante, y a la deificación consecuente a esa gracia. Es decir: la misma deificación que la gracia santificante obra en la Humanidad de Cristo, ésa misma obra en la persona de la Virgen María, porque a Ella se le da, y en Ella está, toda la gracia santificante que adorna a la Humanidad de su Hijo.

Y siendo la gracia santificante la que constituye y como mide *nuestra* filiación divina, en ese sentido, y *sólo en ese sentido*, puede decirse que la filiación de María es la misma que la de su Hijo, en cuanto atañe a la deificación obrada por la gracia santificante en la persona de María y en la naturaleza humana de su Hijo.

Y como a esa naturaleza humana de su Hijo se le confiere —por su unión personal con el Verbo— todo cuanto tiene razón o ser de gracia, toda deificación posible participada, síguese que a María se le confiere toda la plenitud de filiación divina que radicalmente es capaz de participar la creación; y como de Cristo Hombre procede toda filiación divina participada, y de la gracia que adorna su humana naturaleza reciben todos los seres, así de María, unida a Cristo en una misma plenitud de gracia, proviene la filiación divina de todos los elegidos —por eso es Madre de la Iglesia—, así como la gracia santificante que los hace hijos de Dios.

Pero aunque se es hijo por razón de la naturaleza recibida, no es la naturaleza quien es hijo, sino la persona cuya es esa naturaleza recibida por generación.

La naturaleza humana de Cristo *no es persona*, sino que es *de la* Persona del Verbo, que subsiste misteriosamente en dos naturalezas, divina y humana. Es la Persona de Cristo —no su naturaleza humana— el sujeto de la filiación divina. Y esa filiación es eterna, infinita, imparticipada, y absolutamente necesaria.

En cambio la filiación de María empieza en el tiempo, es participada con participación finita aunque agote toda participación posible; y tampoco es necesaria, sino contingente, dependiente del decreto libre divino que determina la encarnación del Verbo.

La gracia santificante deifica la naturaleza humana de Cristo. Pero no confiere a Cristo filiación alguna adoptiva, porque lo *encuentra ya* Hijo Unico de Dios, con filiación infinita y eterna que agota toda la fecundidad del Padre: nada puede añadir a esa filiación una filiación adoptiva y participada que proviniera de la gracia santificante. Esa filiación divina eterna es la única que hay en Cristo, hijo también de María por su humanidad.

La gracia santificante conferida a María —la misma que adorna a la humanidad de Cristo—, no sólo la deifica como deifica a la Humanidad de Cristo su Hijo, sino que, al no ser por naturaleza hija de Dios, la hace también hija adoptiva de Dios.

La filiación divina de María y la de Cristo —que es la del Verbo, única filiación divina que se da en El— difieren así abismáticamente, cual difieren el Creador y la creatura.

La formulación «identidad de la filiación de María y de su Hijo» es así ciertamente inexacta, porque en Cristo no se da más que una filiación divina, y esa es la filiación natural, no adoptiva. Y esa filiación difiere de la de María como difiere Dios de la creatura.

Pero es cómoda, en cuanto expresa maravillosamente que en María se da la misma deificación por la gracia que en la naturaleza humana de su Hijo: deificación que a Ella la hace Hija adoptiva de Dios, y a su Hijo lo encuentra *ya* Hijo natural de Dios.

Como consecuencia de esa identidad de deificación, los actos de María, mirados en sí, tienen la misma perfección sobrenatural que los actos humanos de Cristo *considerados en sí.*

Pero no el mismo valor, ni la misma eficacia. Porque, además de la gracia santificante, adorna a la Humanidad de Cristo la gracia de unión, que, sin cambiarla o modificarla en su ser —cual hace la gracia santificante—, la hace ser naturaleza del Verbo. Sus acciones, aunque verdaderamente humanas, son así del Verbo: son acciones de Dios, y por eso de valor y eficacia infinitos.

Diríamos que la firma o sello de María es la misma que la de Cristo, idéntica a la de El. Pero la firma de Cristo es firma *de Dios,* sello *de Dios.* La de María es firma y sello de *creatura,* de valor finito, aunque ostente la misma hermosura y perfección sobrenatural que la de su Hijo. (Véase el Lib. II de EL AMOR).

Rogamos al lector tenga bien presente todo esto siempre que encuentre la expresión de «identidad de filiación divina» entre María y su Hijo. Si así lo hace penetrará en su maravillosa coincidencia y asociación con Cristo, y percibirá cómo

María agota toda posibilidad de filiación divina participada o adoptiva.

Y, a la vez, se dará cuenta de la abismática distancia —de creatura a Creador— que de El la separa.

El es el Señor. Ella la sierva y la Amada como única del Señor.

5. La asociación de María a la filiación y actividad de su Hijo.

La identidad de filiación en el sentido expuesto viene corroborada por la asociación de que nos habla Pío XII: «Se nos presenta estrechísimamente asociada a su Divino Hijo, y *participando siempre* de su suerte» (Denz. 3031).

La suerte primera del Hijo es ser herencia del Padre. Así María participa de la herencia del Padre como Hija.

Como consecuencia de ello, participa también en toda la actividad de su Hijo, porque todo cuanto Dios da a su Hijo Unigénito lo concede también a María, en tanto en cuanto Ella sea capaz *obediencialmente* de participar ese don como creatura.

Así la tenemos asociada en la creación. Lo que el Libro de los Proverbios (8,22-35) dice del Verbo Divino o Sabiduría del Padre, del Hijo de Dios, como co-creador con el Padre de todas las cosas, la Iglesia lo aplica directamente a la Virgen María, porque también a Ella le conviene por su asociación con el Hijo.

Asóciase igualmente en la predestinación de los ángeles (Apoc. 12,1-18). La Mujer vestida de sol y que lleva al Hijo en sus entrañas determina la salvación o la condenación de los ángeles. Ella sola no. Ella vestida de sol con el Verbo en sus entrañas, cuya luz inaccesible brilla a través de Ella. Y es Ella, y el odio que contra Ella Lucifer concibe lo que lleva a éste a la reprobación.

En el paraíso, al iniciarse la obra de nuestra redención, vuelve a aparecer esta asociación inseparable: «Enemistades pondré entre ti y la Mujer —dice a la serpiente (y fijémonos que está en primer plano la Mujer, antes que su

descendencia)—, entre tu descendencia y la de Ella; Ella aplastará tu cabeza, y tú morderás su calcañar» (Gén. 3,15).

Cosa curiosa: la palabra o pronombre *Ella* en hebreo es *El* (*hvh*, en vez de *hyh*, ella). Pero *él* (en masculino) en ese capítulo se usa para Eva varias veces (Gén. 3,12.20), de modo que Dios quiso justamente ahí usar el pronombre masculino con sentido claramente femenino (referido a Eva), como para llamarnos la atención al llegar a la promesa, y como decirnos: «Cuidado, que ese pronombre sujeto que aplasta la cabeza de la serpiente, es *uno*, y es El y Ella: la Mujer y su Simiente, asociados totalmente como principio único de lucha y de victoria».

Llega el diluvio, y se repite el mismo fenómeno —los únicos lugares, que sepamos, en que en hebreo la forma consonántica *él* (hvh) tenga claro significado femenino—: en Gén. 7,2, se usa la forma *él* con el significado femenino de *ella* (refiriéndose al femenino *bestia pura*).

¿Por qué se repite aquí esta anomalía?

Sospechamos que para indicarnos que quien nos libra del Diluvio es la Simiente de la Virgen —era menester que el hombre no pereciese, porque de él había de nacer el Salvador del mundo—: lo que quizá la Biblia nos sugiera, lo afirman explícitamente las tradiciones de los pueblos, que suelen atribuir la liberación del Diluvio al Salvador. Pero no es el Salvador el solo liberador, sino con El la Mujer, cuya simiente es.

Por eso tras el Diluvio aparece Ella «como arco refulgente entre nubes de gloria» (Eccli. 50,8; Gén. 9,12-17), como «vapor del poder de Dios» (Sab. 7,25), y «candor o blancura de la luz eterna» (Sab. 7,26), que nos la transmite, dándonos seguridad de que nunca será abandonada o rechazada la humanidad, porque está Ella en medio (Gén. 9,12-17).

«Dios dijo que habitaría en la nube» (2 Paral. 6,1). Dios habita en Ella como en una nube —la Mujer vestida de sol—, que a la vez que vela su luz inaccesible nos la transmite.

6. Todo lo que el Padre ha dado a la humanidad de su Hijo lo da también a María

Finalmente, si toda la creación es hecha para que Cristo reine sobre ella —es hecha para Cristo Hombre—, en esta finalidad de la creación María está también asociada a Cristo como Reina absoluta y total junto con su Hijo.

No son dos reyes: es uno sólo en dos personas, y uno sólo el dominio absoluto que poseen. Como es uno solo el decreto de su destino, y uno solo el destino que se les da a los dos, aunque sean dos personas el sujeto de ese destino. Todo lo que el Padre ha dado a su Hijo hecho hombre lo da también a la Virgen María.

Cuando el pueblo cristiano canta: «Gloria a María, Hija del Padre», está ponderando la magnificencia, el amor, la ternura, la eficacia y la ilimitación con que el Padre se ha vertido, ha trasladado su mismo ser a la Virgen, de modo que hubiera una copia perfecta en el orden creado de la misma procesión trinitaria interna del Hijo de Dios en el seno del Padre.

De ahí la seguridad que todos nosotros tenemos de llegar al Padre, porque la Virgen, como Madre nuestra, nos lleva en su seno. Estando a su vez Ella en el seno de Dios, jamás Dios nos rechazará, seamos lo que seamos, mientras nos mantengamos en el seno, en el regazo y en los brazos de María.

7. Asociación indisoluble de María y Cristo, y gloria única que dan al Padre: Cristo confiere a esa gloria la infinitud, María la alteridad perfecta

Terminemos destacando dos aspectos de esa asociación de María a todo lo de Cristo Hombre, Hijo de Dios, como predestinados de toda eternidad por un mismo decreto arcano del Padre Eterno.

Asociados en todo indisolublemente, en la misma finalidad y destino, en la misma actividad, como único principio bipersonal, se nos hace totalmente inconcebible la unión y

conformidad que la voluntad de María tiene con la del Hijo de Dios; la profunda verdad de la disposición perpetua que expresan las palabras de María: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc. 1,38).

Como el Hijo no tiene más manjar que cumplir la voluntad del Padre, así María no tiene más voluntad que conformarse en todo con la voluntad de su Hijo.

Si se tiene en cuenta esa conformidad total, desaparecen todas las dificultades psicológicas que la distinción personal de María y su Hijo pudiera hacernos encontrar en la unidad de su destino y de su acción.

Entre esas acciones *unas* de entrambos está la glorificación del Padre por parte de la creación, y la comunicación de la vida de hijos de Dios a todos los elegidos o salvados.

Una sola y única es la gloria que de parte de la creación dan al Padre el Hijo por su naturaleza humana, y la Madre. Pero cada uno confiere a esa gloria un matiz distinto e inseparable, contribuyendo a hacerla del todo completa, como el Padre la desea.

Cristo comunica a esa glorificación divina la infinitud, pues es Persona divina la que glorifica al Padre en su naturaleza humana creada; pero no le comunica la perfecta alteridad. María, como comprincipio de esa única glorificación del Padre, ciertamente no le comunica la infinitud, pero sí la perfecta alteridad, al ser pura creatura asociada a Cristo en esa glorificación.

Esa glorificación *única* de la creación al Padre no sería perfecta ni con el Hijo sólo —le faltaría la alteridad—, ni con la Madre sólo —le faltaría la infinitud que el Padre merece—.

Por eso quiso el Padre que la glorificación que de la creación espera procediera simultáneamente de su Hijo y de la Madre de su Hijo, para que en todo aspecto fuera completa.

8. Cristo y María constituyen como una sola fuente de toda filiación creada

Respecto a la comunicación de la vida de hijos de Dios a todos los salvados, se verifica por la inserción en Cristo como miembros, en virtud de la cual viven de su misma vida: «Yo soy la Vida» (Joan. 11,25; 14,6), «El que me come a Mi vivirá por Mi así como Yo vivo por el Padre» (Joan. 6,58). Así la gloria que los elegidos dan al Padre *es la misma* que la que le da Cristo, que de Cristo se extiende a ellos, se participa en ellos.

Pero esa comunicación única de la vida divina es a la vez obra de Cristo y obra de su Madre. Pues, como Madre nuestra, es Ella la que a todos comunica la Vida que es su Hijo, es Ella quien obra y mantiene nuestra inserción en Cristo como miembros, es Ella de quien deriva a nosotros, pasando por Ella, la Vida de Cristo que nos informa, la acción de Cristo en nosotros: de sus manos recibimos toda gracia, que es vida del alma —gracia santificante—, o actuación de esa vida —gracia actual— (Credo del Pueblo de Dios).

Si así no fuera no sería verdaderamente Madre nuestra, ni Madre de la Iglesia, es decir, de todos los incorporados que constituyen el Cuerpo Místico de Cristo.

Y así como el Verbo recibe eternamente del Padre su Vida y su Ser —se está siempre *ahora* recibiendo—, así los salvados reciben siempre *ahora* de Cristo su vida y actividad que glorifica al Padre (la dependencia del miembro vivo con relación al ser al que pertenece es siempre actual); y así la Virgen María está siempre actualmente, incluso en el cielo, manteniendo y produciendo la inserción en Cristo de todos los salvados, derivándoles la vida de su Hijo.

Su maternidad no es así transitoria, como la de las madres terrenas; sino siempre actual y siempre actuante, siempre es Madre *ahora*.

Diríamos que de tal modo es herencia del Padre como hija suya, que participa de la eternidad de su fecundidad.

De ahí que la gloria que da a Dios toda la creación, en

Cristo y María, reviste también el aspecto de eternidad, no menos que el de infinitud.

Por eso, todo cuanto dijimos en el Libro V de EL AMOR acerca del crecimiento de Cristo y de los bienaventurados, es aplicable en toda su integridad a la Virgen María. Como el crecimiento de todos y de cada uno —y crecimiento eterno—, es crecimiento de Cristo y por Cristo, así también es crecimiento de Ella y por Ella, que compendia en sí todo el crecimiento de los bienaventurados. Es más: es con Cristo el principio único de ese crecimiento.

9. Seguridad de los hijos de Dios al recibir su filiación divina de Cristo y de María

Así nuestra dependencia actual de Cristo y de María no será menor en el cielo de lo que lo es ahora, mientras «nos estamos haciendo hijos de Dios» (Joan. 1,12).

Dependencia dulcísima para el salvado, porque le envuelve el amor infinito del Hijo que en él irradia, y el amor tiernísimo de su Madre que le transmite esa irradiación.

Son esos dos amores en que el bienaventurado está envuelto, protegido, de los que se está en cada momento como derivando y siendo engendrado, los que hacen imposible la pérdida de la eterna bienaventuranza. Como es la generación eterna, siempre actual, con que el Verbo procede de su Padre Eterno lo que hace que necesariamente el Hijo sea tan eterno, tan necesario y tan perfecto como el Padre.

Si pudiéramos, por hipótesis absolutamente imposible, concebir que un momento el Padre dejase de engendrar a su Hijo, de comunicarle su Ser, el Hijo dejaría de existir; pero también dejaría de existir el Padre —es Padre en cuanto engendra al Hijo—, desaparecería Dios. Y siendo Dios el Ser necesario, necesario es igualmente que el Padre esté dando siempre *ahora* el Ser a su Hijo.

De modo análogo, si uno de los *ya hechos* hijos de Dios, de los perfectamente engendrados, que como hijos ya nacidos de María participan según toda su capacidad de la vida de Cristo, al que están ya plenamente injertados como miem-

bros, dejare de recibir el influjo de esa vida de Cristo, dejare de ser actualmente dado a luz por María, o bien pudiera sustraerse libremente a la acción de Cristo y de su Madre, dejaría de existir.

Pero entonces ya tampoco existirían, ni el Verbo como encarnado, ni la Virgen como Madre, pues su acción glorificadora del Padre sería totalmente mísera e ineficaz, en cuyo caso Dios no hubiera querido nunca la encarnación de su Hijo.

Por eso Jesús dice: «Y nadie los arrebatará de mi mano» (Joan. 10,28). Y da la razón, que no es otra que el mismo designio del Padre que constituyó su Cuerpo Místico para gloria del Hijo: «Pues el Padre que me las dio es más poderoso que todos, y nadie puede arrebatarlas de mano de mi Padre» (Joan. 10,29): ese Padre cuyo designio eterno ha sido la incorporación de todos los salvados a su Hijo como a Cabeza (Efes. 1,9.10); ese Padre que quiso de modo absoluto e irrevocable cuanto a la perfección del Cuerpo total —físico y místico— de su Hijo se refiriera.

Por eso el número de los salvados, como miembros gloriosos de Cristo perfecto en sí y en sus miembros, está eternamente determinado.

Nosotros podemos resistir o no a nuestra propia incorporación mientras ésta no es perfecta, se está haciendo. Una vez *hecha*, nuestra pérdida ya no sería nuestra, sino real y verdaderamente de Cristo, de Cristo tal cual el Padre lo ha querido y predestinado de toda eternidad.

Capítulo IV

MARIA, MADRE DEL HIJO

«Gloria a María, Madre del Hijo.»
(Trisagio mariano)

«Y se encarnó... de María Virgen, y se hizo hombre.»
(Credo de la Santa Misa)

«Y bendito el fruto de tu vientre.»
(Lc. 1,42)

1. El Padre Eterno confiere a María su propia fecundidad y su infinita riqueza

Tiene también María relación estrecha e individual con la Persona del Hijo. Es lo que cantamos en el Trisagio: «Gloria a María, Madre del Hijo.»

En lo que es de notar que el Padre Eterno confiere a la Virgen María, al darle su ser en la filiación divina, su misma fecundidad.

No puede conferirle la fecundidad interna trinitaria. Pero sí le confiere su misma fecundidad en el sentido de que la

hace real y verdaderamente Madre de la misma Persona a quien El de toda eternidad engendra.

La Virgen María, en efecto, no es Madre del Hombre Cristo; la Virgen María es Madre de Dios.

Esta verdad está definida por la Iglesia, y repetidamente reiterada después del Concilio de Efeso, y la ha mantenido contra todos los herejes.

Se es Madre por razón de comunicar a una persona la propia naturaleza. Pero no se es Madre de la naturaleza, sino de la persona a quien se comunica una naturaleza semejante a la propia.

No habiendo en Cristo más que una Persona —la divina—, síguese que la Virgen María, al darle verdadera naturaleza humana, es Madre de la Persona de Cristo, que es divina. Por eso, auténticamente es Madre de Dios.

Se muestra aquí la grandeza diríamos fundamental de la Virgen María.

Primero, por parte del Padre Eterno: ¿Cuánto da a la Virgen María?

Si la hace Madre de su mismo Hijo, tiene que hacerla competente, proporcionada a ese oficio. Por consiguiente, todo lo que el Padre tiene lo vierte realmente en la Virgen María, porque si no la Madre del Verbo Encarnado desdiría de la paternidad de Dios; desdiría del Padre de ese Verbo, y la ignominia sería para el Hijo, no sería para la Madre. Por eso cuanto se pueda decir del Padre Eterno y de sus perfecciones, hay que decirlo de la Virgen María, pero *como recibido* en Ella.

Al recibir toda esa perfección, como creatura que es, y así incapaz de una recepción pasiva infinita, le da un límite que llamamos *obediencial.*

Recordemos que hay dos clases de capacidad en la creatura: una activa —lo que una naturaleza creada exige por sus elementos constitutivos, puestos por Dios en ella—; otra meramente pasiva, llamada obediencial, que consiste en la capacidad de ser actuada por Dios en la medida que Dios quiera.

Así, por ejemplo, ninguna creatura tiene capacidad activa para la visión beatífica, que es propia y exclusiva de Dios.

Tenemos sólo capacidad obediencial: si Dios nos la da, El nos puede hacer capaces.

Siempre que se trata de una capacidad obediencial, nunca entenderemos, porque nuestra naturaleza carece de medios para alcanzarlo, cómo Dios puede hacerlo.

Aquí vale lo que dijo el ángel a María: «Porque no hay imposible para Dios cosa alguna» (Lc. 1,37). Tampoco es imposible para Dios comunicar la plenitud de su ser a la Virgen, para que sea digna y verdaderamente Madre de su Hijo, como El es Padre. Aunque esa plenitud de su ser, al ser recibido en María, permanezca finito.

Por eso, toda la creación reunida es como nada comparada con la perfección que Dios quiso poner en la Virgen María.

2. En María está toda la riqueza de la naturaleza humana de Cristo, para podérsela transmitir

Hasta aquí, por parte del Padre. Pero hay un aspecto por parte del Hijo que también debe considerarse.

Es verdad que la Virgen María sólo comunica al Verbo la naturaleza humana. Pero a esa naturaleza humana se une personalmente el Verbo, haciéndola suya, de tal modo que San Pablo puede decirnos que en esa naturaleza humana de Cristo «habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad» (Colos. 2,9).

Mas la Virgen, al comunicarle esa naturaleza, no se la comunica como separada del Verbo, sino empalmándola al Verbo, dándole la personalidad divina, haciéndola subsistir en el Verbo ya en el primer instante de su existencia. Y por eso, toda la riqueza que hay en la naturaleza humana de Cristo, la riqueza de gracia y de filiación divina, está igualmente en la Virgen María, de quien recibe esa naturaleza ya de tal riqueza adornada.

Está de modo distinto; pero es la misma, porque es la Virgen quien se la comunica.

Modo distinto, porque en Cristo toma la dignidad de la

Persona divina. En María no la toma: está en Ella como en pura creatura.

En Cristo está como en fuente última, por la Persona divina de que dimana —Dios es principio y fin absoluto de todas las cosas—. En María está como en recipiente o remanso de la fuente, en el que se recibe para de Ella derramarse en todos.

3. El afecto del Hijo a su Madre hace le comunique toda la gracia que el posee

Se ve también la grandeza de esa patética recepción de María, no ya por razón del Hijo como recibiendo su ser de la Madre, su ser de hombre al revestirse de naturaleza humana «llena de gracia y de verdad» (Joan. 1,14) por ser de Persona divina, sino también por razón del comportamiento del Hijo con su Madre.

Para entenderlo no hay más que considerar su comportamiento con el Padre Eterno. Jesucristo se presenta siempre en el Evangelio como recibido, como volcándose en su Padre, comunicando con El todas sus cosas: «Todo lo tuyo es mío; todo lo mío es tuyo» (Joan. 17,10). Todo lo agradece a su Padre, y a El se une totalmente y en El se vuelca mediante el Amor sustancial que a El le vincula.

Eso mismo ha de hacer con la Virgen María, imitando con Ella el comportamiento que con su Padre manifiesta.

Si no puede agradecerle su naturaleza divina, que no se la debe a Ella, puede y debe agradecerle su naturaleza humana con todas las riquezas que contiene.

Por consiguiente, si vuelve a la Virgen María como a Madre suya toda la riqueza que su naturaleza humana recibe al ser asumida por el Verbo, y es la misma Persona divina quien se la devuelve, es evidente que no hay gracia alguna en Cristo, en su naturaleza humana —por la cual precisamente nos recibe, nos salva y nos hace hijos de Dios—, no hay gracia alguna, ni bien alguno, ni hermosura alguna, ni comunicación divina a esa naturaleza humana, que no se dé

también en la Virgen María: ninguna comunicación divina falta en la Virgen María.

Jesucristo se lo devuelve todo, y se lo atribuye todo, igual que en el orden divino atribuye todo y lo devuelve todo a su Padre. Por eso, también El dice a la Virgen María: «Todo lo tuyo es mío, y todo lo mío tuyo es».

En ese orden de su naturaleza humana unida al Verbo no tiene más que una preocupación: agradar a su Madre. Como su Persona en la naturaleza humana y en la divina no tiene «más manjar que cumplir la voluntad de su Padre» (Joan. 4,34).

No olvidemos que es el mismo Pío XII quien insiste en esta comparación y como proporción del honor prestado por Cristo a su Padre y a su Madre, cuando nos dice en la definición de la Asunción: «Siendo nuestro Redentor Hijo de María, ciertamente de ningún modo podía, como perfecto cumplidor de la Ley divina, dejar de honrar además de a su Padre Eterno, también a su Madre amadísima» (Denz. 3031).

4. La extensión y alcance prácticamente infinitos de la fecundidad de María

Finalmente, esa Maternidad de la Virgen María incluye, como Madre del Hijo, una extensión prácticamente infinita de fecundidad.

Haciéndonos todos hijos de Dios en cuanto incorporados a Jesucristo en su naturaleza humana —nos asume a Sí al tomar nuestra naturaleza—, síguese que así como esa naturaleza se hace del Hijo de Dios —es naturaleza del Hijo de Dios— por mediación de María que la presta y une al Verbo, igual todos los demás nos hacemos hijos de Dios por la acción materna de la Virgen María.

No hay, pues, filiación alguna divina creada, no hay bienaventurado en el cielo ni justificado en la tierra, que no tenga la vida sobrenatural derivada por generación de la Virgen María, como deriva la vida de gracia en la naturaleza humana de Cristo en virtud de la generación de esa misma

Virgen. Pues ni aun se hubiera dado esa naturaleza, si María no lo hubiera engendrado, no se la hubiera comunicado.

Por aquí podemos columbrar la magnitud del conocimiento y del amor de nuestra Dulce Madre. Porque si la vida que hacen todos los bienaventurados, la vida sobrenatural, deriva de Ella, es participación de Ella, en Ella está el conocimiento, el amor de Dios reunido, que tienen por separado todos los bienaventurados.

De ahí que honre más a Dios la correspondencia de la Virgen María que la de todos los santos juntos. Por eso se dice en un Salmo: «Sus fundamentos están sobre los montes santos; ama Dios más las puertas de Sión —de la Virgen María—, que todas las tiendas de Jacob» (Sal. 86,2).

Los fundamentos de la Virgen María, donde Ella empieza, es donde todos los santos acaban. De ahí para arriba no sabemos nada: sólo que el principio de la Virgen María —«las puertas de Sión»—, la obra que Dios hace en Ella, llegaremos a empezar a conocerla cuando conozcamos todo lo que aman los santos reunidos: ahí empieza Ella. Y ama Dios más los inicios de la vida de la Virgen, de ese ser de María, que todas las consumaciones de la santidad de todos los ángeles y de todos los hombres.

Esto no debe darnos envidia, sino gozo, porque es nuestra seguridad, pues al hacerla Dios Madre nuestra nos ha puesto en Ella un tesoro prácticamente infinito, cuyo límite sólo Dios conoce; y aún es un límite que Dios va ensanchando continuamente, dilatando la capacidad de la Virgen María, para que Ella nos guarde ese tesoro y nos proteja.

Nuestra seguridad es plena, porque todo se ha puesto en manos de mi Madre, y se la ha llenado de un amor materno hacia mí que es el mismo que el que tiene a su Jesús.

Es Pío XII quien nos lo recuerda, al decirnos que nos ama con la misma ternura, con el mismo cariño, con el mismo cuidado y desvelo, con que atendía y amaba a Jesús cuando estaba en la cuna y aún mamaba (Denz. 2291).

Capítulo V

LA VIRGEN MARIA Y EL ESPIRITU SANTO

«Creo... en el Espíritu Santo, Señor y vivificador, que procede del Padre y del Hijo, y con el Padre y el Hijo es juntamente adorado y conglorificado.»

(Credo de la Santa Misa)

«Envías tu Espíritu y todo es creado.»

(Sal. 103,30)

Es la tercera relación de la Virgen con la Trinidad, que en lo posible trataremos de explicar.

Pero para entender mejor esa relación y su alcance y significación, creemos conveniente precisar con algún detalle la Persona del Espíritu Santo, por ser la que ordinariamente menos se explica al pueblo. Cuanto mejor la conozcamos, mejor entenderemos su relación a la Virgen María.

1. El Espíritu Santo, como Amor substancial y personal divino, es el principio de fecundidad en Dios

El Espíritu Santo es el principio de fecundidad en Dios, porque siempre es el amor el principio de toda fecundidad.

Por Amor engendra el Padre al Hijo; por Amor se ofrece el Hijo al Padre y se vuelve a El; y es ese Amor substancial el que hace la unión indisoluble de la Trinidad beatísima.

Por amor también crea Dios el mundo, y se manifiesta en y a las creaturas, para que su Hijo sea glorificado en su Humanidad, y con El su Madre, asociada al Hijo.

Todo cuanto sea acción divina, interna o externa, proviene de ese principio substancial de amor, que es el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es el amor del Padre al Hijo y el amor del Hijo a su Padre, es decir, es la mutua proyección de amor.

Siendo ese Amor lo que impulsa al Padre a manifestar externamente cuánto quiere a su Hijo, dándole naturaleza humana, y haciendo para El una creación que conozca y manifieste la plenitud de amor con que el Hijo es amado, y ofreciéndose el Hijo, por amor al Padre, a participar la riqueza que del Padre ha heredado a esa misma creación, para glorificar al Padre manifestándole su riqueza infinita, es evidente que el Amor substancial mutuo que se tienen Padre e Hijo es la causa de la Encarnación del Verbo y de toda la creación.

Pero especialmente se atribuye al Espíritu Santo la vida, porque el amor que supone generación no se da en las cosas inanimadas, sino en las cosas vivas. Por eso se le atribuye más que la creación *ad extra* —ordinariamente atribuida al Padre como a primer principio—, la vivificación de esa creación.

De ahí que en el primer capítulo del Génesis (1,2) se le presenta como cerniéndose sobre las aguas aún sin vida, para fecundarlas. Y en el diluvio todo se reducirá a polvo de muerte porque el Espíritu de Dios se cansa de estar con los hombres por su corrupción: se aleja de ellos, y toda vida desaparece (Gén. 6,3; 8,1). Es lo que dice el Salmo (103,29.30):

«Apartas, Señor, el espíritu de ellos, y todo vuelve al polvo del que salió; envías tu Espíritu de nuevo, y todo es recreado».

Toda vida, todo movimiento, toda actividad se atribuye al Espíritu Santo, porque la vida proviene siempre del amor.

De un modo especialísimo se atribuye al Espíritu Santo la vida sobrenatural: somos engendrados hijos de Dios por el amor que Dios nos tiene.

Es ese Amor de Dios, el Espíritu Santo, presente en nosotros, el que nos eleva al orden sobrenatural, dándonos verdadera forma divina, como el sello que se imprime en la cera comunica a ésta su propia forma. Por eso el Espíritu Santo es el alma de la Iglesia, que informa a todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, haciéndoles participar de la misma vida y actividad de Cristo.

Igual que los miembros de un cuerpo físico viven todos, aunque de modo distinto, la misma vida del cuerpo al que pertenecen, en virtud de la unidad del alma, así siendo miembros distintos todos los incorporados a Cristo, vivimos su misma vida divina, y nuestros actos son meritorios como divinos, porque a todos los informa, actuándolos de modo diferente, como a miembros distintos, una misma alma, que es el Espíritu Santo que se nos comunica, y en virtud de cuya inhabitación podemos clamar al Padre: «Abba, Papá» (Rom. 8,15; Gál. 4,6).

Jamás podríamos llamar a Dios Padre si no es en virtud de ese Espíritu de adopción, de amor, de ternura, que se ha difundido en nuestros corazones, haciéndonos amarlo.

2. Divinidad y necesidad eterna del Espíritu Santo

Siendo necesariamente Dios afirmación total de la Realidad, actividad infinita sin pasividad, Acto Puro sin mezcla de potencialidad, al ser el amor principio de toda actividad se explica la definición que de Dios nos da San Juan: «Dios es Amor» (1.ª Joan. 4,8).

Nada hay en Dios que no esté impregnado por el Amor, que no sea Amor. Y siendo el Espíritu Santo el Amor subs-

tancial y personal divino, necesariamente condensa en sí toda la realidad infinita divina, toda la plenitud de Dios.

Nada de realidad hay en Dios o de Dios que no sea el Espíritu Santo.

El, como Amor substancial infinito —tercera Persona de la Trinidad—, es tan absolutamente necesario como lo es Dios, ya que Dios es amor. Sería absolutamente inviable, y en realidad impensable, la existencia de Dios sin la existencia del Espíritu Santo: es impensable Dios sin Amor.

3. El orden de las procesiones divinas: Padre, Hijo y Espíritu Santo

El Amor supone o presupone conocimiento de lo que se ama. Y si el Amor es infinito, conocimiento infinito del objeto amado, y amante infinito al que ese Amor pertenece, del que es.

De ahí que, en el orden de origen, no en el temporal —pues el Amor substancial divino es eterno igual que Dios, ya que Dios no puede existir sin El, y El es el mismo Dios—, precede al Espíritu Santo el Hijo, que es el conocimiento o sabiduría infinita, personal, substancial de Dios.

También Dios es impensable sin ese conocimiento infinito, y absolutamente inviable en su existencia. Necesidad que aparece igualmente como presupuesto necesario a la existencia del Amor substancial en Dios, en Dios que «es amor».

Pero Amor y Conocimiento personales e infinitos, no son suyos, son de Otro. Todo conocimiento dice relación al que conoce, todo amor al que ama: Amor y Conocimiento infinitos, aunque personales, dirán relación de origen, de depedencia, de posesión, a un Primer Principio absoluto, a un Cognoscente y Amante infinito, cuyos son ese Conocimiento y ese Amor infinitos. Ese primer principio, originante y no originado, es el Padre Eterno.

Hermosamente expone esto San Agustín (*Tract. 29 in Joannem*, sub initium), con palabras que antes hacía leer la Iglesia a todos los sacerdotes el martes de la Cuarta semana

de Cuaresma. Habla en concreto del Hijo, pero cuanto dice es igualmente aplicable al Espíritu Santo:

«Mi doctrina, dice Jesús, no es mía, sino del que me envió (Joan. 7,16). Esta es la profundidad primera: pues parece haber dicho en pocas palabras como cosas contradictorias. Pues no dice: esta doctrina no es mía; sino: mi doctrina no es mía. ¿Si no tuya, cómo tuya? Y si tuya, ¿cómo no tuya? Pues Tú dices ambas cosas: y mi doctrina, y no mía. Mas si miramos atentamente lo que el mismo Evangelista dice en el Prólogo (Joan. 1,1): En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y Dios era el Verbo: allí hallaremos la solución de esta cuestión. ¿Cuál es la doctrina del Padre, sino el Verbo del Padre? El mismo Cristo es, pues, la doctrina del Padre, si es el Verbo del Padre. Pero por cuanto el Verbo —o Palabra— no puede ser de nadie, sino necesariamente de alguno: por eso se llamó a sí mismo su doctrina, y no suya, porque es Verbo —Palabra— del Padre. Pues, ¿qué tan tuyo como tú mismo? Y ¿qué tan no tuyo como tú, si eres de alguno lo que eres?».

Mas el Padre, aunque Primer Principio y origen último de las otras dos Personas divinas, ni las precede en el tiempo, ni en la necesidad de su existencia; pues no sería Persona divina, ni Dios, si no conociera infinitamente e infinitamente amara: un Dios sin conocimiento ni amor, no sería Dios, no sería nada.

Es más, el Padre no sería Padre sin el Hijo: se constituye Padre en el hecho y por el hecho de engendrar al Hijo. Si en el orden de origen es primero, o se nos presenta como primera, la paternidad que la filiación, en el orden real de la existencia son del todo simultáneas, correlativas, implicándose mutuamente, de la misma necesidad y eternidad una que otra. O no se da, o, de darse —cual sabemos por la fe—, son del todo simultáneas e igualmente necesarias. Sólo se es padre *cuando* se tiene un hijo. Sólo se es hijo *cuando* se tiene padre.

Así Dios, que necesariamente se conoce con conocimiento infinito y eterno, comunica todo su ser, su mismo ser infinito, a su Conocimiento substancial y perfecto de sí mismo: se constituye en Padre como cognoscente, y en Hijo

como conocido. Y se constituye así de toda eternidad, y con absoluta necesidad, porque de toda eternidad y con necesidad absoluta Dios se conoce perfecta e infinitamente a Sí mismo.

Mas al conocerse, Dios se ama con amor infinito, y necesariamente se ama desde el primer momento en que se conoce, es decir, de toda eternidad. Un Dios que no se amase, siendo perfección y Bien absoluto e infinito, es absolutamente impensable, y absurdo: no sería Dios, ni sería nada.

El Padre ama así con infinito Amor a su Hijo, a quien comunica todo su ser, su mismo ser, y en quien conoce ese ser suyo —el Hijo es el conocimiento o Sabiduría infinita del Padre, imagen perfecta de su substancia (Hebr. 1,1; Colos. 1,15; 2 Cor. 4,4; Sab. 7,26).

Y al amarle infinitamente comunicándole todo lo suyo, también le comunica el Amor infinito con que le ama: así, con ese Amor infinito con que el Hijo es amado por el Padre, *con ese mismo Amor*, —no con amor semejante—, ama el Hijo al Padre, se vuelve al Padre, cuyo ser y amor posee, recibiéndolo de El.

Ese Amor infinito con que el Padre ama a su Hijo, contemplando en El su propio Ser, y con que el Hijo ama al Padre de quien se siente todo El recibido, es el Espíritu Santo. Un sólo Amor infinito, no dos amores. En el Padre dándose, en el Hijo, recibiéndose y devolviéndose.

Como un espejo vuelve a su origen los mismos rayos luminosos que recibe, no rayos luminosos distintos, así el Hijo, «espejo sin mancilla» de la claridad del Padre (Sab. 7,26) vuelve al Padre el mismo Amor infinito que de El recibe, lo ama con el mismo e idéntico Amor con que es amado.

El Espíritu Santo cierra así y consuma la unidad de la Vida trinitaria, vinculando y como trabando a Padre e Hijo en unidad de infinito Amor: unidad de Ser, unidad de perfección, unidad de Conocimiento, unidad de Amor.

Y comunicánose todo en esa corriente infinita de amor, todo y lo mismo está en cada una de las tres Personas.

Cada una es el mismo infinito Ser divino, la misma infinita perfección, el mismo infinito conocimiento, el mismo infinito amor. Por eso, donde está la una están las otras

—circuminsesión, en término teológico—, donde está la realidad de una allí está la realidad de las otras, donde está una Persona, allí están las otras dos —el *dónde* es mera expresión local nuestra, que en realidad no es aplicable a Dios—, lo que una actúa, actúa la otra. Aunque tanto ese mismo Ser como esa misma acción sean poseídos por cada Persona con matiz de mero origen distinto.

En Dios hay distinción de Personas, por la distinción de origen; pero no hay separación de Personas, por la identidad de todo su ser. Por eso el Evangelio nos habla del Verbo que «está —en presente siempre actual— en el seno del Padre» (Joan. 1,18), no separado del Padre. Si así está el Verbo, así también el Espíritu Santo, puesto que es el Amor que los une y mutuamente refiere, y siendo vínculo de unión infinita de dos Personas divinas que no están separadas, sino implicadas, tampoco El, como vínculo de Ellas, puede ser Persona separada.

Y siendo el Espíritu Santo el Amor substancial y personal del Padre y del Hijo, procede «del Padre y del Hijo», cual decimos en el Credo, pues es Amor de los dos, el mismo Amor.

Es lo que afirma el mismo Jesús en el Evangelio. No sólo nos dice que el Espíritu Santo que nos va a enviar «procede del Padre» (Joan. 15,26), y nos «es enviado por el Padre» (Joan. 14,26), sino también que «el Padre nos lo enviará en su nombre —en el nombre de Jesús—» (Joan. 14,26), que el mismo Jesús nos lo enviará desde el Padre (Joan. 15,26), y que ese Espíritu recibirá de El «recibirá de lo mío» (Joan. 16,15.16).

Siendo el Espíritu Santo una realidad infinita y simplicísima —la misma realidad del Padre y del Hijo—, no podría recibir nada del Hijo, si de El no recibiera su mismo ser y realidad.

Si el Espíritu Santo es del Padre —Amor substancial del Padre—, igualmente lo es del Hijo, pues «todo lo que tiene mi Padre, es mío» (Joan. 16,15).

4. Matiz especial de la Iglesia griega en la contemplación de esas procesiones

Los griegos han preferido usar una fórmula equivalente, aunque con matiz ligeramente diferente: El Espíritu Santo procede del Padre por el Hijo, o mediante el Hijo.

Tampoco aquí está ausente el Hijo como fuente de origen del Espíritu Santo. Pero quiere destacarse la principalidad del Padre como primer y último origen de las otras dos Personas —lo cual es absolutamente cierto—.

Igualmente se destaca que, aunque el Amor substancial proceda del Padre y del Hijo, sea Amor de los dos, en el Padre está dándose al Hijo, en el Hijo recibiéndose —todo el Hijo es recibido del Padre, engendrado por el Padre—, y devolviéndose al Padre, como reflejando de sí mismo al Padre el mismo Amor que de El recibe.

Y como la dación, aunque simultánea a la recepción —no puede darse un dar sin recibirse, diríamos una activa sin pasiva—, en orden de origen precede a la recepción, que presupone la dación; así el Espíritu Santo, aunque procedente del Padre y del Hijo simultáneamente, y siendo del Padre y del Hijo, en el orden de su originación, aunque no en el orden temporal ni en la integridad de la procedencia, es primero —en terminología humana— la procedencia del Espíritu Santo con relación al Padre que con relación al Hijo.

Igualmente se destaca que si el Amor substancial proviene, en orden de prioridad de origen, del Padre Eterno, proviene sólo por medio del Hijo; pues es la contemplación de su Hijo, de la propia esencia divina que ha transferido a su Hijo, lo que desencadena la procesión o tendencia de infinito Amor hacia El, así como la tendencia de infinito Amor del Hijo al Padre.

Hasta aquí, ambas fórmulas dogmáticas, lejos de contradecirse, se completan y enriquecen. Sólo si se llega a negar que el Espíritu Santo *también* proviene del Hijo, se incurrirá en error, y en verdadera contradicción.

5. La Trinidad, misterio absoluto que con su luz ilumina y aclara todos los demás misterios

Nuestra razón puede alcanzar, y hasta en modo imperfecto comprender, que Dios necesariamente es Infinito Conocimiento, e Infinito Amor.

Lo que es totalmente incapaz de barruntar siquiera, es que el conocimiento y amor infinitos de Dios impliquen la necesidad absoluta y eterna de que Dios haya de subsistir en Tres Personas distintas, poseedoras las Tres, aunque con matiz diferente de origen, del mismo Ser único, de la misma y única infinita realidad divina. Esto sólo la fe nos lo testifica.

Pero una vez admitido en fe sencilla el misterio trinitario, el fiel creyente no sólo conoce a Dios bajo una luz enteramente nueva y maravillosa, sino que puede extasiarse en las maravillosas relaciones Trinitarias, sumergirse en Ellas, gozarse en Ellas, tratar e intimar de modo peculiar con cada una de las Personas en la Unidad de la Divinidad, e incluso esforzarse en imitarlas, hasta que llegue el día en que pueda claramente contemplarlas, viviendo de su misma Vida, partícipe de su misma actividad, recibiendo el ser divino en y con el Hijo, sintiéndose amado por el Padre con el mismo amor con que ama al Hijo, que es el Espíritu Santo, y vinculándose al Padre en enamoramiento total en el Hijo, con el Hijo y como el Hijo, siendo el mismo Espíritu Santo el Amor divino que le unirá al Padre y al Hijo: el Espíritu Santo que infundirá en nuestros corazones un verdadero amor divino con que dignamente amemos a Dios como El merece ser amado, ya que el amor que difundirá en nosotros será El mismo, como Amor infinito substancial del Padre y del Hijo.

El misterio de la Trinidad, aunque el más oscuro e incomprensible en sí para nuestra razón, es de tal claridad, y hasta diría evidencia, para el alma que por la fe lo admite y cree, que con su luz ilumina y explica todos los demás misterios del cristianismo. Por eso se propone al cristiano en el momento de su misma inserción al cristianismo, en la fórmula del bautismo, de un modo totalmente preferente y

destacado: si ese misterio cree, todos los demás los verá claros y sin dificultades a la luz de ese misterio de los misterios.

6. La Trinidad y el misterio de la creación

La creación es un misterio, en que intervienen indisolublemente unidas en una misma acción las Tres divinas Personas: el Padre como origen que le da el ser —«creo en Dios Padre, creador de cielos y tierra»—; el Hijo como modelo en que el Padre se inspira, cuyas perfecciones copia y manifiesta en infinitos modos y maneras diferentes con que en algún modo expresa la riqueza infinita que le ha dado al engendrarle; el Espíritu Santo como Amor que impulsa, provoca y como desencadena toda la obra creadora, pues todo lo hace Dios por Amor.

Por amor a su Hijo quiere el Padre glorificarlo, mostrando también fuera de la Divinidad cuánto le ha amado, cuánto le ha dado en su generación eterna. Y por amor al Padre quiere el Hijo que sus perfecciones, recibidas por generación del Padre, sean copiadas y como multiplicadas con participación parcial en las creaturas, para que todos conozcan, también fuera de Dios, cuán rico y amable es su Padre, que de tal modo se le ha entregado.

La creación es así para gloria del Padre, para gloria del Hijo, y para gloria del Espíritu Santo: para la manifestación externa de la perfección del Ser Unico de las tres Personas.

Ninguna Persona busca su propia gloria, sino la gloria de las otras dos. Y hay una sola gloria, porque la gloria de cada Persona es la gloria de las otras dos, y la gloria de las tres es la gloria de cada una. Tres Personas y una sola gloria poseída por las tres —cual reza la oración: «Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo»—, sin que ninguna la busque para sí misma, sino para las otras dos, en un absoluto desinterés y ausencia de egoísmo.

7. La Trinidad hace imposible en Dios toda sombra de egoísmo

El amor se opone al egoísmo. Un amor infinito que fuera egoísta sería un absurdo y contradicción. Mas si Dios fuera unipersonal nos parece que de necesidad sería egoísta —y por lo mismo no amor verdadero—, ya que siendo Bien sumo, necesariamente habría de amarse a Sí mismo, y a los demás sólo por sí mismo.

La Trinidad quita en Dios toda sombra de egoísmo.

Es verdad que el amor parte de Dios, y se termina en Dios. Pero el sujeto de la acción, aquí del amor, no es la naturaleza, sino la Persona que posee esa naturaleza.

Siendo Dios tripersonal, diríamos que el amante en Dios no es la naturaleza divina, no la Divinidad, sino las tres Personas que poseen esa naturaleza indivisa, esa Divinidad.

Y ninguna de las Personas se ama a sí misma, se centra en sí misma. Precisamente todo su ser personal consiste en proyectarse hacia las otras dos, ya dándose a Ellas, ya recibiéndose y devolviendo el Ser que reciben: su ser personal, su ser Personas, viene constituido por la proyección mutua, y sólo por ella.

Lo mismo se diga del conocimiento. El Padre no se recrea conociéndose a sí mismo, sino conociendo al Hijo «en quien tiene puestas todas sus complacencias» (Mt. 3,17; Mc. 1,11; Lc. 3,22; Mt. 17,15;2 Petr. 1,17). El Hijo se recrea conociendo al Padre y contemplándolo; y el Espíritu Santo se recrea conociendo a los dos y vinculándolos uno a otro como infinita tendencia de amor mutuo (cf. Mt. 11,27).

Y uno mismo es el amor en los tres, uno y mismo el conocimiento, una y misma la realidad o esencia divina que poseen, porque todo se lo comunican totalmente, sin reservarse nada, en una pureza y perfección de amor que la creatura nunca hubiera podido imaginar.

En virtud de esa comunicación total, aunque cada Persona intervenga en la creación con el matiz de origen peculiar que le es propio, nada hay en la creatura que no provenga igualmente de los tres, pues comunicándose cuanto de entidad hay en Ellas, también se comunican la acción. Una es

la acción de las tres, y así nada hay en la creatura que se deba a una Persona y no a otra, ningún aspecto que pueda repartirse entre Ellas.

Sólo atendiendo a su matiz personal de origen, nuestro modo de concebir apropia unos aspectos ya a Una ya a Otra, aunque sepamos que aun esos aspectos apropiados provienen de las Tres como de una Unidad. Unidad que hace no sólo el mismo e idéntico Ser que poseen, sino también el Amor infinito que mutuamente las proyecta entre Sí.

De este modo, el misterio de la Trinidad, siendo lo más inaccesible a nuestra razón natural, es el que, una vez creído, nos hace más comprensible a Dios, iluminándolo para nosotros con claridad deslumbradora, y descubriéndonos y como haciéndonos atisbar su insondable perfección y hermosura.

8. La Trinidad y el misterio de la Encarnación del Verbo

La creación natural es como nada —la hizo Dios como de paso (San Juan de la Cruz, Cant. Esp., 5)—, comparada a la obra externa divina por excelencia, que es la Encarnación del Verbo, con su consecuencia, la elevación al orden sobrenatural divino de las mismas creaturas.

Sólo el Verbo o Hijo se encarna, no el Padre ni el Espíritu Santo, lo que nos muestra la verdadera, diríamos irreductible, distinción real de las Tres Divinas Personas. Pero activamente, la encarnación del Verbo es obra indisoluble y por igual de las Tres Divinas Personas.

La Encarnación podemos entenderla como la dación total de la Persona del Hijo —así como de la naturaleza divina que El posee— a una naturaleza humana perfecta, que pasa a ser, que es ya en su primer instante, naturaleza de una Persona divina.

O bien, quizá mejor —por cuanto aleja todo aspecto de mutabilidad en el Verbo de Dios—, como asunción de una naturaleza humana a la Persona del Verbo, que desde ahora, como sujeto personal, tendrá dos naturalezas: una divina, poseída de toda eternidad como recibida del Padre por ge-

neración; la otra humana, que recibe en el tiempo de la Virgen María, y que ya jamás dejará de poseer.

El resultado en uno y otro caso es la unión de la naturaleza divina y de la humana en unidad de Persona —la Persona del Verbo—; es la inhabitación de «toda la plenitud de la divinidad, corporalmente» (Colos. 2,9) en una naturaleza humana recibida de la Virgen María por generación temporal; es la dignidad y valía verdaderamente divina e infinita de cualquier acción humana de Cristo, por ser acción de Persona divina, ejecutada con esa naturaleza —el valor de una firma no radica en la perfección ortográfica de la firma en sí, o en la de la mano, pluma y papel con que se haga, sino en la valía de la persona que la hace.

Mediante la encarnación se logra así que en y por la creación —en y con la naturaleza humana de Cristo creada— se dé a Dios gloria infinita, tal como Dios la merece.

Esa dación del Verbo a la naturaleza humana de Cristo, esa asunción de la humanidad de Cristo a la Persona del Verbo, esa unión de las dos naturalezas —divina y humana— en una misma Persona divina del Hijo, la hace el Padre: la hace por amor a su Hijo, porque quiere manifestar al mundo cuán infinitamente le ama, de cuántas riquezas le ha dotado al darle su Ser en herencia.

Y la hace el Hijo, que asume naturaleza humana: y quiere esa unión para gloria del Padre —no para gloria propia: «Yo no busco mi gloria, hay Otro que la busca» (Joan. 8,50)—, para que en su manifestación al mundo sea conocida la riqueza y el amor del Padre.

Y la hace el Espíritu Santo, porque esa unión la obran Padre e Hijo por el Amor mutuo substancial y personal que se tienen. Y porque esa unión se hace mediante la dación del Amor substancial y personal divino a la Virgen María, para que en Ella y con Ella obre la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana, que la Virgen proporciona por verdadera generación con el poder infinito del infinito Amor que es el Espíritu Santo.

Como ese Amor substancial, que con la Virgen hace nacer de Ella un Hijo que es Dios y Hombre verdadero, es verdadera Persona, el Espíritu Santo es verdaderamente Esposo

de la Virgen María, puesto que el Hijo que va a nacer proviene de la acción común de ambos: de la Virgen y del Espíritu Santo.

Así nos lo sugiere el ángel cuando dice a la Virgen: «El Espíritu Santo descenderá sobre tí, y el poder del Altísimo (es decir, el Espíritu Santo, virtud o poder de Dios) te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios» (Lc. 1,35). Y así lo profesamos como dogma de fe cuando decimos en el Credo: «Se encarnó de María Virgen, por obra del Espíritu Santo, y se hizo hombre».

Mas cosa sorprendente: la fe nos dice que el Nacido de la Virgen María no es Hijo del Espíritu Santo, sino Hijo del Padre Eterno (cf. Denz. 282).

La sorpresa desaparece cuando consideramos que si bien el amor es el principio de toda fecundidad y de toda unión, el amor es siempre *de otro*, y no es el amor el padre, sino *ese otro*, cuyo es el amor.

Siendo el Espíritu Santo el Amor infinito del Padre, aunque personal, al obrar como Amor del Padre la encarnación en el seno de María, el Padre del Hijo que de la Virgen nace es evidentemente, no el amor del Padre —el Espíritu Santo—, sino el Padre mismo, cuyo es el amor (cf. texto citado de San Agustín, *Tract. 29 in Joannem*, sub initium. Santo Tomás da otra explicación, clásica en teología, que no aducimos por juzgarla menos asequible al lector).

También se llama frecuentemente en la Escritura al Espíritu Santo «Espíritu de Jesús», o «Espíritu del Señor Jesús» (Act. 16,7; 2 Cor. 3,17; Rom. 8,9; Gál. 4,6).

Sabemos por la fe que la Humanidad de Cristo tiene un alma racional, espiritual, de la misma naturaleza que la nuestra —es perfecto hombre y perfecto Dios—.

El Espíritu Santo, como «Espíritu de Jesús», no sustituye, pues, ni hace las veces del alma racional. Pero es verdaderamente Espíritu de Jesús porque como Amor substancial personal divino proviene también del Hijo, y así es del Hijo, es Espíritu del Hijo, como lo es del Padre.

Y lo es también porque en la obra de la Encarnación es el Espíritu Santo como Amor increado divino, quien une indisolublemente la Persona del Verbo a la naturaleza hu-

mana, comunicándoselo con toda su riqueza, y la naturaleza humana al Verbo en unidad personal. Y así, la divinización de la naturaleza humana de Cristo, su vida verdaderamente divina, la debe a la obra del Espíritu Santo.

Si el alma o espíritu racional es quien comunica la vida natural al cuerpo, bien puede decirse que Aquel que comunica a la naturaleza humana de Cristo la vida divina, la hace vivir de la vida divina, es verdaderamente espíritu y como alma de esa naturaleza, y, en último término, de la Persona —Jesús—, cuya es esa naturaleza, pues el último sujeto de atribución es siempre la Persona, no la naturaleza.

9. La Trinidad y nuestra elevación al orden sobrenatural

En la obra de nuestra elevación al orden sobrenatural —justificación aquí, y beatificación en el cielo— se repite en cierta manera la misma acción trinitaria que vimos se daba en la Encarnación del Verbo, así como la cooperación maternal de la Virgen María.

La elevación al orden sobrenatural —justificación y visión beatífica—, es una extensión a nosotros del inefable misterio de la Encarnación, es una real y verdadera participación nuestra en la encarnación del Verbo, y, de modo especial, en los dones recibidos por la Humanidad de Cristo en virtud de esa encarnación.

El Padre quiere, para gloria y manifestación de la riqueza de su Hijo hecho hombre, que nosotros no sólo la veamos y contemplemos *desde fuera*, y por tanto impropiamente, sino *desde dentro*, sintiendo de verdad el mismo amor con que Cristo es amado por el Padre, conociendo con su mismo conocimiento, amando con el mismo amor con que El le ama. Sólo así podremos conocer de verdad la riqueza de Cristo.

Para lograr esa gloria y manifestación de su Hijo, quiso el Padre hacernos verdaderamente hijos suyos, comunicándonos la misma filiación de su Hijo Unigénito, para que así podamos realmente entender lo que esa filiación es.

Y el Hijo, por amor al Padre y para glorificación del

Padre, ha querido hacernos partícipes de su misma filiación, incorporarnos a Sí como miembros diferentes que vivamos de su misma vida, y actuemos con su misma acción, tras purificarnos antes de toda mancha y defecto lavándonos con su sangre, para que así junto con El glorifiquemos y demos dignamente gracias al Padre por su infinito amor, su infinita perfección, su infinita donación al Hijo Unigénito.

Esa incorporación nuestra, aunque sea a la Persona del Verbo, se hace mediante nuestra inserción en la naturaleza humana de Cristo. Por eso nuestra justificación y posterior beatificación es como un repartirse en nosotros y fragmentarse, y a la vez como multiplicarse, de los dones divinos con que la naturaleza humana de Cristo ha sido llena; de modo que nada se nos comunica sino derivado de la plenitud de riqueza con que esa naturaleza ha sido adornada: «lleno de gracia y de verdad... y de su plenitud todos nosotros recibimos gracia sobre gracia» (Joan. 1,14.16).

Pero proviniendo esa filiación e inserción nuestra en Cristo como verdaderos miembros suyos del Amor substancial mutuo del Padre y del Hijo, es evidente que quien obra nuestra filiación sobrenatural, nuestra inserción en Cristo, es el Espíritu Santo. El es quien, en expresión de los Santos Padres, nos deifica o hace *deiformes*, dándonos la forma o naturaleza de Dios.

El Espíritu Santo es quien, como Amor del Padre, nos da naturaleza divina, haciéndonos hijos de Dios. El es quien, como Amor substancial del Hijo, nos incorpora a Este como miembros, para que vivamos de su misma vida.

La justificación implica dos elementos o donaciones por parte del Padre: un don increado e infinito, que es el Espíritu Santo, que habita, reside, y como informa el alma del justificado; y un don finito, la gracia santificante, que es como la transformación en Dios de todo nuestro ser.

Esa transformación la hace en nosotros el Espíritu Santo, que no sólo nos está presente, sino que se imprime en nosotros, como un sello se imprime en la cera —la comparación es de los Santos Padres—, produciendo en nosotros la misma forma de Dios que El posee, aunque, al recibirse

en creatura limitada, en cierto modo reciba las limitaciones nuestras.

Gracias a esa modificación interna y total de nuestro ser, nos volvemos capaces de ser divinamente actuados por el Espíritu Santo, de modo que nuestras acciones sobrenaturales ya no son sólo nuestras, sino también de Dios, y así verdaderamente divinas.

El Espíritu Santo no sólo se imprime en nosotros, sino que permanece en nosotros como principio activo de toda nuestra vida y actividad sobrenaturales. De nuestra docilidad a su acción dependerá la plenitud de nuestra vida divina mientras peregrinamos.

Gracias a El somos amados por el Padre con el mismo amor con que ama a Cristo, y amamos al Padre con el mismo amor con que Cristo le ama; somos conocidos por el Padre con el mismo conocimiento con que conoce a Cristo, y conocemos al Padre con el mismo conocimiento con el que Cristo le conoce: aquí en fe; en el cielo en visión clara: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo» (Mt. 11,27).

En esta acción santificadora del Espíritu Santo destaca su absoluta ausencia de egoísmo, igual que la contemplamos en la vida interna trinitaria. Nada hace para sí, sino para las otras dos Personas. Nos comunica en herencia la naturaleza del Padre, de modo que seamos hijos del Padre Eterno, y, por El movidos e informados, podamos invocarle con verdad con el dulce nombre de «Papá» (Rom. 8,15; Gál. 4,6).

Y nos une e incorpora como miembros, no a sí mismo, sino a la Persona del Hijo, que pasa a ser el sujeto personal último de todas nuestras acciones divinas. Si en esta inserción actúa como Amor personal del Hijo, en la comunicación de la filiación divina actúa como Amor personal del Padre. (Recordemos, de pasada, que a este desinterés del Espíritu Santo, corresponden las otras dos Personas preocupándose de tal modo de su gloria que no parece sino que fuera como la niña de sus ojos, pues todo lo perdonan excepto lo que vaya contra el honor de la Tercera Persona. Mt. 13,31.32; Lc. 12,10; Mc. 3,28.29; cf. Hebr. 10,29; 1 Joan, 5,16).

Por su acción santificadora, el Espíritu Santo es verdaderamente el alma del Cuerpo Místico de Cristo, de la Iglesia, —tanto triunfante como militante y purgante—, que transforma y da vida a todos los miembros de Cristo.

Y siendo uno —como es una el alma de nuestro cuerpo—, a todos nos actúa diversamente como a miembros distintos de un mismo Cuerpo en Cristo, para la manifestación total, en la multiplicación de la variedad, de la riqueza simplicísima e infinita de la Persona del Hijo.

Y aunque el Espíritu Santo sea como el alma de ese Cuerpo, el sujeto de todas las acciones de él es la Persona del Hijo —nos justificamos y salvamos en cuanto incorporamos al Hijo y asimilados a El—, no el Espíritu Santo: porque este Espíritu actúa en nosotros como «Espíritu de Jesús», Espíritu del Hijo, del que procede, y del que es el Amor Personal.

Y lo mismo sucederá con nuestra vida divina en el cielo.

Es la misma del justificado. Sólo que aquí no percibimos esa vida si no es por la fe. Allí la experimentaremos y sentiremos, ya nacidos en Dios. Aquí nos estamos formando hijos de Dios —cual niño engendrado, pero aun no nacido—; allí apareceremos claramente como verdaderos hijos de Dios, nacidos ya a la claridad de su luz.

Ahora somos como la rosa encerrada todavía en su capullo, que aún no se ha abierto: el capullo es la fe. Allí el capullo se habrá abierto y caído, y la rosa antes escondida aparecerá en toda su fragancia y esplendor divinos.

Pero la acción de las Tres Divinas Personas en nosotros será allí esencialmente la misma que ahora. Y esa acción se prolongará durante toda la eternidad sin fin, en la que Dios «obrará todas las cosas en todos» (1 Cor. 12,6) y «será todas las cosas en todas las cosas» (1 Cor. 15,28).

Más pasemos ya a contemplar la relación del todo peculiar y estrechísima que la Virgen María tiene con la tercera Persona de la Santísima Trinidad, su inserción en Ella como verdadera y real Esposa suya. Esperamos que lo dicho en este capítulo sirva para ayudarnos a penetrar más la insondable riqueza de comunicación divina que para la Virgen implica esta su asociación como Esposa al Espíritu Santo.

Capítulo VI

MARIA, ESPOSA DEL ESPIRITU SANTO

«Gloria a María, Esposa del Espíritu Santo.»
(Trisagio mariano).

«Y concibió por obra del Espíritu Santo.»
(Oración del Angelus).

«El Espíritu del Señor llenó el orbe de la Tierra.»
(Sab. 1,17).

1. El Espíritu Santo se da a María como principio de fecundidad divina

Al comunicar el Padre Eterno a la Virgen María su fecundidad para que fuera Madre de su mismo Hijo, como El era Padre, le comunicó también el principio de esa fecundidad, que es el Amor substancial de la Trinidad Beatísima, el Espíritu Santo.

Recordemos siempre que el principio de toda fecundidad es el amor, tanto en el interior de Dios, en las Procesiones

trinitarias, como en sus obras hacia fuera: sólo el amor mueve a Dios a obrar.

La comunicación que del Espíritu Santo hace el Padre a María es en toda plenitud, porque es para una obra cumbre que agota el poder divino.

Por esa inserción al Espíritu Santo se va a convertir en Madre de Dios, verdadera Madre de Dios. Por eso, no puede la acción de la Virgen María ser desemejante, o desdecir, de la acción del mismo Espíritu Santo que se le da como Esposo, cual principio de fecundidad. Queda, pues, totalmente llena del Espíritu Santo, para que la obra de la encarnación del Verbo que sale de los dos, aunque de distinto modo como de distinto modo debe el ser un hijo al padre y a la madre, se deba igualmente a los dos, y en un plano de equitativa igual dignidad.

La comunicación que se hace a María del Espíritu Santo es así en toda la plenitud y riqueza infinita de ese Amor substancial de Dios: no hay más límite que su potencia obediencial, su capacidad obediencial de creatura.

Pero recordemos que la docilidad de la creatura a la obra de Dios, como hecha por el mismo Dios, es tal que todo lo que afirmemos positivamente de la Virgen nunca dirá lo que Ella es, porque nunca nos dirá lo que Dios puede hacer en Ella. E hizo todo cuanto pudo, porque así lo exigía su obra.

2. María, verdadera Esposa del Espíritu Santo

La relación de Esposa del Espíritu Santo aparece clara en el capítulo primero de San Lucas, cuando la dice el ángel: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; y por eso el Santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios» (Lc. 1,35). Será llamado; pero será llamado por el mismo Dios: y cuando Dios pone el nombre a una cosa el nombre le pertenece: no sólo será llamado, sino que será de verdad el Hijo del Altísimo.

Advirtamos que el ángel alude al Espíritu Santo como verdadero Esposo de la Virgen María, que sutituirá en su función al esposo humano, pues la pregunta de Ella había

sido: «¿Cómo sucederá esto, si no conozco varón?» (Lc. 1,34). Lo que había de hacer la unión con un varón humano, lo va a hacer la unión del Espíritu Santo, porque ninguna unión humana podía dar lugar a la encarnación del Verbo, que es obra totalmente divina, efusión total de Dios a la creación.

Contra los errores que hoy variamente se reproducen, tengamos bien en cuenta que esa Maternidad mira a Cristo Dios: la misma Persona divina que es Hijo del Padre, es a la vez Hijo de la Virgen María, y es su Hijo por obra y operación activa del Espíritu Santo.

De ahí que en el Credo que en la Misa rezamos, del mismo Hijo de Dios del que decimos «Dios de Dios, Luz de Luz Dios verdadero de Dios verdadero», de ese mismo Hijo de Dios, Dios verdadero de Dios verdadero, continuamos diciendo: «se encarnó de María la Virgen, por obra del Espíritu Santo, y se hizo Hombre».

3. Grandeza de María como Esposa del Espíritu Santo

Hay en ese papel de Esposa del Espíritu Santo, en esa relación peculiar de la Virgen Santísima con la tercera Persona de la Trinidad Beatísima, algunas cosas que creemos conviene destacar.

La primera, cuál es la grandeza de la Virgen.

Recordemos que la Esposa es asumida siempre a la dignidad de su esposo, no a la inversa. Por consiguiente, la dignidad de la Virgen María es la misma que la del Espíritu Santo: se le entrega totalmente.

Sólo hay una diferencia, no cabe duda que notable: la excelencia de la Virgen María es recibida —comunicada por el que la toma por Esposa—; la del Espíritu Santo es una excelencia poseida por derecho propio, que se da. Por eso de la Virgen María podemos afirmarlo todo, y nos quedamos cortos, mientras no digamos que es Dios, mientras no afirmemos que tiene por sí lo que sólo posee por don y limosna del infinito Amor con que Dios la ama. Sólo Dios es por Sí mismo; fuera de El, cuanto es, y en cuanto es, lo es por donación de Dios.

De ahí que Ella misma dice: «Congratulaos conmigo, porque siendo pequeñita —como creatura—, de tal modo agradé al Altísimo que de mis entrañas engendré a Dios y Hombre verdadero» (Liturgia).

Esto por lo que mira a su grandeza y dignidad.

4. Fecundidad universal de María como Esposa del Espíritu Santo

Lo segundo que conviene destacar es la extensión de la acción de la Virgen María.

El Espíritu Santo no es un Esposo infiel: precisamente de El toma nombre toda santidad y fidelidad. Si, pues, ha querido convertir a la Virgen en Esposa suya para la obra más grande de generación del Verbo en carne mortal, y para divinizar esa naturaleza humana de Cristo con la comunicación de la Divinidad, es evidente que ninguna fecundidad ha desarrollado ni desarrollará jamás, si no en unión de la Virgen María, con Ella, por Ella y en Ella.

Y como toda vida se debe al Espíritu Santo como principio de amor, no hay, ni ha habido, ni habrá vida alguna natural en el universo que Dios no haya hecho en, con, y por María.

Ella es verdaderamente la Madre de la vida —«vida, dulzura y esperanza nuestra»—; la Madre total: no hay otra. Todas las demás son meros instrumentos de su Maternidad universal e individual con respecto a cada uno.

Y eso vale todavía más en el orden sobrenatural. Todos nos hacemos hijos de Dios por incorporación a Cristo; y Cristo se constituye por obra de María y del Espíritu Santo: toda nuestra filiación sobrenatural se debe a Ella, que igual que como Madre constituye a Jesús Hombre, igual nos constituye a todos nosotros y nos engendra como miembros del Cuerpo Místico de ese Hijo suyo.

No hay así ninguna filiación, ninguna fecundidad sobrenatural, ninguna obra nuestra digna del cielo, en que no esté actuando la Virgen María.

No sólo es Mediadora de todas las gracias: es la gracia

instrumental del Espíritu Santo actuando en cada uno de nosotros. De ahí que nos diga Pablo VI (Credo del Pueblo de Dios) que sin Ella ni podemos nacer a la vida sobrenatural, ni podemos tener en esa vida el más mínimo desarrollo: se requiere para ello su acción materna en mí.

Lo mismo se diga de nuestras acciones naturales. Aun las malas que ejecutamos, si son acciones vitales, no las hacemos sin el concurso de Dios, sin la acción del Espíritu Santo en y con nosotros, no a lo que en ellas hay de desorden, pero sí a lo que en ellas hay de vida y de existencia.

El desorden no es ser: es carencia de ser, privación de ordenación debida que nuestra libertad se niega a poner.

El ser, al que afecta ese desorden, es perfección, es hermosura, es vida, y lo pone el Espíritu Santo, y lo pone la Virgen María con nosotros. Por eso hemos de procurar no avergonzarlos con nuestros pecados: no poniendo nosotros el mal y el desorden, donde Ellos sólo ponen bondad, hermosura, vida, participación de Dios.

5. Inhabitación del Espíritu Santo en su Esposa la Virgen María

Lo tercero que conviene considerar es la inhabitación del Espíritu Santo en La Virgen María.

En el Oficio de Pentecostés leemos esta frase de la Escritura: «El Espíritu del Señor llenó, anegó, o inundó el orbe de la tierra» (Sab. 1,17; cf. Is. 6,3).

¿Cuál es esa tierra? Ciertamente no la tierra en su sentido obvio como planeta habitado por los hombres, porque esa tierra la vemos muchas veces bien carente del Espíritu de Dios.

Esa Tierra es la Virgen María, de la que decimos en todo el Adviento: «Cielos, enviad vuestro rocío; ábrase la Tierra y germine al Salvador».

Ahí hemos de ver a la Virgen como compendio y resumen de toda la creación, y término al que toda la creación se ordena.

Toda la efusión y anegamiento del Espíritu divino se da

a Ella como un mar. Ella después deriva en arroyuelos y ríos incontenibles a todos los seres y a todas las creaturas, que sólo permanecen en el ser gracias a que Ella les da y mantiene la participación del Espíritu de que Ella está llena (cf. Sal. 103, 29.30).

De ahí ha de brotar nuestro agradecimiento total a la Virgen, como Madre nuestra, como Madre de vida, como Madre de Dios. Y, sobre todo, el conocimiento y la imitación de la docilidad total de humildad, absolutamente maravillosa de María.

Docilidad que podemos advertir en un detalle: la única cooperación que una creatura puede tener con Dios para obrar, es dejarse obrar por Dios, ser dócil instrumento suyo. Pues bien: fue tal la docilidad de la Virgen María, Madre de Dios, esa docilidad humilde que Ella expresa cuando dice: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc. 1,38); fue de tal grado esa docilidad, tan absoluta e inconcebible, que la hizo capaz de ser cooperadora y verdadero instrumento activo de Dios, como Madre, para dar el ser a su mismo Hijo Unigénito.

Por el fruto sabemos que fue mayor su pasividad en manos de Dios que la de la creación entera, más plena su entrega a la divina acción, más maravilloso su dejarse hacer por Dios —«hágase en mi según tu palabra»—. Por eso se la llama TIERRA, símbolo de pasividad dócil.

¡Qué lección para nosotros, que tanto queremos actuar, que tanto quisiéramos hacer, que tanto quisiéramos obrar! ¡Qué lección para nosotros, para dejarnos ante el Sagrario, abandonarnos en manos de Jesús y de su Espíritu, y de su Papá Celestial, para que hagan en nosotros y con nosotros como quieran, imitando a la Virgen en su fecundidad, en su plenitud de Dios!

6. Corriente de Amor que el Espíritu Santo provoca en su Esposa la Virgen María

Señalemos finalmente un último aspecto de esta entrega del Espíritu Santo.

Al engendrar el Padre eternamente a su Hijo se proyecta hacia El con Amor infinito; y ese mismo Amor infinito que el Hijo recibe, lo proyecta el Hijo al Padre Eterno.

El Espíritu Santo es quien nos proyecta en enamoramiento hacia Dios: amamos a Dios con el amor que el Espíritu Santo difunde en nuestros corazones (Rom. 5,5).

Esa inundación del Espíritu Santo, esa entrega total a su Esposa María, provoca así en Ella una corriente de amor inconmensurablemente intensa, e infinita, porque es infinita la fuerza que la mueve, para volverse al Padre Eterno, para agradecerle todo lo que de El ha recibido, para no tener ni otra ilusión, ni otro deseo, ni otra ansia, que cumplir su beneplácito, sintiendo íntimamente asociada a su Hijo que «Mi manjar es cumplir la voluntad de mi Padre Celestial» (Joan. 4,34).

Y provoca igualmente la conversión del Padre a Ella, la proyección de amor eterno con que la ama el Padre, que en un *ahora* siempre presente se complace en Ella como en la Unica AMADA.

Capítulo VII

SINTESIS DE LAS RELACIONES DE MARIA CON LAS TRES DIVINAS PERSONAS DE LA SANTISIMA TRINIDAD

«Gloria a María, Hija del Padre. Gloria a María, Madre del Hijo. Gloria a María, Esposa del Espíritu Santo.»

(Trisagio Mariano).

«Abismo casi infinito de gracia.»

(Pío IX).

«Y de su plenitud todos nosotros recibimos gracia sobre gracia.»

(Joan. 1,16).

Resumiremos ahora como conclusión esa inserción de María en las Relaciones Trinitarias, de la cual derivan todas sus grandezas y privilegios.

1. Gloria a María, Hija del Padre

Como Hija del Padre, María es don del Padre al igual que su Hijo Unigénito. Y por tanto recibe en sí misma todo lo que recibe la Humanidad de Cristo. El Padre lo entrega todo al Verbo, y el Verbo se entrega totalmente a la Humanidad de Cristo. Todo lo del Padre se da también a la Virgen María, aunque de modo diferente.

La diferencia está sólo en que a la Humanidad de Cristo se le da asociándola, uniéndola a la Persona divina. A la Virgen se le da lo mismo, pero permaneciendo individuo creado, persona creada. De ahí proviene la asociación de la Virgen María en todo lo de su Hijo Jesús «partícipe siempre de su suerte» (Denz. 3031): co-creadora con El, corredentora con El, término y fin de la creación junto con su Hijo, pues a entrambos como a un todo indivisible —predestinado con un único y mismo decreto— se ordena todo lo creado.

Por otra parte, igual que el Hijo se vuelve totalmente al Padre, y se siente de El dependiente, igual la Virgen María se vuelve totalmente al Padre Eterno con agradecimiento inefable, y se siente de El dependiente: «hágase en mi según tu palabra».

De ahí que en la Virgen se cumple el fin de toda la creación, que es doble: manifestar a Dios hacia afuera, y que todo lo que ha salido de Dios vuelva a El por el amor.

En Ella se cumple ese fin, porque toda la donación de Dios hacia afuera se hace a Ella, y en Ella se condensa, y sólo de Ella deriva a los demás, manifestación plena del Padre Eterno. Y al mismo tiempo, Ella se vuelve, con cuanto ha recibido, totalmente a Dios, glorificándolo.

Por eso María, como Hija del Padre, es LA AMADA por antonomasia, en la que Dios se vuelca; y LA AMANTE del Padre por antonomasia, que con todo su ser, de El recibido, a El se vuelve, para amarle, entregársele en consagración perfecta, y llevarle consigo toda la creación.

Y si hay una diferencia con Cristo, en el sentido de que lo que recibe la Humanidad de Cristo viene dignificado porque pertenece a Persona divina, eso mismo que recibe la Virgen María, sin ser dignificado por recibirse en Persona

divina, viene compensado por otro aspecto, que es la alteridad perfecta con que a Dios glorifica.

Porque la gloria que Cristo da a Dios con su naturaleza y con su mente humana creada tiene un pequeño inconveniente: no proviene de fuera de Dios, porque la gloria la da la Persona, y la Persona es divina. Por eso era necesario volcar también en María todo lo que se da a la Humanidad de Cristo, para que asociada a su Hijo glorificara de verdad a Dios como algo distinto del mismo Dios, que a El se vuelve, y a El le honra.

Y por eso también, al darle a la Virgen todo para que en Ella se obtenga la gloria que el Padre busca, toda la filiación de los demás seres, toda filiación o donación divina, es necesariamente una participación de la de María, para gloria de Ella, para manifestar la riqueza y variedad infinita de la filiación que a Ella se le ha dado.

2. Gloria a María, Madre del Hijo

Como Madre del Hijo destaquemos dos aspectos:

Primero: siendo Madre de Aquel de quien el Padre Eterno es Padre natural, hubo de hacerle el Padre donación del de toda su perfección para que la Madre no desdijera del Padre: lo contrario hubiera redundado en deshonra y desdoro para el Verbo Encarnado. Esto nos hace entender un poco el primer punto que tratamos en el párrafo anterior: la plenitud de la entrega de su ser que el Padre ha hecho a la Virgen María.

Segundo: el comportamiento de Jesús con su Madre.

El Hijo se dirige a su Padre con un amor y sumisión total, se siente recibido, continuamente recibido, y por eso nos dice: «Yo hago siempre lo que a mi Padre agrada» (Joan. 8,29). «Todo lo de mi Padre es mío, y lo mío es de mi Padre» (Joan. 17,10). «Yo obro como veo obrar a mi Padre (Joan. 5,19).

Tengamos en cuenta que Jesucristo, con relación a su Madre, debe imitar el amor que tiene a su Padre; de lo contrario, no sería buen hijo. Por consiguiente, la misma ten-

dencia que tiene el Hijo de Dios hacia el Padre Eterno, la tiene correlativamente hacia su Madre: por eso siente como propio todo lo de Ella, y a Ella refiere todo lo suyo, de modo que de verdad puede decir a la Virgen: «Todo lo tuyo es mío; y lo mío tuyo es».

Y en todo busca el agrado de María. Por eso es imposible que nadie se pierda, o padezca detrimento en su alma, si la Virgen está a su lado para defenderle, porque el Corazón de Jesús busca en todo el agrado de su Madre, como busca el agrado de su Padre (Denz. 3031).

Aparece así María como LA AMADA del Hijo, igual que antes aparecía la AMADA del Padre: LA AMADA total, en que reposa y descansa su Corazón.

Y a la vez LA AMANTE del Corazón de Jesús, porque igual que el Padre se vuelca en amor a su Hijo Unigénito, igual la Virgen María, imitando la Paternidad divina, de la que participa en su Maternidad, se vuelca totalmente en su Hijo Jesús, para amarle, para repararle, para adorarle, para tenerle contento, para dejarle reposar en su Corazón. De ahí que sea la Amante por antonomasia, y el modelo perfecto de cuantos quieren y desean honrar al Corazón de Jesús.

Consecuencia de ser Madre del Hijo, es ser también Madre nuestra, Madre Universal.

Todos nos hacemos hijos de Dios por incorporación a Cristo. Mas si Cristo, en cuanto hombre, recibe su filiación de María, y nuestra inserción se hace mediante su Humanidad, es evidente que todos los demás somos injertados en Cristo por la acción de la Virgen, de modo que su Maternidad en relación al Hijo lleva implicada su Maternidad universal con relación a todos los hombres, y a todos los salvados, incluidos los ángeles.

3. Gloria a María, Esposa del Espíritu Santo

María es Esposa del Espíritu Santo, principio de la fecundidad divina.

Aquí conviene destacar que si algún esposo es fiel, ése es

Dios. Por consiguiente nada hace Dios en el orden natural o sobrenatural, si no es en María, con María y por María.

Ella es LA AMADA del Espíritu Santo, la Amada del Amor. Y por eso, Ella interviene en la creación; interviene en la redención; interviene en cuantos actos naturales hacemos como manifestación de vida; y en todos los actos sobrenaturales que manifiestan la vida divina, que son participación del Espíritu Santo, que Ella verdadera y generosamente reparte en nosotros.

En el cielo mismo, la misión diríamos y el puesto de la Virgen en el cielo, es hacer derivar de su entendimiento y de su corazón la inteligencia de Dios, la visión beatífica en todos los bienaventurados, y el amor con que todos los bienaventurados aman a Dios, porque también allí es Ella la Esposa del Espíritu Santo, que ejerce su Maternidad y su fecundidad en todos sus hijos.

Finalmente, ese Amor divino substancial y personal, que se le da como Esposo para que engendre al Verbo en sus entrañas, tiene con ella también otro oficio: el mismo que tiene en el Hijo de Dios y en el Padre.

El Espíritu Santo, como Amor substancial y personal, proyecta totalmente al Padre hacia el Hijo, y el Hijo hacia el Padre.

De modo análogo, está proyectando al Padre hacia la Virgen María, asociada al Hijo, para que sin límites se entregue a Ella; y está proyectando a la Virgen María, unida al Hijo, hacia el Padre, de modo que nada hay en la Virgen que no esté totalmente consagrado al gozo, a la adoración, a la gloria de Aquel de quien todo lo recibe.

De aquí que María se sienta pequeñita. No pequeñita porque haya recibido poco; pequeñita porque es sólo recibida. Ha recibido al Infinito, pero *recibido*. Y ése es su gozo: el ser toda Ella recibida *del Amado*.

4. Grandeza total e incomparable de la Virgen María

En esas tres relaciones trinitarias se nos muestra la grandeza total de la Virgen María. Toda la dación creada, que

Dios ha hecho fuera de Sí mismo, se la ha hecho a Ella. Y a todos los demás seres la hace en Ella y por Ella.

La donación hecha a la Virgen María del Ser divino es la máxima que Dios mismo puede hacer.

Dios no podía hacer más, en orden a entregarse a la creación, que asumir una naturaleza humana a la Persona Divina, de modo que formara parte de la Divinidad, representando y como condensando en sí misma lo material, lo viviente, lo racional y lo espiritual, es decir, todo lo creado. Podemos imaginar cualquier otro modo de comunicación divina: ninguno hallaremos que sea como éste, y no cabe más aproximación a Dios, ni más donación.

Mas lo mismo que se concede a la naturaleza humana de Cristo se da también —aunque sin la unión personal con el Verbo— a la Virgen María, que es la que presenta y produce esa naturaleza, la que engendra a la Persona divina en su naturaleza humana, es decir, la que entrega la plenitud de Dios a la naturaleza humana de Cristo: y para poder entregarle esa plenitud de Dios, hubo de serle previamente a Ella otorgada. Por eso, Dios mismo no ha podido hacer más, ni dar más a la Virgen María.

Quiso darle todo lo posible, y nos manifestó esta plenitud de su don en la Encarnación del Verbo.

Por eso, de la Virgen María podemos afirmar cuanto seamos capaces de afirmar de Dios, con una condición: que no se afirme que es Dios. De la Virgen María puede afirmarse todo, y siempre nos quedaremos cortos, mientras digamos, como Ella dice, que es todo *recibido*, todo don de Dios. Dios es por Sí, Ella es recibida. Por eso dice Ella: «Miró la pequeñez de su esclava, e hizo en Mí grandes cosas el que es Poderoso» (Lc. 1,48.49).

Cierto que hay un límite, si es creatura. Pero ese límite no lo podrá ver jamás, ni conocer ninguna creatura, porque es el límite de la omnipotencia divina, al cual no llegamos nosotros. El límite de lo que la omnipotencia divina puede hacer en una creatura suya, y eso solo Dios lo ve.

Por eso podemos aplicar aquí las palabras del Himno *Lauda Sion* de Santo Tomás: «Alaba, Sión, a tu Salvador», refiriéndolas a la Virgen: «Alaba, alma, a la Virgen María;

cuanto puedas, tanto osa; porque Ella es mayor que toda alabanza, y jamás serás capaz de alabarla cual merece» (Liturgia del Corpus).

Advirtamos finalmente que si todo se nos comunica por María, el único modo de perseverar en la fe, en el amor, en la filiación de Dios, en la liberación del engaño en medio de la confusión presente, todo el remedio de esta situación, lo hallaremos únicamente en la devoción a la Virgen. Por eso Pablo VI nos advirtió que todo el éxito del Año Santo dependería de la honra que le diéramos a Ella.

El que se adhiere siempre a la Virgen como a su mamá, cual niño pequeño, nada podrá dañarle.

El que olvide a María poco o mucho, éste estará perdido: se ha apartado de la fuente, se ha apartado de la luz.

Capítulo VIII

LA POTENCIA OBEDIENCIAL EN LA VIRGEN MARIA, Y EL LIMITE SIN LIMITE QUE ENTRAÑA

«Creo en Dios Padre Todopoderoso.»
(Credo de la Santa Misa).

«Nada hay imposible para Dios.»
(Lc. 1,37).

«El Señor hizo cuanto quiso en el cielo y en la tierra.»
(Sal. 134,6).

La donación de Dios, siendo en sí infinita, necesariamente se limita al recibirse en la creatura limitada, pues todo lo que se recibe toma la forma y límite del recipiente.

De ahí que la donación que la Trinidad Beatísima hace de sí misma a la Virgen María, siendo en sí misma plena y total, y por tanto infinita, viene limitada, al recibirse en Ella, según su capacidad receptiva.

1. Capacidad natural y capacidad obediencial de la creatura

La capacidad de la creatura es doble.

Una natural, determinada por las exigencias o tendencias de los varios elementos que integran su ser creado. Los límites de esa capacidad podemos nosotros conocerlos, e incluso señalarlos, si conocemos la naturaleza de que una creatura determinada esté dotada, y en la medida en que la conozcamos.

Pero hay otra capacidad que los teólogos llaman *obediencial.*

Es la capacidad puramente pasiva de la creatura de dejarse hacer por Dios, dueño supremo y absoluto de ella, a cuya voluntad no puede oponer resistencia alguna.

Los límites de esta capacidad obediencial, al no venir dados por la naturaleza concreta de la creatura, sino por su condición formal de creatura como tal, en todo dócil a su Creador, no los podemos conocer ni establecer nosotros, aun en el caso de conocer perfectamente la naturaleza concreta de esa creatura. Sólo Dios los conoce, que la hizo, y puede hacer de ella y en ella cuanto quiera.

Nosotros sólo podemos señalar un límite, que por lo demás escapa a toda nuestra comprensión: Dios no puede hacer que una creatura sea por sí misma, pues implicaría contradicción —ser creatura es *ser por otro,* y así no puede ser creatura y ser por sí—.

Dios es el Ser por sí mismo, no recibido de nadie. Por eso, Dios no puede hacer que una creatura sea Dios, sea Ser por sí, y no recibido. Mas de ahí para abajo puede hacerlo todo en su creatura, puede darle todo cuanto quiera, mientras eso que le dé permanezca como don suyo, como algo recibido de El. «El Señor hizo cuanto quiso en el cielo y en la tierra» (Sal. 134, 6; 113,3).

Por eso dice el ángel a María cuando le anuncia que será Madre del Verbo encarnado: «Nada hay imposible para Dios» (Lc. 1,37). He ahí la formulación de la potencia obediencial: nada hay imposible para Dios; nada que El no pueda hacer en una creatura suya, que no pueda dar a una creatura suya.

Si nosotros pudiéramos señalar un límite, ya habría algo que Dios no puede hacer. De ahí que ninguna creatura, creada o creable, ni aun todas juntas, podrán jamás concebir algo que Dios no pueda dar a la creatura que El elija para su donación. Jamás podrán señalar un límite positivo a la donación divina.

Para ellas, la donación hecha a esa creatura será sin límites, se les presentará sin límites —y en este sentido como infinita, es decir, carente de todo límite asignable o pensable—.

Y cualquier cosa que como perfección y ser puedan concebir todas esas creaturas reunidas, tendrán que afirmarlo de la creatura elegida, y sabrán que aun así jamás lograrán expresar la plenitud de ser y perfección con que Dios la ha dotado.

Sólo saben que esa plenitud insondable es don de Dios, limosna de Dios, plenitud recibida. Y que por mucho que afirmen de ella, mientras la reconozcan recibida, siempre se quedarán cortos, nunca la alabarán y ponderarán como merece.

La omnipotencia de Dios que profesamos en el Credo mira a lo que Dios puede hacer fuera de sí mismo. Ella es la medida sin medida de la potencia obediencial de la creatura. Y ésta es a su vez la medida sin medida de la divina omnipotencia, que solo tiene por límite lo contradictorio. Es contradictorio que un ser por otro sea por sí. Por eso Dios no puede hacer que la creatura sea Dios. El límite de la divina omnipotencia y de la capacidad obediencial de la creatura es así el mismo Dios.

2. La potencia obediencial en la Virgen María y la infinitud de la donación de Dios a Ella

Tal sucede precisamente con la Virgen María, a quien vimos hizo Dios donación de sí según toda su capacidad obediencial.

Por eso los Documentos eclesiásticos (Bula *Ineffabilis* de Pío IX) afirman que «la gracia —y la gracia es donación

de Dios por excelencia— conferida a la Virgen es *quasi infinita*, como infinita».

Es decir, ninguna creatura puede ver el límite de la donación de Dios a Ella. Y cuanto creatura alguna, o aun todas reunidas, puedan contemplar en Dios como perfección y ser divino, ya sea en este mundo, ya en el cielo, tienen que afirmarlo también de María. Con una sola diferencia fundamental: que en Ella es recibido, en Dios es por sí.

Pues si algún bienaventurado pudiera percibir en Dios alguna perfección que no estuviera también recibida en la Virgen María, podría señalar positivamente el límite de la donación que de sí mismo hace Dios a la Virgen, señalar *lo que no le ha dado*, y entonces su gracia, la donación de Dios a Ella, ya no sería *quasi infinita*, como infinita. Las creaturas podrían señalar positivamente su límite, y con ello el límite de lo que la omnipotencia de Dios puede hacer en su creatura.

De ahí que cuanto seamos capaces de afirmar de Dios como perfección, hemos de afirmarlo también de María, *recibido* en Ella como don de Dios. Aun así nos quedaremos siempre cortos: ni en en el cielo comprenderemos toda la perfección recibida por la Virgen, como tampoco comprenderemos toda la perfección divina.

Cierto que esa comunicación divina plena recibida en María según toda su capacidad obediencial, precisamente por ser recibida y en cuanto recibida, es distinta entitativa y esencialmente del Ser divino poseído por Dios, y dista de El, si se quiere, con distancia infinita.

Mas esa distancia infinita, que sabemos, no la podremos percibir *positivamente* ni aun el cielo, porque ni aún allí tendremos conocimiento comprehensivo de la perfección y ser divinos; y lo que de ese ser y perfección veremos, lo veremos derivando a nosotros de María, puesto que toda donación divina a creatura se hace por medio de Ella, derivando de Ella, como se hace por medio de Cristo, derivando de El.

Por eso, ni aun el cielo llegaremos a comprender las riquezas dadas a la Humanidad de Cristo, ni las riquezas dadas a la Madre de Cristo.

Y será la misma Virgen María, de quien, unida a Cristo y asociada a El en todo, nos derivará en el cielo la visión divina, la que nos manifestará la infinita perfección del Ser Divino, incomprensible aún en el cielo, al testificarnos, en su abismática humildad, que todo lo de Ella es recibido, que Ella se siente totalmente pequeñita en el seno de Dios, y que es ese sentirse así de pequeñita lo que sobre Ella atrae la inundación divina.

3. El sentido de la expresión «quasi infinita» —como infinita— que la Iglesia aplica a la gracia y perfección de María: ausencia de todo límite señalable

Ese creemos es el sentido de la expresión *quasi infinita*, como infinita, que la Iglesia aplica a la gracia de María.

No hay en Ella límite visible a creatura ninguna, y por eso podemos afirmar de Ella cuanta perfección seamos capaces de imaginar o pensar, mientras la sepamos recibida. Y por más que afirmemos, por más que la glorifiquemos y ensalcemos, nos quedaremos siempre cortos, tanto en esta tierra, mientras peregrinamos, como en el cielo, donde gozaremos ya de la visión beatífica: aun allí nadie podrá conocer, ni llegar a sospechar siquiera, la plenitud de visión, de amor, de bienaventuranza, de comunicación divina que Ella tiene.

En una palabra, esa expresión *quasi infinita*, «como infinita», aplicada a la gracia de María, a su recepción pasiva de la donación activa de Dios a Ella, nos está indicando que nunca podremos glorificar o alabar a María como merece; que no sólo no exageraremos, sino que aún nunca alcanzaremos a expresar la inmensidad y perfección de donación que Dios de sí mismo ha hecho a Ella, ha puesto en Ella.

Por mucho que de Ella digamos o pensemos, sea aquí en la tierra, sea en el cielo, cuando nos ilumine la luz de la gloria para ver su grandeza, nunca la agotaremos. Y así jamás podrá haber error, ni aun simple exceso, en nuestra alabanza a Ella, mientras confesemos, cual Ella lo confiesa, que todo cuanto tiene es don del Señor, lo tiene por ser LA AMADA de Dios.

Pero intentemos describir lo que es la potencia obediencial con ejemplo más a medida nuestra que el abismo insondable de la Virgen María, a la que el ángel dijera que «para Dios nada hay imposible» (Lc. 1,37), recordándole la divina omnipotencia precisamente en orden a asociarla al ser y obra de la Trinidad Beatísima que resplandece en la Encarnación del Verbo.

4. Ulterior explicación de las ilimitadas posibilidades que se esconden en la potencia obediencial de la creatura

Podemos partir de la afirmación del Evangelio: «Poderoso es Dios para hacer de estas piedras hijos de Abrahán» (Mt. 3,9).

La piedra, y, en general, las substancias no animadas, no tienen capacidad ninguna activa, ninguna exigencia para ser vitalizadas, mucho menos humanizadas. Por sus propios principios, secundados por el concurso divino a ellos proporcionado y connatural, jamás se animarán, jamás llegarán a la humanización.

Pero sí tienen capacidad obediencial para ser animadas incluso con vida racional. Capacidad que vemos ejercitada en la historia de la creación: «Dios hizo al hombre del limo de la tierra» (Gén. 2,7; Tob. 8,8).

Ese limo —y lo mismo hubiera valido de una piedra—, no tenía capacidad alguna activa para, en virtud de lo que era como limo, llegar, por el desarrollo de sus principios constitutivos o las exigencias de su naturaleza, a poseer el espíritu que lo convirtiera en hombre —si tal potencia activa tuviera, todo limo, y aun toda substancia inorgánica, acabaría convirtiéndose en hombre—.

Pero tenía capacidad pasiva, obediencial, para recibir como creatura de Dios lo que a Dios pluguiera darle: en concreto, su propio aliento vital, su comunicación espiritual, que dota a esa materia-limo de alma racional y espiritual. El hombre está constituido.

El hombre, como creatura de Dios, no tiene capacidad

alguna activa para ser hijo de Dios, partícipe real de su divina naturaleza por la gracia.

Hay más distancia del hombre como creatura natural al hombre elevado al estado sobrenatural por la gracia, que la que pueda mediar entre el barro inanimado y el hombre.

Es más, sabemos por la fe que ninguna creatura, por elevada que sea, tiene capacidad activa, exigencia en su ser, del estado sobrenatural de filiación divina por la gracia.

Pero todo ser inteligente y libre tiene capacidad obediencial para recibir de Dios, si Dios quiere comunicársela, la vida sobrenatural divina por la gracia, la justificación por la fe y la caridad.

Eso hizo Dios con el primer hombre, y eso sigue haciendo con todos los hombres, ofreciendo a todos el don de su gracia, con sólo que ellos quieran aceptarlo cuando Dios se lo ofrece: y quedan entonces constituidos en «hijos de Abraham», padre de todos los creyentes, y, lo que es mucho más importante y ontológicamente verdadero, «hijos de Dios».

Mas esa filiación divina recibida, al hacer al hombre grato a Dios como hijo suyo, atrae sus miradas complacientes, y con ello cada vez nuevos y mayores dones, mayor crecimiento en la vida divina.

Es lo que dice San Juan: «Y de la plenitud de la gracia de Cristo todos recibimos gracia por gracia» (Joan. 1,16), es decir, gracia sobre gracia. Y lo que expresa San Juan de la Cruz en su *Cántico Espiritual* (estr. 33), cuando dice: «Ya bien puedes mirarme, después que me miraste, que gracia y hermosura en mí dejaste»: es decir, cada donación que Dios hace de sí mismo a la creatura, aumentando su hermosura, atrae nueva mirada y complacencia divina, y con ello nueva y renovada plenitud de donación, de modo que toda comunicación a creatura según su potencia obediencial aumenta esa misma potencia obediencial, a la vez que la potencia activa para nuevas ascensiones.

El crecimiento sería continuo, y en progresión diríamos geométrica, si nosotros aceptáramos siempre y en cada momento el don de Dios sin resistencias de nuestra libertad, hasta llegar a la perfecta filiación divina, en que aparecerá

lo que somos «porque veremos a Dios como El es» (1 Joan. 3,2).

Si tal fidelidad se diera, nuestra vida divina se iría desarrollando como la flor en el capullo, y la muerte no sería más que el abrirse de la flor, la caída del capullo que la ocultaba y velaba: caída forzada por el desarrollo mismo de nuestra vida interior —la muerte de amor de que habla San Juan de la Cruz, como común a los santos.

El cáliz de la fe, que oculta nuestra vida divina, se desprendería en la muerte, para transformarse en luz de gloria. La vida casi inconsciente que poseemos en la oscuridad de la fe —como es casi inconsciente como humana la vida que el niño lleva mientras se está formando en el seno de su madre—, se transformará en vida divina *experimental*, en que nos daremos cuenta que vivimos de la misma vida de Dios, en la bienaventuranza del cielo —como empieza a tener experiencia propia de vida humana el niño no más nace.

Nuestras infidelidades repetidas, nuestro rechazo del don divino reiterado, hace que muchas veces esa vida no haya logrado llegar a madurez de florecimiento en el morir. Mas si morimos con amor de Dios, con vida sobrenatural, el desarrollo proseguirá tras la muerte, en el purgatorio, y de un modo ya infalible, hasta florecer en la visión divina.

La dación divina que de Sí mismo hará Dios a cada bienaventurado en el cielo es ya, en su grado inicial, *quasi infinita*, como infinita, con relación a los hombres mientras aquí vivimos —y lo mismo vale, en fe, de la realidad de la vida de gracia que ya ahora poseemos.

Es decir: ningún hombre puede idear o pensar realidad, perfección o dicha alguna que Dios no conceda a cada bienaventurado. La realidad de lo que allí recibiremos supera cuanto podamos pensar, idear o desear: no tiene límites visibles para nosotros, o por nosotros asignables.

Es el mismo Jesús quien nos lo dice, al describirnos el cielo no sólo como gozo pleno (Joan. 16,24) —si el mismo bienaventurado pudiera pensar o desear algo más comunicación divina de la que tiene, y así señalarle el límite a su posesión, su gozo ya no sería pleno—, e inamisible (Joan.

16,22), sino como una comunicación divina tal que «ni ojo vio, ni oído oyó, ni entendimiento de hombre pudo alcanzar, ni en corazón humano pudo caber, lo que Dios tiene reservado a quienes le aman» (I Cor. 2,9; Is. 64,4).

Ya en el mismo cielo, en que veremos a Dios a modo de infinito, aunque con nuestro modo finito de creatura, este nuestro modo de verle y amarle, esta posesión nuestra pasiva de su entrega divina, siendo siempre y en cada momento plena, será a cada instante inconmensurablemente mayor, acercándose cada vez más la plenitud de Dios recibida en ellos a la plenitud infinita de Dios que se les da, sin que, por ser Dios infinito, logren en toda la eternidad alcanzarla, según vimos en EL AMOR, al comentar el «vino nuevo» y las «bodas eternas» con que se nos describe el cielo (EL AMOR, Libro V).

Y es que cada dación divina aumenta inconcebiblemente la capacidad obediencial misma de la creatura. El que entra en el cielo es como el niño recién nacido, que ya ve a su padre y en él se goza, y de su vida y de su cariño vive experimental y conscientemente, sin que nada le falte para ser feliz, ni nada desee. Pero ese mismo cariño y entrega de su padre va continuamente desarrollando al niño, y acercándolo cada vez más a la perfección de su progenitor.

Sólo que el niño alcanzará, tras más o menos tiempo, la perfección de su padre, porque es finita y limitada, y así un crecimiento continuo necesariamente acabará alcanzándola. Mas el hijo de Dios en el cielo, creciendo siempre y acercándose cada vez más a la plenitud divina, jamás la alcanzará en toda la eternidad, porque la recepción finita jamás alcanzará a ser infinita por más que eternamente se aumente y acrezca.

5. Todas las actuaciones de la potencia obediencial en los elegidos y bienaventurados derivan y fluyen de la realización TOTAL de esa potencia en la Virgen María.

Todo ese crecimiento eterno de cada bienaventurado derivará en él, y en todos ellos en conjunto, del crecimiento

de la Humanidad de Cristo y de la Virgen María asociada en todo a su divino Hijo, pues toda su vida divina y sus acciones divinas las poseen como miembros de Cristo, que actúa en ellos; y como hijos de María, que les está actualmente comunicando la vida divina de su Hijo.

Es el crecimiento humano de Cristo y el de su Madre lo que provoca el crecimiento de los bienaventurados, y en ellos se manifiesta. De modo que la comunicación divina pasivamente recibida en la Humanidad de Cristo y en la Virgen María sobrepasa toda comprensión de los bienaventurados, cuya visión divina no es más que participación de la de ellos.

Y por más que crezca eternamente el conocimiento y visión divina que el entendimiento humano de Cristo tiene, nunca llegará a comprender o agotar del todo la cognoscibilidad divina; y por más que su voluntad humana crezca en el amor, jamás llegará a amar al Padre con amor humano entitativamente infinito, como el de Dios con que el Padre le ama a El. E igual sucede con la visión y amor de la Virgen, unida indisolublemente a su Hijo en una misma suerte y comunicación divina.

Por eso, al ver los bienaventurados *como infinita* —transcendiendo a todo límite asignable o pensable— la comunicación divina *recibida* en la Humanidad de Cristo y en su Madre, y al testificársela ellos mismos, no sólo como recibida, sino como siempre creciente vertiginosamente —crecimiento del que les da testimonio su propio crecimiento como miembros de Cristo e hijos de María—, vienen en conocimiento de lo absolutamente abisal e insondable de la infinita perfección divina, que aunque activamente totalmente se dé, jamás podrá ser del todo pasivamente recibida, por más que eternamente crezca la capacidad obediencial de la Humanidad de Cristo, de la Virgen, y de todos los santos a Cristo incorporados como miembros.

De ahí que cuanto más vivo sea su conocimiento, y más perfecto, de la *cuasi-infinita* perfección de María y de la Humanidad de Cristo —es decir, cuanto más sientan que superan todo límite—, tanto más sienten y como gustan la inefable e inalcanzable infinitud de perfección del Ser Divino (cf. EL AMOR, Lib. V, cap. VII-cap. IX).

6. Tanto más penetraremos y gustaremos la infinitud de Dios cuanto más penetremos y gustemos la «cuasi» infinitud de María

Si así sucede en el cielo, no menos sucederá en la tierra.

Contra quienes creen que exaltar a la Virgen, penetrando y gustando en lo posible la cuasi infinita perfección divina a Ella comunicada, es como mermar u oscurecer a Dios y a su Hijo Unigénito, la experiencia muestra todo lo contrario.

Son quienes más admiran y contemplan los dones dados a la Virgen María como *quasi* infinitos, quienes más se maravillan y conocen en Ella las insondables riquezas dadas a la Humanidad de Cristo; quienes más se abisman, en unión con Ella, en la adoración de Dios, sintiéndose con Ella pequeñitos y como nada ante la infinitud divina.

Y cuanto más ponderen el amor humano de Cristo al Padre, y el amor de la Virgen María, sabiendo que es nada comparado con el amor del Padre a Ellos, más altamente sentirán agradecidos de la infinitud incomprensible del amor que el Padre les tiene, y del que por Ellos y en Ellos nos tiene a nosotros como miembros de Cristo e hijos de su Madre.

Si no hay otra vía para llegar al conocimiento del Padre y de su amor si no es el Hijo, tampoco hay otra vía para llegar al conocimiento del Hijo y de su amor que LA AMADA de su Corazón, la Virgen María. Y así nos es María absolutamente necesaria para llegar al Padre, como medio hacia el Hijo, y como asociada al Hijo.

Cuanto más en Ella nos gocemos y en su abismática grandeza nos perdamos, más nos adentraremos en Dios, y más altamente sentiremos de su infinito amor e infinita grandeza.

Capítulo IX

LA LUZ QUE ILUMINA LOS DONES Y PRIVILEGIOS DADOS POR DIOS A MARIA

«Dios es luz.»

(1 Joan. 1,5).

«Dios es mi luz.»

(Miq. 7,8).

«Y apareció en el cielo un gran prodigio: una Mujer vestida de Sol.»

(Apoc. 12,1).

La revelación nos detalla algunos de los aspectos de la donación peculiar que Dios ha hecho de sí mismo a la Virgen María. Es lo que solemos llamar dones, privilegios o grandezas de María.

Toda formulación de fe tiene un contenido riquísimo, inagotable, puesto que su objeto en definitiva es siempre Dios —por la fe conocemos a Dios por lo que El mismo nos dice: creemos a Dios de Dios—, y su comunicación sobrenatural a la creatura.

Pero nuestra penetración de ese contenido es frecuentemente del todo superficial, hasta el punto de no decirnos

casi nada, no impresionarnos apenas. Es que aceptamos la proposición material que Dios nos hace, pero carecemos de luz interior que la ilumine; o, teniendo esa luz, perezosamente dejamos de usar de ella. De ahí que hemos de procurar que nuestra fe sea más viva, crezca siempre en profundidad de conocimiento, y en sabor y gusto de las cosas divinas, hasta llegar a informar toda nuestra actividad y nuestro ser, de modo que se cumpla en nosotros lo que dice la Escritura: «El justo vive de la fe» (Habac. 2,4; Rom. 1,17; Hebr. 10,38; Gál. 3,11).

1. El plan divino eterno es la luz que ilumina la figura de María

La luz que iluminará para nosotros los privilegios, dones y grandezas de María, es el plan divino eterno acerca de Ella, que hemos intentado describir.

El dogma de la Inmaculada nos dejará fácilmente fríos. Pero nos adentraremos en la profundidad de su significado y gustaremos de verdad su grandeza, si vemos a las tres divinas Personas comunicando a la Virgen su misma santidad divina según toda su capacidad obediencial.

Entonces la santidad de María nos deslumbrará, y sabiendo que es santidad de nuestra Madre —y por tanto verdaderamente nuestra—, nos consolará y llenará de gozo y confianza, a la vez que nos moverá a imitarla con su ayuda materna.

Igualmente todos admitimos que María es Madre de Dios; pero esa Maternidad fácilmente nos deja fríos, apenas nos dice nada. Mas el panorama varía enseguida si consideramos la acción de las tres divinas Personas en la encarnación del Verbo y en la Madre del Hijo Unigénito del Padre, el volcarse en Ella como a porfía las Tres Personas para divinizarla con sus dones. Y lo mismo se diga de la amplitud de corazón que la confieren al hacerla Madre nuestra, corredentora, o beatificada en los cielos.

2. Como el amor a Cristo lleva al Padre, el amor a María lleva a Cristo

La fidelidad perfecta de María, su docilidad siempre plena a Dios, hace que su grandeza nunca pueda rivalizar con la de Dios, u oponerse a sus divinos designios. Ella es siempre «la esclava del Señor», atenta sólo a cumplir su beneplácito.

De ahí que su omnipotencia suplicante nada obste al poder divino, o al poder de su Hijo. Nada pedirá jamás, nada puede pedir, que no sea agradable a Dios, que Dios no desee que pida. María está toda entera consagrada al triunfo del plan divino, como instrumento perfecto del cumplimiento del divino beneplácito. Y Ella es en cada instante, y bajo todos los aspectos, tal cual Dios la desea.

Por eso, quien creyere que la adhesión a la Virgen, la devoción a Ella, el enamoramiento de Ella, le fuera a apartar en poco o en mucho de la adhesión, la devoción o el enamoramiento de Cristo o de Dios, erraría de modo similar al que creyera que la adhesión, devoción y tierno amor a Cristo le iba a separar del Padre.

Por el contrario, no hay modo de llegar al Padre si no es por Cristo, que es «la Puerta» y «el Camino» (Joan. 10,9; 14,16); ni modo de llegar a Cristo y enamorarse de El, si no es por María.

3. Principales dones divinos hechos a María

A esa luz, pues, contemplaremos los dones de la Virgen María, fijándonos solamente en los que creemos más fundamentales: su santidad negativa y positiva —dogma de la Inmaculada Concepción—; su doble Maternidad —Madre de Dios y madre de la Iglesia, de ángeles y hombres—; la virginidad de su doble maternidad y las principales consecuencias de ella —corredentora, mediadora, administradora de todos los dones divinos—; su asunción y realeza como primicias de los muertos asociada a Jesucristo; su visión bea-

tífica y la función que en ella desempeña con relación a los bienaventurados.

Algunos de esos aspectos se trataron ya en LA VIRGEN Y EL CORAZON DE JESUS: todo lo que allí se ha dicho se supone aquí, y no se repetirá.

A cada privilegio como don divino que nos muestra a María como LA AMADA de Dios, añadiremos la correspondencia amorosa de la Virgen al don de Dios, que nos la muestre como la perfecta AMANTE del Corazón de Jesús, y modelo al que hemos de imitar.

Contra nuestro plan primero de hacer esto en libro aparte, hemos decidido incorporarlo en éste, tanto para no escindir a María tratando separadamente lo que Dios le da y su correspondencia, como para lograr una mayor brevedad y condensación, evitando multiplicar los libros.

Sólo advertiremos que, si en los dones de Dios podemos caminar seguros al basarnos en el dato revelado, en la explicación psicológica de la correspondencia de María —que sabemos por fe fue perfecta—, hay no sólo un mayor margen de iniciativa personal, sino también menos seguridad, y, hasta si se quiere, más arbitrariedad.

Por lo mismo, cada cual use de lo que en este aspecto digamos o hubiéremos de decir según ayude o fomente su personal devoción a la Dulce Virgen y Madre nuestra.

4. María es la gloria de Cristo

Advirtamos finalmente que todos los dones y privilegios de María, así como su misma correspondencia perfecta a esos dones, no sólo son un don de Cristo a Ella, sino también la gloria de Cristo. Si Cristo es la gloria del Padre, María es la gloria de Cristo.

El Padre da su Hijo al mundo mediante la encarnación, comunicándolo totalmente a la naturaleza humana, para que el mundo conozca cuánto el Padre ama a su Hijo, y así el Padre sea conocido y glorificado.

Pero ese Hijo que se da al mundo tiene a su vez que manifestar la eficacia del amor de su Padre entregando a

una creatura el don que recibe. Y por eso, igual que es gloria del Padre el manifestar su Hijo al mundo por la Encarnación, igual es gloria del Hijo, exactamente idéntico e infinito con el Padre, manifestar la intensidad de ese amor infinito con que es amado comunicándolo a la Virgen María. María es la gloria de Cristo, y la honra del Hijo, puesto que en Ella se muestra la eficacia total del don que el Padre ha hecho de sí mismo al comunicarse a su Hijo.

Jesús nos dice: «Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo» (Mt. 11,27).

Mas sólo es glorificado el Padre al ser conocido, y sólo es glorificado el Hijo al revelar el conocimiento que tiene de su Padre. Por eso, la verdadera glorificación del Hijo consiste en revelar a la Virgen María el mismo conocimiento, la misma plenitud, que El tiene, en cuanto hombre, del Padre. Por eso, toda la creación se ordena a María; María se ordena a Cristo, como gloria de Cristo; Cristo al Padre, como gloria del Padre.

Y por eso en el Reinado del Corazón de Jesús, que en la tierra ha de establecerse, es María la encargada de traer ese reinado: el imperio de Jesús es obra de su Madre, porque es Ella la encargada de llevar consigo toda la creación a Cristo, para que Cristo la entregue y someta al Padre. Ahí está la vinculación estrechísima entre María y su Hijo, que viene exigida por la manifestación de Cristo como Hijo del Padre.

Siendo, pues, María, la gloria del Hijo, y buscando siempre y en todo el Padre la gloria de su Hijo Unigénito, aparece evidente que nada habrá negado el Padre a la Virgen de cuanto estuviera en su mano omnipotente el concederle. Todo cuanto Dios pueda conceder a María, indudablemente se lo ha concedido.

Principio claramente admitido por Pío XII, cuando lo aplica como indubitable al privilegio de la Asunción: «Y pudiendo (Cristo) honrarla con tan grande honor, preservándola inmune de la corrupción del sepulcro, ha de creerse que realmente así lo hizo» (Denz. 3031).

Siendo, pues, María, la gloria de Cristo, todo honor, todo privilegio, toda grandeza posible, le ha sido otorgada.

LIBRO II

TODA SANTA O PANAGIA

LA SANTIDAD ONTOLOGICA DE MARIA

«Ave María, llena de gracia.»

(Lc. 1,28).

«Vapor de la virtud de Dios, y encarnación verdadera de la claridad del Omnipotente, nada manchado cae en Ella; Ella es resplandor de la Luz eterna, espejo sin mancha de la Majestad de Dios, e imagen de su bondad... comparada a la luz, fue hallada más pura.»

(Sab. 7,25-30).

«Haciéndola inmensamente superior a todos los espíritus angélicos y a todos los santos, Dios la enriqueció tan maravillosamente de la abundancia de todos los carismas celestiales, extraidos del tesoro de su misma Divinidad, que Ella, libre siempre de toda mancha de pecado, y toda hermosa y perfecta, ostentase en sí tal inocencia y tal plenitud de santidad, cual en modo alguno pueda concebirse mayor bajo de Dios, ni fuera de Dios pueda alcanzarse a pensar.»

(Pío IX, *Bula Ineffabilis*).

El primer efecto de la inserción de la Virgen María en la Trinidad Beatísima, como Hija del Padre, Madre del Hijo, y Esposa del Espíritu Santo, es su participación plena en la santidad divina. Ella es la *Panagia* o «Toda Santa», como la llamó la Iglesia Griega. Es decir, la totalmente asimilada y transformada en Dios, pues eso es la santidad.

La santidad atrae la mirada complaciente y amorosa de Dios, que se ve a Sí mismo reflejado y como copiado en el alma santa. Esta merece verdaderamente que Dios la ame, se complazca en ella, y en conversar y tratar con ella tenga sus delicias (Prov. 8,31).

Si la elección de María, de que hablamos en el Libro I, es totalmente gratuita, sin que Ella hiciera, ni aun pudiera hacer nada, para merecerla, una vez constituida en la existencia como «Toda Santa» ya verdaderamente *merece* que Dios la ame, que en Ella ponga sus complacencias como en Amada Unica.

Ese merecimiento, al crecer su semejanza divina hasta llegar al confín mismo de la Divinidad, alcanza un grado tal que de verdad merece el ser Madre de Dios.

Mas nuestros méritos no dejan de ser, en último término, misericordias de Dios (San Agustín).

La santidad de María es dación de Dios a Ella, acción de Dios en Ella, aunque sea también la correspondencia maravillosa de Ella al don de Dios.

La santidad en el primer sentido, de recepción pasiva en Ella de la transformación en Dios, puede llamarse santidad ontológica: no hay más ser en la creatura que el que Dios

pone en ella. Y Dios «hizo grandes cosas» en María, como Poderoso que usa en Ella de todo su Poder u Omnipotencia (Lc. 1,49).

La correspondencia activa de María al don de Dios constituye su *santidad moral,* consistente en la conformidad activa de su voluntad con la de Dios.

Ambas santidades son importantes, y correlativamente necesarias. El don de Dios —santidad ontológica— quedaría en todo o en parte frustrado, si la libertad de la Virgen lo hubiera resistido. Y la conformidad activa de María con la voluntad divina de nada le hubiera servido, y aun ni siquiera pudiera haberse dado, de no prevenirla Dios con su don.

La santidad es *una* con dos facetas o vertientes: la acción divina, y la acción de la creatura que libremente corresponde al don de Dios.

La faceta que sin duda lleva la primacía —aunque ambas sean necesarias— es la de la acción divina, porque infinitamente más importante y eficaz es la acción de Dios que la de la creatura.

Dejando para el Libro siguiente la santidad moral de María —su correspondencia activa a Dios—, trataremos en éste de su santidad ontológica, del don con que Dios la enriqueció.

Tras un capítulo general sobre la santidad de María, pasaremos a exponer su santidad negativa —ausencia de cuanto a Dios pueda ser desagradable— (cap. II-IV), y su santidad positiva o plenitud de gracia hasta llegar a la cima de toda gracia en su Maternidad divina (cap. V-VII). Y terminaremos sugiriendo cómo crece eternamente la manifestación de esa gracia en su actuación con relación a Cristo, a nosotros, y a todo el universo (cap. VIII-IX).

Capítulo Primero

LA SANTIDAD DE LA VIRGEN MARIA

«Vapor es de la virtud o poder de Dios, y como una emanación verdadera de la claridad de Dios Omnipotente, y por eso, nada manchado cae en Ella; pues Ella es blancura o resplandor de la Luz eterna, y espejo sin mancha de la Majestad de Dios, e imagen de su bondad... Ella es más hermosa que el sol, y más armoniosa que toda la ordenación o disposición de las estrellas; y comparada a la luz, es hallada superior y más pura. Pues a la luz sucede la noche, mas a la Sabiduría no la vence la maldad.»

(Sab. 7,25-30).

«Huerto cerrado, hermana mía, esposa; huerto cerrado, fuente sellada.»

(Cant. Cant. 4,12).

1. La Trinidad, sede y fuente de toda santidad

La primera consecuencia de la inserción de la Santísima Virgen en la Trinidad es su santidad extraordinaria.

Ella es la «Toda Santa», porque toda santa es la Trinidad beatísima. Por eso cantamos en la Misa: «Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos: llenos están los cielos y la tierra de tu gloria». Y al proclamar así la santidad trinitaria no hacemos sino asociarnos al himno entonado por los mismos ángeles en el cielo, según los viera Isaías incansablemente repitiendo: «Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos» (Is. 6,3).

La santidad dimana de la esencia divina y de cada una de las tres Personas de la Trinidad en corriente infinita. Por eso la Virgen María, vinculada a las tres Personas, es totalmente santa por partida triple: santa como Hija del Padre, santa como Madre del Hijo, santa como Esposa del Espíritu Santo.

Es esa santidad la que especialmente veneramos en el misterio de la Inmaculada Concepción. Precisamente porque en el plan divino está María inserta en la Trinidad Beatísima, cuando ese plan empieza a ejecutarse, en el primer instante de la existencia de la Virgen, ya es toda santa, porque toda inmersa en la Santísima Trinidad.

De ahí el nombre de *Panagia* o «Toda Santa» con que el pueblo griego la ha invocado. Y con que también nosotros la invocamos en la oración mariana por excelencia: «*Santa* María, Madre de Dios...»; y también: «Salve, María, *llena de gracia*» —gracia es lo mismo que santidad—.

2. Sólo por medio de Cristo participa la creatura la santidad trinitaria

¿Qué es la santidad?

En el Gloria de la Misa profesamos que sólo Dios es santo, en su triple personalidad: «Porque tú solo *santo*, tú solo Señor, tú solo Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo, en la gloria de Dios Padre».

Si sólo Dios es santo, toda santidad creada será comunicación de la santidad divina, comunicación de Dios, deificación de la creatura. Por eso, la gracia santificante —la que nos santifica o hace santos— nos convierte en deiformes, nos da la forma de Dios, nos deifica.

Santidad es así la unión transformante con Dios, que nos hace vivir de su misma vida interna trinitaria.

La unión con Dios transformante y deificadora se hace exclusivamente por medio de Jesucristo, el Verbo Encarnado, hecho hombre por nosotros: Dios se hizo hombre para hacer dioses a los hombres (San Agustín). Es nuestra inserción a Cristo como miembros vivos lo que verdadera y propiamente nos hace participar de su Vida divina, vivir de su misma vida.

Injertados en El, quedamos divinizados con El. Por eso es a Cristo a quien especialmente nos referimos en el Gloria cuando decimos: «Tú solo santo, tu solo Señor, tú solo Altísimo, Jesucristo», para indicar que nuestra santidad sólo de El puede derivar.

Es así la santidad verdadera deificación por la gracia santificante, que nos deriva de nuestra inserción a Cristo «lleno de gracia y de verdad... de cuya plenitud todos nosotros recibimos gracia sobre gracia» (Joan. 1,14.16).

La deificación aparecerá manifiesta en la gloria, donde «seremos semejantes a El —a Dios—, porque le veremos como El es» (1 Joan. 3,2): nadie puede ver a Dios como El es, si no es el mismo Dios; si, pues pese a todo, le veremos como es, es porque habremos sido elevados al plano de Dios.

Mas la transformación en Dios que en la visión divina se manifiesta, ya la posee el alma, aunque latente, en esta vida terrena. Para ir a la vida eterna es condición necesaria que ya aquí hayamos llegado a ser imagen de Dios, conformándonos a su Hijo: «A los que Dios eligió, predeterminó hacerlos conformes a la imagen de su Hijo» (Rom. 8,29). Conformación que mira especialmente a la pasión y sufrimientos de Cristo: «Seremos con El glorificados, mas a condición de que ahora padezcamos con El» (Rom. 8,17).

La santidad en vida es esta transformación en Cristo, esta

conformación con El. Su fin y término es la vida eterna, en la visión de Dios: «Tenéis vuestro fruto en la santificación; y como fin, la vida eterna» (Rom. 6,23).

La santidad ontológica comprende un doble don divino: uno increado, que es la presencia del Espíritu Santo en el alma; otro creado, que es la gracia santificante, o modificación divina interior que el Espíritu Santo causa en todo nuestro ser, imprimiéndose en él como un sello en la cera, dándonos así su propia forma divina.

La santidad moral es la conformidad de nuestros actos libres —obrados bajo la moción del Espíritu Santo, y procedentes del mismo Espíritu Santo y de nuestra naturaleza ya deificada, dócil a su moción— con el beneplácito divino. Tales actos, al ser divinos, aumentan nuestra misma similitud ontológica con Dios, hacen crecer nuestra gracia santificante.

3. Grados de santidad participada

La santidad, la similitud con Dios o deificación, admite grados.

El grado inicial es don puramente gratuito de Dios, que lo concede a cuantos se disponen. Se adquiere por el bautismo, o por un acto de amor perfecto a Dios con deseo, explícito o implícito, del bautismo.

El aumento de gracia se puede merecer por los actos ejecutados bajo su influjo, que por lo mismo son divinos: se nos da así «gracia por gracia» (Joan. 1,16). Y también se puede obtener por don puramente gratuito de Dios —*ex opere operato*—, mediante los sacramentos. Y lo que más obstaculiza ese crecimiento de transformación en Dios es nuestra resistencia a la moción del Espíritu Santo.

El término de esa transformación, la plenitud de la gracia que Dios tiene a cada uno reservada o predestinada, nos lleva a reproducir en nosotros a Dios entero, a todo Dios, aunque no totalmente. Cuando ahí llegamos, entonces contemplamos a Dios como es en Sí, pues tenemos su misma forma, aunque no lo conozcamos exhaustivamente, no

lo comprendamos, por ser infinito. Pero al conocerlo como es en Sí, lo conocemos como infinito, aunque sea siempre finito el modo con que le conocemos.

En ejemplo muy inadecuado, podríamos ilustrar este crecimiento de la gracia considerando al alma como un espejo, que ha de reflejar en sí misma a Dios.

Un fragmento de espejo refleja ya verdaderamente la faz que se le pone delante; pero no toda la faz, sino sólo parte, por la pequeñez del fragmento. Si vamos aumentando el espejo, reflejará cada vez más de la faz. Cuando el espejo sea suficientemente grande, reflejará ya totalmente el objeto que se le ponga delante: lo reflejará entero; y lo reflejará como es. Pero ni aun entonces totalmente, comprensivamente: me mostrará el rostro como es, conoceré en sí misma a la persona reflejada, pero no en todos los aspectos ni aun superficiales, y mucho menos en su interior.

Tal sucede con la gracia, que nos convierte en espejo de Dios. Ya la inicial nos hace de verdad reflejar a Dios, gustar de Dios. Pero sólo cuando alcance la plenitud que Dios nos tiene determinada como a diferentes miembros de Cristo nos capacitará para reflejar a Dios entero, a Dios total, como es en Sí. Mas ni aún entonces totalmente, por su infinitud y la limitación de nuestro modo propio de creatura.

De ahí el crecimiento que el conocimiento de Dios tendrá en el cielo, sin que en toda la eternidad acaben las sorpresas del alma. El reflejo del espejo, siendo siempre de toda la persona reflejada como ella es, variará de continuo según las diferentes posiciones que la persona reflejada adopte, y así el conocimiento de la persona, adquirido por esos reflejos, será cada vez, no más propio —cada reflejo reproduce con propiedad y exactitud—, pero sí más rico, más completo.

Y siendo infinita la perfección de Dios, la riqueza de conocimiento del bienaventurado aumentará toda la eternidad, sin jamás llegar a comprender o reflejar toda la plenitud de Dios.

4. Santidad negativa y positiva de la Virgen María

Siendo la santidad unión con Dios, transformación en Dios, si la Virgen María está en el plan divino como Hija del Padre, Madre del Hijo, y Esposa del Espíritu Santo, no podremos concebir mayor unión con Dios en la triple relación trinitaria. Se da por consiguiente en María una santidad mayor que cuanta nosotros podamos concebir: nunca la alcanzaremos como es, como nunca concebiremos cómo es la santidad divina.

La Santidad tiene dos aspectos: aspecto negativo, y aspecto positivo.

El aspecto negativo consiste en que algo no tenga nada que desagrade a Dios, carezca de mancha. Y eso es lo que propia y directamente se contiene en el dogma de la Inmaculada.

La definición de Pío IX mira directamente, más al aspecto negativo —ausencia de pecado, de imperfección—, que no al aspecto positivo de la plenitud de gracia.

Indirectamente, mira también de modo claro al aspecto positivo: por una parte, porque el pecado consiste esencialmente en la *privación de gracia;* por otra, porque la Virgen está exenta de toda mancha y de todo pecado —y eso es lo que significa Inmaculada: sin mancha—, pero está exenta en virtud de la plenitud de gracia que en Ella vierte Dios.

Por eso, aunque la definición de Pío IX mira directamente a la exención del pecado, toda la exposición que va haciendo a lo largo de la Bula *Ineffabilis* —tan maravillosa, que se ha llamado el Evangelio de la Virgen—, nos pone de continuo ante los ojos la plenitud de gracia que adorna a María, hasta el punto de decirnos que, después de Dios, no puede ni aun concebirse una santidad como la de Ella.

Esto es como decirnos que Dios hizo en la Virgen cuanto su omnipotencia podía hacer —si algo no hubiera hecho, podría concebirse una santidad mayor—. Por eso es absolutamente inconcebible lo que en Ella hace.

5. María, espejo sin mancha que refleja la plenitud de la Majestad de Dios

Podríamos ilustrar esas dos clases de santidad con el símil del espejo. La misma Escritura nos lo sugiere, al llamar a María «espejo sin mancilla, que refleja en sí misma la plenitud de la Majestad de Dios» (Sab. 7,26).

Un espejo sin mancha, he ahí la santidad negativa: nada hay en él que modifique la imagen de Dios, si allí se pone. Pero puede ese espejo estar a oscuras, es decir, sin luz, sin gracia, sin nada reflejado en él.

Extremando el concepto, podríamos decir que una piedra, ante Dios, es inmaculada: no tiene ninguna falta o defecto moral, nada que a Dios desagrade. Pero tampoco tiene gracia alguna, no refleja en sí la imagen de Dios.

Es igualmente frecuente el caso de dos personas en gracia —y por tanto santas—, en que teniendo una más santidad positiva que otra —más gracia—, por poseer amor más intenso y ejercicio más heroico de virtudes, tenga al mismo tiempo menos santidad negativa, por estar afectada de pecados leves e imperfecciones que la otra no posea.

Un santo adulto tendrá más gracia y más unión positiva con Dios que un niño recién bautizado —o, si se prefiere, que él mismo cuando fue bautizado—; y, al mismo tiempo, menos santidad negativa, a causa de las pequeñas infidelidades de que ningún justo se libra en esta vida (Prov. 24,16), y de las que, en cambio, está exento el niño.

Todo ello nos muestra que la santidad positiva es la verdaderamente importante, aunque cuando llega a ser perfecta necesariamente incluirá también la perfecta santidad negativa.

La total santidad negativa es necesaria para la plenitud de la santidad positiva o gracia santificante que Dios quiere en la Virgen, puesto que la quiere «espejo sin mancha», que refleje en sí misma la plenitud de la claridad divina (Sab. 7,26).

Si reflejamos nuestro rostro en un espejo manchado, aparecerá con la mancha que haya en el espejo; y si reflejamos

una luz, la luz estará modificada y afectada por la mancha del espejo.

Del mismo modo, cuando uno tiene desorden, pecado, alejamiento de Dios en su corazón, manchas en su interior, refleja a Dios, sí; pero lo refleja viciándolo, manchando la imagen de Dios que en sí refleja.

Imposible es sucediera esto en la Virgen María. Por eso está definido que no hay en Ella mancha ni imperfección alguna.

Ella es como un espejo cuya razón de ser es sólo espejo, mera recepción. Diríamos que la Virgen es la potencialidad pura y pasiva por excelencia, en una renuncia total de sí misma, que se limita a reflejar lo que Dios quiera de Sí mismo poner en Ella, sin aportar Ella nada, para no modificar ni viciar la imagen de Dios en Ella reflejada.

Un espejo así, que llega a perder su misma materialidad, que reduce todo su ser a la capacidad y al acto de reflejar, cualquier cosa que refleje, tendrá en él la misma realidad, la misma apariencia, la misma hermosura, la misma figura, que el objeto que se refleja; aunque en el objeto propia, en el espejo recibida.

Por eso se da en la Virgen la infinitud de Dios; pero recibida. Como en un espejo se da la faz de aquel que en él se mira, y, si no hay mancha alguna en el espejo, la faz será totalmente perfecta, sin modificación; pero en el espejo es recibida, totalmente dependiente de aquél que se da, que se refleja.

Dios ha amado a la Virgen con amor infinito y eterno, y así se está siempre dando a Ella: siempre está Ella llena de la imagen de Dios; y al ser sin mancha, sin nada propio, al mirarla a Ella sólo a Dios contemplamos, sólo a Dios vemos.

Y como Dios es luz inaccesible (1 Tim. 6,16), luz infinita, podemos considerar a María como un espejo, no ya en que se refleja el sol, sino en que el Sol divino se pone dentro, está dentro.

Si en una esfera de cristal, que no tuviera apariencia ninguna del cristal, ningún color que la hiciera visible, totalmente incolora, que no pusiera absolutamente nada fuera

de la luz que refracta, pusiéramos el sol, la esfera parecería el sol, no habría modo de distinguirla del sol; y, al verla, sólo veríamos al sol; contendría al sol, como la Virgen contiene a Dios.

Así lo canta maravillada la Iglesia: «Aquel a quien todo el universo no puede contener, quiso ser contenido y llevado en tu seno»: Dios quiso contenerse en la Virgen María, ponerse todo entero en su seno por la encarnación del Verbo. Y entonces María queda totalmente transformada en luminosidad divina y en santidad positiva: Es la Mujer vestida de sol (Apoc. 12,1); es el mismo Dios comunicado a su ser.

Para que esa comunicación se verifique sin modificación en lo comunicado, se requiere que Ella sea sin mancha, es decir, no ponga nada que frene a Dios, que modifique la imagen divina.

Debiendo tener unión tan íntima con el que es la misma pureza y santidad, la pureza divina hubo de redundar en Ella, de modo que fuere sin mancilla.

La misma limpieza de Jesús —Hijo de Dios e hijo de María—, fue la limpieza suya. En Jesús como propia, por derecho personal. En Ella comunicada y recibida, por privilegio, debido al amor especialísimo con que su Hijo la ama, y al acto redentivo del todo peculiar que con relación a Ella tuvo (Escoto).

Todos estos aspectos y matices de la santidad de la Virgen están bellamente resumidos en el Libro de la Sabiduría (7,25-30): «Nada manchado cae en Ella; candor es de la Luz eterna (de Jesús, "luz del mundo"), y espejo sin mancha de la Majestad de Dios —que "habita corporalmente en Jesucristo" (Col. 2,9)—, e imagen de su bondad: más hermosa que el sol, más pura que la luz; porque a la luz sucede la noche, más a María nunca la venció maldad, ni entró en Ella oscuridad de pecado».

María, espejo de Dios: el ser espejo sin mancha, he ahí su santidad negativa; el recibir y contener en sí la Luz eterna del Verbo encarnado, para ser en El totalmente transformada, he ahí su santidad positiva.

No pudiera ésta ser perfecta si Ella tuviera alguna mancha, como no puede el espejo manchado transformarse todo

en luz —la mancha no reflejaría esa luz, sino que destacaría *como mancha* al ser iluminada—. Pero dado ya el espejo sin mancha —el alma de María—, y colocado en él el sol divino de justicia, Cristo Jesús, por la Maternidad, la Virgen queda del todo transformada en Jesucristo. Quien la mire a Ella no verá sino a Jesús, como el que mire a ese espejo no verá sino luz, y ya no espejo.

El espejo sin mancha, prescindiendo de la luz, he ahí una imagen de la santidad negativa; el espejo sin mancha, pero inundado de luz, he ahí la santidad positiva. La luz es Dios: la santidad positiva es Dios en el alma.

6. María, huerto cerrado, fuente sellada

Los varios aspectos de la santidad de María se hallan también hermosamente expresados en una frase del Cantar de los Cantares (4,12): «Huerto cerrado, hermana mía, esposa; jardín cerrado, fuente sellada».

En jardín cerrado no entra animal dañino; en fuente sellada no cae polvo que enturbie sus cristalinas aguas. El alma de María se nos presenta como jardín en que Dios se deleita, cerrado a cuanto pudiera profanarla o afearla; su voluntad como una fuente, de donde manan sin interrupción las aguas del amor que saltan hasta la vida eterna, sin que el más tenue polvillo de imperfección haya jamás podido enturbiar ese amor.

La cerca de ese jardín, el sello de esa fuente, no es otra cosa que el mismo amor de Dios a Ella, que así la preservó: su santidad es efecto del amor que Dios la tuvo, un don de Dios.

El mismo Jesús es el sello de su voluntad, fuente de vida. Jesús que la dice en el Cantar de los Cantares (8,6): «Ponme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo».

Cristo es el sello de todos los afectos y de todas las actividades de la Virgen. Y como Jesús es todo El pureza, nada impuro ni manchado dejó pasar al alma de María, su AMADA sobre todas las creaturas.

7. Aspectos varios de la santidad de María

El dogma de la santidad negativa de la Virgen contiene tres elementos: El primero es la exención en Ella del pecado original que todos heredamos. El segundo es su exención de la concupiscencia, consecuencia en nosotros del pecado original; probablemente, y derivando de su perfecta integridad, exención también de toda enfermedad y muerte, que, aunque no constituyan imperfección moral, son actualmente consecuencias del pecado original —de esta última exención probable no trataremos, por no afectar a la santidad—. El tercero, exención en la Virgen de todo pecado personal, ya mortal, ya venial, ya simple imperfección responsable.

En la Virgen María no hay absolutamente nada que desagrade a Dios, en poco o en mucho. No lo hay, ni lo ha habido jamás. Eso es lo que la Iglesia nos enseña como dogma que hemos de creer.

El dogma de la santidad positiva afirma la plenitud de gracia en María, su inundación por Dios, desde el primer instante de su ser.

Plenitud que jamás perderá. Su capacidad se dilatará más y más, hasta llegar a ser Madre de Dios; pero siempre estará *llena*. Ella es «la llena de gracia», la «toda y totalmente santa» en cualquier momento de su existencia.

Veamos ahora de exponer brevemente estos grandes privilegios de María: ellos nos harán penetrar cada vez más las delicadezas inefables del Corazón de Jesús para con Ella.

Capítulo II

MARIA EXENTA DEL PECADO ORIGINAL

«Declaramos, pronunciamos y definimos, que la doctrina que afirma que la Bienaventurada Virgen María, en el primer instante de su concepción, fue, por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, y en atención a los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano, preservada inmune de toda mancha de pecado original, es revelada por Dios, y por tanto ha de ser creida por todos los fieles firme y constantemente. Por lo cual, si algunos —Dios no lo permita— presumieren sentir en su corazón de modo distinto a lo por Nos definido, éstos tales conozcan y sepan sin lugar a dudas, que por su propio juicio se han condenado, que padecieron naufragio en su fe, y que se han separado de la unidad de la Iglesia.»

(Pío IX, *Ineffabilis Deus*, 8 Dic. 1854. Denz. 1641).

Dios había infundido la gracia en Adán como en cabeza del género humano.

Si la conservaba, la transmitiría a todos sus descendientes, junto con la vida natural: sus hijos serían hijos de Dios, porque les transmitiría la misma naturaleza que él poseía, es decir, elevada por la gracia al orden sobrenatural.

Si la perdía, para todos sus descendientes la perdía, a los que transmitiría una naturaleza decaída del orden al que Dios la había gratuitamente elevado: sus hijos nacerían disconformes al plan divino, enemigos de Dios, cautivos del demonio, masa de perdición, verdaderos hijos de ira destinados al infierno.

1. Existencia del pecado original

Adán pecó. Y el desorden por el pecado introducido en su propia naturaleza lo transmitió a sus hijos, junto con esa naturaleza. Al mismo tiempo que daba a sus cuerpos la vida natural les transmitía la muerte del alma: verdaderos asesinos de sus hijos los llama San Bernardo (Homil. 2 *Super Missus est*), y aún asesinos antes que padres.

Todos los hombres empezamos la existencia en estado de pecado: pecado habitual, o estado de *privación* de gracia, inducido por el acto libre pecaminoso de nuestro primer padre.

El pecado no está en que carezcamos de gracia —la simple carencia no sería pecado, pues la gracia no es debida a ninguna naturaleza creada—; sino en que estamos *privados* de una gracia santificante que, en el designio divino, debía adornar nuestra naturaleza; y en que esa privación ha sido inducida por un acto libre pecaminoso —pecado originante o personal de Adán—.

El pecado original afecta formalmente, más que a la persona, a la naturaleza, a la que Adán libremente despojó del tesoro de gracia con que Dios la había embellecido; aunque también es en cierto modo personal nuestro, por cuanto todo lo de mi naturaleza es de mi persona.

Precisamente por ser pecado de la naturaleza —desorden

de la naturaleza que recibo, o *peccatum naturae* como lo llaman los teólogos—, nos impregna con su desorden, sin que mis actos personales puedan en algún modo remediarlo, pues ningún acto personal mío puede cambiar la naturaleza que he recibido.

Sólo la redención de Cristo podía remediarnos con una especie de *recreación*, que nos convierte en «nueva creatura» (Gál. 6, 15; 2 Cor. 3,17; Col. 3,10; Efes. 4,24), haciéndonos nacer de nuevo a la vida de la gracia (Joan. 3,15; 1 Petr. 1,23).

2. Transmisión universal del pecado original

La transmisión universal del pecado original es misterio de fe que hay que creer, pese a los cantos de sirena modernos que pretenden negarlo o disminuirlo.

Está claramente enseñado por San Pablo en su Carta a los Romanos (5,12-21).

El pecado se extiende a cuantos se extiende la muerte (Rom. 5,12), que es como su signo, manifestación y sello: la disgregación del cuerpo nos está recordando la muerte del alma.

Negar ese pecado es para San Pablo lo mismo que negar la redención de Cristo, pues ésta viene a repararlo. Así como en Adán todos morimos, así en Cristo seremos vivificados todos los que de El seamos engendrados por la fe; y así como por la desobediencia de uno solo entró el pecado en el mundo, y con el pecado la muerte, así por la obediencia de uno solo —Jesucristo— nos viene la justificación y la vida.

La vida que nos trae Cristo es con mucho superior a la que Adán nos perdió, y así cuantos se salvan tendrán mucha más gloria que si Adán no pecara: «No como el delito así fue el don... donde abundó el delito sobreabundó la gracia» (Rom. 5,15.20).

Esa vida la da Cristo directamente a la persona humana, no a la naturaleza. Por eso, aunque por el bautismo somos ya verdaderamente hijos de Dios, transformados en Dios, sin nada que en nosotros le desagrade, poseedores de la gracia,

la que dotó a Adán al crearle. Fue esa naturaleza la que quiso para él, y no otra posible no adornada con la gracia santificante; y era ésa la que había de transmitir a sus descendientes.

La naturaleza humana así elevada estaba dotada de tendencias y exigencias que sólo podían colmarse en la visión divina, para cuya asecución tenía capacidad —por la gracia—, siempre que usara bien de su libertad, asistida e informada por esa misma gracia.

Tenía también dificultades y enemigos superiores a la naturaleza humana no elevada, pero a los que podía fácilmente superar y vencer unido a Dios por la gracia que le informaba: entre esos enemigos destaca el demonio, naturalmente superior al hombre, pero totalmente inferior a él en cuanto constituido por la gracia en hijo de Dios.

En Adán se identificaba la persona y la naturaleza, pues él poseía la naturaleza que había de transmitir a todos los hombres: él era la humanidad. Por eso en los primeros capítulos del Génesis, Adán significa tan pronto el hombre en general, como el individuo Adán.

Adán pecó, y así perdió la gracia. La perdió para sí y para la naturaleza que poseía y había de transmitir. Saliendo los hijos semejantes a los padres en su naturaleza, es evidente que lo que Adán podía transmitir a sus hijos era su propia naturaleza cual él la poesía, cual había quedado tras el pecado.

Y esa naturaleza no era la del hombre hipotético natural, que jamás existió, sino la naturaleza de un hombre caído de su estado sobrenatural.

Una naturaleza caída, sin gracia. Pero que conservaba todas sus tendencias y exigencias hacia el fin sobrenatural a que Dios la había destindo, y que ya jamás podrá conseguir porque la gracia, ya perdida, era lo único que le daba capacidad para alcanzarlo.

Una naturaleza, por tanto, frustrada, fracasada, como lo es la de los condenados en el infierno, cuyo mayor suplicio es la privación de la visión divina a la que radicalmente se sienten ordenados.

Ni siquiera era capaz de alcanzar el fin hipotético natu-

ral, porque ese fin nunca le había sido asignado, y Dios no cambia sus designios porque el hombre peque: Dios nunca se arrepiente de sus dones. No existe así fin natural para el hombre, y por tanto tampoco medio alguno de alcanzarlo.

Desatada la concupiscencia, que la gracia ligaba, y fracasado el hombre, según acabamos de ver, en la consecución de los bienes espirituales y divinos que inútilmente exigía su naturaleza elevada pero ya caída, y sin otro fin que le pudiera servir de sustituto para en algún modo calmar sus apetencias, el resultado no podía ser otro que el desaliento y la búsqueda de una cierta compensación en las satisfacciones de orden sensible, por más que repugnaran a la razón.

La libertad permanece aún, pero herida y disminuida por esa atracción de la concupiscencia, ayudada de la inanidad con que se le presentan los esfuerzos para alcanzar el bien espiritual y divino hacia el que tiende, ya que nada que no sea infinito es capaz de saciarnos.

Y lo que quizá aun sea peor, así como queda en la naturaleza caída la exigencia y tendencia, ahora inasequibles, de la naturaleza elevada, así quedan también sus enemigos es decir, el demonio, naturalmente del todo superior al hombre desposeído del auxilio de la gracia, de la unión con Dios como aliado invencible.

Por eso, tras el pecado, no sólo incurre en la muerte, sino también «en la cautividad bajo la potestad de aquél, que tendrá en adelante el dominio de la muerte (Hebr. 2,11), es decir, del demonio» (Conc. Trid. ses. V, can. 1), que pasará a ser el verdadero «príncipe de este mundo» (Joan. 12,31; 14,30; 16,11; Efes. 6,12), bajo cuyo poder sufrirá el hombre la más abyecta esclavitud.

Adán se deterioró así tras el pecado tanto en cuanto al cuerpo como en cuanto al alma (Conc. Trid. ses. V, can. 1). No se reduce al estado natural, meramente hipotético e inexistente: sigue en el estado sobrenatural, pero caído de él. Lo que es mucho peor, porque así ninguna posibilidad le queda de evitar su ruina total.

Y esa naturaleza caída, que es la que tiene, es la única que puede transmitir a sus hijos, que así necesariamente

participan en su persona del pecado del primer hombre, por el hecho de recibir de él el ser.

En consecuencia, la humanidad, esclava del demonio, será anegada por tres ríos: río de sangre y muerte; río de lágrimas y dolor; río de fango y corrupción. Cuantos males nos aquejan y aquejarán, provienen de ese pecado original.

Dios concurre a la generación humana —como concurre a todo acto humano o de creatura—, poniendo su entidad, que es siempre buena. Pero Dios no es autor del pecado original.

Es verdad que crea el alma de cada uno; y la crea sin gracia santificante. Pero la creación de un alma sin gracia santificante no es acción mala, sino en sí buena.

El concurso de Dios en la generación se da para que los padres engendren a un ser con naturaleza semejante a la suya: Dios pone lo que a esa acción creada falta para dar eficacia a la generación. Y el concurso a la generación humana es, entre otras cosas, crear Dios el alma que, por ser espiritual, no puede provenir de los padres.

Dios no retira al hombre tras el pecado el poder de engendrar. Pero si ese poder de engendrar ha de terminarse en comunicar una naturaleza semejante a la suya, la naturaleza comunicada será una naturaleza caída, sin gracia. El concurso divino se da entonces para la transmisión de esa naturaleza, lo que lleva consigo la creación de un alma sin gracia santificante: así lo exige la naturaleza concreta de la generación humana a la que Dios concurre.

La creación del alma viene de Dios. El que Dios no le dé la gracia viene de los padres, cuya generación exige similitud de naturaleza en el ser que engendran. El resultado es el hombre sin gracia, poseedor de naturaleza decaída del estado en que Dios la quería en su designio eterno.

Los que en tal concurso divino quieran ver a Dios haciendo algo pecaminoso, adviertan que Dios concurre incluso a los actos pecaminosos de la creatura libre, poniendo lo bueno que hay en ellos —su entidad—, mientras la creatura pone la negación, el desorden, la falta de ordenación del acto al fin querido por Dios.

Y el pecado original así heredado, aunque tiene su fun-

damento en la naturaleza decaída transmitida, radica realmente en la persona, cuya es esa naturaleza. Es la persona el sujeto de atribución de la naturaleza y de todos sus actos. Es la persona quien se salva o se condena.

4. El remedio traído por Cristo: nueva generación sobrenatural

La redención de Cristo remedia el pecado original, así como todos los pecados personales por uno mismo cometidos. Lo remedia por una nueva generación, un nuevo nacimiento sobrenatural (Joan. 3,15), que nos hace nacer de nuevo «hijos de Dios» (Joan. 1,12.13), convirtiéndonos en nueva creatura (Gál. 6,15; Efes. 4,24).

Esa generación divina se hace por el bautismo —sacramento de regeneración—, o por el acto de amor a Dios hecho bajo el influjo de la acción gratuita del mismo Dios y la cooperación de nuestra libertad con la gracia actual con que nos mueve; pero siempre con deseo explícito o implícito del bautismo, sin referencia al cual no cabe regeneración.

Por ese amor y deseo, la Redención ha extendido su eficacia a todos los hombres de buena voluntad, incluso a cuantos nacieron y murieron antes de la venida de Cristo.

La gracia de filiación divina nueva mira directamente más a la persona que a la naturaleza. La persona en gracia queda sin pecado, agradable a Dios, hija de Dios, sin nada en ella que a Dios sea odioso.

Indirectamente afecta también a la naturaleza de la persona: no queda pecado en ella, pues si quedare, ese pecado sería de la persona, como es de la persona todo lo de la naturaleza. Y la persona en gracia no puede estar en pecado. Pero esa naturaleza, elevada por la gracia concedida a la persona, sigue siendo una naturaleza caída, aunque elevada de nuevo por la gracia. Elevada, pero aún no del todo transformada, pues quedan en ella, por ahora, múltiples consecuencias del pecado original, y una debilidad extrema, que

sólo la acción de la gracia va paulatinamente curando, y a cada instante contrarrestando.

Por eso, y porque transmiten a los hijos la naturaleza que ellos recibieron —en pecado—, y no la adquirida nueva por la gracia, aun los padres ya santificados les transmiten, al engendrarlos, el pecado original, una naturaleza decaída y sin gracia, no la naturaleza ya elevada en ellos por la gracia. Esto es de fe (Conc. Trid. ses. V, can. 4): de fe el hecho, prescindiendo de la explicación que intentamos dar.

Pero acerca de ésta, obsérvese también que en toda generación que conocemos, los padres comunican siempre a los hijos el ser en la misma forma inicial en que ellos a su vez la recibieron, no en la forma adulta que ellos poseen.

Cristo quiso dejar estas lacras en la naturaleza del ya renacido para que le sirvan de mérito en el combate, le hagan sentir el poder de su gracia para superarlas, le obliguen a invocarle a El de continuo como a su Salvador, y le mantengan alejado del orgullo que acabaría condenándolo por mucho que hubiere crecido en santidad.

De ahí que la cura que de nuestra naturaleza hace Jesús no sea por ahora completa. Se irá haciendo gradualmente a lo largo de la vida en el alma fiel, para ser completa en la muerte.

La redención de Cristo se mostrará en toda su grandeza, por lo que mira al alma, en la visión beatífica; por lo que mira al cuerpo, en la resurrección gloriosa.

Entonces veremos que la salvación traída por Cristo es sobreabundante, incomparablemente superior a la que en Adán perdimos. Pero por lo mucho que nuestro Salvador nos quiere, no permite aparezca en todo su esplendor hasta que la perfección del amor ya adquirido evite todo peligro de soberbia.

Por eso esperamos gimiendo la compleción de la redención de Cristo (Rom. 8,23). Pero cuanto más sean nuestras lágrimas al sembrar, tanto mayor será nuestra alegría en el día de la cosecha: «Iban llorando, al echar su semilla; pero vendrán cosechando con gritos de júbilo» (Sal. 125,6).

Entonces cantaremos con verdad y experiencia lo que ya

en fe canta la Iglesia: «Oh feliz culpa, que nos mereciste tal y tan grande Redentor» (Liturg. Sábado Santo: *Exultet*).

Hemos querido intentar explicar el pecado original, no porque debamos creerlo por explicación alguna, sino para si por si acaso pudiéramos ayudar a algún vacilante, ante los errores modernos, a mantener su fe; y para que los que sólo en fe lo creen —como ha de ser—, penetren más la providencia y justicia divinas, y el infinito amor de nuestro Redentor.

Respecto a la justicia de Dios en la transmisión de ese pecado, remitimos al lector, si lo dicho no le bastare, al ejemplo o parábola que dimos en EL AMOR (lib. I, cap. VI, 2), y que por eso no repetimos aquí.

En cuanto al amor de nuestro Redentor y la transformación gradual que su gracia obra en nuestra naturaleza caída, hasta alcanzar la transformación plena que destruya los últimos restos del desorden introducido en ella por el pecado original, recordemos que «nos estamos haciendo hijos de Dios» (Joan. 1,12).

Es decir, Cristo nos engendra a la vida sobrenatural, pero como hijos pequeñitos, recién nacidos (1 Petr. 2,2) —mejor aún: todavía en el seno de la madre—, en quienes pueda volcar toda la intensidad de su ternura, cariño y protección. Nuestro desarrollo no alcanzará su plenitud hasta que veamos a Dios: sólo entonces se manifestará en todo su esplendor la perfección de la filiación divina que nos ha sido dada por Cristo, cuando «seremos semejantes a Dios, porque le veremos como El es» (1 Joan. 3,2).

Hasta entonces, lo que falta a la debilidad propia de nuestro ser de hijos pequeños, será abundantemente suplido por el cariño de nuestro Padre celestial y de nuestra Madre del cielo, y remediado por la gracia de Jesús, en cuantos a ellos recurren por la oración, como el niño recurre en todo a sus padres. Quiso Dios empezáramos débiles para obligarnos al trato con El y así formarnos en el amor.

5. Cristo exime a la Virgen de contraer el pecado original

La Virgen María fue eximida del pecado original en atención a los méritos de su Hijo Jesús. Cristo tuvo para con Ella, como dice Escoto, un acto redentivo del todo especial, en que brillara toda la eficacia de su obra. A nosotros nos quita el pecado ya contraído; a Ella la preservó de él.

Esta exención es dogma de fe, insinuado ya por el Concilio Tridentino que no quiere incluirla en su decreto sobre la universalidad del pecado original (Denz. 792,6), y claramente definido por Pío IX en su Bula *Ineffabilis Deus* (1854), cuyo texto de definición encabeza este capítulo.

El motivo, así, de creer a la Virgen Inmaculada no es lo que pueda nuestro razonamiento decirnos, sino la fe pura y simple, el hecho de que Dios lo ha revelado y la Iglesia nos lo ha propuesto y declarado como revelado por Dios.

La Virgen no recibe una naturaleza caída, cual sería propio de quien la hereda de Adán, sino una naturaleza elevada por la gracia al orden sobrenatural, similar a la que poseyera Adán antes de haber pecado.

Esa naturaleza *en cuanto elevada y en gracia* no la recibe de Adán o sus descendientes, que no la poseían, sino de Dios mismo, en concreto del Verbo encarnado, que de modo singularmente eficaz le aplica su redención.

Y como el don y magnificencia de Cristo supera inmensamente a cuanto Adán pudiera haber tenido y pudiera transmitir, la gracia con que, ya en el primer momento de su ser, está adornada la Virgen María es inconcebiblemente mayor, como proviniente de su Hijo, que toda la que Adán pudiera haber tenido. Ella es desde el principio la «llena de gracia».

Y aunque verdaderamente hija de Adán, en cuanto sus padres ofrecen y proporcionan la materia que el alma ha de informar, siendo esa alma creada en santidad por el mismo Dios —y en este sentido desemejante a la de sus padres y semejante a Dios—, y no constituyéndose la naturaleza humana sino en la unión de alma y cuerpo, diríamos que más que hija de Adán, es «hija de Dios» en plenitud de sentido: es Dios quien verdaderamente le da esa naturaleza elevada al orden sobrenatural, poniendo en ella su propia

divina semejanza, como la diera otrora a Adán en la creación; no Adán, que la había perdido, y así no la podía transmitir.

La creación de María es así similar a la de Adán, aunque superior. En la creación de Adán, la tierra aportó el barro o limo; Dios el alma, animadora de ese barro. Y quedó constituido el hombre. Hijo de la Tierra —los griegos llamaban al hombre *gueguenés*, «engendrado de la tierra», y en todos los pueblos vigió el culto a la Tierra Madre, en recuerdo de esta procedencia nuestra—. E hijo de Dios, que lo hizo a su imagen y semejanza (Gén. 1,26): «Yo dije: dioses sois todos vosotros, e hijos del Excelso» (Sal. 81,6).

Similarmente, en la creación de María, Adán —por medio de los padres de Ella— puso el barro o materia de la Virgen, Dios aportó el alma, y María quedó constituida. Pero el alma que Dios infunde en esa materia no es como el alma de Adán tras el pecado, ni siquiera caída y luego elevada, sino ya elevada desde su origen mismo al orden sobrenatural, y adornada de gracia tal cual ni la tuvo Adán antes de pecar.

Sale así María hija de Adán e hija de Dios. Y como el concurso de Dios con la tierra para la creación de Adán superó toda capacidad o exigencia activa de la Tierra, así el concurso de Dios con los padres de María para su generación supera y transciende todas las fuerzas y capacidad de sus padres, que jamás, con el concurso natural divino a su generación, hubieran podido transmitir una naturaleza humana elevada por la gracia.

Es así María desde el principio la «nueva creatura» de que nos habla San Pablo (Gál. 6,15), sin que jamás hubiera sido vieja creatura. Ella es la única que fue siempre amiga de Dios, sin que encontrara nunca en Ella nada desagradable.

Su aparición emergiendo de la estirpe humana es un prodigio mucho mayor del que lo fuera la aparición de Adán emergiendo del barro de la tierra. Prodigio de la Omnipotencia divina, que en su creación magníficamente interviene. Prodigio que maravillados contemplaron los mismos ángeles, pasmados ante la Mujer vestida de sol que vieron salir del santuario escondido de la Divinidad (Apoc. 12,1).

6. Por voluntad del mismo Cristo, la ley del pecado original no afectaba a María

La Iglesia ha definido el hecho de la Concepción inmaculada de la Virgen: nunca estuvo sujeta a pecado.

Los teólogos siguen discutiendo si, por disposición de Cristo, estaba libre de la ley del pecado original que a Ella no la alcanzaba, o si fue sólo exceptuada de su aplicación.

Personalmente creemos que estaba libre de la ley del pecado, que, por su asociación a Cristo, ni le afectaba a Ella, ni podía afectarla: la redención de Cristo *no la indulta* de una ley de condenación a la que estuviera sujeta, sino que la constituye simplemente en estado de inocencia al que no afecta ley alguna de pecado.

Primero, en Ester ha visto siempre la Iglesia una figura de María —quizá sea este el título real que mereció fuera su libro divinamente inspirado—. Y en ese Libro leemos: «La ley ha sido dada para todos, pero no para ti» (Est. 15,13).

El rey Asuero había establecido pena de muerte para cuantos, sin ser por él llamados, aparecieran en su presencia. Ester, para salvar a su pueblo de la ruina, se presenta al rey sin ser llamada, exponiéndose a la muerte. Al ver su rostro, desfallece de temor; mas el rey conmovido la toma en sus brazos, y la tranquiliza diciéndole: «La ley ha sido dada para todos, pero no para ti».

De igual modo, cuantos en este mundo aparecían por la existencia a los ojos de Dios, incurrían en la sentencia de muerte dada por el pecado de Adán. Aparece María para salvar al género humano. Y en atención a su unión con Jesús como Madre y Corredentora, a su traspaso al pie de la cruz donde su Hijo moría por Ella y por el mundo, fue eximida por Dios de esa ley de muerte, no sólo de su aplicación como mera indultada. La ley del pecado original abarca a todos los descendientes de Adán; pero no a María, la predilecta y AMADA de Dios, la Hija del Padre, la Madre del Hijo, la Esposa del Espíritu Santo.

Nos parece inconcebible el que en la mente divina la ley pudiera abarcar también a María, así vinculada en amor a las Tres Divinas Personas, y que Estas se contentaran con

indultarla de la aplicación de la ley, de la sentencia *ya dada* contra Ella.

Segundo, si la Virgen María fue predestinada con el mismo y único decreto con que es predestinado su Hijo (Denz. 3031), es claro que Dios la quiere ya desde ese decreto eterno asociada a su Hijo sin pecado: la unidad de predestinación exige la unidad de inocencia, la unidad de alejamiento de todo pecado.

La creación de Adán, y aun la de todos los seres de la creación, es posterior en la mente divina a la creación de la Virgen y de su Hijo: posterior en la finalidad y en el decreto, ya que todo lo demás se crea para ellos. Por eso, María no solamente no tuvo pecado alguno y estuvo siempre en gracia, llena de gracia desde el primer instante de su ser, como está definido y hemos de creerlo todos, sino que además jamás estuvo sujeta a la ley del pecado. No fue dispensada de la aplicación de la ley; simplemente la ley no la afectaba a Ella.

Ella es con Cristo la «primogénita de toda creatura» (Eccli. 24,5), como querida por Dios con el mismo decreto con que quiere la existencia de Cristo. Aunque aparezca engendrada por la carne, en la mente de Dios no es heredera, sino el origen de todas las demás creaturas, y anterior a todas ellas, de modo que ninguna herencia pecaminosa de ellas puede alcanzarla. Como a Cristo también lo llama San Pablo «primogénito de toda creatura» (Col. 1,15), aunque nazca de Adán, e incluso nos dé el Evangelio su genealogía hasta llegar al primer padre.

Naturalmente, si Ella es antes que toda creatura —aunque sólo sea en la mente de Dios, que es lo realmente válido—, ninguna creatura puede hacerle *heredar* el pecado.

7. La Concepción Inmaculada de María en el designio eterno de Dios (Apoc. 12)

El privilegio de la Inmaculada Concepción —exención de pecado y plenitud de gracia— está en realidad contenido en la Maternidad divina: la Madre de Dios no podía ser peca-

dora: su desdoro redundaría en deshonra de su divino Hijo.

Pero también nos lo confirman diferentes lugares de la Escritura. La deducción de ellos podrá parecer a unos clara del todo; a otros quizá no tan clara. Advirtamos, pues, que no creemos en la Inmaculada por la Escritura, sino porque la Iglesia la ha definido como dogma revelado.

Es esa definición la que ha de iluminar los textos y hacérnoslos gustar al meditarlos, y no a la inversa. Advertido esto, mencionaremos sólo tres de ellos.

El primero, en Apocalipsis, 12,1-17, en que aparece la Mujer vestida de sol, que es presentada a los ángeles recién creados.

Se nos dice que «se abre el templo de Dios» (Apoc. 11,19), que es como abrirse la esencia de Dios: la Trinidad Beatísima se manifiesta —abrirse es manifestarse—.

¿Cuál es la manifestación de ese abrirse la Trinidad? Cosa maravillosa: una sencilla Mujer. De ese templo de Dios cuyas puertas se abren, sale una Mujer. Pero una Mujer vestida de sol (Apoc. 12,1). La luz inaccesible de Dios se está vertiendo en Ella para por Ella comunicarse a las creaturas. En su frente, una corona de doce estrellas, y a sus pies la luna: condensa en sí toda la luz creada, para indicarnos que también lleva dentro toda la Luz increada. Efectivamente, «estaba en estado —nos dice San Juan—, y dará a luz a Aquél que regirá con vara de hierro a todas las naciones» (Apoc. 12,2.5), es decir, al Mesías, Verbo encarnado, Luz del mundo.

En el primer momento en que la Virgen María se manifiesta al mundo saliendo de Dios, en ese primer momento de su existencia real fuera de Dios —real en cuanto se manifiesta al mundo y actúa en el mundo—, ya es la Mujer vestida de sol, la llena de su Hijo Jesús. No hay mancha alguna en Ella. No sale manchada del templo de Dios. Y la plenitud de luz y gracia con que aparece es tal, que se presenta como prodigio que deslumbra a los ángeles de Dios.

Y Ella sigue sin mancharse, aunque el demonio intente profanarla. Al verla, y envidiarla y odiarla, Satanás se mancha, arrastrando consigo en rebeldía a la tercera parte de los ángeles, por envidia del esplendor de esa Mujer que ma-

nifiesta la gloria de la Trinidad de un modo que jamás hubieran podido imaginar o soñar. Pero Ella no se mancha: la misma tierra la protege, y queda y permanece sin mancilla. Antes inunda con su gracia y hermosura al resto de los ángeles, que la admiran, aman y reconocen como su Reina.

Salvación y condenación angélica están así vinculadas a la adhesión a la Virgen vestida de luz, o al rechazo de Ella, en el primer momento de su existencia.

Igualmente está nuestra salvación vinculada a la devoción a la Virgen María. Por eso Ella nos exhorta a velar a sus puertas, a escucharla, admirarla y contemplarla, porque «quien la encuentra a Ella hallará la vida, y beberá del Señor la salvación» (Prov. 8,35), como se nos dice en la primera lectura de la Misa de su fiesta.

La salvación de todos y cada uno de los hombres —no menos que la de los ángeles— está simplemente vinculada a la devoción a la Virgen María. En la medida que nos apartamos de Ella, nos estamos apartando de nuestra salvación.

Si queremos hacer algo por que otros se salven, procuremos enamorarlos de la Virgen, porque es el único camino que tienen de salvarse. Y si vemos que se enfrían en su devoción, procuremos reencendérsela, porque si siguen enfriándose se perderán sin remedio: se apartarán de las fuentes de la vida.

No sólo los ángeles se dieron cuenta de la plenitud de luminosidad y gracia de la Virgen en el primer momento de su ser. También María se dio cuenta, como nos lo dice en el Introito de su fiesta, con palabras que la Iglesia pone en su boca, dando gracias a Dios porque «la vistió con un vestido de victoria».

El vestido es su cuerpo, que reviste su alma; pero ese cuerpo por el cual se nos transmite a nosotros el pecado por la generación de nuestros padres, en Ella no es cuerpo de pecado, no es vestido de pecado, sino vestido de victoria: su cuerpo no la inclina al pecado, sino al amor y a la entrega a Dios. Su cuerpo santo es la tierra que ayuda a la Mujer en su victoria sobre el demonio (Apoc. 12,15.16).

Por eso Ella dice con toda verdad desde el primer momento de su existencia: «Mi alma tuvo sed de ti; y mi mis-

ma carne de cuán varios modos suspira por ti y te anhela a ti» (Sal. 62,2). Todo en María suspira por Dios, anhela a Dios, se dirige a Dios.

En la segunda parte del Introito nos dice: «No permitiste que mis enemigos se burlaran de mi». Si la Virgen, odiada por el Dragón y sus secuaces, hubiera estado en pecado aunque fuera un segundo, sus enemigos se hubieran reído de Ella, se hubieran burlado de Ella. Y María da gracias a Dios porque no permitió que esto sucediera. El dogma de la Inmaculada está clarísimamente expresado en el Introito, puesto por la Iglesia en boca de la Virgen como canto de agradecimiento a Dios.

8. La Concepción Inmaculada anunciada por Dios tras el pecado de Adán, «antes» de conminarle pena alguna (Gén. 3,15)

El segundo texto por orden de antigüedad real ya se refiere al paraíso —el de el Apocalipsis se refería a la creación de los ángeles—. Después del pecado, y *antes de conminar* ningún castigo a los hombres, dice Dios a la serpiente: «Enemistades pondré entre ti y la Mujer, entre tu descendencia y la suya; Ella quebrantará tu cabeza, y tu morderás su calcañar» (Gén. 3,15).

Se trata de enemistades puestas por Dios mismo, y por tanto inevitables, ineludibles. Enemistades entre el demonio y la Virgen, la Mujer vestida de sol del Apocalipsis (12,1).

Si esas enemistades están puestas por Dios mismo, son perfectas, absolutas, irreconciliables. Pero donde hay enemistad perfecta, absoluta e irreconciliable no puede haber consentimiento de voluntad, ni coincidencia de procederes. Por eso, jamás la voluntad ni el proceder de María siguieron el camino de la Serpiente, jamás estuvo en pecado: de haberlo estado, no se hubieran dado esas enemistades absolutamente irreconciliables.

Las mismas e idénticas enemistades hay entre la Serpiente y la Mujer que entre la simiente de la Serpiente y la Simiente de la Virgen —Cristo—, hasta el punto de que

un mismo pronombre personal designa, según vimos, a la Mujer y a su Hijo simultáneamente. Si Cristo no estuvo nunca en pecado, tampoco la Virgen María, pues participa de la misma e idéntica enemistad con el Demonio que su Hijo Jesús: es la asociación perfecta en todo de que nos hablan los Padres, y que nos recuerda Pío XII en su definición de la Asunción.

En el texto se anuncia la victoria total de la Virgen y de su Simiente sobre la serpiente. Victoria que se obtendrá con sufrimiento: «y tú morderás su calcañar». Sufrimientos de María, sufrimientos terribles de su Simiente Jesús, de ese fruto bendito de su vientre que se inmoló por todos en la cruz. Es en atención a los méritos de Cristo, a los dolores de Cristo a los que su Madre se asocia íntimamente al pie de la cruz, que María obtiene su victoria total ya en el primer momento de su existencia (Pío IX).

En la simiente del demonio están indicados, no sólo los ángeles que imitaron su rebeldía, sino también todos los hombres que siguen al demonio, y por eso dice Jesús a los judíos: «Vosotros sois hijos del demonio, no hijos de Abrahám; y hacéis las obras de vuestro padre el demonio, y le imitáis» (Joan. 8,48).

La Simiente de la Mujer, aunque connota primariamente a Cristo, comprende también, como hijos de la Virgen María, a todos aquellos que de Ella toman la bandera de humildad y de obediencia a Dios, injertándose y asociándose por el amor a su Hijo Jesús.

Entre esas dos simientes hay una lucha ineludible, cosa que debemos grabar bien en nuestra mente al contemplar la Inmaculada. Hoy todo mundo busca paz, comodidad, tranquilidad; y se tiende a silenciar en general las verdades de fe que pudieran molestar a los no creyentes, para evitarnos complicaciones y dificultades. ¡Grave error! Porque entonces nos pasamos de ser simiente de la Mujer, injertados en Cristo, a ser simiente del demonio.

El día que logremos la paz con los que no aman a Cristo ni en El creen, es que ya no somos de Cristo, sino del demonio. Es Jesús, la Verdad, quien nos lo dice: «No es el discí-

pulo más que el Maestro; si el mundo me odió a Mi, también os odiará a vosotros» (Joan. 15,18.20).

Guardémonos de buscar la falsa paz. No busquemos que toda la Humanidad vaya al unísono. No disimulemos, por mor de la paz y la armonía, las condiciones de nuestra fe y las exigencias de nuestra conducta. Porque Dios puso, El mismo, enemistades irreconciliables entre quienes siguen al mundo, haciéndose simiente del demonio «príncipe de este mundo» (Joan. 12,31; 14,30; 16,11), y entre quienes siguen a su Hijo y a la Virgen María, configurándose con la cruz de su pasión (Rom. 8,17).

Que nadie nos engañe con falsa paz. Dios vino a traer una guerra (Mt. 10,34; Lc. 12,51); y desde el paraíso, tras el pecado, hay dos bandos, y nadie se libra de pertenecer a uno de ellos.

La neutralidad no se da en orden al reino de los cielos, del cual nos dice Jesús: «El Reino de los cielos padece violencia; y sólo los violentos lo arrebatan» (Mt. 11,12). Hay que conquistarlo, y conquistarlo luchando, poniéndose bajo la bandera de Cristo, bajo la enseña de humildad y sumisión de nuestra Dulce Madre.

9. La Concepción Inmaculada manifiesta en el saludo angélico

El tercer texto son las palabras del ángel Gabriel a la Virgen en la anunciación: «Salve, llena de gracia, el Señor es contigo» (Lc. 1,28).

«Llena de gracia» es el nombre que le da el ángel de parte de Dios. Al saludo sigue el nombre del saludado; y el nombre que sigue es «llena de gracia», y de una gracia que deriva de la presencia de Dios en Ella —«el Señor es contigo»—. Ese es el nombre que le da Dios.

Pero el nombre, ante Dios, se tiene desde el momento en que se existe. Por consiguiente, María es la «llena de gracia», ése es su nombre, desde que tiene el ser. Diríamos más: no sólo desde que tiene el ser; desde que Dios decidió su existencia juntamente con la de Cristo, desde toda eternidad,

por un mismo e idéntico decreto de predestinación. Desde que Dios la concibe en su mente tiene nombre: y ese nombre es «llena de gracia».

Mas si el nombre con que Dios expresa lo que es María, es «llena de gracia», nada puede haber en Ella que no sea gracioso, apetecible, hermoso, deleitable a los ojos de Dios. Si en cualquier momento hubiera habido en Ella algún pecado, algún desorden, algún alejamiento de Dios, algo que no fuera gracioso, ya no sería su nombre la «llena de gracia».

10. Maravilla del universo ante la Concepción Inmaculada

Al maravilloso espectáculo de la aparición de María Inmaculada en un mundo sumergido en tinieblas de pecado aplica la Iglesia las palabras del Eclesiástico: «Como estrella del alba, que disipa la oscuridad y anuncia el día, y como luna llena, así brilló en sus días; como sol refulgente despidió sus destellos en el universo, consagrándolo como templo de Dios. Cual arco-iris refulgente entre nubes de gloria, y como flor de rosales en el despertar primaveral, como lirios que brotan junto a corrientes de agua, y como incienso que perfuma el ambiente en los ardores estivales... como fuego brillante, y como incienso que se consume en el fuego del amor; cual vaso de oro puro, adornado con todo género de piedras preciosas, como olivo frondoso y fecundo, y como ciprés que busca la altura dirigiéndose hacia su Dios, así apareció Ella, al recibir su vestido de gloria —su cuerpo inmaculado—, revestida de toda virtud, perfecta y acabada» (Eccli. 50,6-11).

Y no menos se maravillan los ángeles, al verla salir ya toda pura de las manos de Dios, apoyada sobre su Amado Jesús, que la preservó de toda caída al entrar en el desierto desolado de este mundo. De ahí que se pregunten admirados: »¿Quién es Esta que asciende del desierto como columna de humo, concentrando en sí todos los perfumes de la mirra, del incienso y del tomillo, de todas las hierbas silvestres, y de todas las sustancias aromáticas creadas, para fundirse en Dios... ¿Quién es Esta que viene del desierto,

inundada de amor, apoyada sobre su Amado?» (Cant. Cant. 3,6; 8,5).

Y la respuesta se la da el Verbo, Hijo de Dios, pero no hablando con ellos, sino dirigiéndose a María: «Bajo el manzano mismo te levanté y di vida; allí donde tu madre fuera corrompida, donde fue violada la que te engendró» (Cant. Cant. 8,5).

En el mismo pecado de Eva, ya está exenta María. Por eso se anuncia su triunfo y total victoria sobre la serpiente *antes* de que se nos hable de los castigos o consecuencias del pecado, indicándonos así que ni el pecado ni sus consecuencias tendrán nada que ver con María.

La ley será dada para todos. Pero no para Ella, pues que antes de que la ley se dé, ya se anuncia su plena victoria, asociada indisolublemente a su Simiente Jesús —«fruto bendito de su vientre»—, en un mismo combate, y en un mismo triunfo pleno y total.

Capítulo III

INTEGRIDAD DE MARIA Y SU EXENCION DE LA CONCUPISCENCIA

«Dios hizo al hombre recto.»
(Eccle. 7,30).

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente.»
(Lc. 10,27).

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda mente, con toda tu fuerza.»
(Mc. 12,30).

«Ave, libro sellado, inmune de toda sugestión libidinosa.»
(San Juan Damasceno, *In Nativitate V. Mariae*).

1. Integridad y concupiscencia

Consecuencia del pecado original ha sido la pérdida de la integridad, por el despertarse de la concupiscencia.

Integro quiere decir «entero».

Nosotros, tras el pecado original, nunca queremos enteramente nada: estamos divididos en nuestro querer. Siempre queremos con un *pero*: queremos una cosa, pero también quisiéramos otra cuya renuncia implica el querer la primera: somos demasiado avaros.

Especialmente nos falta la entereza para querer el bien. Nuestro entendimiento ve el bien racional, y nuestra voluntad lo desea; pero el cuerpo, raíz de las tendencias sensibles, pide muchas veces cosas que no convienen al bien espiritual.

Esas tendencias resisten entonces a nuestra decisión, dificultándola antes de que la tomemos —concupiscencia antecedente—; siguen estorbándonos cuando elegimos, acompañando a nuestra decisión —concupiscencia concomitante—; y después que ya hemos decidido todavía nos siguen atrayendo, procurando hacernos reformar la decisión libre ya tomada —concupiscencia consecuente—. De ahí que nos suceda muchas veces querer ser buenos en un momento dado, cumplir con una obligación o una virtud, y resulta que al cabo de media hora ya hemos desistido de ese querer porque la concupiscencia nos ha seducido.

Concupiscencia, en su significado más amplio, es la tendencia del apetito a su bien connatural. Hay así dos concupiscencias, según las dos clases de bienes —espirituales y sensibles—, correspondientes como objeto a nuestro apetito racional —voluntad—, y al sensitivo.

En un sentido más restringido, que es como ordinariamente se entiende, es la tendencia del apetito sensitivo hacia su objeto natural. La concupiscencia de los sentidos puede ser buena o mala, ordenada o desordenada, según se conforme o no con la recta razón.

La concupiscencia a la que aquí nos referimos es la desordenada: la inclinación del apetito sensitivo a los bienes sensibles, en cuanto contraria a la razón y a los bienes espirituales a que la voluntad se ordena.

La rebeldía de nuestro apetito sensitivo la experimentamos con frecuencia, y de una manera triple: en cuanto se producen en nosotros fuertes inclinaciones sensibles —movimientos pasionales— antes de que la razón los advierta, pre-

viniendo así nuestra decisión libre; en cuanto aún después de percibidos por la razón, persisten, siendo obstáculo a la recta elección; y en cuanto, aun después de rechazados por la voluntad, pueden permanecer, solicitándola a cambiar la decisión ya tomada.

Esta concupiscencia desordenada de los sentidos puede ser actual y habitual. La actual es el movimiento transeúnte del apetito sensitivo en cuanto rebelde a la razón. La habitual es el mismo apetito sensitivo en cuanto es raíz permanente de la que brotan las inclinaciones sensitivas desordenadas.

Para entender mejor esta concupiscencia, tomemos el ejemplo que nos da San Francisco de Sales. A un enfermo le prohibe el médico comer melón, al que es muy aficionado. Aunque, por ser contrario a su salud, no querrá comerlo, le vendrá no pocas veces sin darse cuenta el deseo de él, previniendo a la advertencia de la razón. Al darse cuenta, sigue sintiendo aún más fuerte la inclinación, pero al fin se decide a no comerlo, en vista del daño que le hará. Mas tras esta decisión de la voluntad, le seguirá atormentando el deseo del melón, y a veces en tanto grado que acabará por comerlo, haciendo volver a la voluntad sobre su decisión.

Hemos puesto el ejemplo del gusto. Pero esta inclinación rebelde se manifiesta en todos los sentidos, siendo especialmente vehemente en orden al apetito sexual —hasta el punto de que muchas veces el vulgo entiende restrictivamente por concupiscencia el apetito sexual—.

Una comparación nos ilustrará todavía más acerca de en qué consiste la concupiscencia.

Nuestro cuerpo es como el perro de un cazador; nuestra alma es como el cazador, que dispara, busca lo que desea, y da las órdenes oportunas al perro.

Cuando un perro está bien educado, nada más percibir la presa, acusa su presencia, mueve la cola, y está tenso para lanzarse. Pero no se lanza, ni arrastra al cazador: simplemente espera a lo que el cazador decida; y si el cazador no da la señal, el perro se está quieto, no crea molestias.

Y puede suceder que el cazador no dé la señal, porque el perro ha descubierto una perdiz, y lo que busca el cazador

es un jabalí, y si dispara a la perdiz ya puede renunciar definitivamente a coger un jabalí, que huiría de él. Muchas veces hay que renunciar a unos bienes determinados para lograr otros mayores.

Cuando un perro no está bien educado, no más descubrir la perdiz o cualquier otra pieza menor, se lanza como una fiera sin esperar orden alguna. Resultado: primero, si el cazador quiere cazar otra pieza, ya no podrá; segundo, tampoco cazará probablemente la pieza que levanta el perro, porque no tiene tiempo de prepararse.

En un organismo íntegro, como el de Adán en el paraíso, todas las facultades sensitivas detectaban los bienes sensibles, y sentían atracción hacia ellos. Pero no arrastraban la voluntad, ni se anticipaban a su decisión. Se limitaban a avisarla, como el perrito al cazador, meneando la cola. Y la voluntad, según intelectualmente viera la conveniencia, daba la orden porque le daba la gana, no arrastrada. El cuerpo obedecía entonces esta orden, y con sus facultades sensitivas buscaba el bien sensible cuya búsqueda había ya decidido la voluntad como conveniente a la razón. Y en ese bien sensible conseguido se deleitaba el cuerpo, y también se deleitaba el alma.

Después del pecado original ya no sucede así. Nada más ver algo que atrae nuestros sentidos, nos sentimos arrastrados. El perro indócil de nuestro cuerpo se lanza sobre el objeto o bien sensible sin esperar la orden de la voluntad, o incluso contra ella. Y si la voluntad lo sujeta, como hace el cazador con el perro a quien retiene con una cuerda, no por eso dejará de tirar y de ladrar, alborotando, y aprovechará el menor descuido para soltarse y lanzarse sobre su objeto.

Y como el cazador entretenido en sujetar al perro queda disminuido en sus facultades, así la voluntad queda disminuida en su querer libre, ocupada en sujetar la concupiscencia: por causa de ella, raramente o nunca quiere nuestra libertad con la plenitud que le sería propia.

Esto causa una gran flaqueza a todas nuestras decisiones: nunca nos entregamos del todo a Dios.

2. Pérdida de la integridad por el pecado original

Adán y Eva en el paraíso poseían la integridad, por don gratuito de Dios: «Dios hizo al hombre recto.» (Eccle. 7,34).

Sometida su voluntad a Dios, Dios les sometía a su vez por la gracia todas las inclinaciones sensitivas, en armonía perfecta de todo el ser humano. Por eso Adán no podía pecar por atractivo de creatura, sino sólo por orgullo, por querer afirmar su independencia con relación a Dios.

Por el pecado perdieron el don de integridad, no sólo para sí, sino también para sus descendientes. La concupiscencia se despertó en ellos, y la heredamos nosotros.

No una concupiscencia propia de naturaleza pura, en la que la unidad de la persona daría a la voluntad el poder de dominar fácilmente las tendencias sensitivas en cierto modo rebeldes; sino una concupiscencia propia de naturaleza *decaída* del estado sobrenatural al que había sido elevada, en la que la voluntad carecerá ya del dominio suficiente para sujetar con seguridad y constancia las tendencias rebeldes del sentido.

Jesucristo, al quitarnos el pecado original por el bautismo, nos dejó la concupiscencia, aunque sea desorden moral y rémora para la perfección, por cuanto incluye división en nosotros, y hace imposible una entrega total a Dios *de todo nuestro ser* —por eso San Pablo la llama pecado (Rom. 6,12 ss.), no porque en sí lo sea, según nos advierte el Concilio Tridentino, sino porque de él procede y a él inclina (Denz. 792).

Nos la deja, tanto para obligarnos a una lucha continua, que le permita coronarnos como vencedores, cuanto para que brille la eficacia de su gracia, que nos mantiene substancialmente fieles en medio de tanta debilidad propia (Denz. 792).

Por eso, cuando San Pablo pedía a Jesús se la quitara, oyó la respuesta del Señor: «Bástate mi gracia, pues la virtud se perfecciona en la debilidad» (2 Cor. 12,9). Y así dice el mismo San Pablo: «Con gozo me alegraré en mis debilidades, para que habite en mí el poder o virtud de Cristo» (2 Cor. 12,9.10).

En una lucha continua es prácticamente imposible no sufrir heridas; por eso la concupiscencia hace imposible evitar del todo el pecado venial, aun a los más santos. Pero esa lucha y experiencia de la propia debilidad fomenta la humildad; como también la fomenta la experiencia de la eficacia de la gracia, no de nuestro esfuerzo, en esa lucha.

Jesús nos ha dejado la concupiscencia para librarnos del orgullo que hizo pecar a Adán sin concupiscencia, y que nos llevaría a nosotros a condenarnos. Por eso dice San Agustín: «En tan gran debilidad convenía se obrase nuestra salvación, para evitarnos el caer en la soberbia».

3. Integridad perfecta de María, libre de toda concupiscencia

La Virgen María estuvo exenta de toda concupiscencia, según lo ha sentido siempre la Iglesia. El don de integridad, no heredado de Adán, sino dado a Ella por su Hijo Jesús, fue inmensamente más perfecto y armonioso de lo que el mismo Adán lo poseyera.

La concupiscencia es, en el orden actual, efecto y consecuencia del pecado original (Conc. Trid. ses. V, can. 5, Denz. 792). Si, pues, María no tuvo el pecado original, tampoco la concupiscencia, efecto de él.

La concupiscencia es la causa de que nadie pueda evitar del todo el pecado venial. La Virgen careció de todo pecado venial (Conc. Trid. ses. VI, can. 23, Denz. 833). Por lo mismo también careció de toda concupiscencia.

La concupiscencia inclina al pecado (Trid. ses. V, can. 5, Denz. 792). Mas Dios quiso a la Virgen entera y totalmente —en cuerpo y alma— exclusivamente para su Hijo, al que de toda eternidad está asociada, al que se ordena. Es, pues, imposible en Ella toda inclinación al pecado, toda inclinación contra su Hijo: todo su cuerpo sólo a Dios anhelaba, según se nos dice: «De cuán varios modos mi misma carne te anhela a ti» (Sal. 62,2).

La Virgen es la «llena de gracia» desde el primer instante de su existencia. No sería llena de gracia, si en Ella hubiera

tendencias contrarias al beneplácito divino: si la raíz de que esas tendencias pudieran provenir está llena de gracia, nada sino gracioso y agradable a Dios podrá proceder de Ella.

Si «llena de gracia», llena también de humildad: de esa humildad inconcebible, que la hace sentirse esclava cuando Dios la hace su Madre, y sentirse pequeñita cuando ya lleva en su seno al Verbo Encarnado (Lc. 1,38.48).

La humildad perfecta ya no tiene peligro alguno de soberbia. Si Jesús nos deja la concupiscencia para ayudarnos a evitar la soberbia, no podía dejarla a la Virgen que del todo superara el peligro de orgullo por su perfectísima humildad.

En su Bula de la definición de la Inmaculada nos dice Pío IX que la santidad de María es tal cual no se puede concebir otra mayor, si no es la de Dios. Pero la concupiscencia es un defecto de orden moral, por cuanto pone trabas a la perfección inclinando al mal, y por cuanto establece en nosotros división que impide nuestra entrega total a Dios. No pudo, pues, darse en María, que es toda santa y pura.

Ni sería María toda santa y pura si no hubiera en todo instante de su vida «amado a Dios con toda su mente, con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas, con todo su ser» (Mt. 22,37; Mc. 12,30; Lc. 10,27; Dt. 6,5). Mas si en cada instante ha amado a Dios con todas sus fuerzas, en ningún instante de su vida pudo haber en Ella fuerza o tendencia alguna de su ser —anímica o corporal— que no se dirigiera a Dios, que no tuviera a Dios por su objeto.

Por todo lo dicho, la Virgen no tuvo jamás tendencia alguna desordenada, ni aun tendencia sensible ninguna que no estuviera perfectamente subordinada a su voluntad, que en todo buscaba el beneplácito divino. Jamás tuvo tentación interna, que es inclinación al pecado. Jamás tuvo inclinación alguna al pecado ni a nada desordenado. La perfección y limpieza total de su ser, en el que nada había desordenado, se nos hace verdaderamente incomprensible: toda Ella es espejo sin macilla.

Según muchos Padres y Teólogos tampoco tuvo nunca tentación externa diabólica, aunque no implique imperfec-

ción —Cristo mismo la tuvo—. María parece no la tuvo, pero porque Dios no permitió al demonio tentarla. De tal modo la quiso separada del demonio, que no le dio jamás ningún alcance ni poder sobre la Virgen, ni aun para intentar persuadirla.

Mas esto ya no se deduce del dogma de su exención del pecado original. Pudo ser tentada externamente, como Cristo; aunque jamás tuvo inclinación interna al pecado, como no la tuvo su Divino Hijo. La tentación externa no disminuye nuestra perfección, nuestra totalidad de entrega a Dios, sino en cuanto produzca en nosotros inclinación interna al pecado.

4. Hermosura, diafanidad y plenitud que a María confiere su integridad

La hermosura y diafanidad de la Virgen, exenta de toda concupiscencia, es destacada por los Padres y Santos.

«Todo lo que en Ella pasó —dice San Jerónimo—, todo es pureza y simplicidad; todo verdad y gracia; todo misericordia y justicia ...Inmaculada se llama, porque en cosa alguna fue corrompida. A la cual si con atención miras, nada de virtud, nada de hermosura, nada de brillo y gloria hay que en Ella no resplandezca» (*De Assumptione B. M. Virginis* — 2.º Nocturno de la Inmaculada). Y San Juan Damasceno la saluda: «Ave, libro sellado, inmune de todo pensamiento libidinoso» *(In Nativitate V. Mariae).*

Todos sus sentidos estaban ocupados en Jesús, y a El consagrados: «Toda Ella consagrada totalmente al servicio de Dios, cada uno de sus miembros sólo a Cristo servía: los pies trasladándolo, las piernas sustentándolo, el vientre llevándolo, los pechos amamantándolo, las manos alimentándolo, los dedos acariciándolo, los labios sonriéndole, la boca besándole, la lengua hablándole, las narices oliéndolo, los oídos escuchándolo, los ojos mirándolo, la cabeza adorándolo» (Ricardo de San Lorenzo, *De Laud. B. Mariae,* Lib. III).

5. Algunos fragmentos de las lecturas de la Inmaculada ponderando esa hermosura.

Las lecturas de los Santos Padres que la Iglesia adoptó para el oficio de la Inmaculada y su octava destacan a porfía esa hermosura de María.

Nos limitamos a transcribir algunos fragmentos que puedan servir de meditación al lector, y quizá inducirle a la lectura completa de ellas.

«Jardín de delicias, con todo género de flores y aromas, de tal modo cerrado que nada puede violarlo o corromperlo; fuente sellada con el sello de toda la Trinidad» (San Jerónimo, *ib.*).

«Ave, María, llena de gracia, más santa que los santos, más excelsa que los cielos, más gloriosa que los querubines, más digna de honor que los serafines, venerable sobre toda creatura... paloma que nos libras del espiritual diluvio... paraíso amenísimo de Dios, que a todos ofreces el Arbol de la Vida... palacio sacrosanto, inmaculado y purísimo del mismo Dios... monte fértil y umbroso en que se apacentó el Cordero... trono santo de Dios, don divino, altura elegida, propiciatorio de todo el orbe, cielo que publica la gloria de Dios... Oh purísima, y dignísima de todo obsequio y alabanza, ofrenda a Dios consagrada, superior a toda condición de creatura, tierra no surcada, campo inarado, cepa floridísima, fuente de las aguas, Virgen que engendra, Madre que no conoce varón, tesoro escondido de inocencia, hermosura de toda santidad» (San Germán, *In Praesentatione Deiparae*).

«Alégrate, Oh maravilla inconmensurablemente admirable sobre todas las maravillas. ¿Quién podrá describir tu esplendor? ¿Quién osará expresar con palabras el prodigioso portento que tú eres? ¿Quién confiará poder expresar tu magnificencia? Tu embelleciste la naturaleza de los hombres; tú superaste los órdenes angélicos; tú oscureciste o hiciste parecer tinieblas los fulgores de los Arcángeles; tú mostraste bajo de ti los sublimes asientos de los Tronos; tú humillaste la altura de las Dominaciones; tú precediste a los jefes de los Principados; tu enervaste la fortaleza de las

Potestades; tú avanzaste como poder más fuerte que las mismas Virtudes; tú venciste con ojos terrenos la aguda visión de los Querubines; tú volaste mucho más alto que los Serafines; tú en fin has superado de muy lejos a toda creatura, por cuanto sobre toda creatura resplandeciste en pureza, y en ti recibiste, y en tu seno engendraste y llevaste, al Creador de todas las creaturas, llegando tú sola, entre todas ellas, a ser Madre de Dios» (San Sofronio, *In Deiparae Annuntiatione*).

«Ella es sin duda la que aplastó la cabeza venenosa de la serpiente, al reducir a la nada toda sugestión del Maligno, tanto la procedente de la concupiscencia de la carne, como la de la soberbia del espíritu» (San Bernardo, *Hom. 2 super Missus est*).

«Niña inmaculada, virgen sin mancilla..., santa Madre Virgen... celebrada por la inocencia, sellada con la virginidad... Ave, María, delicia del Padre, por la que fluyó el conocimiento de Dios hasta los últimos confines de la tierra. Ave, domicilio del Hijo, de la que El salió vestido de carne. Ave, morada inefable del Espíritu Santo. Ave, más santa que los Querubines, más gloriosa que los Serafines, más esplendente que el sol, más brillante que la luna. Ave, brillo múltiple de todos los astros, nube ligera que nos traes la lluvia celeste, brisa santa, que purificaste la tierra del espíritu de maldad... Ave, sumo adorno y corona de los santos, causa de salvación para todos los mortales, reina que concilia la paz, esplendor inmaculado de las madres. Ave, mediadora de cuanto hay bajo el cielo, reparadora de todo el orbe» (San Tarasio, *De Praesentatione Deiparae*).

«Hallaste ante Dios gracia que ninguna impugnación puede amenazar, gracia del todo invencible, gracia que durará eternamente... A nadie como a ti se dio la plenitud de gracia; nadie como tú fue elevada a tan gran magnificencia; nadie como tú fue prevenida de la gracia; nadie como tú brilló con luz celeste; nadie como tú fue exaltada sobre toda creatura... pues nadie como tú se acercó tanto a Dios, o fue enriquecida con sus dones, o participó de la gracia de Dios» (San Sofronio, *Homil. in Deiparae Annuntiatione*).

«¿Qué diré, o qué balbucearé de la preclara y santa Vir-

gen? Pues Ella es superior a todos, con la única excepción de Dios; por naturaleza más hermosa que los mismos querubines y serafines y que todos los ejércitos angélicos. Ninguna lengua celeste o terrena, ni aunque sea de ángeles, es suficiente para alabarla y describirla. Oh Bienaventurada Virgen, paloma pura, esposa celeste, María, cielo, templo y trono de la Divinidad, que tienes en ti a Cristo, sol que ilumina cielo y tierra. Nube luminosa... llena de gracia... puerta del cielo... lirio inmaculado... Santa Madre de Dios, oveja inmaculada que engendró al Cordero... Virgen Santísima... milagro estupendo en los cielos... mediadora de cielo y tierra, cuya unión obró naturalmente. La gracia de la Santísima Virgen es inmensa... Ave, llena de gracia, que eres cielo espléndido. Ave, llena de gracia, Virgen adornada de todas las virtudes. Ave, llena de gracia, urna de oro que nos contienes el Maná celeste. Ave, llena de gracia, que sacias a los sedientos con la dulzura de tu fuente inagotable. Ave, santísima Madre Inmaculada, que engendraste a Cristo que es antes que tú. Ave, púrpura regia, que vestiste al Rey de cielo y tierra. Ave, libro maravilloso, que diste a leer al mundo el Verbo, Hijo del Padre» (San Epifanio, *Oratio De Laudibus S. Mariae Deiparae*).

Sirvan estas muestras para al menos avergonzarnos de nuestra frialdad, ante el fervor con que a la Virgen María invocaron los Santos que nos precedieron y nos transmitieron nuestra fe. Si nuestra fe se enfría y peligra, ¿no será porque nos hemos apartado de su devoción mariana?

Capítulo IV

MARIA EXENTA DE TODO PECADO ACTUAL MORTAL O VENIAL

> «*Si alguno dijere que el hombre, una vez justificado,... puede durante toda la vida, evitar todos los pecados, incluso los veniales, a no ser por especial privilegio de Dios, cual de la Bienaventurada Virgen lo cree la Iglesia, Sea Anatema.*»
>
> (Conc. Trid. ses. VI, can. 23, Denz. 833.)

1. La fe de la Iglesia.

La definición tridentina mira a dos objetos.

Uno directo, a saber: nadie, aún después de justificado, puede evitar todos los pecados durante toda la vida, si en esos pecados se incluyen los veniales, a no ser por especial privilegio de Dios.

Esta aserción es de fe definida. Por lo mismo, todos, incluso los ya justificados, necesitan de arrepentimiento y penitencia. Igualmente, todos hallarán en sí materia de confesión válida —pecados veniales—, aunque quizá no todos estén obligados a esa confesión, por no haber pecado gravemente tras su justificación.

El segundo objeto de la definición es indirecto, a saber: se afirma que ese privilegio de evitar todo pecado durante toda la vida lo cree y afirma la Iglesia de la Bienaventurada Virgen María.

Mas si la Iglesia lo cree, siendo infalible, ciertamente es de fe que la Virgen María tuvo este privilegio, es decir, jamás cometió pecado alguno, ni venial ni mortal, durante toda su vida.

Si este privilegio, además de ser de fe obligante a todos, pues todos han de sentir con la Iglesia y creer lo que la Iglesia cree, es también dogma definido por el Tridentino en este lugar, es cosa quizá discutible, según se interprete que la intención del Concilio sea sólo definir que nadie evita todos los pecados sin especial privilegio, constatando sólo que este privilegio lo afirma la Iglesia de la Virgen María, sin directamente pronunciarse el Concilio acerca de él; o bien, lo que parece más obvio, que el Concilio no sólo constata la fe de la Iglesia, sino que, como es natural, la hace suya y solemnemente la proclama.

Creemos, pues, que también define el Tridentino este privilegio de María. Pero de todos modos importa poco. Si es fe de la Iglesia ese privilegio, no puede negarse que lo que la Iglesia universal cree es dogma de fe, háyalo o no expresamente definido un Concilio.

Indirectamente, este privilegio de María se afirma como *singular* de hecho: la Iglesia sólo lo cree de la Virgen María. No excluye que otro pudiera tenerlo; pero habría que demostrarlo positivamente, por cuanto a la Iglesia no le consta.

La exención de todo pecado actual implica también la ausencia de toda imperfección moral en la Virgen María. Pues toda imperfección moral, o es pecado actual —venial—, en cuanto conscientemente resiste a la gracia y se niega a «amar a Dios con todas sus fuerzas», no buscando lo que más le agrada; o proviene de los pecados actuales anteriores, de resistencias conscientes a la gracia anteriores, que han impedido o frenado el desarrollo que Dios quería en el alma, poniéndola en un estado de deficiencia en orden a saber corresponder a Dios.

Nada de esto se dio en la Virgen, que amó siempre a

Dios «con toda su alma, con todo su corazón, con toda su mente, con todas sus fuerzas, con todo su ser», que jamás resistió a la gracia ni a la moción del Espíritu Santo en poco o en mucho.

La exención de todo pecado e imperfección moral está claramente indicada en Génesis (3,15). No serían absolutas las enemistades entre María y la Serpiente infernal si hubiera incurrido en alguna culpa; ni sería entera su victoria sobre esa Serpiente.

Igualmente se contiene en Lucas (1,28). No sería la Virgen «llena de gracia», si la hubiera manchado algún pecado, aunque fuera venial, o si, afectada por alguna imperfección moral, hubiera en Ella algo que no se conformara al deseo divino. «Donde hay algo de pecado venial —dice San Alberto Magno—, allí hay algún vacío de gracia; pero Ella fue llena de gracia; por lo mismo nada de pecado hubo en Ella».

Toda hermosa es, pues, María, sin mancha de pecado alguno, ni original ni actual. En Ella no tuvo cabida el pecado.

San Agustín afirma, contra Pelagio, que si reuniéramos a todos los santos y santas del Antiguo y del Nuevo Testamento, y les preguntáramos si estaban sin pecado, todos clamarían con una sola voz: «Si dijésemos que no tenemos pecado nos engañamos a nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros» (1 Joan. 1,8). Solamente excluye a María de esta ley: «Exceptuada, pues, la Santa Virgen María, de la cual, por el honor del Señor, no quiero poner cuestión alguna tratándose de pecado; pues sabemos que se le dio gracia abundante para vencer del todo al pecado, ya que mereció concebir y parir al que consta no tuvo ningún pecado» (*De Natura et Gratia,* c. 36).

No menos explícito es San Cipriano, cuando nos dice: «En la naturaleza comunicaba con los hombres; mas inmensamente difería de ellos en lo que toca a la culpa». Y la misma idea hallará expresada el lector en los textos aducidos en el último apartado del capítulo precedente.

Incluso aquellos teólogos que, antes de la definición de la Inmaculada, ponían en duda o negaban la exención de la

Virgen con relación al pecado original, creían firmemente que jamás tuvo pecado personal actual.

Así Santo Tomás, quien, al igual que Agustín, vincula este privilegio a su divina Maternidad: en el Libro de la Sabiduría (1,4) se nos dice «la Sabiduría no entrará en el alma malvada, ni habitará en cuerpo sometido a pecados». Habiendo habitado el Verbo —Sabiduría divina— de modo especialísimo en la Bienaventurada Virgen María, debe confesarse que no cometió jamás pecado alguno actual, ni mortal ni venial (cf. S. Tomás, 3.ª, q. 27, a. 4).

2. Impecabilidad de la Virgen María.

Este privilegio de la Virgen María se nos hace más fácilmente inteligible y asequible mediante una sencilla consideración.

Vimos cómo Ella estaba exenta de toda concupiscencia, de toda inclinación al mal. Su estado era similar en este aspecto, aunque muy superior, al estado de Adán antes del pecado original. Mas en un estado así, el pecado sólo puede proceder de pura voluntad, de orgullo que se enfrenta directa y formalmente a la voluntad divina, rechazándola. Y tal pecado es necesariamente mortal.

De ahí que el pecado primero de Adán necesariamente había de ser mortal, según lo afirma Santo Tomás: el venial procede siempre de debilidad.

Mas se nos hace del todo inconcebible que la Madre de Dios pecara mortalmente, pudiendo ser enemiga de Cristo, e incluso condenarse, Aquella que había sido de toda eternidad predestinada con un mismo decreto que su Hijo. Y como de pecar la Virgen, en ese estado, hubiera pecado mortalmente, es evidente que no tuvo pecado alguno.

Hay, pues, verdadera repugnancia moral en que María pecase, siendo Madre de Dios. No sólo no ha pecado de hecho, sino que era del todo impecable por don divino: la misma Maternidad divina aleja de Ella todo pecado, y toda posibilidad de pecado: «Hallaste ante Dios gracia que nin-

guna impugnación puede amenazar, gracia del todo invencible, gracia que durará eternamente» (San Sofronio).

Esta impecabilidad, admitida generalmente por todos los teólogos, se explica variamente. Sin perjuicio de volver sobre esa explicación cuando hablemos de la correspondencia de María, indiquemos ahora algunos jalones de ella.

En primer lugar se logra mediante la ausencia de concupiscencia, que elimina en Ella todo pecado de sorpresa o de debilidad; y por una asistencia especialísima, con que se alejaba de Ella, por la custodia de los ángeles, toda sugestión externa con que el hombre es incitado al mal por el demonio. Así lo expresa San Bernardo: «En modo alguno dudamos que en derredor de Ella había un poderoso ejército de potestades espirituales, protegiéndola cada una en su orden, así como un ejército de innumerables espíritus bienaventurados, encargados de servir a tan gran Princesa, de modo que guardaren y protegieren el lecho de Salomón, y cuidasen de que un huésped extraño no invadiere el hospedaje preparado para el Rey Eterno».

Mas quizá esto no baste para explicar la impecabilidad. Nuestros primeros padres pecaron en el paraíso sin concupiscencia; y los ángeles malos habían pecado antes sin concupiscencia y sin sugestión exterior —al menos el jefe de ellos, Lucifer.

La verdadera impecabilidad de María parece así derivar de la plenitud de gracia que la inunda; plenitud cual no la tuvo jamás creatura alguna. Estando llena de gracia, nada suyo, bajo ningún aspecto, podía ocupar el pecado, ni aún solicitarlo. Esa gracia producía en Ella un acto de amor purísimo, continuo, que de tal modo atrae a su voluntad que ya nada puede querer fuera del objeto amado, mirando como odioso cuanto al objeto de su amor se oponga.

Mas sobre esta impecabilidad volveremos más tarde, explicando lo que a ella contribuyó el don divino o gracia, y lo que aportó la misma correspondencia total de María en el primer instante de su ser (Véase Libro III, cp. 3 y 4).

3. La vida de María, acto initerrumpido de amor perfecto.

En esta impecabilidad aparece la vida de María en esta tierra como un acto de amor perfecto ininterrumpido. Estando en la tierra, alcanzaba el cielo con su corazón (Sab. 18,16), y tenía siempre a Dios ante sus ojos, participando de la impecabilidad de los bienaventurados. Como los ángeles al servirnos no por eso pierden la contemplación de Dios, así tampoco María interrumpía ese acto de amor en medio de sus ocupaciones.

Esta continuidad y embriaguez de amor excluía de Ella la misma posibilidad de pecado. «La gracia del Espíritu Santo la había llenado por entero, y en su totalidad la había inflamado el amor del Espíritu Santo, de modo que nada había en Ella que pudiera profanar o violar el afecto mundano, sino sólo un ardor *continuo*, y una embriaguez de amor que inundaba y como anegaba todo su ser» (San Jerónimo, *De Assumptione B. M. Virginis*).

Continuidad de amor en que insiste también Ricardo de San Lorenzo (*De Laudibus B. Mariae*, l. I, c.4): «¿Qué cosa podremos hallar más fuerte que su amor, con el que amó continuamente, perseverantemente, con todo su corazón, con toda su alma, con toda su fuerza?».

Terminemos con las palabras de Pío IX en su Bula *Ineffabilis Deus*, que resumen la enseñanza de la Iglesia en esta materia:

«Dios, con tanta magnificencia acumuló sobre Ella la abundancia de todos los carismas celestes, sacada de los tesoros de su Divinidad, encumbrándola a enorme distancia sobre todos los espíritus angélicos y sobre todos los santos, que Ella, *totalmente siempre libre de todo pecado*, y toda hermosa y perfecta, exhiba en sí tal plenitud de inocencia y santidad, que ni es posible concebirla mayor debajo de Dios, ni pensando podrá alcanzar a concebirla nadie fuera de Dios».

Sólo Dios conoce lo que es la inocencia y santidad de María. Dios que de ella la adornó. Dios que la hizo su Madre.

Capítulo V

SANTIDAD POSITIVA DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA

«Salve, llena de gracia.»

(Lc. 1,28).

«Sus fundamentos en los mentes santos. Ama el Señor más las puertas de Sión que todas las tiendas de Jacob.»

(Sal. 86,1).

1. Plenitud de gracia y santidad en el saludo angélico.

La santidad positiva de la Virgen María consiste en su plenitud de gracia, de unión y comunicación con Dios: en su transformación en Dios y asimilación a El.

Plenitud expresada claramente en el saludo angélico que, de parte de Dios, le dirige Gabriel: «Salve, llena de gracia» (Lc. 1,28).

Ave, o Salve, era la fórmula de saludo, como nuestros «buenos días», o nuestro «Hola». Y no le dice: «Buenos días, María»; sino: «Buenos días, llena de gracia».

Después del saludo, siempre ponemos el nombre, o lo que creemos de la persona a quien saludamos, lo que ella

es para nosotros: «Hola, buen hombre; Hola, Pedro; Hola, Juanito; Hola, tío; Hola, papá». Lo que va después del saludo es siempre el nombre, lo que concreta lo que para nosotros es la persona saludada.

Cuando Dios, por boca del ángel, saluda a la Virgen María, el nombre que le da no es María, sino «llena de gracia»: «Salve, llena de gracia». Ese es el nombre que tiene para Dios, lo que Ella es para Dios. Y lo tiene de toda eternidad; desde que Dios es Dios, predestinándola con el mismo decreto con el que predestinó a su Hijo Unigénito hecho Hombre.

Como el nombre que Dios pone siempre es real y verdadero, la Virgen María, desde el primer instante de su existencia es la «llena de gracia», como lo fue de toda eternidad en la mente de Dios, cual Dios la quería, la pensaba y la deseaba y amaba.

Precisamente por esa plenitud de gracia está sin pecado. Si en algún instante de su vida hubiera estado en pecado, aunque fuera pequeñito, desorden venial, ya no hubiera estado llena de gracia: hubiera habido algo en Ella que no era agradable ni gracioso a los ojos de Dios.

De esa plenitud de gracia emana, como de una fuente, su limpieza inmaculada que la Iglesia ha definido. La ausencia de pecado es en Ella mera consecuencia: no es llena de gracia por estar sin pecado; es sin pecado por ser la «llena de gracia».

No es fácil precisar qué gracia comporta en la Virgen María esa plenitud de ella que la adorna. Porque también nosotros en el cielo estaremos llenos de gracia. Nada habrá allí en nosotros que no corresponda al deseo divino, que no sea gracioso y agradable a los ojos de Dios.

Ella empieza su vida siendo la llena de gracia; nosotros la acabamos en el cielo siendo también llenos de gracia.

Pero no es la misma la gracia que nos llena. Un vaso pequeño se llena con muy poca agua. Para llenar un mar se necesitará mucha más agua.

2. Llena de gracia como inserta en la Trinidad Beatísima

¿Cuánta es la gracia necesaria para llenar a la Virgen María?

Recordemos su peculiarísima inserción en la Trinidad. Es llena de gracia, porque el Padre se vuelca en Ella como en Hija dándosele por entero. Es llena de gracia, porque Ella es la encargada de transmitir al Hijo en su naturaleza humana, como Madre suya, la plenitud de gracia infinita que el Verbo le comunica por la unión personal. Y es llena de gracia, porque el Espíritu Santo se vuelca en Ella, y se le entrega como a Esposa, adornándola, según nos dice el introito de su fiesta, como una novia.

Las Tres divinas Personas están como rivalizando para llenar a María de todos sus dones, de toda su gracia, de toda su hermosura.

Por eso a María la llaman los Santos Padres «el negocio de todos los siglos», como si de toda eternidad hubiera sido la única ocupación o tarea de Dios hacerla a Ella. De ahí que también la llamen «taller de todos los milagros», porque «hizo en Ella grandes cosas el que es Poderoso» (Lc. 1,49), y nada le negó de cuanto concediera a creatura alguna, ni aun de cuanto en su omnipotencia pudiera otorgarle.

No hay más límite en la gracia recibida por la Virgen María, que el límite del Padre para darla, el límite del Hijo para comunicarla, el límite del Espíritu Santo, de su poder infinito, para hermosearla.

3. Llena de gracia como Madre de Dios

Podemos también vislumbrar algo de esa plenitud mirando a su relación como Madre de Dios.

En realidad, toda donación que a María hacen las Tres Personas mira a esa relación de Madre de Dios.

El Padre le entrega todo su ser como a Hija, cual lo hace con su Hijo Unigénito, pero porque es Ella quien ha de transmitir lo recibido a la Humanidad de su Hijo Uni-

génito. El Hijo le entrega todo lo que El posee en herencia eterna, porque es menester que sea su Madre digna de El. El Espíritu Santo derrama en Ella toda la fecundidad de su amor, porque ha de ser apta para igualar al Espíritu Santo participando con El en una misma obra divina: la generación de Cristo.

La Iglesia canta esta grandeza de María cuando nos dice: «Aquel que no cabe en todo el Universo, ha querido ser contenido en las entrañas de la Virgen hecho hombre».

Si ha querido ser contenido personalmente en María y recibir verdaderamente de Ella el ser, de modo que realmente sea su Madre, podemos pensar que no sólo ha concebido en su seno a la segunda Persona de la Trinidad, sino que también ha recibido toda la plenitud de gracia y de verdad que hay en Cristo. La ha recibido por recibir al Verbo en su seno; la ha recibido para comunicarla, como Madre, a su naturaleza humana.

Si de Jesús nos dice San Juan: «Vimos su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad... y de su plenitud todos nosotros hemos recibido» (Joan. 1,14.16), también podemos decir de la Virgen María: «llena de gloria como unigénita del Padre, asociada en todo a Cristo por el mismo Padre; llena de gloria como Madre del Hijo, a la que se dan todos los bienes para que al Hijo los transmita; llena de gloria como Esposa del Espíritu Santo, a la que Este como asume a su misma dignidad; manantial de gracia a quien se comunica y en quien remansa toda la gracia de Cristo, recibiendo todos nosotros de la plenitud que Ella posee».

Si Cristo es la Vida y la Verdad, y como vida es la gracia de las almas, la Virgen es la fuente y canal que da a los hombres, a los ángeles, y a toda la creación esa Vida de gracia que es Cristo, y esa Verdad y Luz celeste que es su Hijo: la Mujer vestida de sol, que nos da la inaccesible luz divina.

4. Llena de gracia como Madre nuestra

Hasta tal punto recibimos todos de la plenitud de la gracia de la Virgen María que Dios quiso revelárnosla y mostrárnosla no sólo como Madre de Cristo, sino como Madre nuestra, de tal modo que toda participación que recibimos de la gracia de Cristo, por la que somos hechos hijos de Dios, es participación recibida del depósito de esa gracia que llena e inunda a nuestra Madre, de quien deriva la vida natural y sobrenatural a todas las creaturas.

En la primera lectura de la Misa de la Inmaculada (Prov. 8,22-36), se nos la presenta como fuente de toda vida natural haciendo con Dios la creación. Como manantial de vida sobrenatural para cuantos aman el ser hijos de Dios, en virtud de la gracia que la adorna no sólo como Madre de Cristo, sino también nuestra. Por eso todos los salvados son participación en aspectos diversos de una misma gracia, de una misma luz increada; pero participaciones e imitaciones diferentes de la plenitud de esa gracia y de esa luz, de esa visión divina, que está en la Virgen María.

Y al ser María fuente de donde todo nos deriva, Ella misma nos insiste en esa lectura: «Hijos míos, escuchadme; dichosos los que siguen mis caminos... dichoso el hombre que me escucha y vela a mi portada cada día, aguardando a las jambas de mi puerta, porque quien me alcanza a Mí alcanza la vida, y goza del favor o gracia del Señor» (Prov. 8,32.34.35).

Toda nuestra vía de salvación, todo nuestro modo de injertarnos en Cristo y hacernos hijos de Dios, depende de nuestra unión con María, de que vayamos a beber a la fuente de la gracia, que en Ella tiene su plenitud.

La plenitud de gracia conferida a la Virgen es, consecuentemente, tal, que no hay ni puede haber gracia conferida a creatura alguna que no se encuentre también en Ella como en su fuente y en su sede natural. De Ella deriva cuanta gracia adorna a los bienaventurados, y aun queda en Ella gracia para derivar a innumerables bienaventurados más, que Dios pudiera crear y no creó.

5. María, mar de gracia y santidad

Así lo afirman a porfía los santos.

«A la reunión de todas las aguas la llamó Dios mar; el lugar de todas las gracias se llama María» (San Alberto Magno, *Homilía Super Missus est*).

«Así como en el mar confluyen todas las aguas, así en María se reunen todas las gracias» (San Buenaventura, *De Laud. Virg.*, cap. 7).

«María fue llena de gracia, y por lo mismo mar de gracia. Por lo cual, así como todos los ríos entran en el mar, así todas las gracias en absoluto que tuvieron los ángeles, los patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, confluyeron en María» (San Buenaventura, *Speculum*, cap. 2).

Es lo que dice San Jerónimo: «De verdad llena, pues a María se infundió toda la plenitud de gracia que a los demás se les distribuye por partes» (*De Assumptione*).

Continuando la comparación del mar, con toda verdad podemos decir que así como del mar reciben los ríos todas sus aguas por modos ocultos y maravillosos, sólo en parte descubiertos últimamente por las ciencias, así de María reciben en absoluto todas las creaturas cuanta gracia las adorna y embellece.

Si de la «plenitud de la gracia de Cristo todos nosotros recibimos», no es menos cierto que todos recibimos de la plenitud de gracia de María. La plenitud de Cristo la recibió íntegra la Virgen, y Ella es la encargada de repartirla entre todos los demás, ángeles y hombres, pues de todos es Cabeza Cristo, y para todos es Ella mediadora de la gracia de Cristo, y transmisora, como Madre, de su vida divina.

De aquí el verdadero pasmo que mostraron los santos al contemplar la santidad de la Virgen María: «La gracia de la Virgen es inmensa» (San Efrén, *Orat. de Laud. Virginis*). «La Virgen es tesoro de vida, abismo inmenso de gracia» (San Juan Damasceno, *Orat. II De Dormitione Virginis*).

Pasmo que nuestro Santo Tomás de Villanueva nos invita a compartir:

«Suelta todas las riendas de tus pensamientos, dilata los límites de tu entendimiento; cuanto puedas, tanto osa; cuanto seas capaz, tanto añade; mayor es esta Virgen, más excelente es esta Virgen, e inmensamente superior a cuanto tú puedas decir o pensar de Ella. El Espíritu Santo no quiso describírnosla en las Escrituras, sino que te la dejó a ti para que en tu ánimo la describieras y concibieras, a fin de que entiendas que nada de gracia, o de perfección, o de gloria, que nuestro ánimo pueda concebir en una pura creatura, faltó en Ella. Antes bien superó en la realidad cuanto todo entendimiento pueda alcanzar» (Santo Tomás de Villanueva, *Sermo 2, De Nativitate Virginis*).

6. María posee toda la plenitud de gracia que adorna a la Humanidad de Cristo

El pasmo crece sobre toda ponderación cuando se considera que la Virgen María no sólo contiene en sí la gracia concedida a todas las creaturas —que de Ella la reciben—, sino que posee íntegra toda la plenitud de la gracia conferida a la Humanidad de Cristo, de cuya plenitud todos nosotros recibimos, gracia por gracia.

Ella no participa de la gracia de Cristo: la posee entera, aunque de modo distinto, comunicada a Ella sin limitación por su mismo Hijo. De modo que todo cuanto se pueda decir o pensar de la plenitud de la gracia de Cristo se puede igualmente aplicar a María.

Así lo afirma explícitamente San Jerónimo, cuando nos dice que «en Ella se infundió toda la plenitud», y que «en María sobrevino la plenitud de toda la gracia que hay en Cristo, aunque de modo diferente» (*De Assumptione*).

Es a saber, la plenitud de la gracia está en Cristo como en fuente; en María como recibida de la fuente, para repartirse de Ella a todas las demás creaturas; en Cristo como en Cabeza de su Cuerpo Místico, en María como en

Madre de ese Cuerpo Místico —Cabeza y miembros—, al que transmite la vida sobrenatural.

Y no olvidemos que la Iglesia ha adoptado y hecho suyas estas afirmaciones de San Jerónimo, al servirse de ellas en la liturgia del oficio de la Inmaculada (lecturas del segundo Nocturno de la fiesta).

Los Santos Padres usan con frecuencia, para ilustrar la Trinidad, la comparación de la fuente, distinguiendo en ella: el «ojo» de donde el agua mana; la fuente o receptáculo, donde toda el agua que mana se recibe, y el riachuelo primero, por donde deriva toda el agua recibida en la «fuente» receptáculo, para luego distribuirse y repartirse en innumerables arroyuelos. Una misma e idéntica agua —la esencia divina—, poseída por Tres con matiz diverso: por el Padre que la origina o principio de origen, por el Hijo que la recibe toda, y por el Espíritu Santo a quien deriva toda del Padre y del Hijo.

Podemos en cierto modo aplicar esta comparación a la gracia santificante poseída por María.

La Persona del Verbo es el origen de toda gracia y santidad comunicada a las creaturas. Al comunicarse el Verbo personalmente a la Humanidad en Cristo, ésta queda constituida como la fuente en que remansa toda gracia. Pero esa misma gracia, remansada en su naturaleza humana como en fuente, la comunica íntegra Jesús a su Madre, que es como el arroyo que sale de la fuente, para repartir y dividir luego sus tesoros entre todas las creaturas, como mediadora y canal universal de toda gracia.

Siendo la gracia la misma en Jesús y en María, la diferencia de matiz, es, no obstante, clara. La gracia santificante de Cristo es gracia del Verbo, es de Persona infinita. Por eso los actos humanos de Jesús tienen valor infinito; cuya infinitud deriva, no de su gracia santificante, sino de su gracia de unión, es decir, de ser actos de Persona divina.

La gracia de la Virgen, es gracia de creatura, salida de Dios, y que lleva a Dios. Su matiz es la perfecta alteridad de que hablamos más arriba. No confiere a sus actos valor infinito, pero completa la gloria infinita que la Humanidad de Cristo, creada, da a Dios, con la nota de alteridad per-

fecta. Y la completa precisamente, porque siendo la misma la gracia de los dos, la misma y como única es la gloria que dan a Dios, asociados en todo como un único principio moral por un mismo decreto eterno de predestinación.

Capítulo VI

LA PLENITUD DE GRACIA POSEIDA POR MARIA EN EL PRIMER INSTANTE DE SU SER

«Mi mansión está en la plenitud de los santos.»

(Eccli. 24,16).

«Con tan grande amor se proyectó Dios a María sobre todas las demás creaturas, que se complació en Ella cual si Ella sola existiera, con voluntad y amor que del todo se entrega.»

(Pío IX, Bula *Ineffabilis Deus*).

«Hoy, de naturaleza terrena, fabricó el Cielo en la tierra el mismo que en otro tiempo hiciera el firmamento y lo levantara en alto.»

(San Juan Damasceno).

1. María empieza donde los elegidos acaban, reuniendo la santidad final de todos ellos

Pasemos a indicar en algún modo lo que comporta la

plenitud de gracia en María en el primer momento de su ser, es decir, en su Inmaculada Concepción.

Si se nos hace imposible describir el alcance positivo de esa plenitud de gracia, al menos la fe nos permite indicar el límite mínimo sobre el cual se extiende.

Ese mínimo es que la plenitud de la gracia en el primer momento de su existencia es tal, que no sólo comienza donde los santos y ángeles acaban en su consumación, sino que supera a la suma de plenitudes adquiridas por todos ellos.

Esto parece claramente enseñado por el Magisterio eclesiástico en la Bula *Ineffabilis Deus* de Pío IX, con la que definió la Inmaculada Concepción. Baste para comprobarlo el fragmento siguiente:

«Dios, desde el principio y antes de los siglos, eligió y ordenó para su Hijo Unigénito la Madre, de la cual, hecho carne, naciera en la dichosa plenitud de los tiempos, y con tan grande amor se proyectó a Ella sobre todas las demás creaturas, que en Ella como en Unica se complació con ardentísima voluntad. Por lo cual, mucho más que a todos los espíritus angélicos y a todos los santos, de tal modo maravillosamente la enriqueció (*cumulavit*: la llenó hasta rebosar o no caber más) de todos los carismas celestes, que Ella, libre siempre de toda mancha de pecado, y toda hermosa y perfecta, ostentase en sí misma tal plenitud de inocencia y santidad, cual no puede en modo alguno concebirse o entenderse bajo Dios, y cual nadie puede alcanzar a columbrar fuera de Dios».

Las palabras de Pío IX no tienen desperdicio.

En primer lugar, María aparece como compendio de la creación. En Ella vierte Dios cuanta gracia tenía dispuesta para sus creaturas, y con su correspondencia queda satisfecho cual si toda la creación le correspondiese: en Ella se vertió de tal modo, «que se complació en Ella cual si Ella sola existiera *(tamquam unica)*, con voluntad y amor que del todo se le entrega *(propensissima voluntate)*». Así en Ella puso Dios toda la perfección del universo, toda la perfección divina que decidiera comunicar a sus creaturas.

Por lo cual la empingorotó *(cumulavit)* de tal modo de todos los carismas celestes, que no sólo supera a todos los

espíritus angélicos y a todos los santos —singular y colectivamente—, sino que la plenitud de inocencia y santidad —es decir, de gracia—, con que se ve adornada desde el primer momento de su existencia, es tal «cual no puede en modo alguno concebirse o entenderse bajo Dios, y cual nadie puede alcanzar a columbrar fuera de Dios».

Si nadie puede alcanzar a columbrar la santidad de la Virgen, es que supera inconmensurablemente a toda santidad de creatura. Y si Dios se complació en Ella cual si Ella sola existiera *(tamquam unica)*, con voluntad y amor que del todo se le entrega *(propensissima voluntate)*, es evidente que su santidad supera no sólo la santidad individual de cualquier creatura, sino la de todas colectivamente: nada se reparte en las creaturas que a Ella no se le dé primariamente.

De ahí que tanto los Padres y Santos como la Liturgia le apliquen las palabras del Salmo: «Sus fundamentos en los montes santos; ama Dios más las puertas de Sión (= la Virgen María) que todas las tiendas de Jacob» (Sal. 86,2).

El salmo habla directamente de Israel, como figura de la Iglesia futura. La figura se convierte en realidad en la Iglesia de Cristo.

La hermosura de la Iglesia, como Cuerpo y Esposa de Cristo, no hace más que copiar de diferentes modos y bajo los más varios aspectos la hermosura de la Virgen María.

Ella es el Prototipo de la Iglesia (C. Vatic. II, L. G., 53: «tipo y modelo destacadísimo»), y así la Iglesia es hermosa ante Dios en cuanto copia ese prototipo suyo y con él se conforma.

La Iglesia multiplica la perfección de María, haciéndola por doquier presente como participada en los innumerables elegidos. Pero no la aumenta, como tampoco aumenta la perfección de Cristo, de la que participa, aunque multiplique su presencia y sus reflejos en las creaturas.

Los «fundamentos de María están en los montes santos», es decir, sus orígenes, su Inmaculada Concepción, comienzan más allá del límite al que llegan todos los elegidos —hombres y ángeles, todos miembros de la Iglesia—, al término de su período de merecimiento.

Y «ama el Señor más las puertas de Sión que todas las tiendas de Jacob», es decir, son más agradables a Dios los principios de María, su entrada en la vida, que toda santidad reunida de cuantos santos haya tenido y tendrá la Iglesia, simbolizada en Jacob.

Es lo propio del prototipo: todos los demás seres se hermosean, se embellecen, en cuanto a Ella la imitan, a Ella se aproximan, la reflejan a Ella.

Es lo que se nos dice en otro texto del Eclesiástico (24,16), que la Liturgia aplica a la Virgen María: «Mi mansión está en la plenitud de los santos».

La residencia propia de la Virgen, la plenitud que le pertenece, que es como su dominio y residencia, es la plenitud de todos los santos reunidos. En Ella se condensa toda la plenitud de gracia que Dios ha tenido a bien distribuir entre sus creaturas. Ella es el compendio de toda la creación. Ella es la imagen creada de la bondad divina, la blancura y resplandor de la Luz eterna, que todos los demás elegidos participan y copian, asimilándose a su Modelo y Prototipo.

Si Ella es «tipo y Modelo destacadísimo» (Vat. II, L. G. 53) de la Iglesia —congregación de todos los santos—, es evidente que en tanto es santa la Iglesia y sus miembros, en cuanto imitan y participan la perfección de la Virgen María.

2. El amor del Hijo, origen de esa plenitud inicial de gracia

Tal perfección inicial, tal plenitud de gracia, la requería también el honor de su futuro Hijo, y el amor con que la amó.

Estando destinada a ser Madre de Dios, hubo de ser a El sumamente graciosa, siempre, y en todo instante de su vida.

Todo hijo ama a su madre, y todo honor le parece poco para ella. Presentad a un niño pequeño —dice San Juan Crisóstomo— su madre cubierta de harapos, y una reina resplandeciente de hermosura que lo llama sonriente: el niño

volverá la espalda a la reina y se echará en brazos de su madre. El niño no ve en su madre defecto alguno: todo lo ve santo en ella, todo perfecto. Ella es para él la norma de la bondad: según se acerquen más o menos a ella, así juzga de la bondad de todas las demás cosas y personas.

Pero pasarán los años, perderá su candor, y hallará defectos en su madre. Y comparándola con otras mujeres, las hallará más ricas, más hermosas, más felices, tal vez más buenas. La admiración total, la confianza absoluta, han desaparecido. Sólo el amor queda sin disminuirse, el amor que deseara librarla de todo defecto, colmarla de bienes y hermosura, llenarla de dones y de gracias, hacerla superior a cuanto existe. Pero ese amor es impotente, porque es amor de creatura.

Jesús es hijo de María. No hay cariño de hijo que al suyo pueda compararse, porque nadie recibió tanto de su madre como El.

De Ella exclusivamente recibió su naturaleza humana, sus sentimientos de ternura, de amor, de dulzura, suavidad y misericordia. En nada de esto hubo influjo de padre: todo el influjo se reserva a María.

Si la «gloria de los hijos son sus padres» (Prov. 17,6), es claro en cuán eminente grado había de redundar en Cristo la hermosura o fealdad del alma de María, cuando todo lo que se refiere a su Humanidad lo recibe exclusivamente de Ella.

Aún más: De María recibió Cristo el poder merecer, y así redimir al género humano; el poder someterse al Padre, en nombre y en representación de toda la creación, dándole un acto de adoración digno de El.

Esta perfección de la manifestación exterior de su amor al Padre la debe Jesús a María, pues no era posible, como tampoco el merecer, sino en su naturaleza humana y con su naturaleza humana.

Jesús se siente así en deuda con relación a su Madre. Y la intensidad de ese sentimiento sólo podría comprenderla o alcanzarla aquél que llegase a comprender la intensidad con que su Corazón humano ama a su Padre.

Finalmente, debemos contemplar el amor de Cristo a su

Padre. El mismo se nos presenta como gozoso de hacer en todo su voluntad, como buscando siempre y en todo su gloria.

Mas la misma Persona divina que es de toda eternidad Hijo del Padre, esa misma es en el tiempo Hijo de María. Su amor a su Madre debe así inspirarse en el amor que tiene a su Padre, que es como el modelo en que calca su amor a su Madre.

Por lo mismo, análogamente a cómo ama al Padre con un amor infinito y eterno, así debe amar a su Madre con el amor humano que de Ella recibió. Pero ese amor humano es de Persona divina; es la Persona divina quien con ese amor la ama. Y por eso esa Persona quiere comunicar todo lo suyo a su Madre, análogamente a cómo El participa todo lo de su Padre.

No dejaría de ser absurdo que Jesús tuviera como un módulo diferente para amar a su Padre y a su Madre, o que correspondiera a Ella con su amor humano de un modo del todo diferente a cómo corresponde al Padre con su amor tanto humano como divino. Nos parece que el mismo Padre, al dársela por Madre, le está indicando su voluntad de que la ame con un amor que copie el que a su Padre tiene.

Tuvo, pues, Jesús, que amar a su Madre inmensamente más que a toda creatura, desearla más hermosa que todas ellas juntas. Pero esta hermosura, para Dios, se verifica únicamente por medio de la gracia. Luego, deseó Jesús para Ella más gracia que para todos los santos juntos. Todo le debió parecer poco para su Madre, como todo le pareció poco para la gloria de su Padre.

Y ese amor de Jesús no es impotente, porque es amor del Verbo. Si nada hay imposible para Dios (Lc. 1,37), nada hay tampoco imposible para el amor humano de Cristo, con que ama a su Madre, porque es amor de Dios. No hay así límite a la glorificación, hermosura y plenitud de gracia de María.

Mas no sólo ama a su Madre con su amor humano —de eficacia omnipotente por ser amor de Dios—, sino también con su amor divino, infinito y eterno, que le movió a elegirla por Madre, a prepararla de toda eternidad para Madre suya.

Y al recibirla del Padre como verdadera Madre suya, recibe también del Padre el precepto de amarla verdaderamente como a Madre, con un amor que ha de inspirarse en el que tiene a su mismo Padre Eterno.

Los hijos tienen que amar a la madre que Dios les da, y como se la da —no la escogen ellos—. Mas el Verbo, al encarnarse, El mismo se escogió Madre y se la preparó para que nunca tuviera que avergonzarse de Ella, de modo que la dignidad y perfección de la Madre fuera correlativa a la dignidad y perfección del Hijo, hasta llegar, en cuanto ello fuera posible en creatura, a ser digna Madre del Hijo del Eterno Padre.

Preparación que es como la ocupación y tarea externa del Verbo en los siglos eternos —María es «el negocio o tarea de todos los siglos»—, para volcar en Ella toda la plenitud de gracia en el primer instante de su existencia, de modo que nada hubiera jamás en Ella que no fuera gracioso, nada de lo que su Hijo tuviera que avergonzarse más tarde.

Por eso la hace tal que nada pueda comparársele, nada ser juzgado superior, ni aun siquiera igual. Por eso nada le negó a Ella de cuanto generosamente ha repartido en todas y cada una de sus creaturas: a Ella, que es creada como su Reina, Reina Madre de la que ha de derivar la vida y la hermosura a todas ellas.

Por eso, no sólo empieza donde todos los santos y ángeles acaban, sino que establece su residencia, su lugar connatural, «en la plenitud de los santos» (Eccli. 24,16). Ella es desde el principio la plenitud de todos ellos.

De ahí que sea tipo de la Iglesia y su modelo perfecto (Vat. II, L. G.), porque la Iglesia —militante, purgante y triunfante— en tanto es agradable a Dios y esposa de Cristo, en cuanto copia e imita a la Virgen María Madre de ella.

De ahí que San Juan Damasceno nos diga que la entrada de María en el mundo es la venida del Cielo —conjunto de todos los bienaventurados— a la tierra: «Hoy, de naturaleza terrena fabricó el Cielo en la tierra el mismo que en otros tiempos hiciera el firmamento y lo levantara en lo alto».

3. Elevación de María hasta el solio de Dios para llegar a ser Madre de Cristo

Mas para concebir al Verbo no bastaba ser un Cielo, condensar en sí toda la perfección y gracia de los bienaventurados y elegidos.

Era menester elevarse sobre todos los cielos y cuantos moradores hay en ellos, hasta alcanzar el trono de la misma Divinidad, y como insertarse en Ella, comunicando la generación del Padre, la plenitud del Hijo, y la fecundidad del Espíritu Santo, y como entrando de este modo en la misma Trinidad.

Y así lo hizo María, según nos dice el Papa San Gregorio Magno: «Para hacerse capaz de la Encarnación del Verbo, levantó la cima de sus méritos sobre todos los coros de los ángeles, hasta llegar al mismo solio de la Divinidad» *(In Lib. I Reg., c. I.* La Iglesia emplea esta lectura de San Gregorio en el oficio sabatino de la Virgen).

Capítulo VII

CONSUMACION DE LA GRACIA DE MARIA EN SU DIVINA MATERNIDAD

«En mi está la gracia de todo camino y de toda verdad; en mí toda la esperanza de vida y virtud.»

(Eccli. 24,25).

«La Madre de Dios fue la sede de todas las gracias, y estuvo adornada de todos los carismas del Divino Espíritu, es más, es tesoro casi infinito —o como infinito— y abismo insondable e inagotable de esos mismos carismas.»

(Pío IX, Bula *Ineffabilis*).

«En María sobrevino toda la plenitud de la gracia que hay en Cristo, aunque de modo diferente.»

(San Jerónimo, *De Assumptione*).

«La Bienaventurada Virgen María, por el hecho de ser Madre de Dios, tiene una cierta dignidad infinita.»

(Santo Tomás, 1ª, q. 25, a. 5).

1. María destinada a ser Madre de Dios

En su Inmaculada Concepción, María queda consumada en lo que diríamos su destino de pura creatura: alcanza la perfección de gracia que lograrán los predestinados en su término, reúne la plenitud de gracia de todos ellos.

Cuanto Dios ha determinado dar a sus creaturas, se le otorgó ya entonces a Ella: «Sus fundamentos sobre los montes santos: ama más Dios las puertas de Sión que todas las tiendas de Jacob» (Sal. 86,2). Su morada la fija desde entonces «en la plenitud de los santos» (Eccli. 24,16).

Pero el destino de María no era el de pura creatura. Era designio divino integrarla en cierto modo en la misma Divinidad, haciéndola como partícipe de la actividad interna trinitaria, al hacerla engendrar en el tiempo al que el Padre engendrara en la eternidad.

Esa es la obra maravillosa divina, de la que dice la misma Virgen: «Hizo en mí grandes cosas el que es Poderoso» (Lc. 1,49). Grandes cosas hasta con relación al mismo Dios. Por eso Ella es la obra de los siglos eternos, en la que el Poderoso despliega toda su sabiduría y su poder.

Si alto es el punto de partida de la creatura María, inconmensurablemente más alto es el punto a donde ha de ser llevada en su Maternidad divina. Y por eso, como infinito —*quasi infinita* llaman los Papas a la gracia de María— ha de ser el crecimiento en gracia para que se haga digna de esa Maternidad: crecimiento que ha de llevarla al mismo trono de la Divinidad.

2. Crecimiento de la plenitud de gracia en María para hacerla capaz de ser Madre de Dios

Ese crecimiento se verifica por la correspondencia de María, y, sobre todo, por la donación de Dios.

Respecto a la primera, de la que se tratará en el Libro III, baste decir aquí que María fue siempre un «Sí» continuo, perfecto, íntegro según toda la capacidad radical y actual de su ser, al beneplácito divino. Ella es la única que

jamás puso limitación a Dios, le negó algo, o le sustrajo algo en su entrega.

Ese «Sí» era necesario para que Dios, que respeta la libertad creada, pudiera obrar en Ella, pudiera darse a Ella.

Pero la donación divina hermosea siempre al alma, la perfecciona y dilata, según lo que ésta dice en San Juan de la Cruz (*Cant. Esp.* 33): «Ya bien puedes mirarme, después que me miraste, que gracia y hermosura en mí dejaste». Si la primera mirada o donación causa hermosura y transformación divina, no menos la causará la segunda y cuantas la sigan.

Al darse Dios al «Sí» total de María, la hermosea y dilata de tal modo que la hace capaz de un «Sí» inconmensurablemente más perfecto, de más plenitud de ser divino, porque también Ella tiene más plenitud de ser. Y a ese « Sí» corresponde una donación gratuita de Dios mucho más plena, porque Ella es también ya más capaz de recibir la plenitud del sello e imagen divinos.

Es así la vida de María una carrera hacia la perfección divina, hacia la asimilación cada instante más plena con Dios, de modo que al llegar a su Maternidad se ha hecho el milagro de los milagros —Ella es «taller de milagros»—, la «obra de los siglos», que eternamente acariciara sobre Ella el Corazón de Dios.

María ha sido elevada al mismo solio de la Divinidad. Por la unión y transformación de gracia es como un Dios recibido, pasivamente asociada a la misma actividad interna trinitaria, mostrando Dios en esa asociación y unión el amor que tiene a su creación —cuya flor y cumbre es María—, el ansia que tiene de enteramente comunicarle sus bienes y perfección.

Mas pasemos ya a contemplar la cumbre de santidad, la cima inimaginable de gracia, que alcanza María en el momento de su Maternidad divina.

Una serie de breves consideraciones, que la contemplen desde diferentes ángulos, nos ayudará a vislumbrarla desde lejos, ya que no a describirla o comprenderla, cosa que sólo Dios puede hacer.

3. La plenitud de gracia que alcanza María en su Maternidad comprende cuanto cae bajo el concepto o definición de gracia

La plenitud de gracia de la Virgen María llega a consumación en su Maternidad divina, alcanzando la dilatación máxima posible a la creatura.

O, lo que es lo mismo: toda participación divina, toda semejanza divina entrañada en la filiación sobrenatural de hijos de Dios, en cuanto comunicable a las creaturas, se da a la Virgen María cuando es constituida Madre de Dios.

En esta idea abundan los Santos y Doctores de la Iglesia, exponiéndola de los modos más varios, que mutuamente se completan.

«La Bienaventurada Virgen María, por el hecho de ser Madre de Dios, tiene una cierta dignidad infinita, por el bien infinito, que es Dios; y bajo este aspecto, nada mejor puede ser hecho, como no puede haber cosa alguna mejor que Dios», dice Santo Tomás (1ª, q. 25, a. 5).

Mas la gracia, según el mismo Doctor, se confiere a la Virgen en conformidad con su dignidad: «A aquellos a quienes Dios elige para algo determinado, los prepara y dispone para que sean idóneos para aquello para lo que son elegidos. Mas la Bienaventurada Virgen María fue divinamente elegida para ser Madre de Dios. Y así no debe dudarse que Dios, por su gracia, la hizo idónea para este destino» (3ª, q. 27, art. 4).

Comparando los dos textos se ve claro que, si la Maternidad divina comporta una cierta dignidad infinita, igualmente comporta una cierta gracia infinita: de ahí que los Papas, desde Pío IX, al hablar de la gracia de la Virgen la llamen *quasi infinita*, como infinita, o en cierto modo infinita. Y si no puede hacerse nada mejor que la Madre de Dios, tampoco puede darse gracia mejor que la que adorna a María, Madre de Dios.

Mas es evidente que podría darse gracia mejor si hubiera algo de gracia comunicable a la creatura que en Ella no tuviera como su sede. Por lo mismo, todo lo que cae bajo el

concepto de gracia santificante se ha conferido a la B. Virgen María en su divina Maternidad.

Con términos diferentes, pero idéntico sentido, nos expresa la misma idea San Buenaventura, compañero y amigo del Doctor Angélico: «Ella es Aquella a la que el mismo Dios no hubiera podido hacer mayor. Dios pudiera haber hecho un mundo mayor, un cielo mayor. Pero mayor Madre que la Madre de Dios no hubiera podido hacerla el mismo Dios». (San Buenaventura, *Speculum*).

Si la gracia se da según la dignidad de la elección, es evidente que ni el mismo Dios pudo dar más gracia santificante, más santidad, a la Virgen Madre.

Por eso el mismo Doctor, insistiendo en la necesaria correspondencia de igualdad que debe mediar entre la dignidad de Madre de Dios y la gracia que la adorna, exclama: «Inmensa fue la gracia de que la Virgen estuvo llena: pues un vaso inmenso no puede estar lleno si no es inmenso también aquello de que está lleno. Mas María fue vaso inmensísimo, desde el punto que pudo contener a Aquél que es mayor que el cielo. Tú, pues, inmensísima, eres más capaz que el cielo, pues contuviste a Aquél a quien los cielos no podían contener. Tú eres más capaz que el mundo, pues Aquél a quien todo el orbe no puede contener, se encerró en tus entrañas, hecho hombre. Y si María fue tan capacísima en su vientre, ¡cuánto más en su mente! Y si la capacidad fue tan inmensa, fue ciertamente necesario que fuese también igualmente inmensa la gracia que pudo llenar tan grande capacidad» (San Buenaventura, *Speculum*, c. 5).

4. La gracia conferida a María en su Maternidad es la misma e idéntica a la que adorna la Humanidad de Cristo

Si a la Virgen María se le comunica, en su Maternidad divina, todo lo que cae bajo el concepto de gracia, todo cuanto va entrañado en la participación de la naturaleza divina comunicable a creatura, es evidente que la gracia conferida a

María es la misma e idéntica a la que adorna a la Humanidad de Cristo.

Y eso es precismente lo que nos afirma el gran Padre de la Iglesia San Jerónimo: En Ella se infunde, no una participación de la gracia, por grande que se considere, sino toda *la plenitud de la gracia*: «De verdad llena, porque mientras a los demás se les da la gracia por partes —participan la gracia—, a María se le infunde toda la plenitud de la gracia» *(De Assumptione).*

Así la gracia de María, igual que la de su Hijo Jesús, si es finita como gracia *creada,* es infinita *como gracia,* en cuanto en ella se contiene cuanto cae bajo el concepto y definición de gracia; y es también infinita en cuanto carece de medida o término, ya que toda medida de gracia está en la de Ella contenida. Por eso vimos que San Buenaventura llamaba «inmensa», es decir, sin medida, la gracia que la adorna.

De ahí que el mismo San Jerónimo no vacila en decirnos que la misma gracia que hay en Cristo, esa misma es la que hay en la Virgen María su Madre: «En María sobrevino toda la plenitud de gracia que hay en Cristo, aunque de modo diferente» *(De Assumptione).*

La Iglesia ha implícitamente aprobado estas dos afirmaciones de San Jerónimo, al proponérnoslas en las lecturas del Oficio de la Inmaculada, haciéndolas así en cierto modo suyas, y haciendo compartirlas a los sacerdotes que lo rezan.

También Pío IX, en su Bula de definición de la Inmaculada, abunda en la misma idea de San Jerónimo, aunque no la exprese con las mismas palabras. Pues refiriéndose al saludo angélico «Ave, llena de gracia», nos dice que los Padres enseñan unánimemente que «con este singular y solemne saludo, nunca en otra ocasión oído, se muestra que la Madre de Dios fue la sede *de todas las gracias divinas,* y estuvo adornada de todos los carismas del Divino Espíritu; es más, es como tesoro infinito y abismo insondable e inagotable de esos mismos carismas» (Bula *Ineffabilis Deus).*

Mas no sería María sede de todas las gracias divinas, si hubiese alguna gracia conferida a la Humanidad de Cristo

que a Ella no se le hubiese dado, con la que Ella no hubiera sido hermoseada.

Toda la gracia de Cristo está así en María, aunque de modo distinto o diferente poseída.

5. La misma e idéntica gracia está poseída por Cristo y por María, aunque de modo distinto y diferente

Veamos de precisar ese modo distinto.

En primer lugar, la gracia que adorna a la Humanidad de Cristo la recibe de su unión personal con el Verbo. Ello hace que esa Humanidad posea la gracia no sólo por derecho propio —como debida a la Persona divina cuya es esa naturaleza—, sino que toda acción humana de Cristo posea verdaderamente valor y eficacia infinitos, no precisamente por la naturaleza humana elevada por la gracia santificante de la que procede como de principio inmediato, sino por la Persona divina que ejecuta esas acciones con su naturaleza humana.

La Virgen María, en cambio, posee la misma gracia santificante que adorna a la Humanidad de su Hijo, pero no por derecho propio —ninguna persona humana o creada tiene derecho a la gracia, y la Virgen es persona humana y creada—, sino por donación gratuita del Verbo, que desciende a su seno, y toma de Ella su naturaleza humana, convirtiéndose verdaderamente en su Hijo, amándola como Hijo, embelleciéndola con toda la hermosura con que su amor de Hijo puede engalanarla, queriendo darle su ser divino como de Ella quiere recibir su ser humano.

A ello se debe que los actos de María, por ser de persona humana, aunque adornada de la misma gracia santificante que su Hijo, no tengan valor satisfactorio infinito. Sólo una Persona divina, la de Cristo, podía hacer una satisfacción de valor infinito; sólo Cristo podía ser Redentor, y Mediador entre Dios y los hombres.

La Virgen María acompaña a esa redención con la colaboración máxima de que era capaz la creación; y en ese sentido, sólo en ese sentido, es Corredentora.

Dios-Hombre redime. Pero esa redención había de tener un término en que toda perfección se cumpliese, que fuera como la medida de la acción redentiva.

La Virgen María da ese término y medida. En Ella se verifica todo el fruto de la redención divina tal cual Dios la ha querido, prestándose a recibir toda la gracia santificante, toda la participación divina, que la unión personal con el Verbo confiere a la Humanidad de Cristo. La acción se mide por la eficacia de su efecto. La eficacia de la redención de Cristo aparece en el efecto producido en su Madre.

Esto aclara la Corredención de María con una nueva luz. Dios no hubiera hecho la redención de no hallar un término al que aplicarla, dispuesto a recibirla en toda su plenitud. Ese término lo da María, y sólo Ella. Por eso sin Ella no hubiera Dios obrado la redención.

Si Cristo, Dios-Hombre, Persona divina, nos redime, la Virgen María, al ofrecerse a sí misma, en nombre y como en representación de toda la creación y condensando en sí misma toda la docilidad absolutamente posible a esa misma creación, ha hecho que Dios no se echara atrás de su plan redentor.

Si Cristo redime, la Virgen ofrece el sujeto pasivo al que plenamente pueda aplicarse esa redención, y sin el cual nunca la redención se hubiera hecho.

Por eso cuantos se salvan —recibiendo de hecho el beneficio de la redención de Cristo—, se salvan como simiente de la Mujer, como hijos de María: sólo en cuanto nacidos de Ella podemos participar el beneficio de nuestra redención.

De ahí que el Concilio Vaticano II nos recuerde que María es tipo y modelo acabado de la Iglesia —la congregación de todos los salvados o que caminan hacia la salvación—. Si es tipo y modelo acabado, en tanto la Iglesia es Iglesia, esposa de Cristo sin arruga y sin mancha, unida a Dios, en cuanto se semeja, copia e imita a su celestial Madre, sin que jamás pueda superarla, ni aún alcanzarla.

Es también María Madre de la Iglesia, por cuanto todos los miembros de ésta reciben de María la gracia santificante, vida del alma. Es María quien los presenta a su Hijo como sujeto apto —por ser hijos y simiente suya— para

recibir el beneficio de la redención por El activamente obrada.

Igualmente, por poseer la Humanidad de Cristo toda la gracia por derecho propio —los derechos son de la Persona y la Persona es divina—, posee esa totalidad de gracia desde el momento mismo de su unión con el Verbo, es decir, desde el primer instante en que empieza a ser esa naturaleza, creada en el seno de María.

Mas la Virgen, al no poseer esa gracia por derecho propio, sino por donación gratuita, empieza a ser, y será siempre ya, «llena de gracia»; pero no se dilatará hasta ser capaz de recibir *toda la gracia* hasta el momento de su Maternidad. Sólo entonces será capaz de poseer toda la gracia de su Hijo, a quien lleva en su seno, a quien comunica su ser humano.

La Humanidad de su Hijo será asumida a la Divinidad en la Persona del Verbo, y en esa misma Persona se introducirá en el misterio trinitario. La Virgen María, al engendrar a su Divino Hijo, llegará al solio de la Divinidad, aunque sin entrar en Ella, sin ser Dios.

Es lo que nos dice San Gregorio Papa: «Para llegar a la Concepción del Verbo, elevó la cima de sus méritos sobre todos los coros de los ángeles, hasta llegar al solio de la Divinidad» *(In Lib. I Reg. cap. I*: lectura que la Iglesia usa en el oficio sabatino de la Virgen).

Cristo, su Hijo, es Dios. María, su Madre, no es Dios. Pero al elevarse hasta el mismo solio de la Divinidad podrá decirse de Ella, y atribuirle, cuanto no sea afirmar de Ella que sea Dios.

Puesto ese límite, no alcanzaremos a decir lo que es ni cuánto es, por más que lo intentemos, porque nunca alcanzaremos a divisar el límite de perfección que separa a Dios de la creatura, que distingue el orden divino del creado, el orden *per se* —por sí mismo—, del participado.

Por eso nos exhorta nuestro Santo Tomás de Villanueva: «Cuanto puedas, tanto osa; cuanto seas capaz, tanto añade: pues mayor es esta Virgen, más excelente es esta Virgen, y más alta».

Finalmente, Cristo, por ser Dios, es autor de la gracia: «La gracia fue hecha por Jesucristo» (Joan. 1,17).

Sólo Dios, en efecto, puede darnos la participación de su misma naturaleza, que es lo que hace la gracia. Y el mismo Cristo nos merece la dación de esa gracia, de la que es autor, por los sufrimientos, pasión y muerte que soportó en su naturaleza humana.

La Virgen María no es autora de la gracia, sino receptora. No merece la gracia, sino que se ofrece a sí misma para recibir toda la gracia hecha por su Hijo, y por su Hijo merecida.

Así toda la gracia hecha por Cristo y por Cristo merecida se da a la Virgen María, es recibida en Ella, a la que se aplica por entero y exhaustivamente el hecho redentivo de Cristo. Por eso su gracia es la misma de Cristo. Y por eso, por darse a Ella toda la gracia, cuanta gracia participen las creaturas les es transmitida por Ella.

Con relación a esa variedad casi infinita de participación de gracia en las más varias creaturas, no es María mera transmisora, sino también coautora, aunque coautora en virtud de la totalidad de gracia por Ella de Cristo recibida.

La madre es coautora de la vida de sus hijos. Si la gracia es la vida sobrenatural del alma, y María es nuestra Madre —y Madre de toda la Iglesia—, es evidente que de toda gracia santificante dada a nosotros no sólo es María transmisora, sino también coautora.

Lo es en virtud de la totalidad de la gracia a Ella conferida por Cristo.

Toda participación posible divina será así derivación de la totalidad que Ella posee. Y de su tesoro inagotable de gracia podrá Ella dar a sus hijos, poniendo en ellos la semejanza divina que Ella en plenitud posee, no sólo para gozarla, sino para *obrarla* en el alma de sus hijos.

Así como Eva fue coautora con Adán de la vida de sus hijos, pero en virtud de la vida que de Adán recibiera, así la Virgen María es coautora de la vida de gracia en su simiente, aunque en virtud de la plenitud de vida que de su Hijo ha recibido.

Si sólo Dios puede ser autor de la gracia, porque con ella

comunica su propia naturaleza a la creatura, es evidente que si la Virgen María ha recibido la totalidad de esa comunicación, no sólo para que Ella la gozara, sino para que la obrara en sus hijos, Ella obra como coautora, dando de su propio tesoro, según los designios del mismo Dios, la vida que sus hijos reciben.

Teniendo en cuenta estas diferencias de matiz en el modo de ser poseída la gracia por María y por su Divino Hijo, puede y debe aplicarse a María cuanto en EL AMOR (Lib. II, cap. III) dijimos de la gracia santificante en Jesucristo.

6. El Espíritu Santo, poseedor y distribuidor de toda la gracia, la entrega toda a la Virgen, y ninguna distribuye si no es en, con y por María, su Esposa

Si Cristo es autor de la gracia, y quien nos mereció su aplicación o donación, el depositario de esa gracia, y el encargado de comunicarla a las almas, es el Espíritu Santo, Espíritu de santificación que nos diviniza, distribuyendo la gracia a cada cual según su beneplácito. (1ª. Cor. 12,11).

Ahora bien, toda la gracia de que es depositario y distribuidor el Espíritu Santo —es decir, toda la gracia hecha por Cristo y merecida por Cristo— se da a la Virgen María, como Esposa suya.

La esposa, en efecto, es asumida a la dignidad del esposo, partícipe de todos sus bienes, poseedora y administradora de ellos.

Así, su calidad de Esposa del Espíritu Santo, por cuya obra concibe a su Hijo Jesús, —«y concibió del Espíritu Santo», nos dice el Credo de nuestra fe—, nos lleva nuevamente a la conclusión anterior: la Virgen María, en su Maternidad divina, es enriquecida con toda la gracia, adornada por toda la gracia, que había de embellecer la Humanidad de su Divino Hijo: «En Ella sobrevino toda la plenitud de la gracia que hay en Cristo, aunque de modo diferente» (S. Jerónimo).

Esta conclusión se hace todavía más evidente si se atien-

de al término de la fecundidad que como Esposo obra el Espíritu Santo en la Virgen María.

Ese término es el Hijo de Dios: Hijo del Padre, y, a la vez, verdadera y propiamente, Hijo de María.

La donación que el Espíritu Santo ha de dar a la Virgen para que pueda ser Madre de Dios, el concurso y cooperación con Ella para esa magna obra, tiene que ser proporcionada a la calidad de esa filiación. Y siendo ésta la obra en que se agota la divina Omnipotencia, también tiene que agotarse en Ella la donación de gracia de que es capaz el Espíritu Santo, dando por tanto para ella a la Virgen toda la gracia de que es depositario y distribuidor, es decir, toda la gracia creada por Cristo, y merecida por Cristo: «Ella estuvo adornada de *todos los carismas* del Divino Espíritu» (Bula *Ineffabilis*).

Igualmente, la encarnación del Verbo es la santificación de toda la creación: nada hay de santificación que no se dé ya en ese Verbo encarnado, siendo toda otra santificación mera participación y como reflejo de la suya.

En la santificación, pues, del Verbo encarnado, en la divinización de su naturaleza humana por la gracia, se agota toda la capacidad santificadora del Espíritu Santo con relación a lo creado, según el libre designio divino que se propuso esa santificación.

Mas esa santificación no la obra el Espíritu Santo sólo, sino cooperando con la Virgen María: es cooperando con Ella que esa naturaleza humana, enriquecida de todos los dones de santidad, se produce y crea. De lo contrario la Virgen no sería verdadera Madre de Dios.

Sale, pues, esa naturaleza humana de Cristo, enriquecida por todos los dones de santificación, como fruto y obra de la cooperación del Espíritu Santo con la Virgen María, pues la naturaleza en que María hace subsistir al Verbo es una naturaleza del todo santa, llena de gracia y de verdad, pues empieza a existir ya unida al Verbo.

Mas la cooperación del Espíritu Santo con una creatura en orden a la santificación, eso es gracia. Si el Espíritu Santo, al cooperar con María a la encarnación del Verbo, agota su capacidad santificadora, la agota en y con María, y por

consiguiente comunicándole a Ella toda la plenitud de gracia de que es depositario, toda la plenitud de gracia con que ha de ser ornada la Humanidad del Verbo, fruto de esa cooperación entre el Espíritu Santo y la Virgen María.

7. La posesión de la totalidad de la gracia es en María consecuencia necesaria de su Maternidad divina

Esto nos lleva como de la mano a tratar otro aspecto de la totalidad de gracia de María, en cuanto entrañada y exigida por la relación con su Hijo como Madre divina. Matiz que nos mostrará a su vez la relación de dependencia maravillosa que la gracia de la Virgen ostenta con relación a la de su Hijo.

María es Madre de Dios porque verdaderamente comunica al Verbo una naturaleza humana, hace subsistir al Verbo en naturaleza humana.

Si esa naturaleza empezase a subsistir separada del Verbo, para ser luego asumida a la Persona divina, María podría ofrecer al Verbo una naturaleza humana adornada de gracia limitada —tal como Ella, en la hipótesis, la tendría—, o incluso desposeída de gracia. Esa naturaleza sería luego adornada de la plenitud de la gracia, de toda la gracia, al unirse al Verbo, por redundancia en ella de la Persona divina que la asumiera.

Pero no es éste el caso. El error que la hipótesis supone fue el de Nestorio, que por eso negaba que María fuese Madre de Dios. Era, según él, Madre del hombre Cristo, a quien luego se habría unido el Verbo, inhabitando en él. La Iglesia lo condenó.

La naturaleza humana de Cristo nunca tuvo subsistencia separada o propia, nunca existió separada del Verbo, sino desde el principio en el Verbo, por el Verbo, y como verdadera naturaleza del Verbo.

Por consiguiente, la naturaleza humana que la Virgen Madre presta al Verbo es una naturaleza que se transmite ya unida al Verbo: la cooperación de María en la Maternidad divina es transmitir una naturaleza humana unida personal-

mente al Verbo, adornada ya de toda gracia. Es esa naturaleza así adornada, así ontológicamente perfecta en el orden sobrenatural, lo que es fruto de la cooperación materna de María.

Mas como nadie da lo que no tiene, no podría producir una naturaleza humana así sobrenaturalmente perfecta, si Ella no tuviera la misma plenitud de gracia que había de transmitir a esa naturaleza.

Si nuestros primeros pdres no hubieran pecado, nos hubieran engendrado a todos en gracia santificante; pero ciertamente no hubieran podido engendrarnos con una plenitud de gracia mayor que la que ellos poseyeran.

Así María engendra en gracia a su Hijo Unigénito; pero no puede comunicarle una perfección ontológica de gracia superior a la que Ella posee. Es, pues, evidente, que al ofrecer al Verbo una naturaleza humana «llena de gracia y de verdad, y llena cual compete al Unigénito del Padre» (Joan. 1,14), Ella misma tuvo que ser adornada de esa gracia, para que se la transmitiera.

O lo que es lo mismo, la misma plenitud y totalidad de gracia que hay en Cristo, ésa misma está en la Virgen María, fue conferida a la Virgen María, para que verdaderamente fuera Madre de Dios.

Todo esto muestra que, de hecho, la gracia que adorna a la Humanidad de Cristo, la recibe el mismo Cristo de su Madre. Y ello es natural, pues María comunica al Verbo cuanto Este tiene de humano. Y humana —como elevación sobrenatural de una naturaleza humana—, es la gracia que adorna a la Humanidad de Cristo: nada hay en esa Humanidad que no provenga de María, en virtud de su Maternidad. De ahí que de esta Maternidad, y de las exigencias que implica, hayan deducido los Santos y Doctores las excelencias de María.

Temporalmente, pues, la totalidad de gracia de la Virgen es anterior a la de Cristo, su Hijo —mejor diríamos, simultánea, pues se le da en la misma Maternidad—. Y la totalidad de gracia que adorna a Cristo desde el primer instante de su ser temporal, la recibe de María por generación,

como recibiríamos todos nosotros la gracia al ser engendrados, de no haber pecado nuestros primeros padres.

Pero esto no obsta nada para que Cristo sea el autor y merecedor de toda gracia, y, por consiguiente, no menos autor de la gracia que se dio a la Virgen María, y el que verdaderamente mereció para su Madre que con esa totalidad fuera adornada y enriquecida.

En el orden eterno es muy frecuente, por no decir lo ordinario, que lo que es posterior en el tiempo sea anterior en la causalidad.

Así la gracia santificante que poseyeron los patriarcas, profetas y santos antes de la venida de Cristo, fue creada por Cristo, y merecida para ellos por Cristo en una redención que había de tener lugar mucho después.

La misma creación debe su ser al Verbo Encarnado —todas las cosas tienen en El su subsistencia (Col. 1,17)—, que después se introducirá en el mundo para ser corona y cima de esa creación, que a Dios la vuelva y vincule. Y así, sin esa encarnación, no parece hubiera habido siquiera creación.

En cuanto a la Virgen María, es ciertísimo que tanto su ser y existencia, como su predestinación —y por tanto su justificación por la gracia—, es totalmente debida al Hijo que de toda eternidad la elige por Madre suya. Y así tanto su existencia como la gracia que la adorna, la debe totalmente a su Hijo, está vinculada a su Hijo, que hace la gracia para Ella, y para Ella la merece en su Pasión.

Hasta tal punto es esa dación de la gracia a María fin primario de la redención, que ni ésta hubiera tenido lugar, ni aún la encarnación del Verbo, de no darse la Virgen María, ya que, como nos dicen los Papas, Dios predestinó *con un mismo decreto* arcano y eterno —y por tanto indisoluble e inseparablemente— a la Virgen María y a Cristo.

Es, pues, evidente, que la Virgen debe tanto su existencia cuanto la totalidad de la gracia con que ha sido adornada, a la elección de su Hijo, que la quiso hacer su Madre.

E igual que le dio el ser humano que de Ella quería recibir como Hijo, igual le dio la totalidad de la gracia que adorna su Humana Naturaleza, porque de Ella quería recibir esa totalidad de gracia.

Ni tiene por qué extrañarnos quisiera heredar de Ella la gracia —con que previamente la enriqueció—, si la amó tanto que quiso recibir y heredar de Ella el ser, que igualmente previamente le dio.

La totalidad de gracia de la Virgen María asegura, por una parte, el fruto total de la redención de Cristo —dándole su medida sin medida, porque tampoco la tiene la gracia de la Virgen María—, siendo así María el consuelo total y la complacencia plena del Corazón de Jesús. Y, por otra, nos hace a todos más asequible la participación de la gracia de Cristo, al ponerla toda en manos de una Madre, a quien podemos con filial confianza recurrir, y que como Madre nuestra se encarga de distribuirla entre nosotros.

Nuestra infidelidad repetida no disminuye así nuestra seguridad, pues la riqueza, aunque de presente no la usemos, queda siempre nuestra, al permanecer en manos de nuestra Madre, que la conserva siempre a nuestra disposición, para el momento en que querramos nuevamente disponer de ella.

La totalidad de gracia creada y merecida por Cristo se da así entera a la Virgen María, tanto para gozo del Corazón de Jesús —que se verá por Ella siempre plenamente correspondido—, como para facilitar nuestra salvación, poniéndola en manos de nuestra Madre para que Ella nos la guarde y preserve.

Ella es en verdad, como la invoca la Iglesia: «Vida, Dulzura, y Esperanza nuestra».

8. La misma totalidad de gracia viene exigida por su asociación a la fecundidad del Padre Eterno

A idéntica conclusión parece podemos llegar si consideramos la relación de María con el Padre Eterno en la generación del Verbo Encarnado.

En esa relación insiste especialmente San Bernardo para concluir la santidad de María.

«Tanta conformidad —*consensio*— tuvo el Padre Eterno con la Virgen María, que no sólo unió consigo su voluntad,

sino también su carne, hasta hacer un solo Cristo de su propia substancia y de la substancia de la Virgen. El cual Cristo aunque no totalmente de Dios, ni totalmente de la Virgen, había de ser, sin embargo, todo de Dios, y todo de la Virgen, siendo, no dos hijos, sino un solo Hijo de ambos» (San Bernardo, *Sermo II Super Missus est*).

Si la santidad o gracia santificante es la unión con Dios, habiendo sido María asociada a la actividad que agota la fecundidad del Padre, y asociada en el modo máximo posible a creatura, es evidente que también hubo de darle toda la participación divina posible a una creatura, es decir, todo lo que cae bajo la definición de gracia, bajo el concepto de participación posible de Dios en la creatura. O, lo que es lo mismo: toda gracia ha sido conferida a la Virgen María.

Si esa gracia es limitada o finita como participación creada —también, y por el mismo motivo, lo es la gracia santificante en la Humanidad de su Hijo—, es infinita bajo la razón de gracia —al igual que la que adorna a la Humanidad de su Hijo—, en cuanto todo lo que cae bajo la noción de gracia, de semejanza posible divina, se da en Ella.

Es lo que, aunque con palabras distintas, nos dice San Bernardo, cuando nos afirma que, al ser asociada a la acción más excelente del Padre, en razón de la cual de toda eternidad procede el Hijo, siquiera fuere para darle origen en el tiempo en su naturaleza humana, necesitaba ser elevada a un plano en cierto modo de igualdad con el Padre Eterno, y a un orden de santidad que transciende toda santidad concebible:

«Que una mujer concibiese y pariese a Dios, fue el milagro de los milagros. Pues fue necesario, por así decirlo, que la Mujer fuese elevada a una cierta igualdad divina, por cierta como infinitud de perfecciones y gracias: igualdad que jamás creatura ha alcanzado. Por lo cual creo que ni el entendimiento humano ni el angélico pudieron nunca alcanzar el inescrutable abismo de todos los carismas del Espíritu Santo que descendieron sobre la Bienaventurada Virgen en la hora de su divina Concepción» (San Bernardo, *Concl. LXI*, cap. XII).

Mas, siendo la Maternidad de María virginal, no es Ma-

dre de Dios por un acto de su cuerpo, sino por el consentimiento de su voluntad.

De ahí que ese acto de su voluntad hubo de ser elevado por Dios mediante la gracia a un grado de excelencia tal que fuese verdadera causa proporcionada, aunque ministerial, de la concepción del Verbo.

Y siendo esta concepción la comunicación suma de Dios a la creación, hubo de alcanzar la Virgen en ese acto la máxima cima de santidad posible a la creación. Toda comunicación divina a las creaturas se hace a Aquella, por quien y mediante quien hizo Dios toda comunicación a sus creaturas en la donación de su Hijo Unigénito.

Por eso nos dice San Bernardo que con su consentimiento mereció más María que todos los ángeles y santos juntos con todas sus obras:

«La dignidad de Madre de Dios es una dignidad como infinita, que exige una gracia proporcionada. De donde puede colegirse que la Bienaventurada Virgen, con su consentimiento en la concepción del Hijo de Dios, mereció más que todas las creaturas, tanto ángeles como hombres, en todos sus actos, movimientos y pensamientos. Pues todos cuantos merecieron, no pudieron merecer otra cosa que la gloria sempiterna según los diversos estados y grados. Mas esta Virgen, en su admirable consentimiento, mereció la total extinción de la concupiscencia, el dominio y primacía del orbe, la plenitud de todas las gracias, de todas las virtudes, de todos los dones, de todas las bienaventuranzas, de todos los frutos del Espíritu Santo, de todas las ciencias, las interpretaciones de las palabras, el espíritu de profecía, los discernimientos de los espíritus, las operaciones de las virtudes. Mereció ser estrella del mar, puerta del cielo; y, sobre todo, el llamarse Reina de misericordia, junto con el efecto y eficacia propios de tal nombre. Por lo cual bien se dice de Ella en los Proverbios (31,29): «Muchas hijas amontonaron riquezas; más tú superaste a todas» (San Bernardo, *Concl. LXI*, cap. XII).

9. En el libre consentimiento que la hace Madre de Dios alcanza María la cima y perfección de gracia absolutamente insuperable

La asociación de la Virgen María a la fecundidad del Padre nos lleva a rastrear en algún modo la cima de perfección y gracia que informó el acto de consentimiento a la voluntad del Padre, por el que se convirtió en Madre de Dios: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc. 1,38).

Dos frases de Jesús —vanamente usadas por los enemigos de la Virgen para denigrarla y rebajarla—, nos muestran la altura de santidad que informó ese acto de la voluntad de la Virgen, que la constituye Madre de Dios.

Una mujer, al oír sus enseñanzas, exclama: «Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que te amamantaron» (Lc. 11,27). Y Jesús responde: «Más bien, bienaventurados quienes oyen la palabra de Dios y la cumplen» (Lc. 11,28).

San Beda el Venerable ve en esta mujer simbolizada a la Iglesia, que incansablemente prodiga sus alabanzas a María. El episodio nos lo refiere San Lucas, el Evangelista que más se extasía en la contemplación de la Virgen. Y la Iglesia usa de él en las fiestas de María para honrarla. Nada de esto deberá olvidarse al interpretar este texto, si se quiere evitar el error.

En otra ocasión, a quienes le dicen: «Tu Madre y tus hermanos te andan buscando» (Mt. 12,47), les responde Jesús: «¿Quiénes son mi Madre y mis hermanos? —y mirando a sus discípulos—: Los que hacen la voluntad de mi Padre, ésos son mi madre, y mi hermano, y mi hermana» (Mt. 12,48).

Quienes de tales frases quieren deducir una especie de minusvaloración de la Virgen María, se olvidan de que Santa Isabel, «llena del Espíritu Santo» (Lc. 1,41) le dice: «Bendita tú entre las mujeres» (Lc. 1,42), y «bienaventurada tú, que creíste» (Lc. 1,45). Olvidan que la misma Virgen canta de sí en el *Magnificat*: «He aquí que desde ahora me llama-

rán bienaventurada todas las generaciones, porque me hizo grandes cosas el que es Poderoso» (Lc. 1,48.49).

Es, pues, bienaventurada la Virgen María, y la mujer del pueblo que así lo proclamó entre la muchedumbre no hizo más que iniciar el canto de alabanza que ya no tendrá fin, incansablemente entonado por las generaciones futuras. Por eso con toda razón dice Beda el Venerable que esa mujer es símbolo de la Iglesia que canta a María.

Mas si ciertamente es «bienaventurada» —y Jesús está muy lejos de negarlo en su respuesta—, en esa misma respuesta se nos precisa que es más bien bienaventurada por haber cumplido la voluntad de Dios que por haber llevado a Dios en su seno.

Síguese de ahí que las cosas grandes que Dios la hizo —en las que María cifra su bienaventuranza—, son, más aún que la divina Maternidad material, el haber Dios hecho que la voluntad de María se conformara perfectamente con la suya. Tan perfectamente, que gracias a esa conformidad pudo hacerla verdaderamente Madre de su Hijo Unigénito.

Si en el orden ontológico objetivo no podemos concebir mayor grandeza que la Maternidad divina, ¿qué diremos de la grandeza moral de la santidad de María, consistente y manifestada en su unión con la voluntad del Padre, de la gracia que la vincula a Dios hasta convertirla en Madre suya, y que la hace todavía más bienaventurada que la misma Maternidad?

Si admirable es Dios, e incomprensible, en hacer Madre suya a una creatura, más admirable es todavía en dar a esa creatura la santidad correspondiente a su honor y dignidad de Madre.

No olvidemos que, siendo virginal la Maternidad de María, es Madre, no por un acto de su cuerpo, sino simplemente por un acto de su voluntad, con el que de tal modo entregó a Dios todo su ser, que Dios pudo hacerlo pasar, por verdadera generación, a su Hijo Unigénito.

A ese acto podemos, pues, aplicar las palabras de Santo Tomás: «La Bienaventurada Virgen fue divinamente elegida para ser Madre de Dios; y por eso no debe dudarse que Dios, por su gracia, la hizo idónea para esta Maternidad» (3ª,

q. 27, a. 4). Mas se constituyó en Madre de Dios por el consentimiento de su voluntad. Por consiguiente ese acto de su voluntad hubo de ser de tal modo elevado por la gracia divina que fuese idóneo y como proporcionado para engendrar al Verbo.

A esa perfección del consentimiento de María aluden las palabras de Jesús: «Todo el que cumple la voluntad de mi Padre, ése es mi madre, y mi hermano, y mi hermana» (Mt. 12,48).

Todo el que cumple la voluntad de Dios ama a Dios y es amado de El: «Si me amáis, cumplid mis mandamientos» (Joan. 14,15). «Si alguno me ama, será amado por mi Padre, y Yo le amaré, y vendremos a él, y estableceremos en él nuestra mansión» (Joan. 14,23).

Esta inhabitación de Dios en nosotros nos constituye en hijos de Dios —y así hermanos de su Hijo Unigénito—, pues tal poder dio Dios a cuantos recibieran a Cristo, que fueran, y se hicieran cada vez más, «hijos de Dios»: «Y a cuántos le recibieron les dio poder de ser hechos hijos de Dios, a cuantos creen en su nombre. Los cuales no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del varón, sino de Dios» (Joan. 1,12.13).

Jesucristo es la Palabra, el Verbo del Padre. Todo el que recibe esa Palabra, no sólo en sus oídos, sino también en su corazón amándola, y en su voluntad cumpliéndola, queda por el mismo hecho transformado en Dios por unión de voluntades, y así semejante a Dios, hijo de Dios por participación de la filiación divina del Verbo que recibe en sí.

Pero esa semejanza, que recibimos por voluntad divina, no por esfuerzo personal o mérito propio —no nos hacemos sino que «somos hechos» hijos de Dios, cual pasa por los demás en toda filiación: nadie se hace hijo de otro: es hecho hijo de otro por aquél de quien es hijo—, no queda sólo, en la voluntad, sino que transforma internamente toda el alma, todo el ser del hombre.

En nuestro ser se engendra una imagen viva, más o menos perfecta, de Jesucristo. Somos imagen viva de El por la gracia —de un modo remotamente análogo a como El es imagen de la substancia del Padre—: y siendo imagen de El,

hijos de Dios con El y como El, por participación de su filiación divina.

Mas como esa imagen es imagen viva de Jesús, al dejar a Dios formarla en nosotros con nuestro consentimiento, formamos de verdad a Jesús en nosotros, somos en cierto modo madres de Jesús. Por eso Jesús nos dice que quien cumple la voluntad del Padre, ése es su madre y su hermano.

El período de formación es doloroso. Mas el día en que Jesús aparezca glorioso en nuestra alma ya del todo partícipe de su divina naturaleza, el dolor se convertirá en gozo, y gozo eterno. De esos dolores, y de esa transformación en gloria, hablaba Jesús a sus discípulos, en la noche de su despedida, con el símil de la mujer que está de parto (Joan. 16,21.22).

Así, pues, todo el que oye la voz de Dios y la cumple, conformando su voluntad a ella, queda por el mismo hecho constituido hijo de Dios, y por consiguiente hermano de Jesús, coheredero con El de los bienes infinitos a El solo debidos. Mas como esa filiación se hace por la transformación del alma en Jesucristo —cuya naturaleza divina participa por la gracia—, el producir esa transformación o imagen de Cristo, convirtiéndose en «nueva creatura», le hace también madre suya.

Así como María, consintiendo a la voluntad divina, engendró físicamente a Jesucristo, así nosotros lo engendramos también de un modo místico, aunque no por eso menos verdadero. No nosotros solos, sino Dios con nosotros, que es quien lleva la parte principal, como la llevó en la Virgen María.

Mas con una diferencia notable: Nosotros podemos así llegar a ser madres de Jesús en un sentido místico; María lo es en sentido físico.

Nosotros no damos un nuevo ser a Jesucristo, sino que el ser que El *ya tiene* lo ponemos en nosotros por la unión con El, y así en cierto modo lo multiplicamos. Mas la eficacia de la unión de María con la voluntad del Padre llega a tanto que la hace físicamente Madre de Jesús, dándole de verdad *un nuevo ser*, su naturaleza humana, que antes no tenía.

Nosotros, al engendrar a Jesús, más que dar, recibimos. María, en cambio, no sólo recibe a Jesús en sí, sino que le da el ser: recibe al Verbo, y da a ese Verbo la Humanidad que antes no tenía.

Esto aclara las palabras del Vaticano II, cuando llama a María «tipo y modelo acabado de la Iglesia». Es decir, la Iglesia, en tanto es Iglesia, esposa sin arruga ni mancilla de su Esposo Cristo, en cuanto con todas sus fuerzas, y según las diferentes capacidades de los miembros que la integran, copia e imita infatigablemente la perfección del consentimiento y adhesión libre de María. Y aunque toda la eternidad busque copiarla, jamás agotará la perfección de santidad que hay en Ella: jamás logrará dar un nuevo ser a Cristo, aunque multiplique indefinidamente su presencia en todos sus miembros.

Muestra también una faceta del título de Madre de la Iglesia. La Iglesia no da un nuevo ser a Jesucristo: sólo participa el ser ya existente, lo incorpora a sí misma.

Mas María es quien, al ser Madre del Verbo encarnado, dándole un nuevo ser humano, hace posible su participación por la Iglesia.

Sólo por la encarnación nos hace el Verbo concorpóreos suyos, «hueso de sus huesos y miembro de sus miembros» (Ef. 5,30). Pero esa encarnación es obra de María, que le da su nuevo ser humano.

Y es Ella, como Madre que da el ser a ese Verbo encarnado, la única que, como poseedora y autora de El, puede comunicárnoslo a los demás, hacerlo nacer en nuestros corazones, siendo así Madre nuestra.

10. El fruto por ese consentimiento producido nos testifica la totalidad de gracia que lo informa

La totalidad de la gracia presente en la Virgen María también podemos deducirla de su fruto.

El mismo Jesús nos mueve a usar de este criterio cuando dice: «el árbol se conoce por sus frutos» (Mt. 12,23).

¿Cuál será el árbol María, cuyo fruto es Jesús? La exce-

lencia del árbol se mide por la del fruto que produce; la de María, por la de su divino Hijo.

Y en concreto, ¿cuál será el consentimiento y adhesión de la Virgen María a Dios, en virtud del cual es constituida Madre de Dios, partícipe y colaboradora de la misma fecundidad del Padre Eterno?

María produjo para nosotros, obrando con Dios por el asentimiento pleno de su voluntad, lo que los cielos y la tierra eran incapaces de producir. Por consiguiente, la elevación de gracia que supone en Ella esa producción supera inmensamente a toda la gracia de ángeles y hombres reunidos.

Su gracia, sin ser simplemente infinita, pues nada hay infinito fuera de Dios —y bajo ese aspecto tampoco la gracia que adorna a la Humanidad de Cristo es simplemente infinita, sino infinita bajo el concepto de gracia—, es, por la unión tan estrecha que con Dios alcanza en su Maternidad, *casi infinita —fere infinita—*, o, como la declaran los Documentos Pontificios, *quasi infinita* —como infinita—, es decir, sin medida: infinita en cuanto nada hay que caiga bajo el concepto de gracia que Ella no posea, al igual que su Hijo, a quien siempre y en todo estrecha e indisolublemente está asociada.

En este sentido debe entenderse San Buenaventura cuando dice: «El Hijo hace infinita la bondad de la Madre; pues todo árbol se conoce por su fruto» *(in 1, dist. 44)*, y en el que Santo Tomás nos dice que la Virgen «por el hecho de ser Madre de Dios tiene una cierta dignidad infinita proviniente del Bien infinito, que es Dios» (1ª, q. 25, a. 5). Y San Alberto Magno: «El Señor dio a la Bienaventurada Virgen María el don sumo de que es capaz una pura creatura, a saber, el ser Madre de Dios» (*Mariale*, cap. 178).

Cornelio ilustra esta doctrina con una comparación: Las aguas del mar se pueden agotar, contar las arenas de la playa, limitar los méritos de los santos, mas nadie puede agotar ni medir los méritos de María. Su único límite es la Divinidad, con la que ha sido puesta en tan estrecha relación. Dios dijo al Océano, señalando la tierra: «hasta aquí llegarás, y no irás más lejos». Así dijo a María, señalando

su propia Divinidad: Hasta aquí llegarás, hasta tocarme, hasta ser Madre mía, y sólo de aquí no pasarás. Todo lo que no sea afirmar que sea Dios, lo podemos y debemos afirmar de María. Como en el mar reunió Dios todas las aguas, así en María todas las gracias *(Tesoros de Cornelio a Lápide,* bajo la palabra «María»).

Y es que María tiene la misma bendición, la misma gracia, que su fruto Jesús.

Es lo que nos insinúa el saludo de Santa Isabel pronunciado bajo la moción del Espíritu Santo: «Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre» (Lc. 1,42).

La verdadera bendición divina es la gracia santificante. Y María y su fruto Jesús están en el mismo orden de bendición: una misma bendición, una misma gracia, poseída por ambos, aunque con los matices diferenciales que más arriba expusimos.

La Iglesia ha hecho suyo ese saludo de Isabel, y con él la fe de que toda la gracia y bendición de Jesús se ha conferido a María, asociada en todo, por disposición divina, a su Hijo.

11. Padres y Santos coinciden en atribuir a la Virgen la totalidad de la gracia

Con expresiones diversas, los Padres y Santos rivalizan en afirmar que en María se da la totalidad de la gracia, toda la gracia. En consecuencia nada falta en Ella de cuanta gracia Cristo hizo y nos mereció; o, lo que es equivalente, en Ella, aunque de modo diferente, se encuentra toda y la misma gracia que adorna la Humanidad de Cristo.

«La gracia de la Santa Virgen es inmensa» (San Efrén, *De Laud. Virg.*). «La Virgen es tesoro de vida, abismo inmenso de gracia» (San Juan Damasceno, *Oratio II de Dormitione Virginis*).

No sería inmensa, es decir, sin medida y sin posibilidad de medición, si hubiera alguna gracia creada por el Verbo, merecida por Cristo, que no estuviera en Ella.

«Al lugar donde confluyen y se reúnen las aguas, llamó

Dios mar; el lugar *de todas las gracias* se llama María» (San Alberto Magno, *Homilia Super Missus est*). Si María es el lugar *de todas las gracias*, es evidente que toda gracia creada y merecida por Cristo está en María, y así nada hay que caiga bajo el concepto de gracia que Ella no posea.

En la misma idea abunda San Buenaventura cuando dice: «Como en el mar está la reunión de todas las aguas, así en María la confluencia de todas las gracias» (*De Laud. Virg.*, cap. VII).

A los demás se les da participación de la gracia; a María se le da *toda la gracia*. Así nos lo dice San Jerónimo: «De verdad llena, porque a María se le infunde toda la plenitud de la gracia, que a los demás se les da por partes» (*De Assumptione*).

Mas no se infundiría en María *toda la plenitud de la gracia*, si hubiera algo de gracia creada y merecida por su Hijo Jesús que en Ella no estuviera. Ni se daría la contraposición que afirma el Santo, si alguna gracia faltara en Ella: ya no poseería entonces toda la gracia, todo cuanto cae bajo el concepto y definición de gracia.

De ahí que el mismo San Jerónimo nos afirme, con la formulación que creemos más exacta: «Toda la plenitud de la gracia que hay en Cristo vino a la Virgen María, aunque de modo diferente» (*De Assumptione*). Modo diferente que ya más arriba explicamos.

De ahí que toda gracia confluya de Cristo a Ella, y toda derive de Ella a las creaturas.

Así lo expresa San Buenaventura: «María fue llena de gracia, y por ello mar de gracias. Por lo que así como todos los ríos entran en el mar, así absolutamente todas las gracias que tuvieron los ángeles, patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, confluyeron en María» (*Speculum*, cap. II).

Y como toda agua procede del mar, por modos ocultos y maravillosos, así toda gracia que adorne y fecunde la creación —incluida la de los mismos ángeles—, proviene de María, deriva de María, es participación de la que posee María. Y toda la gracia de las creaturas es menos, en comparación

con la de María, que las aguas de la tierra comparadas a las del mar.

Es así María acueducto y canal de toda gracia; y a la vez también fuente: «Hay una plenitud receptiva, que da y no retiene: y esta es la plenitud del canal. Y así es María llena de gracia en cuanto al número de gracias, que pasan todas por sus manos... Y hay una plenitud receptiva, que da y retiene, y ésta es la plenitud de la fuente, que permanece llena, y sin embargo fluye. Y con esta plenitud fue llena la Virgen María, de la que continuamente fluye la gracia, y sin embargo Ella está siempre llena de gracia» (San Alberto Magno, *Mariale*, q. 164).

«Ella tuvo la triple dignidad —real, sacerdotal y profética—, en su substancia y persona... Ella transmitió esta triple dignidad originariamente a su Hijo, y participadamente —*specialiter*— a nosotros» (San Alberto Magno, *Mariale*, q. 25). Parece aquí insinuar claramente San Alberto que Dios dio a María cuanto había de adornar a la naturaleza humana de su Hijo —en concreto, su realeza, sacerdocio y magisterio—, para que se lo transmitiera como Madre, y por lo mismo, no sólo la triple dignidad de que habla, sino también la gracia misma que adorna a la Humanidad de Cristo.

De la dignidad sacerdotal de la Virgen nos habla también San Antonino: «Aunque la Virgen María no recibió el Sacramento del Orden, la Virgen estuvo llena de cuanta dignidad y gracia ese sacramento confiere» (*Summa Theologica*, p. 4, tit. 15, cap. 16).

San Bernardino de Siena atribuye a la Virgen una especie de jurisdicción y dominio sobre toda gracia del Espíritu Santo: «Desde el instante en que la Virgen Madre concibió en su seno al Verbo de Dios, obtuvo una especie de jurisdicción o autoridad en toda procesión temporal del Espíritu Santo: de tal modo que ninguna creatura obtuvo gracia o virtud alguna de Dios, a no ser según la disposición de su Santa Madre» (*De Nativitate Virginis*, Sermo 5, cap. 8. Y casi las mismas palabras se encuentran en *De Annuntiatione B. Virginis*, Sermo VI, art. 1, cap. 1).

Mas nadie tiene jurisdicción o autoridad sino sobre lo que

es suyo: toda comunicación o gracia del Espíritu Santo es así propiedad de la Virgen María, su Esposa.

De ahí que nos diga el mismo Santo, glosando a San Jerónimo, que toda la plenitud de la gracia de Cristo está en Ella: «En Cristo estuvo la plenitud de la gracia como en Cabeza; en María como en cuello por el que se transmite» *(ib.)*.

No se olvide que la gracia que adorna la humanidad de Cristo es también *procesión temporal* del Espíritu Santo —comunicación de la semejanza divina a algo creado—. Y sobre todo lo que es comunicación divina sobrenatural a creatura —gracia del Espíritu Santo—, se le ha dado poder a María, y por consiguiente se le ha comunicado.

Por eso dice el mismo San Bernardino: «Por ser Madre del Hijo de Dios, del cual procede el Espíritu Santo, por eso por sus manos se administran todos los dones, virtudes, y gracias del mismo Espíritu Santo, a quienes Ella quiere, cuando quiere, como quiere, y en la medida que lo quiere» *(ib.)*.

Si así dispone a su gusto de todo lo divino que Dios quiere comunicar a la creación, es evidente que toda comunicación de Dios a creatura, toda participación de semejanza divina, todo cuanto cae bajo el concepto de gracia santificante, se le ha dado a Ella; y así tiene, en atención a ser la Madre de su Hijo, toda la plenitud y totalidad de gracia que a la Humanidad de su Hijo transforma y diviniza.

Bien puede, pues, decirnos Santo Tomás de Villanueva, parafraseando el himno de Santo Tomás de Aquino al Santísimo Sacramento: «Suelta las riendas de tus pensamientos, dilata los horizontes de tu entendimiento; cuanto puedas, tanto osa; cuanto seas capaz, tanto añade: mayor es esta Virgen, más excelente es esta Virgen, y superior. El Espíritu Santo no quiso describírtela en las Escrituras, sino que te dejó a ti el oficio de pintarla en tu ánimo, para que entiendas que nada de gracia, de perfección, de gloria faltó en Ella, de lo que la mente pueda concebir en una pura creatura; es más, que Ella superó en su realidad cuanto pueda intelectualmente alcanzarse» (*Sermo II De Nativ. Virg.*).

12. El misterio de la santidad de María y el de Cristo se aclaran mutuamente

La santidad de la Virgen es un misterio. La misma Virgen es un misterio, como es un misterio Cristo, su Divino Hijo.

En realidad un solo y mismo misterio, con dos facetas, como es único el decreto eterno de predestinación que mira a Cristo y a María, según nos dicen los Papas Pío IX y Pío XII. El misterio de la comunicación de Dios a la creatura y de la asunción de la creatura al orden divino. El misterio de la manifestación del Infinito Amor.

Y cada aspecto del misterio se nos aclara en cierto modo por el otro. El conocimiento del misterio de María nos lleva al conocimiento del misterio de Cristo. Y el conocimiento del misterio de Cristo nos introduce en el conocimiento del misterio de María.

A Jesús por María: nadie llega a Cristo si no es por Ella, si Ella no se lo da a conocer, no se lo entrega, no lo pone en su corazón.

Pero también igualmente a María por Cristo. Nadie conoce a María si no es contemplando la hermosura, delicadeza y riqueza del Corazón de su Hijo. Y cuanto mejor conozcamos el Corazón de Cristo, tanto mejor alcanzaremos a conocer el misterio de María, la plenitud y totalidad de gracia con que ese Corazón quiso adornarla.

Dios quiso hacer a la creación una donación total y propia de sí mismo: «Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo Unigénito» (Joan. 3,16). Esa entrega total y propia es la Encarnación: Dios verdaderamente se hace hombre, es Dios con nosotros, Enmanuel.

Pero la creatura era incapaz de recibir una donación infinita: al recibirla necesariamente la limitaría. La donación divina ya no sería así, al menos en su sentido pasivo, total y propia, como el Amor Infinito la deseaba.

Para obviar esta dificultad, la Encarnación no se limita a ser mera donación. Es también una verdadera asunción de lo creado —la naturaleza humana de Cristo— al orden

divino, pasando a ser realmente naturaleza del Verbo, en unidad de Persona.

El sujeto receptor es la Persona: desaparece así el sujeto receptor limitado —no hay más sujeto que la Persona infinita del Verbo, más YO que El—, y así desaparece también el límite de la donación divina. El verdadero y único sujeto de la Encarnación es la Persona divina del Verbo, que desconoce, como infinito, toda limitación.

Y como la dignidad, el mérito y la eficacia depende toda de la Persona, la dignidad, el mérito y la eficacia de todos los actos humanos de Cristo —de su misma naturaleza humana—, es de verdad infinito, divino, porque infinita y divina la Persona cuyos son esos actos y esa naturaleza.

En este aspecto, la dignidad de Cristo, su eficacia y su mérito, aún en su aspecto humano —por ser de Dios—, son de un orden esencialmente distinto e infinitamente superior a la dignidad, eficacia y mérito de María, que permanece creatura.

Todo lo de Cristo, aun lo humano, es de verdad divino, pertenece al orden divino, por ser *de Dios*. Todo lo de María sigue humano, aunque divinizado, elevado hasta el solio de la Deidad.

Por eso Cristo es el Redentor, no redimido. Porque el sujeto de la acción y de la pasión es la Persona, y aquí la Persona es el Verbo, es Dios, que puede redimir, pero ni necesita ni puede ser redimido.

La Virgen es puramente redimida por su Hijo; y es con El corredentora de todos los hombres, co-salvadora de todas las creaturas, porque su Hijo quiso asociarla en todo a su obra.

Pero la dación infinita de Dios al orden creado, implicada en la asunción al orden divino de una naturaleza humana creada, de modo que verdaderamente sea naturaleza de Dios, exigía que esa naturaleza fuera ella misma internamente transformada en Dios, sin dejar por ello de ser verdaderamente naturaleza humana y creada; que fuera divinizada por la gracia santificante que sobre ella derrama el Espíritu Santo.

La naturaleza humana de Cristo está totalmente deificada,

y deificada cual lo exige la dignidad del Verbo, cuya naturaleza con toda propiedad es: «Y vimos su gloria, gloria cual compete al Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Joan. 1,14). Y la gloria y gracia que el Apóstol dice haber visto, es la que resplandece en su Humanidad, la que la transfigura.

Toda deificación que Dios pueda hacer a algo creado, la ha hecho a la naturaleza humana de su Hijo, pues lo exige la gloria y dignidad de ese mismo Hijo divino. O al menos, toda la deificación que la Trinidad Beatísima en sus eternos designios ha querido hacer en lo creado. Por eso, la gracia santificante de Jesucristo, si como creada no es infinita, es infinita bajo el concepto de gracia, en cuanto contiene en sí cuanto cae y pueda caer bajo el concepto de deificación de la creatura.

La hermosura y luminosidad divina con que es investida esa naturaleza humana de Cristo proviene del Padre, como exigencia del Amor Infinito con que ama a su Divino Hijo, de toda eternidad engendrado. Y mediante esa naturaleza humana, el mismo Hijo hace que la creación dé gloria verdaderamente infinita a su Eterno Padre. Porque es el Hijo infinito y eterno quien se la da con los actos que en su naturaleza humana creada ejecuta, con su amor humano, con su correspondencia humana. El valor del amor humano de Cristo es infinito, porque es verdaderamente amor del Verbo.

Aunque a esa gloria dada al Padre en representación de la creación le falte la completa alteridad de creatura, porque se la da una Persona divina —no creada—, aunque se la dé con una naturaleza creada, con actos creados.

Cuando decimos que la misma gracia de Cristo está en María, es lo mismo que decir que toda y la misma deificación interna de la naturaleza humana de Cristo se da en María; que María ha sido investida por el Padre con la misma hermosura y luminosidad divina con que invistió la naturaleza humana de su Hijo, y esto porque su Hijo así lo quería, porque así lo exigía la dignidad de su Hijo, y el cariño con que a su madre ama.

Y también diríamos que así lo exigía la gloria que Dios quería recibir de su creación.

Si la gracia o deificación es la misma en la naturaleza humana de Cristo que en María, entonces la perfección entitativa del amor humano de Cristo a su Padre —prescindiendo de la dignidad y valor que le confiere el ser acto de amor de Persona divina—, es en todo idéntica a la del acto de amor de María. Es en realiad la misma y única perfección como bilocada.

Como es la misma la perfección natural de un acto visivo de Cristo y la de cualquier hombre que vea perfectamente, aunque la visión de Cristo es divina, y de valor infinito, mientras la de cualquier hombre es simplemente humana, y de valor muy escaso, así la perfección y la hermosura sobrenatural entitativa del amor de la Virgen es la misma que la del amor humano del Corazón de Cristo, aunque el de Este es un amor divino —por ser de Persona divina—, y el amor de la Virgen es un amor humano, de persona creada, de valor finito, aunque sin medida, porque no tiene medida ni la gracia de Cristo, ni la de María, que hemos visto es la misma.

Y tan estrechamente quiso el Hijo asociar a su Madre consigo, unirla consigo, que el amor del Corazón de Cristo y el de la Virgen no sólo es el mismo, sino como idéntico, como uno solo, manando el mismo de los dos Corazones: de uno como amor de Persona divina, en naturaleza humana, de otro como amor de persona humana totalmente divinizada.

El Hijo glorifica así y corresponde al Padre con su amor y el de su Madre. Con el suyo pone la infinidad de la gloria que el Padre recibe de la creación; con el de su Madre pone la alteridad perfecta de esa gloria: alteridad necesaria para que la gloria y correspondencia de la creación al Padre fuera en todo aspecto perfecta.

Es esa alteridad la que exigía que la Virgen conservara su personalidad humana; fuera deificada, pero no asumida; fuera totalmente deificada como la naturaleza humana de su Hijo, pero no Dios.

Con esa alteridad la Virgen completa la obra de su Hijo Divino, se asocia a El en todos sus aspectos.

13. Cristo quiso dar a su Madre toda la plenitud de gracia santificante que él posee, para así poder recibirla y como heredarla de Ella, junto con su naturaleza humana

Que Cristo quiso comunicar a su Madre toda la plenitud y totalidad de la gracia santificante que a El le adorna, es más, quiso recibir de Ella esa plenitud, nos parece evidente.

Cristo quiso que María fuese verdaderamente su Madre. Quiso por consiguiente recibir de Ella su naturaleza humana tal cual El la posee, pues la posee recibida de Ella, transmitida por Ella.

La naturaleza humana de Cristo empieza a existir dada por María, que la transmite al Verbo; y empieza a existir ya unida al Verbo, llena de gracia y de verdad. Por consiguiente, la naturaleza humana que María transmite por generación es una naturaleza en la que está ya la plenitud de la gracia, cual compete al Unigénito de Dios: jamás aumentará.

Mas para que la Virgen pudiera transmitir una naturaleza adornada de tal gracia, tenía necesariamente que poseerla Ella misma. Hubo, pues, Dios, de adornarla con la misma gracia, con toda la gracia santificante que quería adornara y divinizara la naturaleza humana de su Hijo.

Ni esto ha de maravillarnos. Lo que es maravilla es que el Verbo quisiera tener Madre humana, ser engendrado por Ella, recibir de Ella la naturaleza que deseaba asumir.

Supuesto esto, lo natural y consecuente era que la enriqueciera de tal modo que la hiciera capaz de transmitirle una naturaleza humana dotada de la perfección sobrenatural con que El la quería asumir y hacer suya. Y por consiguiente que le diera la gracia santificante que quería adornara a la naturaleza que de Ella quiso recibir.

La maravilla es que la elige por Madre, porque es LA AMADA del Verbo, LA AMADA de Dios.

Y por eso, por ser LA AMADA, aunque no sustituya la personalidad de María con la propia divina, para que permanezca la alteridad con la que quiere glorificar al Padre por las creaturas en su encarnación, la vincula y une consigo del modo más excelso que esa distinción personal hacía

posible, haciéndola Madre suya. No la hace Dios; pero la hace Madre de Dios. En tal modo es LA AMADA de Dios.

Ni quiso hacer donación alguna de sí mismo a las creaturas si no por medio de Ella: sólo por medio de Ella se da a las creaturas; incluso sólo por medio de Ella se da a la naturaleza humana que asume.

Y si esto quiso el Verbo con su amor divino, esto mismo quiso con el amor de su Corazón humano: también el Corazón humano de Jesús quiso recibirlo todo de su Madre, deberlo todo a su Madre.

Todo lo humano, aun en el orden sobrenatural, quiso Jesús recibirlo de su Madre. Pero lo recibió porque así lo quiso. Porque era su AMADA; y para poder recibirlo de Ella se lo dio.

También el amor de Cristo, siendo verdadero, tiene sumo gozo en serlo todo por el Amado, en recibirlo todo de su Amada. Y ya que no pueda recibir nada de lo que pertenece a la esencia divina eterna, quiere recibir de Ella, deberle a Ella, todo lo que es humano y temporal, cuanto en El empieza en el tiempo. Y en eso tiene gozo su Corazón, que el amor goza tanto o más en recibir que en dar.

Queda así clara la verdad, y el sentido en que dijimos que la gracia de la Virgen es la misma de Cristo, toda la de Cristo.

Fue el mismo Cristo quien se la dio, porque de Ella quería recibirla.

Y la Virgen transmite al Verbo la naturaleza humana tal cual ésta empieza a existir. Y empieza a existir ya como naturaleza del Verbo, lleno de gracia y de verdad. Le transmite, pues, una naturaleza informada por la gracia que ya siempre la adornará.

Si inconcebible es el agradecimiento que la Virgen tiene a su Hijo por los dones que de El recibió, quizás más incomprensible sea el agradecimiento de Jesús a su Madre por lo que Ella le transmitió.

Capítulo VIII

DILATACION Y MANIFESTACION —NO AUMENTO— DE LA GRACIA EN LA VIRGEN MARIA, TRAS SU MATERNIDAD DIVINA

«Fuente sellada... fuente que riega los jardines, pozo de aguas vivas.»
(Cant. Cant. 4,12.15).

«Yo derramé los ríos: como canal que deriva de río, y cual acueducto que va a un jardín, díjeme: Abrevaré mi huerto, y empaparé de agua el tablar. Y he aquí que el canal se ha convertido en río, y mi río se ha vuelto mar.»
(Eccli. 24,40-43).

1. Se plantea la cuestión

La evolución de la gracia y santidad de María tras su Maternidad divina plantea un interrogante: ¿Creció en adelante su gracia y santidad, o sólo se manifestó y actuó cada vez más?

La mayor parte de los teólogos —no todos— afirman un verdadero crecimiento en gracia.

Crecimiento que puede apoyarse en la definición tridentina que afirma que el justificado, con sus buenas obras merece verdaderamente aumento de gracia (Trid. ses. VI, can. 32, Denz. 842).

Y que podría explicarse partiendo de la afirmación de Santo Tomás: «La Bienaventurada Virgen fue dicha llena de gracia, no de parte de la misma gracia, porque no tuvo la gracia en la excelencia suma, que puede tenerse, ni para todos los efectos de la gracia; sino por comparación a la misma Virgen que, a saber, tenía la gracia suficiente para el estado al que había sido elegida por Dios, es decir, para que fuese Madre de su Unigénito» (3.ª, q. 7, art. 10, ad 1).

Si la Virgen María nunca tuvo la gracia en la suma excelencia con que puede ser tenida, parece no haber inconveniente en que siempre pudiera crecer en ella; bien que por ser gracia cual conviene a la Madre de Dios pueda llamarse —ciertamente de modo harto impropio— «casi infinita», o «en cierto modo infinita».

Confesamos que ésta fue también nuestra opinión durante mucho tiempo. Mas hoy nos parece del todo insostenible.

Si, como vimos, sobrevino a la Virgen María en su Maternidad toda la plenitud de la gracia de Cristo, es evidente que ya no pudo crecer más, como tampoco creció la gracia de Cristo. Cuanto en este aspecto se diga de la gracia de Cristo, debe consecuentemente aplicarse a la gracia de la Bienaventurada Virgen María.

La dificultad que pudiera ofrecer la definición del Tridentino creemos haberla declarado y debidamente resuelto en EL AMOR (libro V, cap. 3,1), y allí remitimos al lector.

En cuanto a la afirmación de Santo Tomás —no muy consecuente con otros textos de él—, baste decir que si, como se probó en el capítulo anterior, toda la gracia de Cristo sobrevino a la Virgen María, es evidente que María tuvo la gracia «en la excelencia suma que puede ser tenida», y así no pudo crecer ya más en ella. Añádase que a una gracia que pudiera crecer, difícilmente podría convenirle la expresión de *quasi infinita*, como infinita, que le aplican los Documentos pontificios: cada nuevo crecimiento nos estaría pregonando su limitación.

Pero aun prescindiendo de esta gracia suma que se le concede en su Maternidad divina, la «gracia suficiente» para hacerla idónea a esa Maternidad sería tal, por su naturaleza, que creemos haría imposible todo aumento posterior. Y esto siguiendo precisamente la doctrina tomista sobre el crecimiento de la gracia. Doctrina que afirma que sólo merecen aumento de gracia las buenas obras que se ejecutan con un amor o caridad que supere en grado de intensidad el amor o caridad que informó las obras anteriores: las obras hechas con caridad igual o más remisa disponen a ese aumento de caridad y gracia, pero no lo dan.

2. La gracia ni creció ni pudo crecer en la Virgen María tras el acto que la constituyó Madre de Dios

No olvidemos que la gracia dice formalmente relación a Dios, no a las creaturas. Es la unión con Dios, la transformación en Dios, de la que derivará una asociación mayor o menor a la actividad divina con relación a las creaturas, pero como mera consecuencia y manifestación externa de la transformación en Dios propia de la gracia.

Mas la máxima unión con Dios, en el orden ontológico, y la máxima asociación a la actividad divina, la alcanza María en su Maternidad —que implica, como el mismo Santo Tomás nos dice en otro lugar, una dignidad en cierto modo infinita, que no puede ser superada—.

Si para esa Maternidad se le da gracia proporcionada, es evidente que aquí alcanza la Virgen la máxima cumbre de gracia, y que nunca se le pudo dar ya gracia mayor.

Lo mismo se deduce si miramos al consentimiento prestado por María, que lleva a constituirla Madre de Dios. Consentimiento de tal modo elevado por la gracia santificante y por la caridad, que sea, en lo posible, proporcionado al efecto de la Maternidad divina que de él se sigue.

Si la causa se mide por su efecto, nos parece evidente que ningún otro acto posterior de María superó en gracia o en amor sobrenatural a aquél por la que fue constituida Madre de Dios. No aumentarán, pues, en el futuro, ni la gracia

ni la caridad de la Virgen María, aunque sí se manifestará cada vez más la plenitud y eficacia de ese amor y de esa gracia.

Si, pues, conformándonos a la doctrina tomista, partimos de que sólo un acto de caridad más intenso que los anteriores aumenta la gracia santificante, parece evidente que ya no creció, ni pudo crecer, la gracia de la Virgen María. Si hubiera crecido, hubiera producido un efecto superior a la misma Maternidad divina, a la misma encarnación del Verbo, lo cual es inconcebible.

Igualmente nos parece incuestionable que la suma intensidad de gracia que Dios tuviera destinada a María, la cima de santidad que le tenía reservada, tenía que dársela para la cooperación más sublime de todas a la acción divina, es decir, para su Maternidad: es en ella donde la Virgen alcanza, al generar al Verbo, la altura única a Ella reservada, la unión con Dios de Ella totalmente exclusiva.

En consecuencia, tras su Maternidad, la Virgen, incapaz de todo aumento en la riqueza casi infinita de su gracia, ya nada pudo merecer para sí. Todos los inefables méritos de sus actos posteriores fueron *para nosotros*: con ellos merece la comunicación más y más abundante de la plenitud de su gracia a los redimidos, que se le dan como hijos. También en este aspecto destaca su asociación a Cristo, quien nada mereció para sí —por tenerlo ya todo—, sino para los demás.

3. Crece la manifestación y se extiende cada vez más la acción de la gracia en la Virgen María, cual sucede también con la de Cristo

Puede y debe, no obstante, afirmarse de la Virgen María una especie de crecimiento en la gracia, mientras se interprete de modo análogo a como afirma San Lucas ese crecimiento del mismo Cristo: «Y Jesús crecía en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres» (Lc. 2,52).

Crece la gracia, en cuanto, siempre la misma, siempre plena, siempre suma, manifiesta cada vez más su riqueza es-

condida, y su eficacia, informando, siempre la misma, nuevos actos; extendiéndose, siempre la misma, a más actividades.

Si la gracia es como nuestro ser o naturaleza *sobrenatural*, la Virgen alcanza en su Maternidad esa naturaleza sobrenatural definitiva, que ha de ser propia de Ella. Pero siendo esa naturaleza principio de vida y de operación, permaneciendo ella siempre la misma, obrará y actuará cada vez más, mostrará cada vez más la inconmensurable riqueza que en ella potencialmente se esconde. Y en todos esos actos resplandecerá la perfección propia de la que es Madre de Dios, aunque con destellos y matices diferentes según los objetos y actividades que informe.

El hombre tiene su naturaleza humana desde que existe: y esa naturaleza no cambiará por más que multiplique sus actos. Pero esa naturaleza es algo vivo. Por eso se manifestará en operaciones siempre nuevas la riqueza en esa naturaleza escondida. Lo mismo un árbol será siempre el mismo árbol, aunque multiplique sus frutos y los haga accidentalmente varios.

Igualmente, la Virgen María, alcanzado su ser sobrenatural definitivo en la Maternidad divina, mostrará la excelencia y eficacia de ese su ser sobrenatural en una actividad que durará eternamente, sin que toda esa actividad baste para manifestar la inconmensurable riqueza de su ser.

Tampoco cambia ni se muda la naturaleza divina. Mas Dios manifiesta cada vez más la riqueza de su ser divino en la magnificencia de su obra creadora y redentora, santificadora y glorificadora: «Mi Padre obra hasta ahora, y Yo también obro» (Joan. 5,17).

Igualmente Cristo, poseyendo desde el primer momento de su existencia humana *toda la gracia*, todo cuanto cae bajo la noción de gracia, en virtud de la unión personal de su naturaleza humana con el Verbo, crece en esa gracia en cuanto que la riqueza de la gracia que posee, siempre la misma, siempre suma, se manifiesta cada vez más al informar nuevas actividades, al proceder de ella nuevas obras.

Por eso Cristo no pudo merecer nada para sí —no podía aumentar su ser sobrenatural, ni la unión de su Humanidad

con su Divinidad, que ya no podía ser mayor—, sino sólo para los demás, es decir, extendiendo a otros su divina riqueza.

4. María, fuente y río de gracia

Podemos así comparar a la Virgen María con una fuente —«fuente sellada... que riega los jardines, pozo de aguas vivas», la llama la Escritura (Cant. Cant. 4,12.15)—, y con un río que de esa fuente ininterrumpidamente mana —«El que cree en Mí, ríos de aguas vivas fluirán de sus entrañas» (Joan. 7,38)—.

Las aguas de esa fuente y de ese río son la gracia. El caudal sumo y definitivo de esas aguas de gracia lo alcanza la Virgen María en su Maternidad divina. Si la gracia es unión con Dios, transformación en Dios, cooperación con El, no podemos ni siquiera concebir mayor unión con Dios, mayor transformación divina, mayor cooperación a la actividad divina, que la que implica esa Maternidad, para la cual se le da la gracia congruente.

Si las aguas que llenan la fuente quedaran en ella remansadas, sin fluir afuera en río, serían aguas muertas. Y Dios es vida; y vida y actividad es su comunicación divina por la gracia.

Como en la fuente fluye de continuo un caudal fijo, y ese mismo caudal fijo rebosa de la fuente convirtiéndose en río, que al avanzar en su continuo movimiento transforma los lugares por donde pasa, embelleciéndolos y haciéndolos fecundos, así en María, desde su Maternidad, fluye un caudal fijo de gracia. Caudal que comprende toda gracia, ya que, según vimos, toda la gracia de Cristo se le comunica a Ella; es más, Cristo, autor de la gracia, y plenitud de toda gracia, está en Ella y fluye de Ella.

Y como esa comunicación divina es continua a ininterrumpida —cual el fluir del agua en la fuente—, el mismo caudal que en Ella fluye, proviniente de la comunicación divina, ése mismo fluye de Ella como un río de aguas vivas, que va embelleciendo el universo, divinizándolo, volviéndo-

lo a Dios, transformándolo en Dios. Toda gracia, toda transformación divina merecida por Cristo, quiso Dios comunicárnosla por María, que fuera don de María, la Mediadora universal.

Y el río continuará fluyendo en el mismo cielo, beatificando a sus moradores. Dios se dio al mundo por Ella, que nos da a Jesús; y Dios se dará por Ella eternamente.

No tiene el río más aguas que las que le da la fuente: la misma agua es la del río que la que mana en la fuente de la que él fluye. Y el caudal es siempre el mismo. Pero siempre varios los efectos de transformación, de divinización, que en su curso opera. Y así crece también la belleza externa del río, aunque no sus aguas.

La belleza externa del río depende en grado no pequeño de la vegetación que lo rodea, y que es efecto de la acción fecundante y vitalizadora de sus aguas. Y en esa acción vitalizadora, no crece en intensidad la unión de la Virgen con Dios, ni tampoco en intensidad crece su cooperación a la actividad divina —ninguna cooperación podría ser más intensa que la que la hace Madre de Dios—.

Pero sí crece en extensión su cooperación con Dios a siempre nuevos efectos de santificación en el mundo; en extensión su unión con Dios asociándose a nuevas actividades de Aquél que ha querido hacerlo todo por María, dárnoslo todo por María.

Y en esa asociación, en esa unión siempre creciente en extensión —ya que no en intensidad—, nos va Dios cada vez más desvelando la casi infinita riqueza que comunicó a su Madre, la incomparable hermosura de que la adornó.

Y en ese crecimiento se goza Ella, al comunicar cada vez a más seres, y más intensamente, la plenitud de gracia que Ella recibiera y recibe.

5. Descripción bíblica de la fecundidad externa de la gracia de la Virgen María

Es de ese crecimiento en extensión, de esa manifestación progresiva de su riqueza interna, de esos merecimientos su-

yos en orden a nosotros, a nuestra deificación —como el río en cierto modo merece o causa con su movimiento la fertilidad de los terrenos que atraviesa, aunque él no aumente sus aguas—, de lo que parecen hablarnos los textos litúrgicos que le aplica la Iglesia, especialmente del Eclesiástico (cap. 24).

María, asimilada a la Sabiduría eterna de Dios, el Verbo, cuyos destinos participa, y al que está en todo asociada por su Maternidad, al poseerlo en su seno, se nos presenta como obra de la complacencia divina, que la predestina antes que a creatura alguna, y como informando, por su presencia en la Mente Divina, toda la obra de la creación y toda la historia humana (Eccli. 24,5-11).

Pero su destino no lo consuma en la obra creada. Por eso no halla paz en nada, aunque la busque, hasta lograr morar en la «heredad del Señor». Sólo entonces halla la paz, sólo entonces se consuma su destino. Por eso dice: «En todas estas cosas busqué la paz, y moraré en la heredad del Señor» (Eccli. 24,11).

La heredad del Señor, la herencia de Dios, es el Verbo, que recibe en sí por generación y como herencia todo el ser y riqueza del Padre. Sólo cuando María lo encuentra, cuando mora en El y El en Ella, engendrándolo en su seno, conteniéndolo todo entero en sus entrañas por su Maternidad, y siendo en El contenida, alcanza la paz, porque ha llegado a su destino definitivo, al estado para el que fuera creada. Ahí se detiene, y ya nada más busca ni desea, halla la paz.

Pero en esa detención se encuentra enriquecida por la plenitud de toda gracia: toda gracia creada está en Ella.

Es lo que parece decirnos cuando afirma: «en la plenitud de los santos está mi detención» (Eccli. 24,16). Que es como decir: toda gracia, toda participación o semejanza divina que Dios ha destinado dar a sus creaturas, toda transformación divina, se encuentra en Ella, ya que en Ella se encuentra la fuente de la misma gracia, como posesión suya, Hijo suyo, herencia suya. Por eso no podrá crecer más. Por eso halla la paz.

Eso es lo que ilustran los ejemplos con que se nos

pondera la riqueza y hermosura de su gracia. Todos ellos hablan de sus frutos y manifestaciones, no de su crecimiento intrínseco, o del cambio de su naturaleza sobrenatural.

Primero la compara con los árboles: como cedro, ciprés, palma, plantel de rosas, plátano umbroso, terebinto que extiende sus ramas, viña que prolifera frutos (Eccli. 24,17-23). El árbol, sea el que sea, no cambia de naturaleza, aunque multiplique sus frutos, extienda más y más su sombra, cobije a un número cada vez mayor con su protección.

Luego la compara a un perfume, cuya excelencia se indica con variadas metáforas o comparaciones. Ese perfume no cambia, pero extiende cada vez más su presencia, embalsama todo lugar por donde pasa, siendo él siempre el mismo.

Finalmente se compara a los ríos del paraíso, cuyos nombres se dan —Fisón, Guijón, Tigris y Eufrates—, cuyas aguas, siendo siempre las mismas, irrigan todo el paraíso, llenándolo de vida y hermosura. Así María transformará y divinizará, tras su Maternidad, a todo el Universo. Y por ser eterna esa obra de embellecimiento, nadie podrá comprender jamás la riqueza de María, que la produce, porque nadie verá terminados sus efectos. Riqueza «grande como el mar, mayor que el gran abismo» (Eccli. 24,35-39).

Por eso no sólo se compara a los ríos del paraíso, sino a todos los ríos. Así como de éstos procede la posibilidad de vida en la tierra, así de Ella procede la posibilidad y realidad de toda vida sobrenatural en el universo: «Yo derramé los ríos —que Ella en sí contenía—: como canal que deriva de río, y cual acueducto que va a un jardín, díjeme: Abrevaré mi huerto, y empaparé de agua el tablar. Y he aquí que el canal se ha convertido en río, y mi río se ha vuelto mar» (Eccli. 24,40-43).

María es mar del que derivan todos los ríos y canales productores de vida. Su jardín es el universo: su ocupación regarlo y vivificarlo, transformarlo, divinizarlo, haciéndolo partícipe de su gracia.

Y aunque al darse a tantos parece como dividirse en innumerables ríos y canales, en cada donación suya, —en

cada río y cada canal—, está Ella entera que se nos da, está todo su incomprensible amor de Madre.

Por eso puede decirnos a cada uno, cuando, al dársenos, la percibimos como río o como canal, según la magnitud que de su beneficio experimentamos: «Mi canal se ha convertido en río, mi río se ha vuelto mar». Porque en cada caricia de Ella se nos está dando todo su amor de Madre: de Madre de Dios y de Madre nuestra. Se nos da siempre todo el mar y abismo de su amor, aunque nosotros no podamos recibirlo y percibirlo más que como río, canal o canalillo, por nuestra limitación.

Crecen así los frutos de la Virgen, aumentan sus manifestaciones. Pero no crece el agua de su gracia —«mar inmenso, abismo grande»—, ni crece el amor con que se nos comunica, con que de continuo nos vivifica como Madre, y nos hace producir frutos divinos: «Pasad a Mí... y saciaos o llenaros de mis frutos» (Eccli. 24,26).

Capítulo IX

LAS TRES DIRECCIONES EN QUE EXTERNAMENTE SE MANIFIESTA Y ACTUA LA GRACIA DE MARIA

«Una Fuente brotaba de la tierra, regando toda la superficie de ella.»
(Gén. 2,6).

«Y un río salía del lugar de delicias para regar el Paraíso, ramificándose después.»
(Gén. 2,10).

1. Los tres campos regados por la gracia de María

La manifestación externa de la gracia de la Virgen María tiene tres términos u objetivos en que actúa.

O, si se quiere, el río de gracia que mana de la fuente de su Corazón riega, y en cierto modo transforma y hermosea, tres campos: su Hijo Jesús, como Madre de Dios; nosotros los hombres, como Madre nuestra, extendiéndose en este aspecto su acción a los mismos ángeles, como Madre de la Iglesia, a la que también ellos pertenecen; y finalmente, el universo entero, como Reina universal de todo él.

Nos limitaremos a simplemente indicar esta triple acción

de la Virgen María, aunque advirtiendo que es ella el objeto principal de contemplación de cuantas almas la aman, pues el mejor modo de llegar a conocer su interior es atender a sus manifestaciones externas.

Mas la descripción de esas manifestaciones no creemos ayudara gran cosa a favorecer esa contemplación, que, por lo demás, no ofrece dificultad alguna a las almas devotas de María.

2. Actuación de María como Madre de Cristo

Jesús es «la flor del campo, y el lirio de los valles» (Cant. Cant. 2,1).

El campo es el universo; los valles son las almas elevadas al orden sobrenatural —los valles es lo más hermoso y fecundo del universo—.

Lo que da belleza y fecundidad al universo, lo que hermosea a las almas y las hace producir frutos divinos, es la presencia de Jesús.

El es «Dios con nosotros», Dios insertado en el mundo por la encarnación obrada en y por María.

Como la flor es la belleza y la fuente de vida del universo —de ella sale el fruto y su multiplicación—, así Jesús es la belleza de nuestro mundo, y el principio de su fecundidad, tanto natural como sobrenatural.

Mas, atendiendo a la comparación del río, la flor necesita ser regada para no marchitarse, para mantenerse fresca y llena de colorido y de vida.

Así Jesús quiso necesitar de María, de su amor y de su gracia, para darse y mantenerse en este mundo. No quiso darse al mundo si no es por Ella; y no hubiera aguantado en este mundo si no es por el cariño de que Ella lo rodeó, con que le correspondió.

Sin María no hubiera sido «Dios con nosotros»: no hubiera sido «la flor del campo y el lirio de los valles»; antes hubiera permanecido eternamente escondido en las profundidades de la dicha infinita de la Trinidad Beatísima.

Si se hizo «Dios con nosotros» fue porque contaba con

su amor y su ternura, con sus cuidados y desvelos, con su compañía siempre amable.

Y si resistió a la ingratitud humana hasta la muerte, y muerte de cruz, sin cansarse por eso de amarnos, fue por Ella, y gracias a Ella, a la correspondencia plena de Ella, que basta para saciar su Corazón.

Y si resiste en los Sagrarios de todo el mundo, pese a tantos desprecios, olvidos, traiciones y profanaciones, es gracias a la adoración de Ella, al amor de Ella, a la reparación de Ella, que sacia su sed de amor en la Eucaristía.

En este sentido bien podemos decir que el río de gracia y amor, que es María, riega la flor del campo y el lirio de los valles, que es Jesús; y después de hacerlo «Dios con nosotros», lo sigue manteniendo «Dios con nosotros». Jamás se hubiera hecho hombre de no haberse enamorado de Ella, ni hubiera luego aguantado entre los hombres de no sentirse amado por Ella.

Y María se vierte sobre el Verbo encarnado, sobre su Hijo Jesús, siempre con el mismo amor. Con el mismo amor que la constituyó en Madre de Dios: siempre lo ama como Madre, y como Madre de Dios.

Variarán los matices, las circunstancias externas, las manifestaciones sensibles por ellas provocadas; pero siempre lo arropará con la totalidad de su amor, siempre lo amará como Madre, le dará todo el amor de Madre.

Ya lo acaricie en su seno, ya lo tome recién nacido en sus brazos y lo vista, ya lo proteja en la huida a Egipto, ya lo cuide en Nazaret, ya lo acompañe en la cruz, siempre es el mismo amor que se le entrega, aunque aplicado a circunstancias diferentes, matizado con distintos sentimientos ocasionales.

Y como ese amor ha sido adornado de toda la gracia que hay en Jesús, de toda la gracia hecha por Jesús y a Ella en su Maternidad comunicada, síguese que el Corazón de Jesús se sintió —y se siente— siempre del todo satisfecho del amor y cuidados que le prodigaba la Virgen Madre.

Nada más podía desear de Ella, pues en su amor había puesto todo el atractivo y excelencia que había en su mismo Corazón divino, ya que le dio toda la gracia de que quiso

fuera adornada su misma naturaleza humana. Toda correspondencia creada que Jesús pudiera desear como retribución a su divino amor a los hombres, la encuentra en su Madre, y en cada uno de sus actos de amor.

Por eso la Virgen es el consuelo pleno y total del Corazón de Jesús, su dicha de ser amado como El quiere y como El ama. Por eso Ella es la Gran Reparadora, y la gran suplente de las deficiencias de las creaturas. Por eso aunque todas las creaturas sean ingratas, Jesús se encontrará contento entre ellas, porque le basta para sentirse lleno de amor la correspondencia de su Madre. Por eso, Ella lo da al mundo, y Ella nos lo conserva, como flor fresca y siempre perfumada para el mundo.

Es este aspecto el que quisiéramos tuvieran siempre presente las almas al contemplar las relaciones de la Virgen María con el Corazón de su Divino Hijo. Si Jesús le comunicó, en el hacerla Madre suya, toda la gracia de que es autor y sede, es evidente que en todo su amarle como Madre le da cuanto Jesús puede desear, es capaz en su naturaleza humana de desear.

De ahí que la Virgen Madre le llene siempre, le satisfaga siempre plenamente con su afecto, con sus ternuras, con su cariño.

De ahí que sea la Virgen Madre la total reparadora de todas nuestras deficiencias. Si unimos la pequeñez e insignificancia de nuestro amor a la plenitud del amor que Ella le tiene, si le amamos en y con Ella, Jesús se sentirá plenamente contento con nuestra correspondencia, al ir avalada y como envuelta por la de su Madre.

En la alegría y en el dolor, en la ignominia y en la gloria, acompañémonos siempre de Ella en nuestras relaciones con el Corazón de Jesús, y no habrá ya para nosotros en Este puerta cerrada que nos impida o dificulte su acceso.

3. Actuación de María como Madre nuestra

La extensión de la acción de la gracia de la Virgen a nosotros es una consecuencia de su Maternidad divina. Es Madre nuestra por ser Madre de Jesús.

Al hacernos Jesús hermanos suyos, así como nos hace hijos de su Padre Celestial —y con ello partícipes de su filiación eterna—, así también nos hace hijos de su Madre María. Haciéndonos miembros suyos, de los que El es Cabeza, no puede María ser Madre suya sin serlo también nuestra. No puede ser Madre solamente de la Cabeza, sino del Cristo entero, tanto de la Cabeza, como del cuerpo a ella vinculado.

Por eso, el mismo consentimiento de la Virgen, adornado de la totalidad de la gracia, que la constituye en Madre de Dios, la constituye a la vez en Madre nuestra, Madre de la Iglesia.

Con el mismo acto de amor virginal con que engendra a Jesús, nos engendra también a nosotros. Por eso nos ama, no con un amor semejante al que tiene a su Divino Hijo, sino con el mismo e idéntico amor.

Es lo que afirma Pío XII: La Virgen María cuida «al Cuerpo Místico de Cristo, salido del Corazón abierto de nuestro Salvador, con el mismo materno cuidado, y la misma entrega de amor, con que mimó y alimentó en la cuna al niño Jesús aún lactante».

Y esa totalidad de amor se da a cada uno de los miembros de Cristo, pues de cada uno es Ella verdaderamente Madre, «ya que Ella es Santísima Madre —*Genetrix*, generadora— de todos los miembros de Cristo» (*Mystici Corporis*, Denz. 2291).

Y esa verdadera Maternidad está vinculada al mismo consentimiento que la hace Madre de Dios —aunque sólo se haga para nosotros manifiesta en la Pasión, cuando la Iglesia nace del Corazón abierto de Cristo—, porque también desde el primer momento de la existencia de Cristo en el seno de la Virgen están ya vinculados a Cristo por el amor cuantos han de ser miembros suyos.

Así lo afirma claramente Pío XII: «El conocimiento lleno

de amor con que el Divino Redentor nos regaló desde el primer momento de su encarnación, supera la fuerza investigadora de toda humana mente; por cuanto ciertamente, en virtud de aquella bienaventurada visión de que gozaba no más recibido en el seno de la Madre de Dios, tiene presentes todos los miembros del Cuerpo Místico de un modo continuo y perpetuo, y los abraza con su amor salvador» (*Mystici Corporis*, Denz. 2289).

Dada la asociación perpetua en todo entre la Virgen y su Divino Hijo, es evidente que si desde el primer momento de su encarnación nos tuvo el Hijo presentes como miembros suyos, y como a miembros suyos nos amó, igualmente, en modo misterioso, nos tuvo también presentes su Madre, y nos amó y quiso como miembros de su Hijo, formando así nosotros parte de su Maternidad total del Verbo Encarnado.

Así el consentimiento que la hace Madre de Dios abarca en un solo acto a Cristo y a nosotros. Por eso diría San Bernardo que, tras ese consentimiento, lleva en su seno como Madre a todos los elegidos.

Mas aunque la Virgen María ame a cada uno de nosotros con el mismo amor con que ama a su Hijo, es decir, con la totalidad del amor y de la gracia que alcanza en su Maternidad divina, hay con todo una diferencia notable, prescindiendo de que a nosotros nos ama por nuestra vinculación con Jesús.

A Jesús no sólo le da la totalidad de su amor —que es la totalidad del amor creado, como su gracia es la totalidad de la gracia—, sino que en Cristo se recibe esa totalidad, ya que la gracia de Cristo es la misma que la de María, a quien, El, según vimos, quiso conferir su propia totalidad.

Habiendo proporción entre Amante y Amado, entre dante y receptor, es evidente que toda la totalidad de amor que la Virgen da a su Hijo Divino es recibida por el mismo Hijo, que en Ella se satisface plenamente, de modo que igual que el Padre dice de El: «He aquí a mi Hijo muy amado, en quien me he complacido» (Mt. 3,17; 2 Petr. 1,17), así puede el Hijo decir de su Madre, por lo que mira a su Corazón humano: «He aquí a mi Madre muy amada, en quien he puesto todas mis complacencias».

Mas respecto a nosotros, aunque la Virgen Madre nos dé la totalidad de su amor continuamente, sólo muy limitadamente es ese amor recibido por nosotros y en nosotros, tanto por nuestra limitación —incapaz de contener tal plenitud—, cuanto por nuestras positivas resistencias a ese amor con que Ella nos envuelve.

Esto es precisamente lo que hace que su amor no nos sacie, porque tampoco lo recibimos plenamente, aunque Ella plenamente nos lo dé.

Si sólo mediara la limitación de nuestra natural pequeñez, nos saciaría, porque nos llenaría y envolvería. Pero la limitación debida a nuestras resistencias libres quita toda posibilidad de saciedad, porque ni siquiera lo recibimos en la medida que naturalmente seríamos capaces si quitáramos obstáculos y resistencias libres. Por eso, cuando temporalmente quitamos esas resistencias y obstáculos, sentimos que la Virgen nos llena, aunque aun entonces recibamos su amor muy limitadamente.

Esta limitación nuestra natural, agravada por nuestras resistencias, da al amor que la Virgen nos tiene un matiz que conviene destacar, y que manifiesta maravillosamente la eficacia de su riqueza oculta incomprensible. Hasta el punto de que si la gloria es la manifestación externa de la riqueza divina oculta en María, nosotros somos gloria de María, porque somos el medio en que su riqueza inconmensurable, y la maravillosa eficacia de su gracia se manifiesta.

Con relación a Jesús, el amor de María es como un río que riega el jardín-paraíso, plantado en Ella por la mano de Dios, y ya dotado de hermosura divina. La Virgen no aumenta su hermosura; sólo hace que se halle contento entre nosotros, que se sienta dichoso de ser Emmanuel, «Dios con nosotros»: Ella es la garantía de que Dios permanezca entre nosotros.

Ella, con su amor, nos asegura de que el nuevo paraíso, que es Jesús —también el viejo paraíso estaba esencialmente constituido por la presencia de Dios entre los hombres—, no se nos perderá ya nunca por nuestros pecados, a diferencia del antiguo que por el pecado perdimos, y que era pálida figura de la presencia que había de tener Dios

entre nosotros por la encarnación del Verbo, hecho hombre como nosotros, y uno de nosotros.

Mas con relación a nosotros, María es como un río que sale del paraíso ramificándose de mil modos para ir regando y fecundando el erial que lo rodea, convirtiéndolo también en paraíso. Su acción en y con nosotros mira a transformarnos en otros Cristos, sin que sea óbice nuestra aridez e infecundidad.

Por su acción, el paraíso que concibió en su seno, se extiende más y más, al convertir y transformar en paraíso cuanto toca, cuanto riega con su amor y con su gracia; al asimilarlo todo a la hermosura de su Hijo, al asimilarnos todos a su Jesús.

Por eso nosotros somos la gloria de María. Porque la grandeza y fecundidad del misterio oculto obrado en Ella, la Encarnación del Verbo, que supera toda nuestra comprensión, se nos manifiesta y da a conocer, haciendo reverberar la riqueza que la llena, al manifestarse convirtiendo en paraíso, en Cristo, cuanto toca con su amor, cuanto riega con las aguas de su río de gracia.

Es lo que parece indicarnos San Pablo, cuando nos dice en su Carta a los Efesios que «la multiforme Sabiduría de Dios —es decir, el Verbo, Sabiduría del Padre— se da a conocer incluso a los ángeles en el cielo por medio de la Iglesia» (Ef. 3,11). Es decir, por medio de aquellos que, por la acción materna de la Virgen María, son entroncados como miembros en Cristo, transformándose en el Paraíso eterno, en quien el Padre tiene puestas todas sus complacencias.

Ese misterio del Verbo, «escondido desde la eternidad en Dios» (Ef. 3,9), se da todo a María en su Maternidad divina. Y por María se extiende a nosotros, nos asimila a nosotros en su mismo misterio, partícipes de su misma vida divina y eterna.

Y esa acción no la hace María sola, sino María con el mismo Verbo que lleva en su seno.

Ella prepara y hermosea los terrenos antes áridos y muertos, para que el Verbo sienta complacencia en sembrarse en ellos, en sembrarse en nosotros. Y Ella cuida luego de estos terrenos naturalmente inhóspitos, manteniéndolos fres-

cos con su amor de Madre, para que Jesús no se canse de ellos, no los abandone una vez sembrado en ellos por su Madre.

Ella lo sembró en el mundo como Madre de Dios. Y Ella lo siembra en cada uno de nosotros como Madre nuestra. Y como lo envolvió y envuelve con su cariño en el mundo para que no se canse del mundo, así lo envuelve con su cariño en cada uno de nosotros, para que no se canse de nosotros, para que no nos deje pese a nuestra frialdad.

El amor de María a su Hijo es un amor gozoso. Ella se llena de complacencia al darlo; y el Corazón de Jesús se llena de gozo en recibirlo.

El amor de la Virgen a nosotros es un amor doloroso, lleno de preocupación y de cuidados. Los dolores de parto que desconoció en el nacimiento de su divino Hijo, se agudizan y reiteran con cada uno de nosotros, mientras nos está dando a luz, mientras nos está engendrando hijos de Dios.

Ella hace suyos todos nuestros dolores, todos nuestros pecados, todas nuestras libres resistencias de orgullo, para anegarlas en su abisal humildad. Y al hacer suyos todos los males tanto físicos como morales de sus hijos, los hace también de Jesús, para que como Dios Redentor los consuma, destruya y remedie.

Para eso, ofrece Ella misma a Jesús en la cruz, sufriendo Ella con El, y El con Ella, todos nuestros males, para consumirlos de raíz. Por eso la manifestación de su amor a nosotros culmina en su oficio de Corredentora, que por nosotros ofrece al Redentor, y con El sufre todos sus dolores, y le acompaña en toda su expiación sobreabundante.

Aquí también el amor de María a su Divino Hijo es inconmensurablemente doloroso. Pero el dolor se debe también aquí a nosotros. Somos nosotros quienes ponemos en el amor de María a su Hijo Divino el matiz de dolor extremo; como somos nosotros, y nuestros pecados e ingratitudes, la causa de la Pasión de su Hijo.

El dolor de nuestra Madre por cada uno de sus hijos no cesará, por cada uno de ellos, hasta que lo vea ya en el cielo, perfectamente transformado en su Jesús. Cuando todos

los que han de salvarse estén en el cielo, sólo entonces desaparecerá el dolor del Corazón de la Virgen.

Sólo entonces su amor será ya puro gozo: puro gozo para Ella, y puro gozo para nosotros al sentirnos y sabernos así por Ella amados.

Sólo entonces empezará a verse el fruto de transformación de las almas que ha obrado el río de amor de la Virgen Madre, que brotó en su alma en el momento de la Encarnación del Verbo.

Y la acción materna de María seguirá eternamente, aunque ya gozosa, con relación a todos los bienaventurados.

Pensamos, en efecto, que la Maternidad de la Virgen María es misteriosamente eterna. A diferencia de las madres naturales, que lo son por un acto transeunte, María es siempre actualmente Madre, nos está siempre actualmente engendrando, dándonos el ser, y enriqueciéndonos en él.

Toda la eternidad no bastará para darnos a conocer la riqueza de la donación de su Maternidad. Mas de esto trataremos, si Dios fuere servido, cuando hablemos de su actividad en el cielo.

Aquí bástenos ilustrar el misterio de esa Maternidad siempre actual, siempre eterna, con relación a su Maternidad divina, de la que es pura consecuencia su maternidad con relación a nosotros.

La Persona del Verbo se supo y se sintió verdaderamente Hijo de María en su Encarnación, al recibir de Ella la naturaleza humana. Pero la Persona del Verbo es eterna, y no sujeta a mutación. Si, pues, en un momento dado, se sintió Hijo de María, eternamente se sintió Hijo de María, y eternamente se sentirá tal: eternamente es de verdad Hijo de María.

Y por eso, cuanto el Verbo —por quien todas las cosas fueron hechas— hizo en su obra creadora, lo hizo ya como Hijo de María, sintiéndose Hijo de Ella, y por Ella inconmensurablemente amado. Por eso lo hizo todo en vistas a Ella.

Y eternamente sintió y sentirá la dicha de estar recibiendo de María su naturaleza humana, como eternamente sien-

te la dicha de estar recibiendo del Padre su naturaleza divina.

Para nosotros, la Encarnación es algo temporal. En el misterio divino del Verbo es algo eterno, y eterno es el gozo que el Verbo experimentó al tomar naturaleza humana en las entrañas de la Virgen Madre.

Así, el acto de amor con que María es constituida Madre de Dios, si por parte de Ella es algo que se verifica en el tiempo, por parte del Verbo, como término de ese amor, es algo eterno, y eternamente siente como recibiéndose de Ella su humana naturaleza.

E igual actualidad misteriosa ha de tener su Maternidad con relación a nosotros, cuya filiación está totalente vinculada a la de Cristo.

No es, pues, una Madre que una vez nos da a luz y luego se limita a cuidarnos, cada vez más desvinculada de nosotros, cual sucede a las madres terrenas.

Antes es una Madre que continuamente nos está engendrando, nos está dando el ser divino: primero incipiente e imperfecto— por nuestras resistencias—, mientras discurrimos en esta vida; luego, ya en el cielo, comunicándonos de continuo el ser perfecto de hijos de Dios. Vinculación materna siempre actual de Ella a nosotros; vinculación eterna filial, siempre actual, de nosotros a Ella.

Esa es su gloria, que muestra la fecundidad inexhausta de su amor; y esa es nuestra seguridad, porque seguro es su amor que nos engendra, indefectible la fecundidad de su Maternidad.

4. Actuación de María en el Universo

Respecto a la transformación que el río de gracia que fluye de María causa en el universo entero, una mera indicación.

María es Reina del Universo, asociada al dominio pleno y absoluto de su Divino Hijo. Por eso a Ella pertenece la ordenación y hermoseamiento de todo ese universo, al que riega y embellece como un río que todo lo hermosea y lo

fecunda. Ella es la encargada de hacerlo agradable dominio de su Divino Hijo. En el hogar es la Madre y Esposa la encargada de ordenar y embellecer la casa. Y el universo ha sido creado como casa y palacio de Cristo (cf. Hebr. 3,4.6).

Y esta acción de María empieza en la misma creación, cual se nos dice en los Proverbios (8,22-36), que la Iglesia le aplica en la fiesta de la Inmaculada. Cuando su Hijo hacía el mundo, lo hacía ya de tal modo que fuese agradable a su Madre, que fuese capaz de ser embellecido, ordenado y gobernado por su Madre.

Y cuando llegue ese río del amor de su Madre, y acabe su obra transformadora, será tal la belleza de ese Universo que parecerá un universo nuevo: será un universo nuevo. Tierra nueva y cielos nuevos (2 Petr. 3,13; Apoc. 21,5), que participarán a su modo de la incorrupción y de la dicha del mundo sobrenatural.

Transformación obrada por Dios con y para la Reina, estrechamente asociada en todo al Rey Universal de los siglos, por quien y para quien todo ha sido hecho.

Todo el amor que la Virgen tiene a su Hijo, lo vuelca sobre el Universo, al que quiere hacer dominio de su Hijo, palacio placentero en que more y se halle a gusto.

Como prepara a las almas para que sean digna morada de Jesús, miembros de Jesús, así preparará al universo, para que sea dominio tal que su Divino Hijo pueda en El gozarse y complacerse, al verlo así hermoseado por el amor y cuidados de su Madre.

Ella es la fuente que brota de la tierra para regarla toda. Ella es el río que mana en el lugar mismo de delicias del paraíso para ramificarse hasta llegar a todas partes con sus aguas.

Bien puede, pues, decir la Virgen Madre:

«Yo derramé los ríos... y dije: Abrevaré mi huerto y empaparé de agua el tablar. Y he aquí que el canal se ha convertido en río, y mi río se ha vuelto mar» (Eccli. 24,40-43).

Bien puede invitarnos:

«Cuantos me amáis, pasad a Mí —dejándoos empapar y regar por el río de mi gracia al sumergirse en mis aguas—, ...y llenaros de los frutos de mi fecundidad» (Eccli. 24,26).

LIBRO III

LA AMANTE

CORRESPONDENCIA ACTIVA DE MARIA: SANTIDAD MORAL

«Dios mío, Dios mío, desde el amanecer de mi existencia estoy atenta a Ti: sedienta de Ti se halla mi alma, y mi misma carne de cuán varios modos te anhela a Ti... en esta tierra desierta, sin agua y sin camino.»

(Sal. 62,1-3).

«Yo duermo, mas mi corazón vela.»

(Cant. Cant. 5,2).

Hemos contemplado la gracia y santidad de la Virgen María como un don del Corazón de su Divino Hijo, mirándola como LA AMADA del Señor.

Nuestra visión de Ella no sería completa si no atendiéramos también a su correspondencia activa a esa gracia, a ese don divino con que el Amor Infinito se vuelca en Ella; si no contempláramos en María no sólo a LA AMADA, sino a la AMANTE por excelencia.

Si contemplada como AMADA nos da a conocer el Amor del Corazón de su Divino Hijo, contemplada como AMANTE nos sirve de modelo que nos enseña cómo corresponder al Amor Divino, devolviéndole amor por amor.

Pero aquí entramos en el aspecto más difícil, más inasequible para nosotros, de la Virgen María.

La acción de Dios en Ella nos ha sido, al menos en parte, revelada. Mas acerca de la acción de la misma Virgen María la revelación guarda un silencio casi absoluto.

Es de este aspecto de Ella del que vale especialmente la afirmación de su gran devoto Santo Tomás de Villanueva, a saber, que el Espíritu Santo ha querido dejar a nuestro cuidado, como hijos de María, la dulce tarea de irla descubriendo.

En esta labor de descubierta, que ha sido el encanto y las delicias de todas las almas amantes de la Virgen, debemos, como Moisés ante la zarza ardiendo —símbolo de María—, descalzarnos y cubrir nuestro rostro. Es decir, proceder con gran humildad, conscientes de nuestra irremediable limitación.

Por eso, describiremos brevemente la correspondencia activa de nuestra Dulce Madre a la acción divina, cual nosotros la concebimos. Pero sin pretender imponer tal descripción a los demás. Quien pueda sacar provecho de ella, y en la medida que le sirva, tómela. Mas en la medida en que no le sirva, no dude en dejarla, siguiendo la propia visión que su devoción le descubra.

Aunque personalmente creamos cierto lo que vamos a decir en este libro, no pretendemos imponerlo como cierto a los demás, sino sólo ayudarles a abrir camino en su propia contemplación, que en definitiva saldrá mucho mejor y más exhaustiva que la que nosotros proponemos.

Mas si lo que vamos a exponer no lo consideramos impositivo, y mucho menos doctrina de fe, sino sólo insinuativo, tampoco quisiéramos que el lector lo considerara simplemente gratuito, o sin fundamento verdaderamente dogmático.

Hay, en efecto, una serie de principios admitidos e inculcados por la Tradición y los Documentos eclesiásticos que nos sirven de guía segura, aunque insuficiente. Principios que toda contemplación de María ha de tener presentes si quiere de verdad ser fructífera y aproximarse a la verdad, cuya plena comprensión nos quedará sin embargo siempre muy remota hasta que la contemplemos en el cielo.

Lo que vamos a decir, como basado en esos principios y deducido de ellos, lo creemos verdadero, pero insuficiente. Enormemente insuficiente para desentrañar la riqueza incomprensible de nuestra Madre.

Entre esos principios, que toda contemplación mariana ha de tener presentes, destaquemos tres, que Pío XII menciona en la definición de la Asunción de la Virgen a los cielos, y que el mismo Papa da como generalmente válidos, aunque en concreto los aplique al misterio y dogma de la Asunción.

El primero, y quizá el más importante, es la asociación estrechísima de la Virgen a su Divino Hijo «participando siempre de su suerte» (Denz. 3031). Unión arcana y misteriosa que arranca de toda eternidad, pues un mismo decreto de predestinación mira a Cristo y a Ella (Denz. 3031).

Esta asociación y unión con Cristo, este participar en todo y siempre de su suerte o herencia, este depender de un mismo decreto de predestinación que su Divino Hijo en cuanto Hombre, hace que cuanto pueda afirmarse de la Humanidad de Cristo por derecho de su Persona divina, deba análogamente y en cierta medida afirmarse también de la Virgen María, no por derecho de su Persona, sino por donación y comunicación de su Divino Hijo.

El principio cobra dimensiones insospechadas cuando lo aplicamos a los sentimientos y disposiciones interiores de la Virgen, ya que, al ser Madre de Cristo sin concurso de varón, Jesús recibe de Ella toda su herencia humana, y consecuentemente sus sentimientos, sus disposiciones humanas.

Si el Evangelio calla casi del todo acerca de las disposiciones interiores de María, nos deja ver con no poca frecuencia los sentimientos y disposiciones humanas de Jesús, tanto con relación al Padre como con relación a los hombres. La contemplación de esas disposiciones, heredadas, es la vía más segura para conocer y contemplar sin error los sentimientos y disposiciones de la Virgen María.

El segundo principio es el enunciado por Escoto con relación a la Inmaculada: «*Potuit, ergo fecit*»: «Pudo Dios hacerlo, luego lo hizo». Es decir, todo lo que Dios pudo hacer en honor de su Madre, lo hizo.

Este principio viene avalado por Pío XII, quien, precisamente en virtud de su validez general, lo aplica a la Asunción de la Virgen: «Y, pudiendo Dios adornarla de tan grande honor, como era el guardarla inmune de la corrupción del sepulcro, debe creerse que efectivamente lo hizo» (Denz. 3031). Para saber, pues, lo que Dios hizo con la Virgen María, no debe tomarse la medida de nuestra razón, sino la medida del poder divino.

El tercer principio, finalmente, es el paralelismo establecido por los Santos Padres entre María y Eva: María, la nueva Eva, asociada al nuevo Adán Cristo tanto en la lucha con el Enemigo infernal, como en la función de origen de la nueva vida como Madre nuestra (Denz. 3031).

Apoyándonos en estos principios, contemplaremos en este Libro la correspondencia activa de María desde su Inmacu-

lada Concepción hasta llegar a la cima de perfección absolutamente posible a creatura en el acto de voluntad por el que queda constituida Madre de Dios.

Tras establecer el conocimiento y amor abisales con que inicia su existencia (cap. I y II), intentaremos describir la consagración y entrega perfecta que de sí misma hace a Dios en el primer instante de su ser (cap. III y IV), junto con la visión beatífica transeunte que connaturalmente sigue a esa consagración (cap. V).

Los capítulos restantes (VI-X) intentan describir la prodigiosa escalada de la Virgen María hacia la perfección propia de Madre de Dios, tanto en el seno materno (cap. VI), como después de nacida (cap. VII), deteniéndonos en el acto de aceptación que la hace Madre de Dios (cap. VIII) y Madre nuestra (cap. IX), e indicando las repercusiones de ese acto cumbre de santidad en toda su actividad posterior (cap. X).

Capítulo Primero

MARIA CONOCE Y AMA A DIOS DESDE EL PRIMER INSTANTE DE SU EXISTENCIA

«La Sabiduría se edificó una casa para sí.»
(Prov. 9,1).

«Muchos alabarán su sabiduría... los pueblos todos la ponderarán.»
(Eccli. 39,12.14).

«(Dios) le dio a beber el agua de la sabiduría.»
(Eccli. 15,3).

«Su sabiduría es como fuente, y cual torrente que rebosa.»
(Prov. 18,4).

«Yo como Sabiduría hice fluir los ríos.»
(Eccli. 24,40).

1. La autoridad de Santo Tomás

Creemos que la Bienaventurada Virgen María tuvo, desde el primer momento de su ser, conocimiento perfecto de todos los dones sobrenaturales de plenitud de gracia con que Dios la adornó.

A ello podría oponerse la autoridad de Santo Tomás de Aquino, quien en la *Suma* (3ª, q. 27, art. 3) niega expresamente todo conocimiento racional y ejercicio de la libertad a la Virgen, mientras estuvo en el seno de su Madre, afirmando que tal conocimiento es privilegio especial de Cristo: «Pues no tuvo enseguida el uso del libre arbitrio, existiendo todavía en el seno de su madre, pues esto es especial privilegio de Cristo».

Pensamos que la autoridad de Santo Tomás es, *en este caso concreto*, de bien poco peso. Y ello por varios motivos.

El primero, porque en esta cuestión hay razones poderosas para presumir que el texto de Santo Tomás ha sido adulterado, no reflejando así su verdadero pensamiento (véase la ed. Marietti, 1940, que usamos, en la nota 7 al art. II de esta misma Cuestión).

Quienes sospechan esta adulteración creemos quizá pudieran confirmarla simplemente comparando los textos marianos de la Tercera Parte de la Suma con los de la Primera, incidentales, pero que a diferencia de aquellos afirman siempre la perfección de María sin limitación alguna.

Segundo, porque, caso de que exprese el verdadero pensamiento del Santo, toda la cuestión vendría viciada por un error de origen, que niega la Concepción Inmaculada de María, hoy dogma de fe. Tal error, si de verdad se dio en Santo Tomás —cual se da en el texto actual de la *Suma*—, no podía menos de condicionar todos los demás asertos acerca de la vida intrauterina de la Virgen María.

Tercero, porque dada la asociación y participación en todo por parte de María en la suerte de su Hijo, el conocimiento que el alma de Cristo tuvo desde el primer momento de su existencia (Denz. 2289), por derecho propio, como unida al Verbo y gozando de la visión beatífica, debe analógicamente y al menos en cierta medida atribuirse también,

por don de su Hijo, a la Virgen, como partícipe en todo de su misma suerte.

Finalmente, el mismo Santo Tomás no parece estar demasiado seguro de que el conocimiento intrauterino y consecuente ejercicio de la libertad sea de tal modo privilegio especial de Cristo que no haya podido ser participado en cierta medida por otros.

En efecto, en el art. VI de esta misma Cuestión, hablando de la santificación de algunos santos —especialmente de San Juan Bautista— en el seno de su madre, cita unas palabras de San Agustín que suponen la posibilidad de que San Juan conociera y libremente se decidiera en el seno de su madre, si así lo quiso la Divina Omnipotencia —«Aunque si el uso de la razón y de la voluntad se aceleró en este niño de tal modo que en el seno de su madre pudiera ya conocer, creer, consentir (para todo lo cual hay que esperar la edad debida en otros niños), esto creo debe ponerse entre los milagros de la divina Omnipotencia»—.

Contra esta posibilidad de conocimiento milagroso nada arguye Santo Tomás.

Se limita a afirmar, por cierto sin mucha seguridad, que de hecho San Juan no lo tuvo: «Parece —*videtur*— que debe afirmarse que esos hombres fueron santificados en el seno, aunque en ese seno no tuvieran el uso del libre albedrío; cual pasa con los niños que son santificados por el bautismo, sin que por ello tengan inmediatamente el uso del libre albedrío».

Que por vía natural carezca de conocimiento racional y del uso de la libertad el niño aun no nacido —e incluso el recién nacido—, no parece dudarlo nadie. Aunque quizá en esto olvidamos el maravilloso uso de inteligencia, que despliega el niño en los dos primeros años de su vida para aprender a hablar.

Pero que puedan poseer tal conocimiento y uso de la libertad por milagro de la divina Omnipotencia, ni lo duda San Agustín, ni parece dudarlo Santo Tomás —y ¿qué razón humana podrá señalar los límites a la divina Omnipotencia?—, aunque San Agustín se incline más bien a creer que de hecho no se dio ese milagro, y Santo Tomás afirme, tam-

mién tímida y vacilantemente —*videtur, parece*— que no se dio. Pero creemos que ambos coinciden en que pudo darse.

Y aquí viene la aplicación del principio: «Pudo, luego lo hizo». Dios pudo conceder a la Virgen María ese conocimiento desde el primer instante de su existencia. Y si pudo, la analogía de la fe nos dice que indudablemente lo hizo.

2. El conocimiento humano natural: diversidad de su origen en el estado de justicia original y en el estado de naturaleza caída. Aplicación a María

Para entender correctamente el conocimiento divino que María tuvo desde el primer momento de su existencia, conviene distinguir tres clases de conocimiento absolutamente posibles al hombre en esta vida.

La primera clase comprende todos aquellos conocimientos que el hombre puede adquirir por sus propias fuerzas, con el concurso natural de Dios a su actividad. Es lo que llamamos ciencia adquirida, conocimientos adquiridos, y también, ciencia experimental.

Este conocimiento, en nuestro estado presente —de hombres caídos y redimidos— tiene dos características principales.

La primera, que todo conocimiento intelectual parte de las impresiones sensitivas, cual afirma el dicho escolástico: «Nada hay en el entendimiento que primero no estuviera en el sentido».

Es, pues, imposible el conocimiento intelectual naturalmente adquirido, sin un previo perfeccionamiento de las facultades sensitivas, que las haga percibir los objetos de su conocimiento. Por lo mismo, no es posible la generación de ese conocimiento intelectual hasta que el cuerpo esté ya diferenciado y como especificado en sus sentidos.

La segunda característica de este conocimiento es que, aun una vez adquirido, no puede actualizarse si no concurre el sentido interno de la fantasía o imaginación: siendo el estado natural del alma estar unida al cuerpo, también es

natural que no obre como separada del cuerpo, o independiente de él, sino en él y con él.

Y por cuanto la fantasía, como sentido interno, tiene su asiento en el cuerpo —en concreto, según toda probabilidad, en el cerebro—, se requiere un suficiente desarrollo del cuerpo —y especialmente del cerebro—, para que el entendimiento pueda actualizar sus conocimientos, caso de que los hubiese ya adquirido.

Todo esto parece convertir en imposible el conocimiento natural, o adquirido en virtud de su propia potencialidad, en la Virgen María, desde el primer momento de su Concepción Inmaculada, en que todavía no había la especificación y diversidad suficiente de los órganos y sentidos de su cuerpo.

Con todo, no debemos precipitarnos a sacar tal conclusión, porque el estado de la Virgen María, al ser concebida inmaculada, exenta del pecado original y de sus nocivas consecuencias, es de justicia original, y así debe compararse, más que al nuestro, al de Adán y Eva recién creados.

Ahora bien, el modo de conocer de Adán difería no poco del nuestro, hasta el punto de que Santo Tomás —que lo describe especialmente en 1ª, q. 94, aunque añadiendo detalles en muchos otros lugares—, llega a decir que el conocimiento de Adán, en estado de justicia original, ocupa un lugar intermedio entre el nuestro actual y el de los bienaventurados.

La diferencia principal radical entre su modo de conocer y el nuestro estriba en que su conocimiento intelectual no arrancaba de los sentidos, ni éstos le ofrecían el material intelectivo, sino que se generaba directamente mediante especies intelectuales infusas, antes de toda experiencia sensible o imaginativa. Por eso tiene plenitud de conocimiento intelectual desde el primer momento de su existencia creada, antes de toda experiencia sensible.

De esa plenitud dice el mismo Santo Tomás (1ª, q. 94, a. 3, c): «Habiendo sido creado el primer hombre perfecto no sólo según el cuerpo para engendrar a los demás, sino también según el alma para instrucción y gobierno de los otros, es necesario tuviese conocimiento de todas las cosas natu-

ralmente cognoscibles, y tanto de las sobrenaturales cuanto de ellas tuviera necesidad».

De ahí que, aunque afirma el crecimiento progresivo de su conocimiento sobrenatural, lo niega terminantemente de su conocimiento natural: «Debe decirse que Adán no creció en la ciencia de las cosas naturalmente cognoscibles por lo que mira a la extensión de sus conocimientos, sino sólo por lo que mira al modo de conocer; en cuanto que lo que ya sabía intelectualmente lo llegaba a saber también después por la experiencia» (*ib.*, art. 3, *ad tertium*).

Es verdad que Santo Tomás mantiene reiteradamente en Adán la segunda característica de nuestro modo actual de conocer —quizá para salvar la identidad de su naturaleza con la nuestra—, diciéndonos que su entendimiento conoce, o actualiza su conocimiento, mediante las imágenes de la fantasía, convirtiéndose o volviéndose a la fantasía, yendo así acompañado su conocimiento intelectual *actual* del conocimiento sensible imaginativo (cf. *ib.*, art. 2, c; art. 3, *ad primum*).

Pero adviértase bien que esta imagen de la fantasía no viene producida por lo sensible exterior, sino que se forma como resonancia connatural al conocimiento intelectivo, en virtud de la unidad del hombre.

En efecto, Adán podía usar de su ciencia amplísima antecedentemente a toda experiencia sensible, al solo deseo de su voluntad: de lo contrario no sería tal ciencia. Por lo mismo, al solo deseo de pensar una cosa o conocerla, la pensaba y conocía en acto. Pero por la unión entre el cuerpo y el alma, ese conocimiento intelectual despertaba como de necesidad la actividad cognoscitiva sensible interna, como un eco o reflejo de la actividad intelectual.

Se da, pues, asociación; pero el principio motor del conocimiento intelectual no era la imagen sensible, sino a la inversa: el conocimiento intelectual actual —actualizado al solo imperio de la voluntad o deseo, cual sucede en toda ciencia habitual perfecta— era el principio que desencadenaba el conocimiento sensible imaginativo por simpatía y asociación.

Lo cual, en otros términos, parece expresar que, de no haberse hallado debidamente constituido el cuerpo de Adán

para corresponder como un eco a la acción del entendimiento —caso de la Virgen María en su Inmaculada Concepción— no por eso hubiera dejado de existir el acto puro intelectual; aunque no pudiera producir el reflejo sensible que era como su eco, por defecto de disposición en el cuerpo.

Todas estas afirmaciones de Santo Tomás podrán discutirse, o incluso negarse. Pero muestran dos cosas, para cuyo esclarecimiento hemos querido mencionarlas.

La primera, que Santo Tomás, según toda verosimilitud, hubiera hablado muy diferentemente del conocimiento de la Virgen cuando aún estaba en el seno de su madre, de su posibilidad, e incluso de su positiva existencia, de haber partido del dogma, hoy definido, de la Inmaculada Concepción.

Habiendo María empezado su existencia en estado de justicia original, no igual, sino muy superior al de Adán, no dudamos le hubiera atribuido la plenitud de conocimiento que con tanto largueza atribuyó a nuestros primeros padres en el primer momento de su ser. Con la única variante de que ese conocimiento, por no estar aun diferenciado el cuerpo de la Virgen, no tendría verosímilmente el eco sensible inmediato que en Adán.

De ahí que la dificultad tomada de Santo Tomás, en cuanto niega conocimiento a la Virgen María en el seno de su Madre, no tiene valor alguno, al partir, como parte, de que María no empieza su existencia en estado análogo al de justicia original.

Supuesto este estado, hoy definido, no creemos hubiera negado a María, ya en el primer momento de su existencia, conocimientos que con tanta generosidad prodiga a nuestros primeros padres, precisamente en virtud de su estado de inocencia.

La segunda, que toda prudencia será poca cuando intentemos aplicar a María nuestro modo connatural de conocer, que es el propio de contaminados por el pecado original.

Si algún término de comparación pudiera usarse, no es el de nuestro modo actual, sino el del hombre en estado de justicia original. Y aun esto teniendo en cuenta que el estado de justicia original de la Virgen María supera incon-

mensurablemente al de Adán y Eva: ellos eran como mera figura, cuya realidad plena se verifica en María.

Por nuestra parte, en virtud de todo lo expuesto, no dudamos que a la Virgen no pudo ser negado, ya en el principio de su existencia, un conocimiento natural que no fue negado a nuestros primeros padres en el inicio de la suya, aunque ese conocimiento intelectual no repercutiera en conocimiento sensible distinto o diferenciado, por defecto de organización y diferenciación del cuerpo.

Y si tuvo ese conocimiento natural, mucho más era capaz de toda clase de conocimiento sobrenaturalmente infuso.

Pero ese conocimiento natural de la Virgen María, desde su misma Concepción Inmaculada, nos interesa escasamente, ante la inundación de su conocimiento sobrenatural. Por eso nada más diremos sobre él, al menos por ahora.

3. El conocimiento infuso en cuanto al origen, pero natural en cuanto al objeto y en cuanto al modo de usarlo. Su presencia en los santos y en María

Además del proceso natural de nuestro conocimiento intelectual, que arranca del conocimiento sensible y se elabora a partir de él, constituyendo la ciencia gradualmente adquirida, puede Dios infundir el conocimiento intelectual directamente, sin que preceda experiencia sensible de la que arranque. Es lo que se llama ciencia o conocimiento infuso.

Este conocimiento puede Dios infudirlo mediante imágenes sensibles en la fantasía —no producidas por el objeto, sino por Dios mismo, aunque representen el objeto—, y entonces el modo de conocer es psicológicamente al modo de conocer propio del conocimiento adquirido por la experiencia; y el objeto de ese conocimiento no sobrepasa tampoco al que sería propio del uso normal de la razón. Las cosas se saben sin aprenderlas o experimentarlas, pero se saben como se sabrían si se hubieran experimentado.

Es lo que se llama *ciencia infusa per accidens*, o infusa en cuanto al modo: es sobrenatural en cuanto directamente producida por Dios; pero es natural en cuanto a su objeto,

y en cuanto al modo de conocer una vez recibidas las especies infusas.

El objeto de esos conocimientos mira principalmente a las cosas naturalmente cognoscibles por la razón; aunque también se extiende, o puede extenderse, a las verdades que nos propone la fe, en cuanto son aptas para ser elaboradas y sistematizadas por la razón humana.

A este género de ciencia parece en cierto modo pertenecer el conocimiento de las cosas naturalmente cognoscibles que vimos tuvo Adán antes de toda experiencia: las especies le eran infundidas por Dios, aunque esta infusión era como el concurso natural de Dios al conocimiento humano en el estado de inocencia. Y decimos *en cierto modo*, porque las especies cognoscitivas fueron impresas directamente a su entendimiento, no a su imaginación.

A él pertenece también, por ejemplo, el don de lenguas: quien lo posee conoce una lengua extraña sin haberla estudiado; pero la conoce y la usa del mismo modo que si la hubiese estudiado o aprendido.

Este conocimiento es también frecuente en la mística —especialmente en sus primeros grados—. Y apenas si habrá Padre o Doctor de la Iglesia que en más o en menos no lo haya tenido —especialmente famoso es el caso de San Alberto Magno, que lo obtuvo de la Virgen, y, según algunos, también nuestro Suárez—.

Precisamente, por su coincidencia en el modo de conocer con la ciencia simplemente adquirida, no siempre es fácil distinguirlo de ella —el único modo de discernirlo es el origen: no aprendido; en lo que fácilmente cabe engaño y confusión—.

Además, estos conocimientos infusos se entremezclan, muchas veces inextricablemente, con los adquiridos, sin que el mismo cognoscente se dé cuenta —caso ordinario en los Doctores de la Iglesia—, sin que sea posible distinguir lo que es infundido por Dios y lo que es simple elaboración —verdadera o falsa— de la razón humana.

Otras veces, el que conoce da fácilmente su conocimiento por infuso simplemente porque ha olvidado la génesis de

ese conocimiento, que se originó en él por una experiencia que ha olvidado, o en la que no reparó.

Por eso, toda prudencia es poca, para no dar como conocimiento verdadero infundido por Dios lo que tal vez no es más que un error elaborado por el uso incorrecto y desordenado de nuestra razón.

Esto en el mejor de los casos, a saber, aquel en que sólo Dios intervenga en la comunicación de tales conocimientos infusos.

Pero no debe olvidarse que la comunicación de pensamientos mediante especies imaginativas puede igualmente hacerla el demonio, con permisión divina.

Es más, así como la tentación del mundo obra en nosotros mediante los sentidos exteriores, que con él nos comunican, la tentación diabólica —de cuya existencia y frecuencia nos hablan a porfía tanto la Escritura como la Tradición y el mismo Magisterio eclesiástico— tiene su campo propio en la imaginación: es a ésta a la que primariamente se dirigen y en la que actúan las sugestiones diabólicas.

Y disfrazándose no pocas veces el demonio como ángel de luz (2 Cor. 11,14) puede provocar en la fantasía imágenes que den lugar a conocimientos verdaderos —no pocas veces altamente extraordinarios para mejor seducirnos, de los que poco a poco, ganada ya nuestra confianza, nos irá induciendo el error con sus nuevas insinuaciones.

Si los conocimientos en esta forma infundidos por el demonio son verdaderos, no hay modo de distinguirlos de los que Dios pueda infundir si no es atendiendo a sus frutos posteriores, a las circunstancias externas e internas que rodean su infusión, a la humildad o soberbia de que van acompañados, a la paz, o turbación que dejan.

Todo ello requiere el don —nada común— de discernimiento de espíritus en grado eximio. E incluso cuando este don se posee, suele servir para otros, no tanto para uno mismo.

Ello explica la insistencia con que los autores místicos, especialmente nuestro San Juan de la Cruz, procuran despojar a las almas de todo apego a esta clase de conocimientos, induciéndolas a que nunca se guíen por ellos, sino que se

conduzcan en fe pura; asegurándonos que quien a ellos se apega, y por ellos se guía en su conducta, acabará siendo engañado por el demonio, aunque en un principio las comunicaciones fueran verdaderamente divinas.

Todo esto deberían tenerlo bien presente los católicos que se entusiasman con la Parapsicología.

El error de esta ciencia o pseudociencia está en considerar al hombre hipotético, como ser natural, cuando en realidad es un ser caído de su estado sobrenatural, al que nuevamente ha sido elevado por la redención, y en el cual actúan, no sólo las fuerzas naturales del hombre, sino también, de modo mucho más ordinario de lo que se cree, la gracia divina sobrenatural, y la acción diabólica, también superior a las fuerzas de nuestra naturaleza.

Cuando se demuestra —y ése sería el objetivo de una verdadera ciencia parapsicológica— que un conocimiento no arranca de la experiencia, debe concluirse que procede de acción divina o de acción diabólica.

El modo de distinguir a cuál de esas fuentes se debe ya no pertenece a ninguna ciencia humana, sino al don de discernimiento de espíritus, concedido por el Espíritu Santo que nos ilumina con su gracia.

Los datos de la verdadera ciencia puramente humana son constantes.

Si la parapsicología halla conocimiento constante —verbigracia: conocimiento siempre y en cada circunstancia por parte de un individuo de los pensamientos de quienes le rodean, o bien de lo que a distancia sucede cuando desea saberlo—, puede concluir que el conocimiento es puramente natural, debido a excitantes de experiencia externa que uno se ha habituado —por su ascesis o ejercicio— a percibir, cuando al común de los mortales les pasan desapercibidos —aunque los reciban igualmente— por su falta de atención o concentración —cual sucede al que está en un mercado, que nada entiende de lo que la gente habla, pero entiende enseguida lo que dos personas dicen si sabe concentrar su atención en ellas—.

Mas si esos conocimientos son esporádicos, y no están al arbitrio de la voluntad de quien a veces los posee, es

indicio claro de que no proceden de experiencia, que son por tanto infusos por Dios o por Satanás.

Ahí debe detenerse la parapsicología como ciencia, dejando el estudio ulterior a la teología mística y al discernimiento de espíritus.

Mas cuando, como es lo ordinario, pasa más allá, entonces sale de su campo científico, e inducirá a error a cuantos la practiquen, o simplemente la admiren. Se mueve en un terreno cuyas verdaderas causas desconoce por completo.

Pero aún hay más. Todo el que sorbe los vientos por esos fenómenos parapsicológicos será no menos inducido a error y engañado por el demonio que cuantos inician la vida mística y no se desprenden del apego a esos fenómenos, aun en el caso de ser producidos por Dios.

De ahí que el resultado más ordinario de la parapsicología sea la pérdida de la fe, que se ganan a pulso sus cultivadores y devotos, al ponerla como sustituto de la religión y como medio de alcanzar la superexcelencia humana.

Cuando esa superexcelencia se busca fuera de la gracia, lo único que se logra —y no siempre— es convertirse en demonios: y como éste, al fin de cuentas, nunca da lo que promete, el resultado final suele ser la desesperación, cuando no el suicidio, fin bastante normal de todos los ocultistas.

Por lo demás, cuando el ocultismo se amalgama con la parapsicología —cosa también frecuente—, entonces se ha entrado ya en satanismo puro, del que son perfectamente conscientes sus cultivadores y propagadores, aunque procuren seducir a quienes les admiran y sustentan, presentándoselo como ciencia llena de promesas.

Perdónesenos esta digresión, pero la juzgamos útil para quizá defender a tantos incautos que hoy se dejan engañar por estas corrientes. Y advertimos al lector que, aunque no podemos extendernos en el tema, lo conocemos asaz bien, por llevar cerca de veinte años dedicado casi exclusivamente al estudio de estos fenómenos en las religiones no cristianas —en las que abundan los puramente naturales, los divinos, y también los diabólicos—.

Es de verdad una pena que disponiendo del trigo limpio

del Evangelio, vayamos a buscar trigo envenenado con la mezcla de error que Satanás ha sembrado.

Y que seamos tan presuntuosos, que si los autores espirituales clásicos previnieron a los místicos que no se apegaran a tales fenómenos si no querían ser engañados y acabar en esclavitud diabólica, pensemos que nosotros no corremos ningún peligro dentro de nuestra tibieza por más que de esos fenómenos nos pirremos.

Volviendo a nuestro tema, es evidente que si todos los santos tuvieron en más o en menos esta clase de ciencia infusa *per accidens* —infundida a ellos por Dios—, e igualmente casi todos los Doctores y Padres de la Iglesia, no menos, sino más, hubo de tenerla la Virgen María, pues nada le ha negado Dios de cuanto a otros haya dado.

Con la diferencia que jamás pudo el demonio tener la más mínima entrada en Ella.

Pero tampoco es esta ciencia de María la que para el presente propósito nos interesa. Ni creemos que Ella le diera la más mínima importancia, ante la inundación de conocimiento total y absolutamente sobrenatural que la anegó, y del que enseguida vamos a hablar.

4. El conocimiento infuso del todo sobrenatural —en cuanto al origen, objeto y modo de usarlo

Hay otra ciencia infusa del todo sobrenatural, tanto en su origen, cuanto en el modo de conocer, como en el objeto de ese conocimiento.

Es la que los teólogos suelen llamar ciencia *infusa per se*, que podríamos traducir: ciencia infusa en toda propiedad, o ciencia infusa según su misma substancia.

Esta clase de ciencia sólo Dios puede darla. Ni el hombre puede alcanzarla, ni aun plagiarla, ni el demonio ni los ángeles ni creatura alguna tiene capacidad de comunicarla al entendimiento humano. Sólo Dios, con su omnipotencia, puede obrarla en el entendimiento humano, dócil a su acción en virtud de su potencia obediencial de creatura.

En este sentido es verdadero conocimiento divino —es

decir, obrado por Dios mismo en nosotros—. Y es absolutamente sobrenatural, mientras la ciencia del anterior apartado podía fácilmente ser puramente preternatural —cuando obrada por el demonio—, o incluso natural, cuando imitada por el hombre mismo.

En esta ciencia infusa sobrenatural, Dios infunde el conocimiento, no mediante especies o semejanzas sensibles del objeto en la fantasía, sino directamente en el entendimiento, obrando en él la idea, el conocer, sin concurso de imagen alguna sensible de la imaginación.

El cuerpo no toma parte alguna en este conocimiento, que se obra sólo en el espíritu. Por eso, para su existencia es indiferente que el cuerpo esté debidamente organizado, o todavía en vías de organización. E igualmente es indiferente el estado de vigilia o el estado de sueño, pues estos estados tienen al cuerpo por raíz, y sólo a él directamente afectan.

El modo de conocer difiere del de la ciencia adquirida, y aun del de la ciencia infusa *per accidens*, pues, a diferencia de lo que ocurre en éstas, el cuerpo no toma parte alguna en tal conocimiento intelectual.

Y como la asociación de cuerpo y alma, de sentido e inteligencia, es lo natural en el conocimiento humano, en este sentido el mismo modo de conocer es sobrenatural, en cuanto supera el modo de conocer connatural al hombre en el presente estado.

Pero donde destaca la sobrenaturalidad absoluta es en el objeto normal de ese conocimiento infuso, que suele ser el orden de la gracia santificante: ya sea Dios, al que esa gracia nos asimila y semeja, ya sea la misma gracia que nos hace hijos de Dios, ya sea el alma como adornada y transformada en Dios por esa gracia.

Precisamente por eso se da sin imágenes sensibles, porque toda imagen sensible, como insuficiente para describir la realidad sobrenatural divina, enmascararía y miserablemente empobrecería la inconmensurable riqueza del objeto.

En este conocimiento no cabe engaño posible, pues ni el hombre, ni el demonio o los ángeles, ni creatura alguna, tiene el menor influjo en su producción. Sólo Dios, que ha-

bita en el alma, y es dueño absoluto de ella para hacer en ella y con ella cuanto le plazca, puede producirlo.

Y es de una claridad deslumbradora, y de un calor de amor que quema y consume al alma como fuego, haciendo posibles las reacciones más puras de su libertad, que aquí no está, o está solo mínimamente, mediatizada.

Sólo tiene un inconveniente: es incomunicable, por intraducible. El alma goza de ese conocimiento amoroso, mas no puede describirlo.

Para comunicar a otros lo que conozco, tengo que traducirlo a conocimiento sensible, pues es mediante la sensibilidad que comunico a otros mis pensamientos, aun los más intelectuales.

Y en esa traducción, en esa invención de la imagen sensible que corresponda en algún modo —siempre analógico e imperfecto— al conocimiento intelectual poseído, puedo elegir imágenes no aptas para reflejar el conocimiento intelectual infuso.

El resultado será entonces que mi transmisión a otros será simplemente errónea. Teniendo yo verdadero conocimiento, transmito a otros el error, como el que hiciera traducción errónea de una lengua a otra de un texto verdadero en la lengua original.

Y aun en el caso de que las imágenes escogidas sean aptas para expresar en algún modo y sin error la realidad espiritual sobrenatural, serán siempre insuficientes, deficientes.

El resultado es entonces una pobreza extrema —no un error— en la comunicación del conocimiento infuso. De ahí la pobreza y vaciedad que se observa en todas las descripciones de los místicos —el fenómeno puede, aunque remotamente, ilustrarse, viendo lo que un texto altamente poético en contenido y forma pierde normalmente al traducirse a otra lengua—.

En uno y otro caso parece evidente que no debemos dar crédito excesivo a la descripción o transmisión que se nos hace, aunque por otra parte tengamos motivos fundados para creer, en un caso concreto, que el transmitente ha tenido verdadero conocimiento infuso puramente intelectual:

la autenticidad de ese conocimiento no garantiza por sí misma el acierto en la traducción para nosotros.

El inconveniente dicho sólo aparece cuando se trata de transmitir a otros el conocimiento infuso.

Si, como es lo odinario, Dios lo infunde para bien exclusivo de la propia alma que lo recibe, no habiendo necesidad de traducirlo, ella goza de él sin límite alguno, y saca de él todo el enamoramiento que Dios pretende de ella al comunicársele.

Sólo si ella, saliéndose del plan divino, intenta la traducción aunque sólo sea para sí misma, comienza el inconveniente.

Inconveniente que, a la larga, acabará afectando al mismo conocimiento intelectual del alma que recibió la comunicación infusa. Pues, al traducirla, empieza a disponer de imágenes sensibles; y como su modo natural de conocer es por esas imágenes, se inclinará cada vez más a conocer en ellas y por ellas, dejando la contemplación intelectual pura.

Al final, un conocimiento que empezó riquísimo por ser intelectualmente puro, cual Dios lo infundió, acabará pobrísimo, si no erróneo, por atender a él en la traducción necesariamente imperfecta que el alma hizo de él al orden sensible.

Por eso San Juan de la Cruz recomienda tanto que quien recibe tales comunicaciones intelectuales no piense más en ellas, pues ya han hecho todo su fruto al darse, como el fuego produce la quemadura aunque luego no se piense más en él.

Pensamos que en el fondo de este consejo, que pudiera parecer extraño, está el que *en el pensar* —como actividad ya natural nuestra, aunque verse sobre una comunicación del todo sobrenatural— se dará elaboración de imágenes sensibles, con que necesariamente vestiremos la comunicación intelectual, traduciéndola a nuestro modo natural de conocer, y con ello empobreciéndola, cuando no viciándola con una mala traducción, que acabaría induciéndonos a error.

Cuando Dios quiere que ese conocimiento intelectual se comunique a otros —casos de revelación pública o semipública—, lo ordinario es que El mismo provea de imáge-

nes sensibles que lo traduzcan, infundiéndolas en la imaginación de quien recibió la comunicación intelectual para ser comunicada.

En tal caso, la traducción —como dada por el mismo Dios—, no será errónea, sino verdadera. Aunque siempre insuficiente para dar a conocer la infinita riqueza de Dios que se ha comunicado.

Será traducción verdadera, pero pobre, por la pobreza intrínseca de la lengua —sensitiva— a que la versión ha de hacerse.

Tal es el caso de la revelación cumbre hecha por Cristo, nuestro Divino Salvador, que nos narra lo que El ve y actualmente contempla en el seno del Padre (Joan. 1,18).

La comunicación que El tiene no puede ser mayor —es infinita, pues el Padre le comunica en herencia eterna toda la plenitud de su mismo Ser—. Pero Jesús ha de traducirnos su experiencia en términos sensibles, en palabras humanas. Y no hay término sensible ni palabra humana que pueda ni aun de lejos agotar o expresar la riqueza de Dios.

Por eso, su revelación es verdadera, y exacta su traducción —como hecha por el mismo Dios—. Y pese a ello se nos presenta a primera vista como pobre, por lo insuficiente de los términos creados para describirnos lo increado.

Por eso, dentro de su riqueza a nada comparable, la primera percepción por parte nuestra de esa revelación es por cierto bien deficiente, aunque no errónea; verdadera y totalmente verdadera, pero pobre.

Pero en esa vestidura pobre con que el contenido de nuestra fe se nos presenta va recubierta infinita riqueza, que el alma irá descubriendo y gozando más y más, a medida que se deja guiar por la acción del Espíritu Santo, cuyo oficio es darnos a entender y hacernos gustar cada vez más toda la hermosura y plenitud de la revelación de Cristo (Joan. 14,26; 16,13).

Por eso, a medida que el alma crece en santidad —en docilidad al Espíritu Santo que obra en Ella—, va descubriendo cada día más la riqueza escondida en el mensaje de Cristo, sin que jamás pueda agotarla. Sólo en el cielo acabaremos por verla en su conjunto, porque allí ya no

necesitaremos de traducción sensible, sino que la contemplaremos en visión.

Pero ni aún en esa visión la comprenderemos o agotaremos —es infinita—, penetrando toda la eternidad más y más en la profundidad de esa riqueza divina, sin jamás agotarla o pisar fondo.

Y en tanto que aquí vivimos, piénsese en la diferencia de plenitud con que percibe, dentro de una misma fe, el encanto de la Persona de Cristo, la paternidad de Dios, la maternidad de la Virgen, la Trinidad Beatísima, etc., un incipiente en la vida espiritual cristiana, un fervoroso, o un santo.

Todos perciben lo mismo, todos creen lo mismo. Pero cuán diferente es la riqueza de lo que perciben, cuán vario el enamoramiento en ellos engendrado. Aunque todos crean en la misma Trinidad, en el mismo Redentor, en la misma Paternidad divina, en la misma Maternidad virginal, en el mismo Hijo de Dios, en el mismo Espíritu Santo.

Es la riqueza infinita de la revelación de Cristo. También ella es como una semilla, que contiene ya en sí todo el árbol y sus frutos; pero no se ven a simple vista, aunque ya se posean al poseer la semilla. Sólo se irán progresivamente descubriendo —aunque siempre como contenidos en esa semilla divina—, a medida que el Espíritu Santo vaya aclarando nuestra mirada, nos vaya descubriendo sus secretos ocultos.

La comunicación puramente intelectual, o ciencia infusa propiamente dicha —*per se*—, se ha dado prácticamente, en menor o mayor grado, en todos los grandes místicos, especialmente en las etapas más elevadas de su evolución espiritual. Es lo que San Juan de la Cruz llama locuciones, visiones y comunicaciones puramente intelectuales —únicas en las que afirma ser imposible el engaño—.

Aunque jamás han sabido describir su experiencia: sus descripciones, cuando las hacen —ordinariamente a petición de sus directores espirituales— son tan extremadamente pobres que se caen de las manos. Pero esa misma pobreza prueba la falta de imágenes sensibles en la comunicación originariamente recibida.

Y se han dado también algunos casos antes del uso natural de la razón, precisamente porque para tales comunicaciones no es necesario el concurso o acompañamiento del conocimiento sensitivo, del que naturalmente procede y se origina el conocimiento intelectual.

Recordamos ahora el caso de una sierva de Dios que se dio cuenta de su justificación por el bautismo, recibido recién nacida. Lo leímos cuando estudiantes en la Revista *Vida Sobrenatural*, fundada por el P. Arintero, y lamentamos no poder dar ahora más detalles (debió publicarse el episodio entre 1930 y 1935).

Añadiremos una última advertencia acerca de este conocimiento.

Pensamos que el conocimiento es *actual* sólo en el momento en que Dios lo infunde: sólo entonces tiene toda su viveza, toda su fuerza transformadora y enamoradora.

Luego permanece el recuerdo, también puramente intelectual, siempre presente, pero más o menos vivo, más o menos eficaz, según el alma ponga libremente en él su atención; y, más especialmente, según a Dios le plazca reavivarlo con la acción de su gracia.

Y en ninguno de estos dos aspectos depende de la disposición del cuerpo, ni de su estado de vigilia o de sueño, porque ninguna parte toma el cuerpo en este recuerdo, como no la tomó en el acto primero que se recuerda —no hay de él imagen sensible alguna—.

Y de los dos aspectos que entran en la vivificación de ese recuerdo, el principal es sin duda la acción divina. Por eso el alma, aunque lo recuerde, no siente plenamente la eficacia de su calor sino cuando Dios se la da a sentir. También en el recuerdo es más pasiva que activa, como lo fue en la primera infusión.

Y si de intento acentúa su actividad para recordar —sin limitarse al recuerdo espontáneo—, correrá el peligro inevitable del que hablamos más arriba: ir traduciendo a lenguaje cognoscitivo sensible su primer conocimiento puro intelectual, y así empobreciéndolo.

San Juan de la Cruz pone la comparación del fuego. La primera comunicación actual es fuego que quema. Pasada

la acción del fuego queda la quemadura o llaga —huella o recuerdo de la combustión—; y el escozor de esa quemadura permanente nos hace revivir, sin necesidad de procurarlo, lo que sentimos al quemarnos. Mas ese revivir será mucho más pleno, si el mismo que nos quemó nos vuelve a abrir la herida de nuestra quemadura, o vuelve a quemar de nuevo actualmente sobre ella.

Así el recuerdo permanece siempre, aunque no con la misma viveza, ni siempre con la misma fuerza. Puede uno incluso apartar la atención de la sensación de la quemadura, distrayéndose —olvidar momentáneamente el recuerdo—; aunque es totalmente imposible apartar la atención de la combustión, no sentir cuando nos queman.

Y como ni la combustión ni el recuerdo de ella— la quemadura que sigue sintiéndose— dependen en nada de la disposición sensible, por eso dice el alma en el Cantar de los Cantares (5,2): «Yo duermo, mas mi corazón vela»: ni el sueño más profundo impide o disminuye en nada esta contemplación de amor.

5. La Virgen María tuvo ya en su misma Concepción Inmaculada esta última clase de conocimiento en un grado que supera toda comprensión

Este conocimiento infuso absolutamente sobrenatural es el que afirmamos de la Virgen María desde el primer instante de su Inmaculada Concepción. No porque neguemos los otros, sino porque es éste el que principalmente nos interesa.

Si la Virgen empieza, según vimos, donde acaban los santos, es evidente que cuantas comunicaciones sobrenaturales hiciera Dios a éstos a lo largo de la vida, las hizo con gran sobreabundancia a su Madre Inmaculada desde el primer instante de su existencia.

Y si nada negó a su Madre de lo que a otros concedió, la amplitud de este conocimiento supera toda comprensión.

Si Dios dio verdadera ciencia infusa de las cosas sobrenaturales a Adán y a Eva desde el primer momento de su

existencia, y tal donación era congruente con su estado de justicia original, mucho más debió darlo a la Virgen María, cuyo estado de justicia original es inmensamente más excelente que el de nuestros primeros padres; pues a esa dación hemos visto nada obsta el estado en que se encuentre el cuerpo.

Si Dios ha querido hacer a la Virgen María partícipe en todo de la suerte de su Hijo, no parece debamos dudar que la quiso también hacer partícipe del conocimiento que su Hijo tuvo desde el primer momento de su existencia humana.

Si la medida de lo que Dios hizo en la Virgen María es lo que pudo hacer —«Pudo, luego lo hizo»—, es indudable que Dios pudo dar a María este conocimiento, puesto que su alma fue creada perfecta, y su cuerpo para nada cuenta en él. Por lo tanto, inundó a María de este conocimiento sobrenatural.

Si María empieza donde los santos acaban, debió dar a Dios, en el principio de su existencia, lo que los santos le dan al final de ella: es decir, la entrega absoluta, y según toda su capacidad radical, de la propia libertad, lo que implica también perfecto y exhaustivo conocimiento.

Finalmente, si Dios se complació en los inicios de María más que en la consumación de todos los santos —según se explicó en el Lib. II—, no debió ser sólo porque en su Inmaculada Concepción se volcara en Ella más que en todos ellos, sino porque también Ella ya entonces le correspondió con su amor más que todos ellos, y ese amor le fue más agradable que el de todos los santos.

Pues Dios no sólo se complace en dar, sino también en recibir nuestro amor, que ardientemente desea: «Hijo, dame tu corazón» (Prov. 23,26).

Ni la donación de Dios sería plena, si no llevara a la máxima riqueza de la creatura, que consiste en devolver su amor a Dios, pues «más dicha es todavía el dar que el recibir» (Act. 20,35).

Y ciertamente parecería no poco extraño que, siendo María «el negocio de todos los siglos», y condensando en sí el amor todo que Dios quiere recibir de sus creaturas, pu-

diendo Dios, como pudo, recibir la correspondencia de ese amor desde el primer momento de la existencia de María, no sintiera como prisa por recibirlo, antes esperara años para ello.

Si Ella es LA AMADA desde el primer instante, desde el primer instante desea Dios la correspondencia de esa AMADA.

6. Las imágenes de la Inmaculada Concepción, expuestas por la Iglesia a la veneración de los fieles, reflejan este conocimiento y amor de María en su Concepción Inmaculada

Las pruebas de la analogía de la fe vienen maravillosamente confirmadas por la expresión del arte al servicio del culto.

El estado de la Bienaventurada Virgen María en su Inmaculada Concepción aparece con toda claridad expresado en las pinturas, estatuas e imágenes de toda clase expuestas a la veneración del pueblo en la conmemoración de este misterio; y con ello también —si la ley que preside a la oración y el culto es manifestación de la ley de la fe— aparece expresada la creencia del pueblo avalada por la Iglesia.

En todas esas imágenes, lo que más destaca es el arrobamiento de María: su proyección hacia lo alto, hacia Dios, en una contemplación extática, enamorada, plenamente saciativa, que como absorbe todas las energías de su ser.

Sólo otra representación de la Virgen María puede comparársele: la representación de su Asunción a los cielos, que transparenta el mismo arrobamiento, el mismo enamoramiento de lo divino.

La semejanza de ambas imágenes, de ambas actitudes, es tal, que no pocas veces ha dado pie a la confusión de las imágenes de la Inmaculada con las de la Asunción, tomando unas por otras, o a la inversa. En realidad, lo único que verdaderamente las distingue es la cabeza de la serpiente, aplastada por el pie virginal de la Inmaculada.

Nada se transparenta de inconsciencia en esas imágenes propuestas por la Iglesia a la veneración del pueblo.

Todo transparenta conocimiento pleno de lo divino, arrobamiento, enamoramiento total, consagración entera, referencia completa, enamorada y consciente, al Dios de quien recibe su ser adornado de la plenitud de gracia. María, al entrar en la tierra, sólo mira a Dios; al introducirse en la Creación, sólo se vuelve al Creador.

En ellas no sólo aparece María como LA AMADA, sino como *LA AMANTE* total, del todo entregada al que la amó.

Es esa línea de la fe del pueblo, tal como la Iglesia propone a su devoción el misterio de la Inmaculada, la que pensamos debemos seguir, en la que debemos inspirarnos, para en algún modo atisbar, e imperfectísimamente describir la actitud de María, su correspondencia activa a la gracia, su devoción de amor a quien tanto la ha amado, enriquecido y adornado.

Y es a esa luz que han de mirarse, para que cobren vida, las sugerencias litúrgicas que vamos a proponer.

Capítulo II

SUGERENCIAS LITURGICAS QUE MUESTRAN EL CONOCIMIENTO Y ENAMORAMIENTO TOTAL DE MARIA EN EL PRIMER INSTANTE DE SU EXISTENCIA

«Me llena de gozo el Señor, mi alma se alegra en mi Dios; porque me ha vestido un traje de triunfo, me ha cubierto con túnica de victoria; porque me ha enjoyado como una novia.»

(Introito de la Inmaculada, cf. Is. 61,10).

«Hoy es la Concepción inmaculada de la Bienaventurada Virgen, que aplastó la cabeza de la serpiente con su pie virginal.»

(Oficio de la Inmaculada, cf. Gén. 3,15).

Insinuaremos las sugerencias que nos ofrece la actual Misa de la fiesta de la Inmaculada, prescindiendo de las que pudiera ofrecernos la Misa antigua, no porque se preste menos, sino porque su texto no estará ya al alcance de la mayoría de los lectores.

1. El introito

La Iglesia, en el Introito de la Inmaculada, nos presenta a la Virgen volviéndose a Dios con conocimiento perfecto de los dones recibidos, al poner en su boca las palabras del Profeta Isaías (61,10):

«Me llena de gozo el Señor, mi alma se alegra en mi Dios: porque me ha vestido un traje de triunfo, me ha cubierto con túnica de victoria; porque me ha enjoyado como una novia».

María conoce así, en su misma Inmaculada Concepción, su triunfo sobre la serpiente.

Triunfo *pasivo*, don de Dios: «Me ha vestido un traje de triunfo, me ha cubierto con túnica de victoria».

Traje de triunfo, túnica de victoria es la gracia santificante con que es creada, quedando así sustraída al poder y dominio diabólico. Y María conoce esa gracia que la adorna, y su incomparable plenitud: «Me ha enjoyado como una novia».

¿Novia de quién? Sin duda de Dios mismo, de quien María se siente elegida como novia, enjoyada como novia, condensándose en Ella toda elección amorosa divina del orden creado, toda complacencia divina en ese mismo orden.

Hasta aquí el conocimiento.

De él, como de fuente, brota en María el amor. Amor que no mira a sí misma, ni se complace en sus dones y joyeles. Como novia totalmente enamorada, sólo mira a Dios, sólo en El se complace: «Me llena de gozo el Señor, mi alma se alegra en mi Dios».

Se alegra en su Amado, no en sí misma; en ser de El amada, sin que ante esto le quede ya lugar o capacidad para gozarse en los dones recibidos.

Es la consagración total al Amado, con olvido de sí. Es la victoria *activa* sobre el demonio, en el primer instante de su existencia.

Lucifer se complació en los dones recibidos, y no en el Dador de ellos; amó su propia hermosura, no a Dios que se la dio; se complació en sí mismo, no en su Creador.

María, enamorada como Novia, sólo se goza en el Ama-

do, no en sí misma; no en los dones recibidos, sino en que sean dones del Amor Infinito; no en ser rica, sino en ser AMADA —*ser amada* de donde fluye su riqueza—. Su alma solo a Dios mira, en Dios se goza, a Dios ama.

Como la representan las imágenes: arrobada hacia Dios, no mirándose a sí misma.

2. Salmo responsarial

«Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas» (Sal. 97). Aunque no con la misma evidencia que en el Introito, también parece la Iglesia poner estas palabras en boca de María, en su Inmaculada Concepción.

Si es así, se nos presenta la Virgen María vuelta totalmente a Dios, consagrada a su alabanza, en olvido total de sí misma.

Su victoria sobre la serpiente es para Ella victoria de Dios: es Dios quien ha hecho maravillas, y es a Dios a quien dirige su canto de alabanza, consciente de que es *nuevo*, de que jamás ha sido Dios glorificado de esa forma.

Y en esa victoria de su justicia original ve iniciada y asegurada la victoria de la Humanidad que ha de creer —del verdadero Israel—, y el retorno a Dios de la tierra entera, de toda la creación, antes alejada de Dios por el pecado.

Es ese retorno, esa glorificación divina, lo que llena su alma de una dicha a la que quiere se asocien todos los hombres. Sus sentimientos, análogos a los del *Magnificat*, nos la presentan desde el primer instante de su ser con las disposiciones iniciales de Madre nuestra, no menos que como Novia enamorada de Dios, y así ya potencialmente su Madre.

María se siente solidaria de toda la creación, responsable y promotora de la alabanza que toda ella debe dar a Dios: «Aclamad al Señor, tierra entera, gritad, vitoread, tañed».

3. Colecta

En la oración primera o colecta, la Iglesia nos advierte que María empieza donde los santos acaban, aunque concretamente lo aplique al pecado: «Concédenos por su intercesión llegar a Ti limpios de todas nuestras culpas», como Ella empieza ya limpia de toda culpa.

Esa limpieza dispone al alma a la visión divina. María empieza ya dispuesta y preparada a esa visión: Ella ya ha llegado a Dios.

Pero su llegada a Dios no implica aún la visión permanente. Y es que si la limpieza que pedimos es para llegar a la visión divina, la limpieza que a Ella desde el principio se le concede se ordena a un destino superior a la misma visión divina: tiende a hacerla digna de ser Madre de Dios —un llegar, un acercarse a Dios y adentrarse en El ontológicamente superior a la misma visión beatífica—.

Por eso dice: «Oh Dios, que por la Concepción inmaculada de la Virgen María preparaste a tu Hijo una digna morada».

Desde su Concepción está así preparada como morada digna del Hijo de Dios, para cuando tome carne mortal en su seno. Pero no sería digna morada del Amor encarnado, si Ella misma no estuviera totalmente enamorada. Para ser digna morada del Hijo no basta estar sin culpa; es menester esté también llena del amor y de la gracia que Dios, al hacerse hombre, busca y desea de sus creaturas.

Si, pues, por su Concepción inmaculada queda María preparada como digna morada del Hijo, para cuando El venga a habitarla, es evidente que desde esa misma Concepción está María llena de todo el amor que su Hijo desea, y por tanto llena del conocimiento que haga posible tanto amor.

4. El Oficio divino, y las dos primeras lecturas de la misa

En el Oficio divino de la fiesta se repite insistentemente: «Hoy es la Concepción Inmaculada de la Bienaventurada Virgen María, que aplastó la cabeza de la Serpiente con su pie virginal».

La Iglesia ve la victoria de la Virgen sobre la Serpiente en su misma Concepción inmaculada. Por eso las imágenes de la Inmaculada Concepción la representan aplastando con su pie la cabeza del dragón infernal.

Una victoria, no sólo pasiva —exención gratuita por parte de Dios de todo pecdo que pudiera someterla al dominio diabólico—, sino también *activa*, por propia decisión de su libertad: «*aplastó* con su pie virginal».

De haber sido meramente pasiva la victoria de la Virgen, hubiera sido Dios quien aplastó la cabeza de la Serpiente. No María, que se limitaría a encontrarse ya con esa cabeza aplastada.

Tuvo, pues, María, en el primer instante de su ser, una decisión libre de adhesión total a Dios, con la que activamente se enfrentó al demonio, y para siempre definitivamente lo venció.

Esa misma victoria activa, no meramente pasiva, se nos inculca en Gén. 3,15, que nos trae la primera lectura de su fiesta: «Enemistades pondré entre ti y la Mujer, entre tu simiente y la suya; Ella aplastará tu cabeza, mientras tú herirás su calcañar».

Las enemistades, puestas por Dios mismo, son *conscientes*: consciente la lucha, y consciente el triunfo —*aplastar*—, que se da en la misma Concepción. Y consciente el precio de ese triunfo, el dolor de la herida en el talón. Es decir, María fue consciente de los dolores del Redentor —que son también suyos propios—, a los que debe su victoria.

Y amando, como amaba, al Redentor, si con amor inconmensurable a El aplastó la cabeza de la Serpiente, con dolor también inconmensurable, con compasión inmensa, vio los dolores de Dios encarnado a los que debe su victoria, que hacen posible esa victoria suya.

Hay así en el primer instante del ser de María conocimiento y aceptación plenos del plan redentivo divino, al que con su decisión de obediencia y con su dolor empieza a asociarse.

Quizá este mismo amor actual de María en su Concepción inmaculada quiera la Iglesia insinuarnos al aplicar a su fiesta la lectura de San Pablo (Ef. 1,3-6.11-12): «El nos eligió en la Persona de Cristo, antes de crear el mundo, para que fuéramos santos e irreprochables ante El *por el amor*», cual si esa santidad *por el amor* se diera en la Virgen ya en el primer momento de su ser. Igualmente, «nosotros ...seremos alabanza de su gloria»: María ya lo es en el primer momento de su existencia.

Como siempre y en todo, María empieza donde los elegidos acaban.

5. Aleluya

En el Aleluya que precede al Evangelio, la Iglesia nos hace decir a María en este misterio: «Alégrate, María, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres».

Cual si las palabras que el ángel le dirige en la Anunciación se las podamos y debamos decir nosotros con toda verdad en el instante de su entrada en la existencia.

Mas si en ese momento podemos de verdad invitarla a alegrarse, es que Ella es consciente de la plenitud de gracia recibida, del amor divino que la envuelve, pues no podría alegrarse de no ser consciente.

6. Prefacio

Sugestivas son también las palabras de la Iglesia en el Prefacio: «Porque libraste a la Virgen María de toda mancha de pecado original, para que en la plenitud de la gracia fuese digna Madre de tu Hijo, y comienzo e imagen de la Iglesia, Esposa de Cristo, llena de juventud y de limpia hermosura».

Si ya en su Concepción inmaculada es María «comienzo e imagen de la Iglesia, Esposa de Cristo» y «llena de juventud y limpia hermosura», hubo de estar llena de la actividad de amor propia de esa juventud, y propia de la Iglesia, Esposa de Cristo, cuyo comienzo hermosísimo es Ella, a la vez que figura cuyo comportamiento la Iglesia ha de imitar.

Cuando, en cambio, María llegue a ser de hecho Madre de Dios, ya no será María comienzo de la Iglesia, sino Madre de la Iglesia —por serlo de Cristo, su Cabeza—, y tipo ideal al que la Iglesia tenderá más y más a conformarse, como el hijo nacido tiende cada vez más a copiar a su madre y a semejarse a ella.

7. Postcomunión

Finalmente, en la oración de la Postcomunión se nos indica claramente que María no sólo fue preservada del pecado original, sino también de sus efectos, pues pedimos: «Repare en nosotros los efectos de aquel primer pecado del que fue preservada, de modo singular, en el momento de su Concepción, la Inmaculada Virgen María».

Mas vimos que entre esos efectos está, según Santo Tomás, la necesidad de adquirir el conocimiento por vía de los sentidos, ya que Adán, en estado de justicia, no adquiría el conocimiento por los sentidos, sino que lo poseía infuso desde el principio.

No necesitó, pues, María de los sentidos para adquirir su conocimiento, antes lo tuvo infuso pleno en su alma desde el primer instante de su ser, liberada como estaba de todos los efectos del pecado original.

Dios no sólo «le dio a beber el agua de la Sabiduría» (Ecli. 15,3) y «le manifestó todos sus secretos» (Sal. 50,8), sino que la crea ya como «sede o morada de la Sabiduría» (Prov. 9,1). Realmente, «El Espíritu del Señor llenó la Tierra virgen de María, como anegándola; y como Quien lo abarca y sabe todo, le comunicó conocimiento y voz con que alabara a Dios» (Sab. 1,7) desde el comienzo de su existencia.

Por eso María nos dice: «La sabiduría perseveró o estuvo siempre conmigo» (Ecl. 2,9), y «como fuente que ya no puede contenerla, y cual torrente que rebosa y se desborda» (Prov. 18,4), «hice fluir los ríos de mi conocimiento» (Eccli. 24,40), para iluminar y guiar a los hombres.

Por eso dice de Ella la Escritura: «Muchos —cuantos la aman— alabarán su sabiduría... y todos los pueblos de la tierra hablarán de ella» (Eccli. 39,12.14): «todas las generaciones la llamarán dichosa» (Lc. 1,48).

Y, sobre todo, por eso la felicita y canta la Iglesia: «Alégrate, María Virgen: Tú sola destruiste todas las herejías en el universo mundo» (Oficio de la Virgen). La herejía es el espíritu del error introducido en la Iglesia: la Verdad de María y su sabiduría confunde y disipa todo error. No podía la Iglesia ponderar más la sabiduría de María, que atribuyendo a Ella sola la destrucción de toda herejía.

La Liturgia parece así reiteradamente sugerirnos el conocimiento que, desde el principio de su existencia, tiene María de los dones recibidos, y su consiguiente consagración activa al amor y a la gloria de Dios.

Veamos ahora de intentar describir esa actitud de la Virgen, esa su consagración total, y el modo como la vivió y practicó.

Descripción que, lo reconocemos, se presta a ser con exceso subjetiva. Por eso sólo pretende ser una guía, que el lector hará bien en modificar según sus propias luces, y aun según su particular devoción.

Capítulo III

MARIA HACE SU ENTREGA TOTAL DE CREATURA EN SU MISMA INMACULADA CONCEPCION: CONSAGRACION PERFECTA

«Mi fortaleza guardaré para Ti.»
(Sal. 58,10).

«Me enjoyó como una novia.»
(Introito de la fiesta de la Inmaculada).

«Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu exulta en Dios, mi Salvador.»
(Lc. 1,46.47).

1. María, Novia de Dios, sólo en Dios se goza

María es «el negocio de todos los siglos», la ocupación o tarea divina por los siglos eternos.

El fruto de esa tarea se plasma en la creación del alma de María y su infusión en el cuerpo. La belleza de esa creación se trasluce al considerarla como tarea o negocio eterno de Dios.

El alma de María, en el primer instante de su ser, se in-

tuye a sí misma, y contempla la inconmensurable hermosura de que ha sido dotada, «enjoyada como una novia».

A diferencia de Lucifer, que se complació en su propia hermosura por ser suya, molestándole el que fuera recibida, y acabando en odio a Dios que se la dio, la Virgen María no se goza en su hermosura por ser suya, sino por ser recibida del Amor Infinito.

Se goza en ser amada, en sentirse la Novia del Altísimo, la AMADA de Dios. Y si los dones del Amado le dan alegría, no es por lo que son, sino por ser don del Amado, y porque la embellecen a los ojos del Amado: porque la enjoyan como una novia, que sólo ansía la unión con Dios.

María no se goza en sí misma: se goza sólo en Dios. Ya entonces sintió lo que más tarde expresaría: «Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu exulta en Dios mi Salvador, porque miró la pequeñez de su esclava» (Lc. 1,46.47).

Es esa mirada de Dios la que la hace exultar; y todo cuanto don ha recibido, todas las maravillas de que ha sido objeto, las quiere únicamente para glorificar a Dios, viendo en tales dones y maravillas reflejada su infinita grandeza.

Casi iguales son los sentimientos que la Iglesia pone en boca de la Virgen en el Introito de su Concepción: «Me llena de gozo el Señor, mi alma se alegra en mi Dios»: gozo intenso de sentirse amada, de recibirlo todo de Dios.

Conoce su triunfo y su victoria única sobre la Serpiente, y le alegra. Pero no por ser triunfo suyo, sino triunfo que le da su Amado, victoria que El le proporciona: «porque me ha vestido un traje de triunfo, me ha cubierto con túnica de victoria».

La humildad de la Virgen es verdaderamente abisal: se siente totalmente pasiva, receptiva, en el abismo de su nada como creatura. Por eso la llena el abismo de la gracia, del don divino: «un abismo llama a otro abismo» (Sal. 41,8), «miró la nulidad de su esclava» (Lc. 1,48).

Conoce que está de tal modo enjoyada y hermoseada que el mismo Dios está prendado de Ella, como novio de su novia. Pero no se goza en sus joyas ni en su hermosura, sino en ser novia, amada de Dios.

Sabe que las joyas que la embellecen son don del mismo

Dios que la ama como Esposo; y por ser don de El la agradan, y se complace en ellas, no porque realcen su propia hermosura; y porque al verla así Dios, por su amor enjoyada, la ama todavía más, y se vuelca más en Ella: «gracia por gracia» (Joan. 1,16), «ya bien puedes mirarme, después que me miraste, que gracia y hermosura en mi dejaste» (San Juan de la Cruz, *Cant. Esp.* 33).

Y no sólo se da cuenta de lo mucho que es amada *ahora* en su hermosura actual, sino que ve como siempre estuvo presente y actuante, e infinitamente amada, en la mente divina.

Así nos lo afirma la lectura del libro de los Proverbios (8, 22-35), que durante siglos aplicó la Iglesia a María en su Inmaculada Concepción.

Se ve a sí misma querida por Dios antes que toda creatura —«primogénita de toda creatura» (Eccli. 24,5), «el Señor me poseyó en el principio de sus caminos; desde el principio, antes de que hiciera cosa alguna; desde la eternidad estoy ordenada» (Prov. 8,22.23).

Se contempla presidiendo a la creación, que Dios hace como regalo para su Novia María: mejor, como juguete y diversión para su Novia, conformándolo todo a gusto de Ella: «Y jugaba en su presencia todo el día, jugaba con el orbe de la tierra» (Prov. 8,30.31).

Y lo que la deleitaba no es ese dominio, ni ese jugar con la creación, sino el «jugar delante de El» —« y me deleitaba día tras día, jugando en su presencia»—; el estar con su Amado, ser su asociada y compañera en todo —incluso en la obra creadora (Prov. 8,30)—, ser su eternamente AMADA, ser su Novia.

Todo su gozo está totalmente puesto en Dios, no en sí misma. No se goza en los dones recibidos en cuanto adorno y perfección suya, sino precisamente en que sean recibidos, en que sean manifestación y testimonio del infinito Amor con que es Amada; y en que, por ser presencia de Dios en Ella, volcarse de Dios en Ella, la hagan más y más amable a los ojos de su Amado, la conviertan en Novia más y más apetecible, más y más deseable a los ojos de su Divino Esposo.

Su gozo es ser Novia por elección divina. Y, como Novia,

no repara en los dones que recibe, ni los aprecia en sí, antes sólo reposa en el amor del que con ellos la enjoya. Sólo por ser don del Amado los aprecia, sólo en ser amada se deleita, complace y goza.

Aquí entramos en la humildad verdaderamente abisal de la Virgen María.

2. María, en el primer instante de su ser, toma la decisión propia definitiva de la libertad creada

Toda libertad creada tiene el peligro —y también la inclinación—, de levantarse con el santo y la limosna; de atribuirse a sí misma, considerándolos como suyos propios, los dones de Dios —y todo en ella, incluso la misma libertad, por ser *creada*, es puro y simple don de Dios, limosna de Dios—; de complacerse y satisfacerse en sí misma, y no en Dios, de cuyo amor es un don tanto ella misma como cuanto posee.

Si como *creada* siente la inclinación a Dios, la necesidad de Dios, como *libertad* se siente suya, dueña de sus destinos, molesta con toda interferencia, con toda sujección.

Y entre esa doble tendencia incompatible —de complacencia en sí misma y de complacencia en Dios, de ser suya o ser de Dios, de querer ser por sí cual un dios abortivo y fracasado, o querer sólo ser por Dios alcanzando así la deificación por puro don del Amor Divino—, que en cierto modo le es connatural, se ve precisada a elegir: dando a Dios el gozo de sentirse amado con olvido de sí misma y sobre sí misma, ordenando y consagrando a El toda su fuerza (Sal. 58,10); o acabando por odiar a Dios por amor a sí misma, por no resignarse a aceptar la dependencia total y radical que, como creada, la vincula a El.

La magnitud de los dones recibidos, si por una parte aumenta la intensidad de la inclinación a Dios, al darlo mejor a conocer reflejado en sus dones, por otra aumenta la inclinación a ser suya, al contemplar la magnitud de la propia excelencia recibida, con fácil como olvido de que es puramente recibida: cuanto mayor es la riqueza que en sí con-

templa, tanto más tiende a sentir molestia en considerarla y amarla como pura limosna.

Por eso Lucifer —a lo que parece la creatura más excelente y más dotada de perfección salida de las manos de Dios, si exceptuamos a la Virgen María y a la Humanidad santísima de Cristo—, se rebeló contra su dependencia, no quiso sentirse pura limosna y don del Amor, y odió al Amor Infinito que le enriquecía con sus dones. Y lo mismo hicieron los ángeles rebeldes que le imitaron. Conducta que en gran parte imitaron también nuestros primeros padres.

Y no se olvide que el gran peligro de los místicos en las comunicaciones y dones divinos, es la complacencia en sí mismos y en sus dones, es la sobreestima de sí mismos con una progresiva disminución de la complacencia en Dios, de la estima de Dios con desprecio y olvido de sí mismos.

Si Dios es tan relativamente parco en sus comunicaciones, no es debido a tacañería divina —Dios «tiene sus delicias en estar entre los hijos de los hombres» (Prov. 8,31)—, sino a nuestra falta de humildad, que convertiría en autosatisfacción y en soberbia los dones que Dios nos da para que sólo en El nos satisfagamos y gocemos.

Por eso nos recuerda San Agustín: «En tanta debilidad convenía obrar nuestra salvación, para que no nos entrara la soberbia».

La decisión definitiva e irretractable, según toda la capacidad radical de su libertad creada, la hicieron los ángeles en su primer acto libre; y la hacen los hombres en el último de su vida, tras disponerse a él por las decisiones de libertad mediatizada tomadas a lo largo de esa misma vida.

Mas la Virgen María, cual convenía a la que había de ser Madre de Dios, que desde el principio debía estar radical y totalmente a Dios consagrada y de El enamorada, hizo esa elección en el primer momento de su existencia, empezando así por donde los santos acaban.

Su conocimiento, independiente del cuerpo, implica el uso de una libertad tampoco condicionada o limitada por el cuerpo, y por tanto perfecto según toda su capacidad radical.

De ahí que la Iglesia nos inculque en la Liturgia que Ma-

ría, en su misma Inmaculada Concepción, *aplastó* la cabeza de la Serpiente, con victoria definitiva e irrevocable.

3. La dirección tomada por la libertad creada depende de su amor o de su falta de amor

En todos los casos, el resultado de la decisión depende del amor libre del alma, de su enamoramiento o carencia de él.

En primer lugar, la libertad sólo puede verdaderamente entregarse al Amado de quien está enamorada: sólo el amor rinde deleitosamente la libertad. Donde no hay amor, sólo queda el egoísmo, la complacencia *en ser suya,* la repugnancia a *ser de otro* y para otro.

En segundo lugar, siendo Dios amor —«Dios es amor» (1ª Joan. 4,16)—, sólo el amor nos puede llevar a El, unirnos con El. Y como esa unión se verifica por la entrega gozosa de nuestra libertad, que hace como una sola la voluntad divina y la nuestra, es evidente que esa entrega sólo por el amor y mediante el amor puede llevarse a cabo.

En tercer lugar, mientras el egoísmo sólo tiene ojos para sí y para sus intereses, el amor sólo tiene ojos para mirar al Amado, gozarse en El, e interesarse por todo lo suyo en consagración total.

El alma que ama, *en cuanto amante,* no puede mirarse, ni complacerse en sí misma, ni cuidar de su propio interés. Sólo mira al Amado, se complace en el Amado, sólo le importa el interés del Amado, el contento del Amado.

El alma que ama a Dios, *en cuanto amante,* no puede complacerse en sí misma, pues no tiene ojos para mirarse a sí misma, sino que sólo se complace y goza en Dios, en quien está fija y absorta su mirada. Y si el amor es total, que absorba todas las fuerzas del alma, la complacencia en sí mismo se hace de todo punto imposible.

De esta alma dice el Salmo: «Mi fortaleza guardaré para ti, Señor» (Sal. 58,10), es decir, toda la fuerza del alma se dirige a Dios, sin que quede ya nada para sí.

En cuarto lugar, sólo el amor, el verdadero enamoramien-

to, nos hace sentir gozo de que cuanto poseemos sea don del Amado.

Cuando no se ama, molesta *el recibir* el beneficio, aunque por ventura plazca el don; pero preferiríamos tenerlo por nosotros mismos, y no deberlo a nadie. Mas cuando se ama, no es la valía intrínseca del don lo que nos agrada, sino precisamente el que sea don del amado: y la medida de la satisfacción y gozo es la del amor que el amado nos manifiesta y declara, no el valor intrínseco del don en sí.

La novia que recibe el anillo de desposada no se goza en que el anillo valga cien o mil duros, sino en que es anillo recibido del amado, y prenda y recuerdo de la ya inminente unión de amor con él. Por eso, la novia rica en amor goza más con un anillo de plata que valga cinco duros —recibido de novio pobre en bienes, pero rico en amor—, que la novia pobre en amor que recibe un anillo de platino y piedras preciosas de un novio rico en bienes, pero quizá tan pobre en amor como ella misma.

Así, con relación a Dios, el alma rica en amor nunca se goza en la valía intrínseca de los dones recibidos de Dios, sino en ser amada de Dios, en el amor de Dios que esos dones le testifican y recuerdan.

El alma pobre en amor, en cambio, se complace exageradamente en la valía de los dones recibidos, y sólo secundariamente en Dios que se los da. Diríamos que en cierto modo ama a Dios, pero por sus dones, no por sí mismo, por lo bueno que El es. Lo ama como bien propio, no como Bien Infinito en sí, que merece toda complacencia.

Y el alma que no ama, sólo en los bienes recibidos se complace, sólo su valor entitativo tasa y aprecia, considerándolo como riqueza suya, y más bien molestándole el tener que agradecerlos como recibidos.

Su amor no es el de novia, sino más bien el de prostituta, que se vende al mejor postor, pero a ninguno ama, antes bien a todos los desprecia y aborrece, aunque por interés propio los aguante.

Y ciertamente no es ése el amor que Dios, como Amor Infinito, busca en sus creaturas; ni es ése el amor que pueda unirnos a Dios.

4. Disposiciones de enamoramiento total que informaron la decisión libre de María, moviéndola a entregarse totalmente a Dios

Todo esto nos hace entender en algún modo las disposiciones de la Virgen en su Inmaculada Concepción, cuando la Iglesia pone en su boca las palabras: «Me ha enjoyado como una Novia».

Ellas expresan su abisal humildad y su inconmensurable amor, tan estrechamente unidos en la creatura que en realidad se identifican, aunque quizá formalmente sean diversos: María ama porque es humilde y se siente toda recibida, y se goza en ser toda recibida. Y es humilde, y se goza en ser toda recibida, porque ama.

Simplemente se ve y se siente como Novia, como LA AMADA de Dios. Eso es Ella, y cuanto en Ella hay: la Amada de Dios, la Novia del Altísimo, de cuyo amor procede y deriva todo su ser y perfecciones.

Y se goza en ser Novia, que no tiene otro anhelo que vivir para el Amado, agradar al Amado, corresponder al Amado, entregarse al Amado. Sólo para El tiene ojos, no para sí misma; sólo a El contempla y mira, no a sí misma; sólo en El se goza, no en sí misma ni en los dones recibidos.

Ve todo lo suyo como recibido del Amado: «Me llena de gozo el Señor... me ha vestido un traje de triunfo, me ha cubierto con túnica de victoria... me ha enjoyado como una novia».

Como Novia, no se alegra en sí misma, sino en el Amado y con el Amado: «Mi alma se alegra *con* mi Dios». O, como dirá más tarde: «Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu exulta en Dios, mi Salvador, porque miró o se agradó en la pequeñez de su esclava» (Lc. 1,46.47).

Con mucho menores dones el Angel Caído se enamoró de sí mismo y se alejó de Dios; con muchísimos menos todavía las almas tienden a olerse a sí mismas, a enamorarse de sí mismas, en un olvido correlativo más o menos grande de Dios. Con el abismo casi infinito de sus dones, María sólo tiene gozo en Dios, diríamos olfato de Dios: «Correré en pos de Ti, tras la fragancia de tu perfume» (Cant. Cant.

1,3), de ese perfume tuyo que en mí dejaste con tus dones.

Todo lo que Dios ha distribuido en la creación lo condensó en María: nada le ha negado de cuanto otorgara a creatura alguna. Y al volverse María totalmente a Dios, con amor virginal exento de todo egoísmo, vuelve consigo a Dios la creación entera, da a Dios todo el amor que de su creación Dios deseara.

Y esa entrega es total.

Tan total que agota su capacidad radical, que a su vez supera la de la creación entera: «Mi fuerza guardaré íntegra para Ti» (Sal. 58,10).

Es la consagración total y perfecta al Amor —acto fundamental de la correspondencia al Corazón de Jesús—; es el primer mandamiento, por vez primera exhaustivamente cumplido: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todas tus fuerzas, con todo tu ser» (Dt. 6,5; Mt. 22,37; Mc. 12,30; Lc. 10,27).

Una consagración tanto más admirable, tanto más grata a Dios, cuanto que pasma cómo no deja actividad o fuerza alguna suya libre para complacerse y gozarse en su propia hermosura *casi infinita* —la esposa es asumida al estado del esposo—, sino que toda la absorbe en la contemplación divina, en el gozo en y con su Amado.

María es novia y esposa que no tiene otro espejo en que mirarse fuera del rostro de Dios en el que se contempla.

Y esa consagración a Dios es libre, pues libre la deseaba Dios, y sólo como libre podía agradarle. El Esposo desea ser elegido libremente y por sí mismo: solicita el amor, mas no lo impone.

Si alguna entrega de verdad libre ha Dios querido y deseado, ésa es la de María, a la que elige y adorna como Novia, a la que solicita como Esposa.

Por eso nos es absolutamente insondable la perfección y plenitud de libertad con que María se consagra y entrega a Dios, como nos es insondable la perfección del ser de María.

Por eso nos será también siempre incomprensible el gozo que Dios siente al verse así por Ella libremente amado, libremente elegido con preferencia a sí misma.

Gozo que le llena de satisfacción en su obra creadora y santificadora, que en María y con María le da el amor que de tal obra esperara, deseara y buscara.

5. Hipótesis del riesgo en la decisión libre de María: su posibilidad de decir «no» a Dios. Consecuencias que se hubieran seguido de ese «no»

Si partimos de nuestro conocimiento de las libertades creadas —no sólo humanas, sino también angélicas—, esa libertad entraña o lleva consigo la posibilidad real, y por tanto el riesgo, de decir «No» a Dios, de rechazarle por amor a sí mismo, de pecar.

Parece natural aplicar esto mismo al ejercicio de la libertad en la Virgen María: pudo verdaderamente decir «No» a Dios; pudo libremente enamorarse de sí misma, y no de Dios. Dios quiso, para que más resplandeciera la libertad de la entrega, del amor y de la consagración de María, correr el riesgo de que esa entrega le fuere denegada, como lo ha querido correr con las demás creaturas libres.

Este fue largo tiempo nuestro modo de pensar, apoyado en parte en algunos textos de los Santos Padres. Pero hoy no estamos tan seguros, por lo que luego diremos.

La hipótesis, no obstante, de ese riesgo, destaca de modo vivísimo el agradecimiento que todos los seres, y los hombres en especial, debemos a María, por el hecho de que libremente eligiera a Dios, pudiendo haberlo rechazado.

Veamos, en efecto, las consecuencias de ese rechazo, caso de haberse dado.

En primer lugar, parece no se hubiera dado la encarnación del Verbo, y así no habríamos sido redimidos: el hecho de nuestra salvación quiso Dios dependiera de la entrega y consentimiento de María.

Pío IX y Pío XII nos aseguran que la Virgen y Cristo fueron predestinados con un mismo decreto eterno del Padre: no por dos decretos, sino por uno solo y mismo, que abarca a ambos indisolublemente unidos. Mas si la Virgen hubiera rechazado a Dios, ya no sería predestinada. Por

consiguiente tampoco Jesucristo sería predestinado, ya que es la misma la predestinación de los dos, o, al menos, proviniente con la misma eficacia de un único y mismo decreto del Padre.

Mas como es intrínseca y absolutamente imposible que de encarnarse el Verbo no fuera predestinado infaliblemente a la gloria en su Humanidad santísima, síguese que, de fallar María, el Verbo no se hubiera encarnado, no hubiera tomado nuestra naturaleza —que quería tomar de Ella y sólo de Ella—; no se hubiera hecho hombre, no nos hubiera redimido.

Así nuestra redención la debemos, no sólo a Cristo, sino también y verdaderamente a María, que con su libre entrega nos da a Cristo.

En segundo lugar, de no encarnarse el Verbo no parece se hubiera dado tampoco la creación.

Esta alcanza su orden y armonía al ser coronada por el Verbo encarnado, como Rey y cima de ella. Y es por ese Verbo encarnado que la creación vuelve a Dios, glorificándole con una gloria digna de El, y como El la desea.

Sin ese Verbo encarnado, Rey visible de la creación, y Mediador verdadero entre la creación y Dios, la creación ya no correspondía al plan divino, era como cosa inútil y ociosa, y así Dios no parece la hubiera hecho.

Así, todo cuanto existe, debe su existencia y su ser a la entrega libre de la Virgen María. Dios quiso que la misma creación dependiera de su entrega. Por eso la Iglesia la considera, al aplicarle la lectura de los Proverbios en su antigua fiesta de la Inmaculada, como una especie de co-creadora (Prov. 8,30).

Por eso los Padres insisten desgarradoramente a la Virgen para que de el «Sí» al arcángel Gabriel (así San Bernardo), a fin de que redima al mundo que «Ella con Dios fundó o creó desde el principio» (San Buenaventura). Mas no hubiera podido crearlo con Dios, si Ella hubiera rechazado a Dios. Y Dios, que quiso crear con Ella el mundo, no lo hubiera creado sin Ella.

Veremos más abajo que el «Sí» de María en la Encarnación no corría peligro alguno: estaba ya determinado por

la entrega total e irrevocable, por el«Sí» definitivo y perpetuo prestado por Ella en su Inmaculada Concepción. El temor de los Padres era objetivo; pero aunque descrito con ocasión de la Encarnación, hay que retrotraerlo al «Sí» primero de la Inmaculada Concepción.

6. Todo cuanto es fuera de Dios debe su existencia al «Sí» de María

Podrá sin duda preguntarse: ¿Cómo puede depender del «Sí» de María la creación, cuando Ella es, en el tiempo, un eslabón más bien tardío de esa misma creación, ya existente muchos miles, y aún millones, de años antes?

La respuesta es sencilla.

Dios quiere la creación para gloria externa de su Verbo, para manifestar la infinita riqueza que por generación eterna ha dado a su Hijo. Y quiere dotar a su Hijo de una naturaleza creada, para que en ella pueda la creación contemplar mejor la gloria y riqueza infinita del Hijo del Padre, que es una y misma que la de su Hijo, pues le entregó por generación eterna su mismo Ser. Sin esa naturaleza humana de su Hijo no quiere el Padre la creación que, sin ella, no alcanzaría el fin para el que el Padre quiere hacerla.

Mas el Padre quiso que el dotar a su Hijo de naturaleza humana dependiera del «Sí», de la entrega total de la Virgen María; eso indica la unidad de decreto de predestinación que afecta a María y a Cristo Hombre (Denz. 3031).

Dios ve, en su presente eterno, el «Sí» de María dado en el tiempo: y junto con ese «Sí» eternamente visto, quiere, de toda eternidad, que el Hijo se haga Hombre. Y para su Hijo hecho hombre decide la creación del universo, como manifestación de su gloria.

Si la Virgen no hubiera dado ese «Sí», Dios no tendría tampoco el conocimiento eterno de ese «Sí», el Verbo no se hubiera encarnado, la creación no habría sido hecha: la misma Virgen no hubiera sido creada, al saber sería infiel. Dios no se hubiera jamás externamente manifestado, quedan-

do sumergido en la felicidad infinita de su vida interna trinitaria.

Quiso así Dios que toda su manifestación externa, toda su gloria externa, se debiera en cierto modo a María, no se hiciera sin María, su Novia, su Esposa, sin la cual no quiere fecundidad alguna en el orden exterior —*ad extra*—, o de la creación.

De ello es claro indicio el modo en que la hace partícipe de su obra cumbre creada —la Humanidad del Verbo—, como Madre de su Hijo.

Si sólo por medio de Ella quiso dar su mismo Hijo a la creación, nada tiene de extraño que sólo por medio de Ella quisiera dar el ser a esa misma creación: pues inconmensurablemente menos es darle el ser, que el darle a su Hijo una vez constituida en el ser.

Tanto que el dar el ser a las creaturas parece simplemente ordenarse a hacerlas capaces de recibir el don infinito de su Hijo, la manifestación infinita de su amor: «Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en El no perezca, sino que tenga la vida eterna; pues no envió Dios su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo se salve por medio de El» (Joan. 3,16.17).

Es así María, no sólo Madre de todos los vivientes con amplitud y extensión mucho mayor de lo que lo fuera Eva, su figura, sino también generadora de todos los seres, transmisora del ser a toda creatura, por decisión libre del Padre, que como Novia la eligió y enjoyó.

Así parece la presintieron también todos los pueblos en su culto absorbente de la Diosa-Madre virginal. Si erraron al convertirla en diosa, fue por el concepto impreciso que de la Divinidad tenían —y, en efecto, ningún pueblo la creyó o la hizo *ser por sí*, con lo que parece que su error fue más bien aparente, más de terminología que de realidad—.

No erraron, en cabio, sino accidentalmente algunas veces, en los atributos que le dieron. Y aún aquí, el error accidental consistió en atribuirle variamente según los pueblos atributos que creían perfecciones, cuando en realidad eran imperfecciones y defectos.

7. Hipótesis de la absoluta indefectibilidad del «sí» libre de María

Esta presencia de María, misteriosa más no por eso menos real, en toda acción divina *ad extra*, o que tiene por término algo fuera de Dios mismo, aparece clara a nuestro modo creado de entender, si se admite el riesgo o posibilidad de que pudiera decir «No» a Dios.

Pero es igualmente real si tal riesgo o posibilidad no existió. Igualmente real, con todas las consecuencias descritas, porque Dios quiso de hecho que de su entrega libre dependiera el ser de todas las cosas y su elevación al estado sobrenatural.

Aunque no igualmente asequible a nuestro modo connatural de conocer, porque somos incapaces, partiendo de nuestra libertad cuya característica más notoria es la posibilidad real de resistir a Dios, de comprender la actuación de una libertad que, siendo verdadera libertad, sea incapaz de decir «No» a Dios.

Sin embargo, la capacidad de elegir el mal no es de la esencia de la libertad, sino una imperfección, una limitación de la libertad creada. Lo esencial de la libertad es el dominio del propio acto.

Dios es infinitamente más libre, más perfectamente libre, que las creaturas, y sin embargo es incapaz de elegir el mal, precisamente porque esta capacidad es imperfección, limitación de la verdadera libertad.

Si las libertades creadas son realmente capaces de elegir el mal, es debido a la imperfección, a la limitación, con que necesariamente participan de la libertad divina, a la que sólo analógicamente copian.

Esta imperfección, con la consecuente capacidad de elegir el mal, de decir «No» a Dios, parece inherente a toda creatura. De hecho, las libertades de creatura que conocemos —de ángeles y hombres— tienen o tuvieron esta capacidad de desviarse.

Pero no parece repugnar de modo absoluto que Dios cree una voluntad libre tan unida a Sí, que la haga participar de su indefectibilidad.

La libertad de esa voluntad sería mucho más perfecta que todas las demás creadas, por acercarse mucho más a la perfección de la libertad divina. Y, sin embargo, precisamente por su perfección como libertad, sería incapaz de elegir el mal, de decir «No» a Dios.

Por la fe conocemos una voluntad libre creada con estas características: la voluntad humana, creada de Jesús.

En ella, la indefectibilidad de su libertad proviene precisamente de la unión estrechísima y del todo peculiar que en su misma creación, y por consiguiente en el primer instante de su ser, tiene con Dios. La voluntad humana de Cristo es creada ya como voluntad del Verbo, como voluntad de Dios. Y así, los actos libres de esa voluntad, siendo humanos, son a la vez con toda propiedad actos libres de Dios, en virtud de la unión personal de la naturaleza divina y humana en Cristo.

Conocemos, pues, por la fe, una libertad creada del todo indefectible. Pero aunque libertad creada, *no es libertad de creatura,* sino libertad de Dios, por ser libertad del Verbo.

8. Se corrobora esta hipótesis con el ejemplo de la voluntad libre humana de Cristo

La voluntad humana de Jesús es libre como la nuestra: es con sus actos humanos que *merece* nuestra redención y todo bien para nosotros.

Pero, a diferencia de la nuestra, es impecable, indefectible, radical y metafísicamente incapaz de oponer un «No» a la voluntad divina, de resistir a Dios, de no entregarse a Dios.

Esta indefectibilidad la debe a su unión ontológica con Dios.

Aunque humana, es verdaderamente y con toda propiedad voluntad del Verbo, voluntad de Persona divina. Si ella pecase, sería Dios mismo el pecador, pues las acciones son siempre de la persona, y ésta, en el caso, es Persona Divina.

Por eso, en virtud de la unión hipostática, la libertad humana de Cristo goza de la misma indefectibilidad en orden

al pecado que la misma libertad divina. Y el origen de esa indefectibilidad es la unión y vinculación especialísima con el Verbo en unidad de Persona.

Unión que para nosotros es misterio absoluto, aunque nos conste por la fe. Unión que engendra indefectiblemente un amor libre humano hacia su Padre, y hacia nosotros por voluntad del Padre, que le lleva a dar su vida por nosotros, libremente, porque quiso: «Se ofreció porque El mismo lo quiso» (Is. 53,7).

Psicológicamente, ese amor incomprensible, e indefectiblemente engendrado por la unión hipostática, lleva indefectiblemente a la libre entrega de su voluntad humana al Padre, pues vimos que la libertad se entrega *sólo*, y *siempre*, que está enamorada, y en la medida en que está enamorada.

Por eso Jesús nos dice: «Mi manjar es cumplir la voluntad del que me envió, llevando a cabo su obra» (Joan. 4,34), «Yo hago siempre lo que a El le agrada» (Joan. 8,29). «No puede el Hijo hacer por sí mismo cosa alguna, sino lo que viere hacer a su Padre» (Joan. 5,19.30), y «Mi Padre obra hasta ahora, y así también Yo obro» (Joan. 5,17).

Especialmente nos consta por la fe la libertad con que se ofrece a su Pasión; libertad que parece quiere recordarnos el Canon II de la Misa, cuando dice: «El cual, cuando iba a ser entregado a su Pasión, voluntariamente aceptada...»

Mas acerca de esa pasión hay un mandato de su Padre (Joan. 10,18; 14,31). Absolutamente imposible que Jesús diga «No» a ese mandato.

Y si, para obviar o paliar la dificultad, algunos teólogos sostienen que no era estricto mandato, sino sólo simple deseo, la dificultad queda la misma: es absolutamente imposible que la voluntad humana de Jesús oponga un «No» al deseo de su Padre.

El amor inconmensurable que en ella deriva de la unión hipostática la lleva indefectiblemente a aceptar la pasión para mostrar el amor al Padre: «Mas para que conozca el mundo que amo al Padre, según el mandato que el Padre me dio, así hago» (Joan. 14,31).

¿Qué queda, en la libertad humana con que Cristo se abraza a su Pasión, común con la nuestra defectible?

Queda, en primer lugar, una repugnancia inmensa a aceptar la muerte —repugnancia que le lleva a sudar sangre—.

Esa repugnancia, no opuesta a la voluntad del Padre, pues el mismo Padre quiso la sintiera, testifica tremendamente la realidad de la libertad humana de Cristo, similar a la nuestra como humana, y así nos la hace en cierto modo inteligible.

Pero no pone en modo alguno en peligro la radicalidad total de su adhesión al Padre: «Padre, todo es posible para ti; si es posible, pase de mí este cáliz; mas no se haga como yo quiero, sino como quieres Tú» (Mc. 14,36 y Mt. 26,39); «Padre mío, si no puede pasar de mí este cáliz sin que lo beba hágase tu voluntad» (Mt. 26,42).

El amor es tal, que indefectiblemente lleva a la libertad humana de Cristo a adherir a la voluntad divina, superando toda repugnancia.

Queda, en segundo lugar, y esto es lo principal por ser lo esencial a la libertad, el dominio pleno del acto. Aunque querido por el Padre, es Jesús quien lo pone, sale de El, con todo poder y dominio, y hasta diríamos independencia. Su acto libre no viene impuesto por el Padre: es Jesús quien lo pone de sí mismo.

En este dominio de su acto de entrega insiste Jesús en términos casi diría extremosos: «Yo soy el Pastor bueno... y doy mi vida por mis ovejas. Por esto me ama el Padre: porque doy mi vida para de nuevo tomarla. Nadie me la arrebata (por tanto: ni siquiera el Padre): sino que Yo la doy de mí mismo; y tengo potestad de darla, y tengo potestad de tomarla. Este mandato recibí de mi Padre» (Joan. 10,11.15.17.18).

Esta indefectibilidad nos hace un misterio la libertad de Cristo, como es un misterio todo lo de su divina Persona. Pero no quita su libertad, sino que la perfecciona, al asimilarla más a la divina.

Cristo se hizo en todo semejante a nosotros, «aunque sin pecado» (Hebr. 4,15). En este *sin pecado*, y sin posibilidad de él (Hebr. 7,26; 1ª Joan. 3,5; 2ª Cor. 5,21; 1ª Petr. 2,23; Joan. 8,46), está la indefectibilidad de su libertad. Pero no se hubiera hecho en todo semejante a nosotros, no se hubiera

hecho verdaderamente hombre, si no hubiera tomado también voluntad humana verdaderamente libre. Hubiera parecido hombre, no lo hubiera sido.

9. Motivos para sospechar que la libertad de María gozaba de impecabilidad radical análoga a la humana de Cristo

Y ahora cabe sugerir: ¿Será la libertad humana de Cristo la única libertad creada indefectible, la única incapaz de decir «No» a Dios, en virtud de su unión hipostática —por ser libertad del Verbo—; o podrá ser también esa indefectibilidad compartida por otra voluntad libre creada —y de creatura—, en virtud de otra unión con Dios distinta de la hipóstatica o personal, pero también especialísima y que supera toda medida y comprensión, cual es la de la Virgen María, *Madre de Dios?*

Sospechamos —sólo sospechamos— que la libertad de María, vinculada a Dios como Madre suya, participa de la indefectibilidad de la de Cristo.

Ello no haría su libertad más imperfecta que la nuestra, sino al contrario, cual sucede en Cristo, mucho más perfecta, y así mucho más glorificadora de Dios, mucho más agradable a Dios en su elección. No se olvide que la defectibilidad no es perfección, sino imperfección, limitación de la libertad.

Tal indefectibilidad provendría en María —de modo análogo a como proviene en Cristo— de su peculiarísima y exclusiva unión con Dios, vinculación con Dios, proximidad a Dios, que la haría participar la libertad divina en grado tan eminente y superior a toda creatura que incluso copiaría o participaría la indefectibilidad de la libertad divina.

Nos limitaremos a insinuar los motivos que nos hacen sospechar esta indefectibilidad de la libertad de María, para que el alma piadosa pueda meditarlos por su cuenta.

Está, en primer lugar, la vinculación, según el plan divino, de María con las tres divinas Personas, como Hija del Padre, Madre del Hijo, y Esposa del Espíritu Santo.

Vinculación peculiarísima y que, al ser según el plan divino, es en realidad verdadera vinculación ontológica, como lo es, en otro orden, la vinculación de la voluntad humana de Cristo con la Persona del Verbo. De esa vinculación hablamos en el Libro I.

¿Será posible que, uniéndola así Dios consigo, y vertiendo en Ella los tesoros infinitos de su amor y de su gracia, no la comunicara también, siendo su AMADA, cuya correspondencia tanto deseara que sin ella ni siquiera hubiera hecho la creación, su indefectibilidad, para asegurarse su correspondencia libre?

Está, en segundo lugar, el que Dios la quiso Mediadora entre El y la creación, en el sentido de que quiso por Ella, y sólo por Ella, comunicarse y darse a la creación, ser «Dios con nosotros» o Emmanuel.

¿Qué tendría de extraño que a la encargada de dar a Dios a los hombres y a la creación entera, la hiciera Dios partícipe de su indefectibilidad, cuando Dios la crea para entregársele El mismo para que lo dé a la creación?

Está, en tercer lugar, la *unidad* del decreto de predestinación, que abarca simultáneamente a María y a Cristo: la misma seguridad tiene, en virtud de ese decreto, la predestinación de María que la de Cristo. Mas la de Cristo es absoluta, por ser su libertad indefectible. Igualmente absoluta es la de María. ¿No será porque también su libertad es indefectible?

Está, en cuarto lugar, la asociación de María en todo a Cristo, y en todo partícipe de su suerte o herencia, en que tanto nos insiste Pío XII en su definición de la Asunción (Denz. 3031).

¿No será dable pensar que esa asociación y esa participación en todo de la suerte de Cristo se extiende también, y quizá principalmente, a la indefectibilidad de su libertad?

Está, en quinto lugar, el deseo divino de correspondencia. Si la elige por Hija, Madre y Esposa, y como a tal la ama con amor libre indefectible, ¿no querrá recibir de Ella un amor proporcionado a la perfección con que es amada, es decir, un amor libre también indefectible? Pues parece que

sólo correspondencia tan perfecta podría satisfacer a la perfección de amor con que Dios la ama.

Y si en María ha condensado Dios la creación entera, que sólo a su correspondencia prevista debe su existencia, ¿no querrá Dios de esa creación, representada en María —su Hija, Madre y Esposa—, una correspondencia en cierto modo proporcionada, es decir, un amor libre indefectible, cual es indefectible el amor libre divino?

Finalmente, y aunque de bien poco valor teológico, está el sentido común. Y éste parece decirnos a todos que María, LA AMADA de Dios, en quien Dios se vuelca, *no podía fallarle.* Al instinto cristiano se le hace simplemente monstruoso que María pudiera pecar, pudiera decir «No» a Dios.

10. Excelencia incomprensible de María, que en esta hipótesis destaca

En esta hipótesis de la indefectibilidad de la libertad de María, a la que pensamos puede el cristano piamente adherir, y fructuosamente contemplar, mientras la Iglesia no se pronuncie al respecto, quedan todas las conclusiones de la hipótesis anterior: todo nos viene por la entrega libre, aunque indefectible, de María a Dios.

Como nada obsta a que todo nos venga por Cristo el hecho de que su abrazarse a la Pasión redentora fuera, aunque libre, indefectible.

Aunque es verdad que a nosotros, habituados al riesgo de nuestra propia defectibilidad, nos impresiona más el riesgo de María —y, en su riesgo, el de todos nosotros, que en el suyo iba involucrado—; y así como nos mueve más al agradecimiento el hecho de pensar que, pudiendo perdernos a todos junto consigo —como lo hiciera Eva—, de hecho con su generosidad nos salvó.

Pero no olvidemos que esa generosidad es aún mayor, por ser más perfecta la libertad —aunque para nosotros psicológicamente incomprensible—, en la segunda hipótesis. E incomparablemente mayor el amor a Dios y el amor a nosotros que tal indefectibilidad supone en la Virgen María.

Mas prescindiendo del impacto psicológico, la segunda hipótesis destaca sobremanera la superexcelencia de María, tan estrechamente unida y asociada a Dios, y su grandeza incomparable y plenitud de gracia.

Destaca igualmente la perfección de amor libre que llena a María ya en el primer instante de su ser: pues es la plenitud de ese enamoramiento libre la que hace imposible que María diga «No» a Dios.

Y la perfección de su amor a nosotros, pues por deseo divino vuelca en nosotros todo el amor que a Dios tiene. Es amándonos, como muestra a Dios el amor que le tiene; como muestra Jesús su amor al Padre amándonos a nosotros y dando su vida por nosotros: también en esto aparece la Virgen estrechamente asociada a su Hijo.

La seguridad, y la casi infinita plenitud del amor con que María nos envuelve resplandece así maravillosamente en esta segunda hipótesis.

Y destaca sobre todo el amor del Padre Celestial a todos nosotros, que quiso asegurar nuestra salvación en y por María; que, por amor nuestro, no quiso que Ella pudiera fallarle como Eva, y por eso comunicó a su libertad su propia y divina indefectibilidad, en un prodigio de donación y de amor.

No hace a María Dios. Pero la lleva hasta el solio —umbral o confín— de la misma Divinidad, para que sea digna Madre de Dios.

Y para que sea digna Madre de Dios la prepara ya en su misma Inmaculada Concepción, según nos dice la oración de su fiesta: «Oh Dios, que por la Concepción Inmaculada de la Virgen preparaste a tu Hijo digna morada». Digna, e indefectible, infaliblemente fiel por amor libre a Aquél que había de ser su morador.

Los santos y ángeles acaban confirmados en gracia por su unión con Dios. María ya empieza confirmada en gracia por la unión inefable con Dios que preside al origen de su existencia. También en esto empezaría María donde los elegidos acaban.

De todos modos, que el devoto de la Virgen María siga la hipótesis que más satisfaga a su piedad. O incluso, se sirva

ya de una, ya de otra, según la varia disposición en que se encontrare.

El juicio definitivo sobre una u otra sólo a la Iglesia pertenece; y, mientras ella no se pronunciare, que el alma piadosa siga la inclinación de su corazón, templo del Espíritu Santo, que la guía.

Capítulo IV

ALCANCE DE LA ENTREGA HECHA POR MARIA EN EL PRIMER INSTANTE DE SU SER

«Mi Amado para mí y Yo para El... yo soy toda de mi Amado, y El me corresponde con su entrega.»

(Cant. Cant. 2,16; 7,10).

«Rebosó mi corazón cual fuente llena, consagrando al Rey toda mi vida cual poema de amor.»

(Sal. 44,2).

«Mi amor es más fuerte que la muerte... ardiente cual fuego y llamaradas: las muchas aguas no podrán apagarlo, ni los ríos extinguirlo; a cambio del amor renuncié a toda la riqueza de mi ser, despreciándola cual si nada valiera.»

(Cant. Cant. 8,6.7).

1. María es la amante perfecta y total

En virtud de su entrega libre originaria empieza verdaderamente María donde los santos acaban, con un esplendor de amor que supera al de todos ellos reunidos, según lo que está escrito: «Sus fundamentos sobre los montes santos; ama Dios más las puertas de Sión —María, la verdadera morada de Dios—, que todas las tiendas de Jacob —todos los habitantes del Pueblo de Dios—» (Sal. 86,1).

Si por su Inmaculada Concepción pasiva es LA AMADA, su entrega libre y total como primer acto de su ser la convierte en la AMANTE de Dios por excelencia, en modelo perfecto que han de imitar todos los amadores.

Los ángeles ejercieron su libertad, eligiendo a Dios o bien a sí mismos, en su primer acto libre. Los hombres, mediatizada su libertad a lo largo de la vida por el peso y freno del cuerpo (Sab. 9,5), hacen su elección definitiva, con toda la perfección de libertad de que radicalmente son capaces, en el último acto de su vida: en el cuerpo, pero sin que ya el cuerpo coopere o frene la actividad del alma; en el tiempo, pero sin que ese acto, por ser puramente espiritual, ocupe tiempo o tenga duración sucesiva, según se explicó en otro lugar.

Y la decisión tomada es tan plenamente libre que se convierte ya en absolutamente irretractable.

María, iluminada por la luz del conocimiento divino, ejerce su decisión irrevocable, con toda la plenitud inmensa de libertad de que es radicalmente capaz, en el primer acto volitivo de su existencia.

Nada limita o coarta la libertad de esa decisión. El conocimiento que ilumina y guía su entendimiento no le viene por los sentidos, incapaces de dárselo, por todavía no formados, sino por infusión divina; y tampoco el cuerpo le acompaña, ni siquiera por redundancia, de la que es aún incapaz, en ese conocimiento.

Es así conocimiento puramente espiritual, sin otra limitación que la del alma misma como creatura, aunque inundada del torrente sin medida de la Luz divina.

E igualmente puramente espiritual es la decisión toma-

da a la luz de ese conocimiento, sin limitación corporal alguna, según toda la capacidad de su ser maravilloso, elevado por la plenitud de la gracia recibida, que no conoce medida.

Y como en Ella condensó Dios toda la perfección sobrenatural, toda la gracia distribuida a las creaturas, su elección sobrenatural sobrepasa en perfección y absolutez la suma de todas las decisiones creadas con que los elegidos han abrazado o abrazarán a Dios, amándolo sobre sí mismos, entregándose a sí mismos a El.

Por eso los comienzos de María, esa su consagración a Dios como primer acto de su ser, agrada más a Dios que todas las consagraciones definitivas de los santos —«que todas las tiendas de Jacob»—. Porque Dios, que sólo en ser amado se complace, sólo el amor busca, se siente más amado por María en esa entrega que por todos los santos y bienaventurados juntos.

Como en nuestro acto final, hace María ese acto originario de entrega en el cuerpo, pero sin el cuerpo, sin que el cuerpo tome parte; en el tiempo —en el primer instante de su ser—, pero sin que ocupe tiempo o duración sucesiva, por lo que para nada impide la información del cuerpo o la retarda.

En la prioridad de orden natural —no de tiempo—, primero es el alma en el cuerpo, y luego obra en él, pues ha de estar en él para obrar, aunque no puede estar en él sin obrar, sin informar.

En ese orden de prioridad natural no parece pueda intercalarse un acto que *dure tiempo;* pero nada obsta para que se intercale un acto que *no dura tiempo,* cual es esa elección perfecta.

Queda entonces el siguiente orden de prioridad natural, no temporal: el alma de María es creada infundida en un cuerpo —el alma del hombre nunca ha empezado a existir sin el cuerpo o separada, y por consiguiente tampoco se crea fuera del cuerpo—; inundada de luz hace la elección perfecta de consagración a Dios, que temporalmente coincide con la misma creación pasiva, pues es creada ya inundada de gracia, y así en disposición de elegir; hecha la elección —que en el tiempo, si de tiempo puede hablarse, coincide

con la creación pasiva—, empieza a actuar en el cuerpo, animando el cuerpo en que ha sido creada.

2. Efectos principales de la libre entrega de María

Entre los efectos, en gran parte similares a los de nuestro acto final, que esa entrega produce en el alma de María, enumeremos como principales los siguientes:

Por el acto de perfecta libertad con que se entrega alcanza, o mejor merece, su destino como creatura; pues, entregándose totalmente según toda su capacidad radical, se abre del todo para recibir de Dios sin resistencia cuanto Dios le tenga destinado, y a su debido tiempo le quiera entregar.

La grandeza de ese destino depende del grado de elevación sobrenatural de gracia con que la entrega se hace. Siendo en María esa gracia mayor que en creatura alguna, también es más alta la perfección del destino que merece.

Igualmente, agota su capacidad de merecer como creatura, pues no puede hacer mayor don a Dios que la entrega total de sí misma. Y cuanto mayor era la perfección de que Dios la había adornado, mayor es la valía de la ofrenda que a Dios hace al entregarse.

Como el acto de perfecta libertad es, por naturaleza, irretractable, María se torna impecable, queda confirmada en gracia, si es que ya no lo estaba en su misma creación, cual sugerimos en el capítulo anterior.

El «Sí» dado a Dios en esa entrega es tan total que todo otro «Sí» no será más que simple aplicación del «Sí» primero, como el particular es concreción del universal. Toda entrega concreta posterior no será más que aplicación de esa entrega total a los casos y circunstancias particulares.

De ahí que esa entrega determine o condicione todos los merecimientos posteriores de María.

Estando predestinada a ser Madre de Dios, su destino no es el de simple creatura, que merece en su entrega primera. Ha de dilatarse sobre todo lo creado para contener en su seno al Creador de todo.

Pero esa dilatación es posible gracias al «Sí» primero de

María que asegura todos los «Sí» posteriores a cuanto Dios pide de Ella, a cuanto Dios quiera dilatarla. Dilatación pasiva, hecha por Dios más y más, pero gracias a que Ella en todo se presta por su rendición total primera.

Finalmente, el acto de libertad perfecta con que la creatura se entregue a Dios merece la posesión inmediata de la visión beatífica, si no hay pecado alguno que expiar previamente. Así sucedió a los ángeles, y así sucede a los hombres que ya han purgado sus pecados, o al niño que muere recién bautizado. Estando María exenta de toda sombra de pecado, es evidente que mereció la visión inmediata de Dios.

Es evidente también que esa visión no se le dio de inmediato, al menos de modo permanente, pues siguió viadora. Ello era necesario, porque su destino no era el de simple creatura, sino el de Madre de Dios. Y para este destino había de ser preparada, dilatando su capacidad casi hasta lo infinito, de modo que *de congruo* mereciera ese destino; y para eso había de ser viadora.

Pero podemos pensar que si no se le dio esa visión de modo permanente, sí se le dio de modo transitorio, como a Moisés, Elías y San Pablo.

Capítulo V

VISION DIVINA TRANSEUNTE DE LA VIRGEN MARIA

«Oigo en mi corazón: busca mi rostro. Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro.»

(Sal. 26,8.9).

«Béseme con el Beso de su boca.»

(Cant. Cant. 1,1).

1. La Virgen María gozó, en su Inmaculada Concepción, de la visión divina

Que la visión divina transeúnte no repugna al hombre viador aparece en el hecho de que la Teología no ha hallado inconvenientes insalvables para admitirla como gozada por tres hombres viadores: Moisés, Elías y San Pablo. Muchos creen efectivamente que ellos la gozaron, aunque otros opinen se trate solamente de una comunicación divina especialmente profunda, sin que llegara a verdadera visión.

Caso de que esos tres santos la gozaran, es indudable que también la Virgen María la gozó tras su entrega en la Inmaculada Concepción.

Ya entonces era inmensamente más santa y agradable a Dios que esos tres personajes, y aún que todos los santos juntos. Y su entrega radical le merecía de hecho la visión divina, según vimos en el capítulo anterior.

Aquí puede aplicarse el principio que parece informar la teología mariana de Suárez, y que nos parece de sentido común: lo que a alguno Dios le concedió, no lo negó a su Madre; y lo que a todos les negó, a Ella lo concedió.

Mas prescindiendo de la visión transeúnte concedida a esos tres santos, que sólo aducimos para indicar que no parece haber en ella repugnancia alguna, o dificultad dogmática insalvable, pensamos que tal visión, en la Virgen María, se deduce con certeza del simple análisis de sus disposiciones en su entrega total primera.

Hace esa entrega por amor, con enamoramiento total. Amor cual ni lo hay ni lo habrá en el orden creado, en persona creada. Se entrega como Novia totalmente enamorada: «me enjoyó como una novia».

Es natural que la Novia desee ver el rostro de su Amado. Es natural que el amor, el enamoramiento total, ansíe ver sin velos el objeto de ese amor.

Si el Salmista pudo decir: «Oigo en mi corazón: Busca mi rostro. Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro» (Sal. 26,8.9), mucho más la Virgen María hubo de sentir la atracción divina, la invitación divina a buscar su rostro.

Mucho más Ella hubo de decir: «Oigo en mi corazón: Busca mi rostro. Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro».

Y Dios no podía esconderlo a Aquella «en cuyos labios El mismo difundió la gracia» (Sal. 44,3), para no poder resistirse a ninguna petición o deseo suyo.

Mas, dado el contacto con Dios, la experiencia y conocimiento de El, el enamoramiento de El al sentirse por El infinitamente amada y enjoyada, el rostro que Ella pide ver, que suplica no se le esconda, no parece pueda ser una simple comunicación mayor, sino la misma visión sin velo alguno.

Ni tampoco comunicación alguna divina, que no fuera

la visión sin velos, podía aquietar ese deseo del alma enamorada de María.

La Novia aquí no pide cartas —las tiene a montones en los dones de su Amor recibidos—, sino ver y contemplar la faz de quien tales cartas le ha enviado.

No pide una carta más, explicándole las anteriores. Pide la presencia misma del Amado, pues el mal de su amor es de aquellos que, como diría San Juan de la Cruz (*Cant. Esp.*) sólo se curan «con la presencia y la figura» del Amado.

Y si María pidió y deseó esa presencia, ciertamente la tuvo. Pues en su estado de total entrega ya sólo deseaba y pedía lo que Dios la hacía desear y pedir.

Si busca su rostro, es porque ya ha oído en su corazón la deliciosa invitación: «Oigo en mi corazón: Busca mi rostro». Y no es Dios tal que invite sólo para cumplir, pero sin intención de dar tras haber invitado.

2. La Virgen pidió y obtuvo esa visión por medio del Verbo

La visión divina sólo se nos da por el Verbo.

Toda visión divina, sin excluir la angélica, es participación, asociación a la visión divina que el Hijo tiene del Padre por generación eterna: «Nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo quisiere revelárselo» (Mt. 11,27).

Toda filiación divina, que capacita para esa visión, y todo acto de esa filiación —cual lo es la misma visión divina—, es participación y donación del Hijo natural del Padre, a quien Este ha traspasado por generación la totalidad de la filiación divina, la totalidad de su esencia y de su ser: a El que es «el esplendor de su gloria y la figura de su substancia» (Hebr. 1,3), el heredero total (Hebr. 1,2) y propietario de todos sus dones, de todo su ser, que pasa íntegro al Espíritu Santo en el deliquio de amor mutuo y necesario entre Padre e Hijo, y que hace participar en la medida de su beneplácito (1ª Cor. 12,11; Rom. 12,3; Ef. 4,7) a los seres creados que El desee.

Por eso, la Virgen María pide que el Padre le muestre

su rostro, se le comunique tal cual es, en la donación de su Hijo.

Y así dice: «Béseme con el beso de su boca» (Cant. Cant. 1,1).

Con estas palabras empieza el Cantar de los Cantares, que místicamente expresa las relaciones entre Dios y María, la Amada. Y al ponerse como inicio del Libro, nos indican claramente que expresan el primer deseo tenido por María en su existencia.

La Amada, la Novia enjoyada, se entrega, al verse así amada, a quien tanto la ha amado, y sólo desea de El una cosa: «Béseme con el beso de su boca».

Nada le importan o entretienen los dones del Amado, nada reposa en ellos. Lo que quiere es el beso, la entrega plena del Amado, no sus dones. Sólo el Amado la complace y satisface, no sus dádivas.

Mas el «Beso de su boca» no es otro que el Verbo, Palabra del Padre, que procede de la boca del Padre.

María pide así la entrega del Verbo, la posesión del Verbo. En cuya posesión poseerá al Padre, tendrá la visión del Padre, pues «Yo y el Padre somos una misma cosa» (Joan. 10,30), y «El que me ve a Mí ve a mi Padre» (Joan. 14,9).

Y esa petición fue atendida, como todas las de María, «en cuyos labios derramó Dios la gracia» (Sal. 44,3), para nada negarle.

Y le fue concedida la visión del Verbo, Hijo de Dios —el Beso del Padre—, y en el Verbo, la visión del Padre y del Espíritu Santo.

3. Maravilla de María al ver a su Amado

La maravilla de María al ver quién era su Amado, quién la había elegido por Novia, no podemos describirla.

Todos los dones de El recibidos le parecieron nada comparados a la hermosura del Dador. Y hubo de confirmarse en lo recto de su elección, guiada por el instinto de su amor y enamoramiento total, cuando, ya antes de recibir el Beso del Amado, tuvo por nada los dones que la adornaban, com-

parados con la dicha del Beso que ansiaba, y en nada se apegó a ellos o los valoró, porque todo su apego y valoración los guardó para el Dador de ellos.

Ser por tal Amor amada es la dicha infinita, ante la cual palidecen y de verdad son como nada todos los otros dones recibidos.

Mas esa dicha de María, que intuimos, no puede describirse.

San Pablo, con una visión mucho menos plena, no pudo describirla, ni aun darnos acerca de ella indicio alguno (2ª Cor. 12,4). Mucho menos podremos describirla quienes no hemos todavía visto a Dios; ni siquiera entenderla, ni aún de lejos. Aunque sí podamos sospecharla, y como a tientas intuirla y gustarla, gozándonos así en la dicha y gozo de nuestra Madre.

Dejando, pues, de lado la descripción imposible de esa visión, que en modo alguno podemos entender o imaginar, aunque sí a nuestro modo comprendamos la dicha sentida por María al conocer la hermosura y amor de quien por Novia la eligiera, y a quien Ella hubiera dado el «Sí» antes de verlo, pasemos a algunos aspectos accidentales de esa visión, que nos explicarán por qué cesara, por voluntad enamorada de la misma Virgen María, y a la vez nos indicarán su entrada consciente en la misión redentora.

4. Revelaciones que en esa visión se le hacen acerca del plan de Redención, y colaboración que se le pide

Enamorada y extasiada con el Padre, que así la eligiera; enamorada y extasiada con el Hijo, que le comunicó la herencia paterna que le es propia; enamorada y extasiada con el Espíritu Santo, el Amor substancial del Padre y del Hijo que en Ella se volcara, y que por deseo del Padre y del Hijo, que es su propio deseo —todo es común a las tres Personas—, la enriqueciera y colmara de todos los dones divinos, dándoselos sin medida, penetra María en el plan secreto redentor de la Trinidad Beatísima.

Ve al Padre amando inmensamente la creación que hiciera, deseando atraerla a Sí, beatificarla, como se siente ahora dichosa la misma Virgen: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo... para que el mundo se salve por El» (Joan. 3,16.17).

Ve al Hijo dispuesto a hacerse Hombre para secundar el deseo del Padre; y, como Hombre, participar toda miseria y sufrimiento humano con tal de llevar a cabo la redención por el Padre querida, con el mismo querer que el Hijo la quiere.

Ve al Espíritu Santo, como Amor Infinito del Padre y del Hijo, que les inclina y como mueve a esa obra redentora.

Pero el Padre no quiere dejar a su Hijo en el mundo sin el consuelo del amor. Y pide a la Virgen María si querría acompañarlo con su amor, con su correspondencia, con su enamoramiento total, para que sea su consuelo y su refugio en medio de la ingratitud que le espera.

Y el Hijo, que le ha entregado su riqueza, a quien María todo lo debe, incluso el haber sido elegida como Novia de Dios, le hace, con su mirada, la misma súplica: ¡Si quisiera acompañarla en su dación al mundo, para sentirse en el mundo siempre amado!

Para eso la ha hecho tal cual es: para poder hallar consuelo en su Corazón, en su amor, en medio de la frialdad del mundo: «Abreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía, pues mi cabeza está humedecida de rocío, mis cabellos empapados de la humedad de la noche» (Cant. Cant. 5,2), a causa de la frialdad del mundo.

Y el Espíritu Santo, el Amor Infinito que se ha volcado en Ella, la incita a esa devolución de amor, que El ha enriquecido con el abismo infinito de sus gracias, para que en todo sea según el Corazón del Hijo.

Nada se reveló aquí a María de su Maternidad divina —cuando más tarde se le anuncia, parece más bien sorprendida—: sólo el deseo divino de asociarla al Verbo Encarnado para que con su amor y entrega sirviera de consuelo a su Divino Corazón, y le acompañara y confortara en sus sufrimientos.

Asociación y consuelo que ni siquiera implicaba necesa-

riamente el que Ella tratara o conociera sensiblemente al Verbo Encarnado.

Sólo como en simiente yacía ya en esa revelación la futura Maternidad divina, en cuanto se pide a María como que sustituya en esta tierra al Padre con relación al Verbo Encarnado: que sea la dicha de su Corazón humano, como el Padre es la dicha de su Corazón divino, reclinado en su seno. También el Verbo hecho hombre desea el seno de María para reclinarse y descansar: lo propio de su Persona es vivir en el seno (Joan. 1,18).

Pero explícitamente, en esa visión divina, María sólo se percibe todavía como la AMADA del Padre, como la Novia de Dios.

Y sólo eso es todavía, aunque en los planes de la Trinidad Beatísima ha de llegar a ser aún mucho más: la Madre de Dios.

5. El «sí» pleno de María a ese plan, y el cese voluntario de la visión divina

Como más tarde en la Anunciación, María se siente, no sólo sorprendida, sino maravillada, pasmada.

No es que vacile en lo más mínimo en acceder al deseo divino, que implica el cese de la visión encantadora para compañar al Verbo en su dación al mundo: ha de volver al mundo con El.

La entrega plena que antes de la visión divina hiciera, jamás se desdijo. Siempre diría «Sí» a Dios, al Amante y al Amado. Y un «Sí» sin vacilar a cualquier cosa que de Ella deseara.

Lo que, en su humildad abisal, no comprende, es cómo podrá dar cumplimiento a ese deseo, dada su pequeñez.

¿Cómo podré servir de consuelo, de refugio, y de descanso al Verbo Encarnado, si nada soy, y cuanto poseo ya es don de El? ¿Qué podrá darle mi insignificancia que El no tenga ya? ¿Qué valor o consuelo puede representar para El mi amor? Cuanto yo pueda darle será como nada para lo que El merece, para calmar su sed de amor, que es infinita, ha-

bituado como está al amor del Padre: ¿cómo podré en la tierra suplirlo con el mío, tan pequeñín?

Porque a la verdad, nunca debió la Virgen ver su amor tan pequeñín como al compararlo con el infinito Amor con que en esa visión se sintió amada.

Al interrogante de María respondió el Padre: «No lo amarás con tu amor pequeñín, sino con mi mismo Amor. El Espíritu Santo, Amor substancial mío y de mi Hijo, descenderá sobre ti, te animará e informará. Tú no tendrás más que decir «Sí» a todo lo que El te sugiera, a todo aquello a lo que El te induzca o mueva. Y así, cada acto de amor tuyo a mi Hijo, será acto de amor mío hecho por ti: será mi Amor substancial quien le ame en ti, y así mi Hijo hallará en ti en el mundo el mismo consuelo y dicha que halla en el cielo en mi seno».

Aclarado el modo cómo cumpliría el deseo divino, dejándose conducir por el Espíritu Santo, y sirviendo de simple transmisor del Amor substancial del Padre al Hijo con gozo inmenso renunciando a la visión divina por amor al Hijo, al que todo lo debía, hubo de decir María: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra».

Y con toda verdad se sentía esclava, pues se entregaba del todo a la acción del Espíritu Santo, renunciando a toda iniciativa propia, a toda libertad, pues así lo exigía el amor infinito debido al Verbo hecho hombre.

Su amor al Hijo de Dios en el mundo sería suyo, porque hecho en Ella y por Ella. Pero más que suyo sería del Espíritu Santo que morara en Ella, y por Ella amara, y con Ella produjera esos actos de amor. Y todo su afán sería servir de consuelo y descanso al Hijo de Dios en el mundo, sustituyendo para con El en el mundo al Padre, que es su consuelo y dicha en el cielo.

Ante ese «Sí» suyo, la visión divina cesó, como su «Sí» lo deseara, y el Espíritu Santo habitó de asiento invisiblemente en Ella, informando su actividad, mientras el alma de María empezaba su actuación informativa en el cuerpo.

Y no hubo instante temporal o duradero, en que estando el alma de María en su cuerpo —en el que fue infundida al ser creada— no animara a ese cuerpo santo, porque ni la

elección de Dios y entrega total a El, ni la visión beatífica transeúnte, suponen interlapso alguno de duración temporal, pues, según vimos, no la tienen. Se hacen en el tiempo, pero *no duran* tiempo.

6. Efectos que la visión divina produjo en María

Antes de pasar adelante, veamos los efectos que presumiblemente esa visión dejó en el alma de María, y que, gradualmente, redundarían también en su mismo cuerpo.

En primer lugar, la visión beatífica no deja propiamente recuerdo intelectual de ella.

Se recuerda que se tuvo, y que se fue totalmente feliz. Pero no se recuerda lo que se vio; no se puede reproducir intelectualmente a Dios como es en Sí. Es lo que creemos expresa San Pablo cuando dice: «Oí arcanas palabras, que el hombre no puede decir o expresar» (2ª Cor. 12,4): ni expresárselas a otros, ni tampoco a sí mismo.

La razón es sencilla. En la visión beatífica Dios se comunica directamente al entendimiento, no por idea o imagen intelectual que de Sí mismo en él forme o produzca, pues tal idea o imagen, como creada y finita, limitaría a Dios, no lo daría a conocer como es en Sí.

Por eso, desaparecida la presencia o comunicación directa del objeto divino, desaparece la visión. Y no hay modo de reproducirla, porque ninguna imagen se formó en el entendimiento que permanezca en él latente para poder reavivarse mediante el recuerdo y contemplar de nuevo a Dios como es en Sí.

Por lo demás, si así no fuera, la visión ya no sería transeúnte, sino permanente, ya que el alma podría reproducirla a su arbitrio —cual pasa con los recuerdos—, y, siendo delicia suma, la reproduciría constantemente, y así vería a Dios de continuo, pues de continuo le conocería como es en Sí, y no por referencia a sus dones creados.

Consecuentemente, pensamos que esa visión transeúnte como tal y en sí, no confirma en gracia o hace impecable después al hombre que la haya tenido.

Es verdad que en ella se entrega a Dios la voluntad totalmente, según toda su capacidad radical; pero con un amor necesario —cual es el amor del bien en general o del Bien infinito en sí—, no libre. La libertad no se ejerce en el amor y entrega que genera la visión.

Pasada ésta, como el alma conoce ya sólo a Dios por las referencias y analogías creadas, no como infinito en Sí, y aún no ha tomado decisión libre respecto a El, parece ser libre de adherirse a El o rechazarlo, pues que todavía no ha ejercido la libertad acerca de El. Aunque, naturalmente, el recuerdo de haber sido totalmente dichoso inclinará no poco a la libertad para que elija a Dios.

Este parece ser también el pensamiento de Santo Tomás, cuando niega a Adán la visión habitual de Dios, porque haría imposible el pecado —y Adán pecó—; pero no rechaza la posibilidad de que tuviera esa visión de modo transeúnte, en un momento dado: «Aunque el primer hombre en el estado de inocencia conocía a Dios de un modo más alto que nosotros, no vio a Dios por esencia, puesto que pecó. Respondo, pues, diciendo que el primer hombre no vio a Dios por esencia según el estado común de la vida que llevaba; a no ser que se diga tal vez que le vio en rapto —en estado de éxtasis—, cuando Dios «envió un sopor en Adán». Parece aquí claro que una visión transitoria no genera para Santo Tomás la impecabilidad. (1ª, q. 94, a. 1).

Si lo pequeño puede ilustrar lo grande, todos nosotros hemos experimentado algunas o muchas veces la saciedad y satisfacción plena en Dios. En ese estado es imposible, no ya el pecado, mas ni aún la tentación o inclinación al mal: nada fuera de Dios nos seduce. Pasado ese estado, recordamos perfectamente haberlo tenido; pero no podemos reproducirlo. Y la tentación, y aun el mismo pecado, se hacen otra vez posibles, y aún fáciles, no siendo a ello óbice el recuerdo del estado de saciedad divina antes experimentado.

La Virgen María estaba confirmada en gracia, era impecable. Pero pensamos que no por efecto de esa visión, sino por efecto de la entrega libre y total, según toda capacidad radical, que vimos la precedió.

Por lo demás pensamos que aquellos que de esa visión

gozaron —Moisés, Elías y San Pablo— ya estaban confirmados en gracia cuando les fue otorgada la visión (tal confirmación suelen afirmarla los teólogos de todos los Apóstoles tras la venida del Espíritu Santo).

Es decir, aunque todavía no habían adherido a Dios con toda la capacidad radical de que su libertad era capaz, lo habían hecho ya con tal profundidad y extensión que se acercaba a la radicalidad, y hacía ya imposible que rechazaran por el pecado grave a un Dios que con tanta plenitud habían libremente elegido. Y la misma confirmación suele atribuirse a los místicos que han llegado al estado de matrimonio espiritual.

Pero en todos esos casos, por no haber aún sido la entrega con toda la capacidad radical —por no haber entregado aún *todo* y *del todo*, debido principalmente a la falta de conocimiento exhaustivo de sí mismos—, creemos quedaban expuestos a pecados veniales, sobre todo semideliberados.

De hecho Moisés parece haber cometido incluso después de su visión el pecado leve —y como de sorpresa— que le valió el castigo de morir sin entrar en la Tierra de Promisión. Y la misma vida de San Pablo no aparece, creemos, del todo sin defecto.

En cambio María, en virtud de su adhesión radical a Dios, quedaba por el mismo hecho libre de la posibilidad de todo pecado, aun venial.

Habiendo entregado a Dios *todo* y *del todo*, como la libertad perfecta nunca retracta su decisión, nada quedaba, ni pequeño ni grande, que pudiera negar a Dios en adelante.

7. Enamoramiento permanente en Ella por el recuerdo de haber visto al Amado

Mas si no queda el recuerdo de la visión divina transeúnte, de modo que se pueda intelectualmente reproducir a voluntad el objeto de ella, sí queda el recuerdo de que se tuvo, y de que era una dicha inefable, aunque no se sepa ya en qué consiste, ni se pueda reproducir, cual nos consta por San Pablo, que recuerda haberla tenido.

Ese recuerdo producía naturalmente un enamoramiento profundo en el alma de María, y un estado de dicha que redundaba en su mismo cuerpo. Y, a la vez, un deseo ardiente, un ansia inmensa de volver a ver a Dios. Ansia que es indudable fue su cruz toda la vida, atormentándola en deseos inextinguibles de Dios, viviendo a El totalmente proyectada mientras peregrinó en esta vida como por un desierto: «Tuvo sed de Ti mi alma desde el amanecer (de mi existencia)... en una tierra desierta, sin agua y sin camino» (Sal. 62,2.3).

8. Aunque la Virgen no recordaba el contenido u objeto de la visión divina, sí recordaba las revelaciones concretas sobre el plan redentor divino que en ella se le hicieron

Pero si la Virgen no recordaba, según acabamos de ver, el objeto o contenido de su visión de la esencia divina, sí creemos recordaba en cambio las revelaciones concretas que entonces se le hicieron —y que, por concretas, no implican la visión divina, aunque en ella se le dieran—.

A saber: que el Verbo se iba a hacer hombre por deseo del Padre; que por deseo del Padre y del Hijo Ella debía ser su consuelo y refugio con la fidelidad y ternura de su amor; y que el Espíritu Santo habitaba en Ella para guiarla, informarla, y convertir su amor en verdaderamente divino, en amor del Padre a su Hijo en Ella, para que fuera digno del Hijo, totalmente satisfactorio para el Hijo de Dios en el mundo.

Aunque ya sólo por la fe —una fe profundísima, experimental y como palpable— conocía al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Indudablemente esa revelación orientaba y dirigía toda la actividad de su alma primero, y luego también la de su cuerpo —la sensitiva—, cuando éste comenzó a secundar la acción del alma. Y la consumía en deseos de ser fiel a su misión de amadora y consoladora del Hijo del Padre en el

mundo, hecho hombre, agobiándola y siéndole cruz inaguantable su pequeñez e incapacidad para tal misión.

Tormento que se acuciaba por el ansia de volver a ver a Dios, que había dejado en Ella como su perfume que hacia Sí de continuo la atrajera, como expresa la misma Virgen, quien tras haber pedido, y obtenido, la visión beatífica —«Béseme con el Beso de su boca» (C. C. 1,7)—, luego ya pasada, continúa: «En pos de Ti correré, tras la fragancia de tu perfume» (Cant. Cant. 1,3), que en mí quedó desde que en esa visión me besaste y abrazaste.

Capítulo VI

EL CONOCIMIENTO INFUSO EN LA VIRGEN MARIA Y SU CONSAGRACION SIEMPRE TOTAL

«Yo duermo, y mi corazón vela.»
(Cant. Cant. 5,2).

«Tuvo sed de Ti mi alma, y mi misma carne de cuán múltiples modos te anhela a Ti.»
(Sal. 62,2).

1. Ni el conocimiento infuso de María, ni el amor que de él deriva, se interrumpen jamás

Además del recuerdo de la visión beatífica, junto con las consecuencias que vimos implicaba, conserva María la ciencia infusa que tuvo en el primer momento de su ser, y que presidió su elección de consagrarse totalmente a Dios.

A esa ciencia originaria deben añadirse los sucesivos conocimientos que el Espíritu Santo infunde en Ella, según progresivamente va en Ella obrando, aumentando sus exigencias para prepararla a ser Madre de Dios.

Estos últimos conocimientos se le van dando según la necesidad presente, es decir, según lo que en cada momento quiere de Ella el Espíritu Santo, que se comprometió a mo-

rar en Ella e informar su actividad en orden a que cumpliera perfectamente su misión según el deseo divino.

Por eso suponen una actualización incomprensible de la fe de María y de su abandono a la acción divina, entregándose totalmente de presente a esa acción, cada vez más urgente; pero como a ciegas, es decir, sin saber todavía el término a que conducía, ni la finalidad definitiva a que tendía.

Lo característico de estos conocimientos infusos es que, siendo adquiridos sin mediación del cuerpo, y espiritualmente impresos sin forma o especie alguna sensible o imaginativa, pueden actualizarse a voluntad sin necesidad de que el cuerpo o lo sensitivo colabore.

Es lo que dice la Esposa en el Cantar de los Cantares (5,2): «Yo duermo, mas mi corazón vela».

Ni el cuerpo todavía no debidamente organizado, ni las diferentes fases por que pasa una vez organizado —como vigilia y sueño—, impedían para nada el ejercicio de este conocimiento de María, ni el amor consciente que tal conocimiento generaba.

Ello hace de toda la vida de la Virgen, desde el primer momento de su ser, un acto de amor continuo —«Yo duermo, y mi corazón vela»—, continuación y prolongación actual de su primera entrega y consagración, que va adquiriendo matices cada vez más ricos y complejos bajo la acción del Espíritu Santo que la habita.

Pero aunque ese acto ininterrumpido de amor no necesita de la colaboración del cuerpo, en virtud de la unión substancial entre alma y cuerpo necesariamente repercute en el mismo cuerpo, en la medida y modo en que éste, por la sensibilidad, sea capaz de participarlo.

De modo que todas las energías sensitivas de la Virgen, desde el primer momento en que empiezan a despertarse, son absorbidas hacia el amor divino, y se consagran también ellas totalmente a Dios.

Es lo que la misma Virgen María parece decirnos en el Salmo 62: «Dios mío, Dios mío, a Ti yo velo desde el amanecer (de mi existencia). Tuvo sed de ti mi alma; y de cuán varios modos mi misma carne suspira por ti» (Sal. 62,1.2).

Desde el mismo amanecer o alborear de la existencia de María, su alma adhiere a Dios con la fijeza propia del espíritu.

Pero la sed de Dios que su alma experimenta, se transmite variamente a su carne, según se van despertando sus varias sensaciones y apetencias, que todas, cada una a su modo, sólo por Dios suspiran, sólo a Dios buscan, de modo que todo el ser de María se proyecta en cada instante hacia Dios.

Todas sus fuerzas, espirituales y corporales, sólo a Dios miran y para El se reservan: «Para Ti, oh Dios mío, guardaré toda mi fuerza» (Sal. 58,10).

Y así en cada instante ama a Dios «con todas sus fuerzas, con todo su ser» (Lc. 10,27).

Esas fuerzas y ese ser —al menos por lo que respecta al cuerpo que se está constituyendo— evolucionan. Pero siempre, en cada instante, ama María a Dios con todo el ser que ahora posee, con todas las fuerzas de que en ese instante dispone.

Precisamente por esa consagración a Dios de su carne, de todas sus fuerzas sensitivas según se van manifestando, la prepara el Espíritu Santo para ser Madre de Dios según la carne.

Pues convenía que la que había de pasar a ser carne de Cristo en ningún momento tuviera actividad o tendencia alguna que a Dios no mirara, por El no suspirara y anhelara.

Por eso con toda verdad dice la Virgen María: «De cuán varios modos— cuantas son las variantes y cambios de la sensibilidad— mi misma carne suspira por ti» (Sal. 62,2).

2. La consagración total de la carne o cuerpo de María: cuándo se inicia

¿Cuándo se inició esa consagración total a Dios de la carne o cuerpo de María?

Pasivamente se inició en el mismo momento primero en que estuvo informada por el alma.

Consagrándose ésta totalmente a Dios, también consagró,

ordenó y orientó a El todo lo suyo, y por consiguiente el cuerpo que informaba y cuyo desarrollo y animación le había sido confiado por el mismo Dios, que en él la infundió al crearla.

En esa consagración y orientación, el cuerpo que se iniciaba se dejó dócilmente conducir y llevar, pues cuando el alma está perfectamente sometida a la acción divina, también el cuerpo está sometido sin resistencia alguna a la acción del alma (San Agustín).

Respecto a la consagración activa, a la correspondencia positiva a la acción del alma, orientándose hacia Dios todas las fuerzas sensitivas dependientes del cuerpo de María, creemos se inició igualmente en el primer instante, ampliándose cada vez más según las fuerzas sensitivas se iban diferenciando y precisando.

En efecto, la diferencia esencial entre el animal y el simple vegetal, es la sensación, el conocimiento sensitivo, por impreciso e imperfecto que sea.

El cuerpo animal, aún en estado monocelular, siente, conoce sensitivamente, experimentado especialmente las sensaciones de placer o satisfacción ante lo que le es conveniente, y de dolor o desasosiego ante lo que le es nocivo. Y esas sensaciones determinan su actividad, orientándolo hacia el objeto que le conviene.

Estas sensaciones las tenía el cuerpo de María ya en su estado monocelular, y las tiene el nuestro. De lo contrario no sería cuerpo —aquí célula— animal, sino puramente vegetal.

Esas sensaciones implicaban en el cuerpo incipiente de María estado de placer o sosiego en la plenitud de comunicación divina que inundaba su alma, y en el cuerpo repercutía; a la vez que desasosiego y ansia de mayor plenitud en virtud de la sed divina que abrasaba el alma de María.

Su carne, ya desde ese momento, se saciaba y gozaba a su manera en Dios, a la vez que por El suspiraba, provocando así toda su actividad de desarrollo dirigiéndola a capacitarse más y más en orden a una mayor plenitud de la participación divina.

Ya entonces, pues, podía decir la Virgen: «De cuán va-

rios modos mi misma carne suspira por Ti» (Sal. 62,2), ansiando capacitarse, esforzándose en desarrollarse, para mejor poder gustarte y poseerte.

3. La diferenciación de las facultades sensitivas en la Virgen María: su imaginación

Ese conocimiento sensitivo va rápidamente diferenciándose, especificándose, y como multiplicándose en sus modos diferentes.

Y ese proceso es continuo, y por ello también continuo el proceso de consagración del cuerpo de María, siempre total según su estado actual en cada momento; siempre creciente, porque continuamente crece su desarrollo.

Y lo que primero y más rápidamente se desarrolla es el sistema nervioso, y con él la capacidad del sentido interno de la imaginación, la principal facultad sensitiva del hombre. Hasta el punto de que cuando el niño nace, la cabeza ya es prácticamente perfecta, aunque los miembros sean aún sumamente endebles: por eso la cabeza se desarrollará ya poco, en comparación con los demás miembros, después de nacer.

Ello implica que la facultad de la imaginación está ya perfectamente constituida antes de nacer; y probablemente existe, aunque incipiente, muy poco después de la concepción.

Para que actúe tiene normalmente que venirla el material de los sentidos externos, cosa muy limitada en el seno materno, en donde prácticamente parece puedan llegarle casi sólo las sensaciones de placer o agrado y de dolor, así como algunas sensaciones acústicas, especialmente las del rítmico latir del corazón de la madre.

Pero dada la ciencia infusa de la Virgen, el objeto cognoscitivo que actúa la imaginación le viene dado por el mismo conocimiento intelectivo, que aquí no arranca del sentido.

Dada la unión de alma y cuerpo, la imaginación de la Virgen, ya constituida, secunda el conocimiento intelectual

con sus propias imágenes correspondientes —cual sucedía en Adán con los conocimientos que no habían arrancado de la experiencia—; de modo que la facultad cognoscitiva imaginativa de María tiene por objeto único y exclusivo a Dios, mucho antes de que comenzaran a ocuparla los objetos materiales, que sólo influirían en Ella tras su nacimiento, pero para ser modelados y troquelados en la dirección divina que constituía ya como la esencia de la actividad imaginativa de María.

Ello explica que de toda actividad sensitiva suya, tanto intrauterina como postnatal, pueda decir con verdad la Virgen: «De cuán varios modos mi misma carne suspira por Ti» (Sal. 62,2).

También la ordenación positiva y consagración total de los sentidos externos, de la sensibilidad exterior, comienza ya en el mismo seno materno, según esos sentidos se van formando, desde su estado más incipiente.

En efecto, aunque nada perciban del exterior, redunda en ellos el conocimiento imaginativo: podemos ver, oír, oler, gustar, tocar con la imaginación tan vivamente como si hubiera objeto exterior que produjera la sensación.

La unidad humana hace así que el conocimiento imaginativo de María repercuta a su modo y por vía diferente en cada uno de los sentidos que se van formando.

Y como el objeto conocido por la imaginación es divino —derivado del conocimiento intelectual infuso de María, que imperfectamente traduce, según es posible, a expresión sensitiva—, así el objeto del conocimiento que cada sentido exterior va traduciendo, según su especificidad, de la expresión imaginativa, es igualmente divino.

Todo el conocimiento sensitivo de María se ordena así a Dios, y todas las tendencias y apetencias que de tales conocimientos surgen, a Dios miran, a Dios buscan, a Dios anhelan, por Dios suspiran: «De cuán múltiples modos mi misma carne suspira por Ti» (Sal. 62,2).

4. María amó a Dios, ya en el seno de su madre, con todas sus fuerzas tanto espirituales como sensitivas

En ese molde de consagración total se troquelarán todos los conocimientos sensitivos, obtenidos por vía de experiencia externa, y todas las tendencias y apetencias de ellos dimanantes, una vez nacida María.

De modo que tanto antes de nacer, como después de nacida, y durante toda su vida, María amó a Dios «con todas sus fuerzas, con todo su ser».

Con todo su ser, tanto espiritual como corporal, aunque sea distinto el modo de amar de uno y otro.

Con todas sus fuerzas, tanto espirituales como sensitivas, aunque sea muy diferente el modo con que perciban el objeto de su amor.

Nada en Ella, ni espiritual ni corporal, se sustrajo jamás en poco o en mucho a esa orientación divina.

Todo en Ella es para Dios, está actualmente plenamente consagrado a Dios, al servicio de Dios, según toda la capacidad radical.

Por eso su misma carne será hallada digna de pasar, un día ya no lejano, a ser carne de Dios: «Y el Verbo se hizo carne —tomándola de María—, y habitó entre nosotros» (Joan. 1,14).

La consagración del cuerpo de María —y de toda actividad que en él tenga su origen—, es tan total como la de su alma, y perfectamente paralela a ella. Totalidad y paralelismo bellamente expresados por la Virgen cuando dice: «Mi alma tuvo sed de Ti; y de cuán múltiples modos mi misma carne suspira por Ti» (Sal. 62,2).

Totalidad de consagración del cuerpo que nos hace penetrar mejor la doctrina de la Iglesia cuando cree a María inmune de la concupiscencia, es decir, sin inclinación sensitiva contraria a Dios. Ninguna podía ser contraria, porque todas se orientan y dirigen positivamente a El, ordenadas por Aquélla que le amó siempre «con todas sus fuerzas, con todo su ser».

Ella es la AMANTE perfecta del Corazón de Jesús, la Amante total, sin cortapisas ni limitación alguna.

Ella le entrega en cada momento todo su ser con todas sus fuerzas, sin reservarse nada para sí misma, porque en el amor perfecto y total no ha lugar ni la menor sombra de egoísmo, por legítimo o connatural que nos parezca.

5. Se resuelve una dificultad contra el conocimiento sensitivo intrauterino de María

Contra ese conocimiento sensitivo intrauterino puede objetarse que ningún recuerdo nos queda a nosotros de él, ni siquiera en su forma más difusa de placer-bienestar, o dolor.

Mas lo lábil del recuerdo no indica la inexistencia de ese conocimiento.

El niño, no más nacer, ciertamente conoce con sus sentidos externos —ve, oye, siente—; tiene placer y dolor —por eso llora, y hasta sonríe—; imagina —y por eso hasta se reflejan sus imaginaciones en la cara mientras duerme—. Y sin embargo, nada recordamos, no sólo de cuando nacimos, sino de cuanto nos sucedió, y vimos, y gozamos o sufrimos en el primer año o año y medio de nuestra vida.

Todos esos conocimientos formarán, no obstante, la base y cimiento de nuestros conocimientos posteriores, e incluso los modelarán indeleblemente, aunque como cimiento queden como enterrados, y no perceptibles a nuestra vista ni a la contemplación de nuestra inteligencia.

Y es evidente que ese conocimiento no empieza al nacer, sino antes. Y que el niño ya en el seno de su madre es especialmente capaz de placer y dolor; y que particularmente sufre dolor intenso en el nacer, en el parto, aunque no lo recordemos, como no recordamos los golpes que de niños nos dimos, aunque entonces nos hicieran sufrir y llorar.

Capítulo VII

EL «SI» PERPETUO Y PROGRESIVO DE MARIA Y SU DILATACION PARA EL «SI» DE MADRE DE DIOS, BAJO LA ACCION DEL ESPIRITU SANTO

«Levántate, apresúrate, Amada mía... y ven.»
(Cant. Cant. 2,10).

«Atraída y guiada por la fragancia de tu perfume, correré en pos de Ti.»
(Cant. Cant. 1,13).

«Mi alma buscó sedienta a Dios, mi fuerza y vida: ¿cuándo lo alcanzaré y contemplaré la faz de Dios?»
(Sal. 41,3).

«María, para llegar a la Concepción del Verbo, elevó la cima de sus méritos... hasta alcanzar el umbral o confín de la Divinidad.»
(San Gregorio Magno, *In I Reg.* 1).

1. Ordenación sobrenatural de los sentidos de María

Por la ordenación a Dios de todas sus facultades sensitivas, la Virgen, con todos sus sentidos, veía a Dios, gozaba de Dios, contemplaba a Dios, percibiendo al Amado en todas las cosas externas, y sólo en El gozándose.

En Ella se cumplió como en nadie la conocida estrofa de San Juan de la Cruz, que nos testifica cómo las facultades sensitivas pueden gustar a Dios en todo, ya que a las facultades sensitivas se refieren los objetos que menciona, cuando dice: «Mi Amado, las montañas, —los valles solitarios, nemorosos, —las ínsulas extrañas,— los ríos sonorosos, —el silbo de los aires amorosos—. La noche sosegada —en par de los levantes de la aurora,— la música callada, —la soledad sonora,— la cena que recrea y enamora» (*Cant. Espiritual*, 14.15). Todo eso es mi Amado para mí.

En todo eso veía y gozaba la Virgen a Dios, y por El suspiraba con los más múltiples y variados modos de su sensibilidad, en una consagración perfecta, en una orientación total a Dios de todas sus facultades sensitivas.

Sus sentimientos se vuelven así tan perfectos, delicados y divinos, que serán hallados dignos de pasar a ser sentimientos y afectos del Corazón del mismo Dios, a quien pasarán por ley de herencia en el Verbo Encarnado.

2. Dilatación de la capacidad del alma de María bajo la acción del Espíritu Santo

Pero dejemos esa consagración del cuerpo de María, esa divinización de él, para volver a la consagración de su alma, a su «Sí» total y definitivo a Dios que, bajo la acción del Espíritu Santo, irá de tal modo dilatándose y ampliándose, que llegará a ser un «Sí» que la hará capaz de ser Madre de Dios. Por la simple plenitud, verdaderamente divina, del consentimiento en ese «Sí» entrañado, se asimilará de tal modo su voluntad libre a la del Padre Eterno, que podrá engendrar en el tiempo al mismo que el Padre Eterno engendra de

toda eternidad, implantándolo así en la creación, y haciéndolo Emmanuel «Dios con nosotros».

Vimos cómo, en la visión divina transeúnte, ante el sentimiento de pequeñez experimentado por la Virgen para cumplir su misión de amor y de consuelo al Verbo Encarnado como sustituta y representante del amor que le tiene el Padre, el Espíritu Santo —Amor Infinito substancial y personal del Padre y del Hijo— se comprometió con la Virgen María para habitar en Ella, informando y dirigiendo toda su actividad: para que en y con ese Espíritu alcanzara a amar al Verbo Encarnado con el mismo amor del Padre Eterno, que es el Espíritu Santo, hecho en y por María amor sensible al Verbo también sensible.

María había alcanzado con su primera entrega total, absoluta y radical, su destino y finalidad de pura creatura. Pero esa creatura estaba, sin que Ella aún lo supiera, destinada a ser Madre de Dios. Destino de dignidad en cierto modo infinita, cual nos dice Santo Tomás, y que por lo mismo supera a toda creatura creada y creable, ya que en cierto modo la introduce en el orden divino trinitario, como Hija del Padre, Madre del Hijo, y Esposa del Espíritu Santo, partícipe así de toda la actividad trinitaria en su triple matiz personal.

Esa Maternidad la quería Dios, no como simple don gratuito —aunque gratuito es en definitiva cuanto Dios da—, sino incluyendo una preparación y dilatación tal y tan divina de la creatura perfectísima María, que la hiciera connaturalmente Madre de Dios. De forma que esa Maternidad divina procediera, como de modo connatural y necesario, de la misma perfección divina del obrar de la Virgen, de la perfección de un amor que la asimilara a la del amor del Padre, originando así en Ella una generación del Verbo análoga y como paralela a la del Padre, aunque en un orden creado y temporal: como creada era la Virgen, y teniendo el principio de su existencia en el tiempo.

Y esta fue la obra del Espíritu Santo, que dilata hasta casi desgarrarla el alma de María en ansias y ascensiones de amor, que habían de llevarla hasta la milagrosa e incomprensible divinización de su amor de creatura: hasta que su

amor, siendo suyo, y obrado en Ella y por Ella, fuera, más que suyo, el Amor infinito del Padre en Ella, y por Ella comunicado al mundo, y sobre todo a su Hijo en cuanto presente en el mundo y formando parte de ese mundo como Verbo Encarnado.

Dios eterno hace la elevación por grados, conformándose a la naturaleza y debilidad de la creatura. Por eso, más de catorce años tardaría el Espíritu Divino, pese a emplear en Ella el poder y la eficacia infinitos de su acción, en elevarla al orden divino que de Ella deseaba, y que debía hacerla como de modo connatural —es decir, divino— Madre de Dios.

3. Heroísmo en fe del «sí» perpetuo y progresivo de María

La Virgen, que había dado ya el «Sí» total y definitivo según toda su capacidad de creatura, nunca jamás retractará ese «Sí».

Ella es la única que ha dicho siempre «Sí» a las mociones del Espíritu Santo, secundándolas y dejándose llevar por ellas.

Y en cada instante repetía ese «Sí», porque también a cada instante el Espíritu Santo la acuciaba e impulsaba. Por eso no hay un solo instante en la vida de María que no esté ocupado por el amor, cada vez más divino.

Y es un «Sí» perpetuo y progresivo que entraña en Ella una fe heroica, y un abandono filial incomprensible en las manos de Dios.

Sabía perfectamente lo que el Espíritu Santo pedía de Ella; pero nada conocía o vislumbraba del término a que quería conducirla, sintiéndose así como perdida, y llevada a través de abismos insondables, como con los ojos cerrados, sólo fiándose de Dios, de quien se sabía incomprensiblemente amada.

Llevada por valles oscuros como muerte, se deja conducir sin que su corazón tiemble, porque sabe que Dios está con Ella (Sal. 22).

Sólo así renunciando a todo uso de la propia razón, a

todo cálculo humano, podía ser elevada por Dios, como el polluelo del águila es elevado por su madre (Dt. 32,11).

El más mínimo cálculo de la razón humana hubiera impedido, o al menos grandemente frenado y retardado, la ascensión divina que Dios obraba en Ella.

Pero ni ese cálculo mínimo se dio nunca en María, porque su razón estaba totalmente sometida a la divina: sólo quería ver por los ojos de Dios, sólo entender por la divina inteligencia. Y eso es la plenitud y perfección de la fe, que engendra el abandono total filial a la acción divina.

Jamás podremos comprender el heroísmo de esa fe de María —en renuncia total de su razón, del todo sometida a Dios—, aunque derivara de modo necesario de su primera entrega irrevocable, sin la cual hubiera sido de todo punto imposible.

Ni podremos comprender jamás el heroismo de cada nuevo «Sí» progresivo y reiterado, que la proyectaba a nuevos abismos insondables y totalmente desconocidos, en los que su razón creada se hallaba, aunque cada vez más iluminada, siempre del todo perdida y desorientada, sólo en Dios apoyada, sólo de El segura.

4. Cada «sí» de María es más divino y más «sí» que el anterior

Y cada nuevo «Sí» era dado según toda la plenitud de capacidad del alma de María en aquel momento.

Pero cado nuevo «Sí» era más divino que el anterior, y por eso también prestado con mayor capacidad radical de libertad en virtud de la dilatación que en Ella había obrado el «Sí» anterior.

En efecto, cada «Sí» se daba como consentimiento total a la acción divina, a la inundación divina en Ella, a la comunicación creciente de Dios. Y esa inundación la divinizaba incomprensiblemente más de lo que estaba, y así el «Sí» siguiente salía de un ser más divinizado, más pleno, más capaz, *más ser.*

Cada mirada e inundación de Dios, aceptada por el «Sí»

irretractable de María, la hacía más divina, más perfecta, más hermosa, más capaz de dar el «Sí» siguiente más grato a Dios, en progresión siempre creciente.

Ella sí que podía, tras cada «Sí» suyo, repetir la estrofa de San Juan de la Cruz (*Cant. Esp.* 33): «Ya bien puedes mirarme, —después que me miraste,— que gracia y hermosura en mí dejaste».

Cada mirada de Dios aceptada por María, cada moción del Espíritu Santo a la que Ella responde con su «Sí», deja en Ella nueva hermosura y nueva gracia.

Y esa nueva hermosura y nueva gracia atrae a su vez de nuevo la mirada divina con nueva e inenarrable complacencia de Dios en Ella, produciendo así en Ella nueva gracia y hermosura.

5. El «sí» que la hace Madre de Dios lleva a María al mismo límite o confín de la divinidad

Y como el Espíritu Santo tiene prisa y la impulsa de continuo, y el Padre está como impaciente por hacerla Madre de su Hijo, y el Hijo ansioso de hacerse hombre en su seno, y Ella dice «Sí» siempre, con un «Sí» continuo, perpetuo y progresivo, va siendo elevada hasta llegar, como dice el Papa San Gregorio (*In I Reg.*, 1), al «solio» o umbral de la Divinidad.

Término límite, porque ni el mismo Dios puede hacer Dios a una creatura, aunque sí sepamos por la Virgen María —caso único en verdad, por lo demás—, que puede elevarla hasta el umbral o confín de su Divinidad.

Umbral o confín que supone toda la comunicación divina posible; que la hace, en cierto modo analógico, participar de la misma Divinidad —cual compete a la que es Madre de Dios—, en la familiaridad y trato divino más estrechos, y en la participación y asociación a toda la actividad divina, de un modo misterioso, pero realísimo.

Umbral o límite absolutamente infranqueable, porque quien lo franqueara sería Dios. Por eso ni Dios mismo —que, al encarnarse, se hizo creatura por nosotros—, puede ha-

cer franquear ese umbral a ninguna creatura, porque no puede convertir a la creatura —ser por otro, ser recibido—, en Dios que es «ser por sí», no recibido. Y no puede porque tal tránsito implicaría contradicción, como entraña contradicción el que un ser, bajo el mismo aspecto, sea a la vez «ser por otro» y «ser por sí», no recibido de otro.

Por eso de la Virgen María se puede afirmar toda perfección —y siempre nos quedaremos cortos—, mientras no se diga de Ella que es Dios o «Ser por sí», o no se afirme de Ella algo que implique atribuirle propiamente el ser y dignidad divinos.

Peligro que se evitará de raíz, si tenemos siempre en cuenta que cuanto de Ella afirmemos *es recibido*, es don de Dios.

María llega al umbral, o límite, o confín de la Divinidad; mas de ahí no pasa, ni puede pasar. Es más, cuanto más llega a ese límite, *más creatura es*.

Lo propio de la creatura es *ser recibida*, ser don y limosna de Dios; como lo propio de Dios es *ser por sí*, no deber nada a nadie ni recibir nada de nadie.

Cuanto más se eleva María, *más recibe*, más es don y limosna de Dios, más resplandece en Ella el ser de creatura, aunque Dios le comunique sin medida todo lo suyo, y precisamente porque se le comunica sin medida y sobre toda medida.

Por eso, bajo Dios, todo puede decirse válidamente de Ella. Y cuanto más se diga, más se glorifica a Dios. Pero no es Dios. Dios es su límite: límite que jamás traspasará.

6. Ese «sí» que la lleva al umbral de la Divinidad hace como connaturalmente a María Madre de Dios

Cuando María llega a ese límite o confín, cuando su «Sí» de entrega es tan divino y tan perfecto que ni Dios mismo puede aumentar su perfección, cuando llega su voluntad y amor a una sintonía tal con la voluntad del Padre, a una participación tal del Amor substancial del Padre que ya el amor de María es simplemente el amor del Padre en Ella

cual en absoluto puede ser recibido en creatura, es entonces cuando el amor entrañado en el «Sí» de María, por ser ya de tal modo amor del Padre en Ella, produce connaturalmente análoga generación a la del Padre.

Como el Padre, con amor infinito, engendra de toda eternidad al Hijo, así María, por el amor del Padre vertido en Ella en la medida máxima posible a creatura, engendra a ese mismo Hijo en el tiempo, dándole naturaleza humana —que será verdaderamente naturaleza de Dios—, e introduciéndole en el mundo como don magnífico del amor del Padre, que en lugar de reservarse exclusivamente para sí mismo la riqueza infinita de su Hijo, quiso darlo al mundo, para que el mundo se salvase por El.

Y ese Hijo —Verbo Encarnado, Cristo Jesús—, será, el mismo, aunque bajo diverso aspecto, verdaderamente Hijo del Padre, y verdaderamente Hijo de María.

Así se comprende a los santos cuando nos dicen que Dios pudo hacer un mar más grande, una tierra más grande, un universo mayor y más hermoso, ángeles más perfectos y numerosos; pero «mayor Madre —más perfecta y hermosa— que la Madre de Dios, no pudo hacerla el mismo Dios».

Porque Dios mismo no puede hacer traspasar el solio, umbral o confín de su Divinidad a creatura alguna —pues sería entonces bajo el mismo aspecto Dios y creatura, lo que es contradictorio—. Mas a la Virgen María, para hacerla su Madre, la elevó al mismo solio, umbral o confín de su Divinidad: confín que ni el mismo Dios puede hacer sobrepasar a creatura alguna.

Así llega María, bajo la acción casi diría tiránica del Espíritu Santo, que implacablemente la dilata y la desgarra en nuevas ascensiones de su Infinito Amor, aceptada siempre por el «Sí» de María con fe heroica, y no menos heroico abandono y sumisa entrega de humildad, a poder dar un «Sí» ya tan perfecto y tan divino que la hace Madre de Dios.

Un «Sí» que alcanza humildad abismática, porque la Virgen sabe que toda su ascensión no es obra suya, sino obra de Dios, que la incitó al vuelo como el águila incita a sus polluelos (Dt. 32,11), y en el vuelo la sostuvo; porque sabe que el amor generador de su «Sí» materno, más que amor

de Ella, es amor del Padre en Ella y por Ella: amor que la fecunda y hace Madre de Dios.

Cuanto más cercana a Dios, tanto más profundamente siente su ser de creatura, que todo lo recibe de Dios, todo lo debe a Dios.

Por eso en el «Sí» cumbre, que la hace confinar con la misma Divinidad, se limita a decir: «He aquí la esclava del Señor: hágase en mi según tu palabra» (Lc. 1,38).

Palabras con que expresa claramente que su Maternidad divina, —y con ella el consentimiento de amor de que procede—, es pura obra del Amor de Dios en Ella.

Capítulo VIII

LA ACEPTACION DE LA MATERNIDAD DIVINA: UNION DE VOLUNTAD CON DIOS

«Oh cielos, enviad vuestro rocío desde lo alto y que las resplandecientes nubes de la gloria divina nos lluevan al Justo: Abrase la Tierra virgen, y germine al Salvador.»

(Liturgia de Adviento).

«El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el Poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que de Ti nacerá se llamará Hijo de Dios.»

(Lc. 1,35).

«He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra.»

(Lc. 1,38).

1. El Evangelio nos presenta a María en el momento cumbre de su vida, cuando alcanza el destino eterno a que Dios la predestinó

El Evangelio nos introduce y presenta por primera vez a la Virgen María en el momento cumbre de su aceptación de

la Maternidad divina, es decir, a María cual concebida y planeada por Dios de toda eternidad, silenciando como evidente la preparación precedente de esa misma Virgen hasta llegar a la perfección con que Dios definitivamente la quería.

Esa preparación, como diría nuestro Santo Tomás de Villanueva, quiso Dios dejarla como objeto de delicioso descubrimiento a todos los hijos de María.

San Lucas (1,26-38) nos describe la aceptación de la Virgen.

San Mateo, en cambio, la silencia, presentándonos por primera vez a María ya con el Hijo en su seno, virginalmente concebido.

Es decir, nos presenta a la Virgen María tal como fue mostrada a los ángeles al principio del mundo (Apoc. 12,1.2), tal como Dios la tiene concebida de toda eternidad (Prov. 8,22.23), y tal como la anunció a nuestros primeros padres (Gén. 3,15), íntimamente asociada a su Simiente divina, como garantía plena de segura victoria: es la Virgen «como ejército en orden de batalla» para la lucha victoriosa contra el imperio del Mal (Cant. Cant. 6,3).

Hemos imperfectamente sugerido la maravillosa carrera ascensional de María desde el primer instante de su creación hasta alcanzar ese estado y destino que Dios de toda eternidad quería para Ella.

Hagamos ahora algunas reflexiones a la descripción que San Lucas nos hace de ese «Sí» definitivo de María, que la constituye en el estado en que Dios de toda eternidad la contemplara.

2. Del por qué Dios se sirve del Ángel para anunciarle su divina Maternidad

Lo que primero extraña es que, pese a la unión íntima que María tenía con Dios, y a haber sido siempre conducida bajo la dirección inmediata del Espíritu Santo, no le comunique en esta ocasión su voluntad directamente, sino por medio del arcángel San Gabriel.

Creemos se hizo así por doble motivo: para indicarnos que los ángeles están al servicio de la Maternidad divina y

del Verbo Encarnado; y para significarnos que los mismos ángeles deben su salvación y la visión divina de que gozan al Verbo Encarnado nacido de María —mejor, al Verbo encarnado en el seno de María—, cual se nos describe en Apocalipsis, 12.

Es así natural que los ángeles desearan en algún modo tomar parte en la realización de tan gran misterio, del que se originó su salvación, y que Dios les complaciera.

Por lo demás, no olvidemos que las palabras del ángel, como mero embajador y portavoz de Dios (Lc. 1,26), son verdaderamente palabras de Dios a la Virgen María, y como tales las tomó Ella.

No es al ángel a quien responde y dice «Sí», sino a Dios: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc. 1,38).

3. El saludo angélico y la traducción «llena de gracia»

A la exposición del plan y voluntad divinos sobre la Virgen, precede naturalmente el saludo. Un saludo tal —nos dice Pío IX en su Bula de definición de la Inmaculada—, cual jamás se oyó dado por Dios, ni se volverá a oír, sino dado a Ella.

«Salve —o alégrate—, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita Tú entre las mujeres» (Lc. 1,28).

Las palabras «llena de gracia» traducen el participio perfecto pasivo de un verbo griego que significa «dar gracia, impartir gracia, colmar de gracia» —los verbos acabados en *óo* parecen significar intensidad o abundancia de la acción.

La Iglesia latina, desde los primeros siglos, tradujo ese participio pasivo por «llena de gracia» —*gratia plena*—, sin que jamás los Griegos —y no se olvide que entonces se hablaba aún la lengua griega— protestaran de la exactitud de tal traducción. Y los Santos Padres y Doctores se extasiaron ante esa plenitud de la gracia de la Virgen María.

Hoy quieren algunos traducirlo por nuestro participio único de presente, como «agraciada» o dotada de gracia.

Olvidan que con ello se apartan de toda la tradición; que

con ello debilitan y quitan fundamento a toda la argumentación de los Santos Padres con respecto a la inigualable perfección de María; que «agraciados» o «dotados de gracia» son también todos aquellos que están en gracia santificante —por ejemplo, todo niño recién bautizado—.

El saludo dado por Dios a María, lejos de ser algo nunca oído, cual nos dice Pío IX, sería de hecho un saludo que Dios podría dirigir —e indudablemente dirige, como Verdad eterna— a cuantas almas han poseído la gracia santificante, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

Olvidan también que, creyendo ser fieles al original —presumiendo saber más griego que los que nos precedieron y convivieron con quienes lo hablaban—, en realidad calamitosamente lo falsean y traicionan.

En efecto, en castellano disponemos de un sólo participio pasivo, de presente —amado, agraciado, temido, etc.—, mientras en griego hay cuatro participios pasivos diferentes: de presente, de futuro, de aoristo y de perfecto—, naturalmente con significado y matización bien distintos cada uno, que nuestro participio único es incapaz de traducir si no es mediante circumloquio. Si éste no se emplea, traduce exactamente igual los cuatro participios diferentes griegos, y por lo mismo los traduce mal.

Ahora bien, el perfecto, como su mismo nombre indica, entraña una acción —y, si es pasivo, una pasión o recepción de la acción— perfecta, acabada, rematada, a la que por lo mismo nada ya puede añadírsele.

Aplicado al caso de la Virgen, a quien Dios dirige este saludo, implica una recepción tal de gracia en Ella que ya nada de gracia puede añadírsele, precisamente porque está llena, y cuanto se le diere encima redundaría y rebosaría sin que pudiera contenerla.

Ese significado de plenitud va también entrañado en la reduplicación que sufre el participio perfecto griego —participio presente, *jaritoméne*, participio perfecto *ke*jaritoméne.

Ahora bien, esta reduplicación la tenemos también en castellano, afortunadamente, y por partida doble: la primera corresponde al aoristo, que en griego tiene aumento silábico, la doble al perfecto griego que tiene reduplicación—. De

modo que si queremos traducir el participio perfecto griego sin circunloquio, hemos de hacerlo con nuestra reduplicación.

Algunos ejemplos nos mostrarán el valor de esta reduplicación castellana, poco usada literariamente, pero ampliamente empleada por el pueblo cuando habla.

Bueno, rebueno, requetebueno: poseedor de bondad normal o corriente, de bondad en grado eminente, de bondad en grado tal que ya no puede ni pedirse ni concebirse mayor. Y lo mismo con: malo, remalo, requetemalo; bien, rebien, requetebien.

Salado, resalado, requetesalado: poseedor de gracia normal, de gracia en grado eminente, de gracia en grado tal que ya no puede pedirse o concebirse más. Y lo mismo: muerto, rematado, requetemuerto.

Los ejemplos podrían multiplicarse hasta el infinito. Y siempre que se da doble reduplicación se indica el grado sumo concebible.

E incluso se encuentra en una expresión aplicada a Dios, considerada como semiblasfema, aunque muy común: Dios, *Rediós*. Esta expresión se usa siempre en sentido ponderativo, y se considera semiblasfema precisamente porque Dios, ya sin reduplicación, es ser tan eminentemente perfecto que no puede serlo más. Y así, al reduplicarlo, parece como si se indicase que puede haber algo superior a Dios.

Precisamente por eso, aunque frecuentemente se le aplique la reduplicación sencilla —*Rediós*—, nunca hemos oído aplicarle la reduplicación doble —*Requete*diós—, por repugnar en exceso al sentido cristiano; aunque sí se aplique frecuentemente a sus atributos, para distinguirlos de los nuestros —requetebueno, requetesabio, etc.—.

Si, pues, queremos traducir con nuestro único participio pasivo el participio perfecto griego, es evidente que hemos de dotar a nuestro participio con la reduplicación doble correspondiente al participio perfecto griego.

Y entonces traduciríamos: «Salve, requeteagraciada». El término sería un tanto bárbaro e insólito —aunque de estructura común en otras palabras, como requetebueno, requetemalo, requetemuerto, requetesalado, etc.

Y su significado, deducido de las palabras castellanas similares en uso, entrañaría que María no sólo posee o ha sido adornada con la gracia divina en grado eminente, sino con una eminencia tal, que ni se puede pedir, ni se puede concebir, ni dar otra mayor.

Más aún, no siendo nosotros, sino el mismo Dios quien la llama y considera *requeteagraciada,* síguese que es tal su gracia, que la enriquece y adorna, que ni el mismo Dios puede concebir, ni pedir, ni dar gracia mayor como recibida en creatura.

Y ante este significado aparece que en realidad queda todavía pobre y demasiado inexpresiva la traducción «llena de gracia». Sería mejor «requetellena» —o al menos *re*llena hasta colmar y rebosar— de gracia.

Tiene, diríamos, tanta gracia que ni siquiera es concebible o posible añadírsele un gramo más. Es Dios mismo quien nos lo asegura, al dirigirla este saludo.

Aunque eso indica en realidad la palabra «llena», pues si algo pudiera todavía añadírsele, si algo más pudiera recibir de gracia, no estaría llena.

4. La turbación de María muestra que era tal su arrobamiento enamorado en Dios que jamás le quedó ocio para mirarse a sí misma, o de sí misma acordarse

María se turbó ante el saludo divino, cuyo contenido indudablemente la sorprendió del todo —no la hubiera sorprendido de entender que Dios solamente se limitaba a decirla que era agraciada o estaba en gracia, pues esto indudablemente ya lo sabía.

Y como Virgen prudente reflexionaba sobre él, intentando desentrañar su verdadero significado, su verdadero y abisal alcance, que se resistía a admitir en su humildad.

Algunos se extrañan de esa turbación y sorpresa. Por el contrario, ambas cosas nos muestran que María es la verdadera Amante del Corazón de Jesús: la AMANTE por antonomasia.

El que ama no tiene ojos más que para mirar al Amado,

contemplando su hermosura y gozándose en ella. No le quedan fuerzas ni actividad para contemplarse a sí mismo, para ver su propia hermosura. La actividad que uno emplea en mirarse a sí mismo, olerse a sí mismo, complacerse en sí mismo, es actividad restada al Amado, y por tanto al amor, para satisfacerla en el propio egoísmo.

El verdadero amor es como un velo que cubre la propia virtud y hermosura, para que toda la energía del alma se ocupe en contemplar la virtud y hermosura del Amado y gozarse en ella.

Por eso, la sorpresa y extrañeza —e incluso turbación (Lc. 1,29)— de María, al sentirse llamada por Dios «llena de gracia», nos indica la profundidad abisal de su amor y de su humildad.

Aunque a nuestra vanidad y egoísmo le resulte incomprensible, esa extrañeza y turbación de María nos muestra con toda evidencia que de tal modo estuvo siempre la Virgen absorta en la contemplación divina que jamás, ni por un momento, tuvo ocio para mirarse a sí misma, para contemplar su propia hermosura.

Dios se complacía en esa hermosura de su sierva; pero Ella sólo se complacía en la hermosura divina, sólo esa hermosura contemplaba, sólo esa hermosura juzgaba digna de admiración y alabanza.

En tales disposiciones, el hasta entonces jamás oído saludo de Dios, no podía menos de extrañarla, y aun turbarla.

Dios, al llamarle la atención sobre la hermosura de que está llena, y en la que Dios mismo se complace, la hace contemplar un mundo —el de su propia alma— para Ella totalmente desconocido, porque jamás ha tenido para él ni una mirada.

Y su turbación sigue, porque enamorada como está totalmente, no puede concebir valga la pena mencionar o ponderar hermosura alguna, fuera de la infinita de Dios, que la tiene enamorada.

No duda de la verdad del saludo divino —tanto más que en él se entraña que su hermosura es recibida—; pero la turba y extraña que pueda fijarse la atención en una hermosura creada y recibida, cuando existe, y está siempre pre-

sente en su mente y en su corazón, la hermosura increada infinita en la que deliciosamente sumergirse.

La segunda parte del saludo —«El Señor es contigo»— ciertamente no le extrañó. Lo había sentido siempre consigo, dirigiéndola, y orientándola. Tanto que su vida se había reducido a un «Sí» continuo a sus mociones y exigencias. Al amor no se opone el sentir la presencia del Amado, para dar gusto hasta a sus más mínimos deseos.

Sí, en cambio, debió turbarla y sorprenderla también la tercera parte del saludo, aunque no tanto como la primera: «Bendita tú entre las mujeres» (Lc. 1,28).

Para Ella, la «Bendita entre todas las mujeres» había de ser la Madre del Verbo Encarnado, la Madre del Mesías prometido. Y hemos visto que jamás, en su humildad, había ni remotamente sospechado que Dios la destinara a ser la Madre de su Hijo.

Sabía, sí, que Dios quería le diera en el mundo todo su amor, le sirviera de refugio y consuelo con su total entrega, según vimos Dios mismo le pidió. Pero esa misión podía cumplirse con su entrega y amor interior, sin que ni siquiera fuera necesario que tuviera contacto o trato alguno externo con el Verbo Encarnado, cual necesariamente lo había de tener la que fuera elegida para ser Madre suya.

5. Dios manifiesta su voluntad a María

El ángel cortó sus reflexiones, pasando, tras el saludo, a manifestarle la voluntad divina sobre Ella: la quiere Madre del Verbo Encarnado, y por eso es bendita entre todas las mujeres; por eso también llena de gracia, que no puede menos de serlo quien contendrá en su seno al Autor mismo de la gracia, que como río de vida nacerá y manará de Ella, para elevar y embellecer la creación entera.

Y todo eso lo quiere Dios en Ella y por Ella, porque gratuitamente se ha complacido en Ella, que es como don perfecto del Amor Divino.

«No temas, María, porque hallaste gracia delante del Señor: He aquí que concebirás en tu seno, y parirás un Hijo

y llamarás su nombre Jesús (= Salvador). El será grande, y se llamará —y por tanto será, pues el nombre que Dios pone es siempre verdadero— Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David su padre; y reinará eternamente en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin» (Lc. 1,31-33).

6. Dios se muestra seguro de la respuesta de María

Los Padres y Doctores Santos —especialmente San Bernardo— insisten, a veces patéticamente, ante la Virgen María, para que se apresure a dar a la voluntad divina su consentimiento, del que depende la salvación del mundo, como temerosos de que pudiera negarlo.

Esta posibilidad puede ser muy verdadera; pero sólo retroactivamente y como en causa, por lo que se refiere a la primera entrega según toda la capacidad radical de su libertad, hecha a Dios por la Virgen María de todo su ser, en el primer instante de su Inmaculada Concepción, según vimos más arriba.

Pero puesta esa entrega totalmente libre e irretractable, ya es de todo punto imposible que María diga un «No» a Dios, o que resista a su determinación claramente expresada de hacerla Madre de Dios: Ella es la esclava del Señor, y siempre será su único deseo cumplir su voluntad.

Y en efecto, aunque Dios espere para encarnarse de hecho el «Sí» de María, le anuncia de modo absoluto que se obrará en Ella el misterio de la Encarnación, no mostrando la menor duda acerca de la reacción de María, de la que está seguro.

Sabe que es suya por decisión libre irrevocable, y que jamás le dirá un «No»: «Concebirás en tu seno, y parirás un Hijo, y le pondrás por nombre Jesús» (Lc. 1,31). Esas palabras no expresan sólo un deseo divino, sino un hecho que infaliblemente tendrá lugar.

Tampoco María, en su respuesta, pone en lo más mínimo en duda su total aquiescencia a la voluntad divina. Sólo quiere saber el modo de llevarla a efecto, sin salirse poco o

mucho de su beneplácito: «¿Cómo será hecho esto, siendo así que no conozco varón?» (Lc. 1,34).

No duda de que se hará, ni pone objección alguna a que se haga. Sólo quiere saber cuál ha de ser su cooperación a esa obra divina, qué es lo que Dios le pide que Ella ponga.

7. La pregunta de María no expresa resistencia: tan solo muestra que había determinado, bajo la acción del Espíritu Santo, ser perpetuamente virgen, y que sabía que Dios quería de modo absoluto esa virginidad suya

Sus palabras muestran que había consagrado a Dios su virginidad con propósito o voto perpetuo. De no haber tal consagración, no tendría sentido alguno su pregunta.

En efecto, estaba desposada (Lc. 1,27), y aunque todavía era virgen (Lc. 1,27, donde la llama virgen por dos veces), podía legalmente usar del matrimonio cuando quisiera.

Dios le anuncia en futuro: «Concebirás en tu seno, y parirás un Hijo». No en presente —«estás concibiendo»—, ni en pasado —«concebiste»—. Y la misma Virgen entiende las palabras de Dios de un futuro, más o menos próximo: «¿Cómo se hará esto?» —No: «¿Cómo se ha hecho esto?».

Si no tuviera intención de mantenerse siempre virgen carecería de todo sentido su pregunta: tendría el hijo, o lo concebiría, cuando por vez primera usara del matrimonio, cual acaeció en otras promesas similares de nacimiento futuro en el Antiguo Testamento —vgr. Isaac y Sansón—, que se concibieron de modo natural tras la promesa, cual muy bien María sabía.

Si, pues, la Virgen María pregunta cómo va a llevarse a cabo la promesa o anuncio divino, por cuanto Ella no conoce varón, es porque tampoco piensa conocerlo en el futuro, y está además persuadida de que tal es el beneplácito divino respecto de Ella.

Si, pues, pregunta el «cómo», es para saber, descartado el modo de generación natural, que sabe Dios no quiere de Ella, qué otra clase de cooperación pueda Dios desear de Ella.

Es su ansia de cooperar con Dios según sus divinos deseos lo que la mueve a hacer la pregunta, no resistencia alguna a su querer.

Ello muestra clarísimamente que María había consagrado a Dios su virginidad perpetua. Y que había hecho esa consagración plenamente consciente de que el Espíritu Santo la impulsaba a ella: impulso al que, como siempre, dijo «Sí».

Por eso sabía que Dios *quería* su virginidad, aunque el mismo Espíritu Santo, desconcertantemente para la razón humana —pero ya vimos que ésta no contaba en María para nada, sometida como la tenía por la fe al Divino Espíritu— la hubiera movido a desposarse con José.

Por eso *sabe* que la cooperación que Dios le pide para ser su Madre *no es* el uso natural del matrimonio —al que el mismo Dios la ha impulsado a renunciar para siempre—. Y de ahí que pregunte, no como incrédula a la palabra divina, sino como deseosa de saber qué clase de cooperación le pide Dios, para prestarla: «¿Cómo se hará esto?».

De ahí que esa pregunta manifiesta en Ella su adhesión profunda, su fe absoluta en la palabra de Dios.

De ahí que Isabel le diga más tarde: «Dichosa tú, que creíste, porque se cumplirán en ti cuantas cosas te dijo el Señor» (Lc. 1,45).

Mientras casi la misma pregunta material de Zacarías: «¿de dónde sabré yo esto? pues soy anciano, y también lo es mi esposa» (Lc. 1,18) refleja incredulidad a la palabra de Dios, a pesar de tener el precedente de Isaac, engendrado por sus padres en plena ancianidad; y por eso mereció castigo (Lc. 1,20).

8. Su consagración virginal parece implicó por parte de María la renuncia a toda posible ilusión de ser Madre de Dios

Añadamos finalmente que esta determinación virginal de María, hecha bajo la moción consciente divina, implicaba

probablemente por parte de Ella la renuncia a toda posible esperanza o ilusión concreta de ser Madre del Salvador.

No le importaba ser Madre del Salvador —nunca pensó en sí misma—, sino sólo cumplir en cada momento la voluntad divina, y consolar así, y acompañar al futuro Salvador, «cuyo manjar había de ser cumplir la voluntad del Padre» (Joan. 4,34).

En efecto, una de las razones —ciertamente no la única— por las que la mujer judía —y especialmente la de la rama de David— ansiaba tanto la fecundidad, era la vaga esperanza de llegar a ser, mediata o inmediatamente, la Madre del Mesías.

Dirá alguno que María debía saber que el Salvador había de nacer de una virgen, pues así estaba profetizado en Isaías (7,14), y que por consiguiente no hubo tal renuncia a esa esperanza en su voto de virginidad hecho para agradar a Dios.

Personalmente creemos lo desconocía.

El Espíritu Santo suele tan sólo aclarar al alma lo que de presente quiere de ella —cual hará a continuación con María por medio del ángel—. Y así no parece que le aclarara precedentemente el modo virginal de nacimiento del Salvador, limitándose sólo a declararle que la deseaba siempre virgen.

Respecto al conocimiento general de la Escritura, externamente adquirido, la Virgen, que probablemente jamás tuvo ocasión de leerla, al menos completa, no tenía otro conocimiento que el que pudieran transmitirle oralmente o por lectura comentada los sacerdotes y escribas. Y la interpretación de éstos acerca de la virginidad de la futura Madre del Mesías no parece fuera mucho más acertada de lo que hoy sigue siendo la interpretación oficial judía, que pertinazmente la niega.

No es que la Virgen María compartiera positivamente esta interpretación —estaba exenta de error, cuya posibilidad es en nosotros consecuencia del pecado original, que Ella no contrajo—. Simplemente *desconocía*, o no sabía que la Madre del Mesías había de ser virgen, porque ni el Espíritu Santo se lo había dado a conocer todavía, ni los maestros humanos se lo habían enseñado.

Respecto a la enseñanza de éstos, María, sometida como estaba totalmente a la dirección del Espíritu Santo, sólo aceptaba como cierto lo que el Espíritu Santo la impulsaba a aceptar —y por tanto sólo lo verdadero—. Cuando esta moción divina faltaba, se limitaba a suspender el juicio, pues nada hacía ni juzgaba sino movida por el Espíritu Santo. De ahí que todo error en Ella era imposible.

Dios responde a la pregunta de María diciéndole que todo será obra divina: la única colaboración que pide de Ella es su plena aceptación de esa obra. Como siempre, de María sólo quiere su «Sí» a la voluntad divina: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el Poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por eso el fruto santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios» (Lc. 1,35).

María da entonces la colaboración que se le pide. Y la da consciente de que todo va a ser obra divina, y no de Ella, con humildad total.

Por eso no dice: «He aquí la esclava del Señor, *haré* cuanto tú digas» —conclusión lógica de quien se siente esclava—; sino, sorprendentemente, y con la verdad de la humildad: «He aquí la esclava del Señor, *hágase* —o sea hecho— en mí según tu palabra» (Lc. 1,38).

Es la pasividad total, el abandono sumo a la acción divina propio de la creatura. Dios es siempre el principio activo; la creatura, como recibida, el principio pasivo, receptivo de la acción divina.

Dios puede hacer en y con la creatura cuanto quiera —«nada hay imposible para Dios» (Lc. 1,37)—, si la creatura no resiste a su acción. Y el fruto resultante se mide, no por la acción de Dios, sino por la cuantía de la entrega de la creatura a la recepción de esa acción.

Cuál fuera la entrega de María, su docilidad a la acción divina, su conformidad de voluntad con el Padre, nos lo muestra el fruto de ella, Cristo Jesús, el Verbo hecho Hombre, que de Ella nace.

9. María, la tierra virgen que nos germinó al Salvador

Por eso María simboliza y tipifica la tierra —Ella es «la Tierra virgen que nos germinó al Salvador»—, y con la tierra la creación entera, que había de ser pasiva a la acción divina.

Toda la pasividad, toda la entrega rendida de que era capaz la creación entera, y que Dios de ella desea, se condensa en la Virgen, se halla en ese «Sí» de la Virgen: «Hágase en mí según tu palabra».

Por eso ese «Sí» de la Virgen da a Dios la gloria que de la creación esperara, justificando así esa misma creación.

Por eso algo creado —la Virgen María— es capaz de producir bajo la acción divina, a la que no pone límite, un fruto verdaderamente divino, Cristo Jesús, Dios con nosotros.

Por eso rezamos en Adviento, repitiendo y como renovando el misterio obrado en la encarnación: «Cielos, enviad vuestro rocío desde lo alto ...ábrase la tierra y germine al Salvador» (Liturgia de Adviento).

Lección sublime de humildad, pasividad, y entrega rendida a la acción divina, que nos da la Virgen a cuantos no pensamos más que en obrar nosotros y en tomar iniciativas que, precisamente por ser iniciativas, por ser nuestras, sólo esterilidad pueden producir.

10. La pasividad y rendición total del «sí» de María, y su asociación abisalmente humilde a la actividad del Padre Eterno.

En ese «Sí» lleno de humildad y entrega incomprensible, transido de pasividad y rendición, alcanza la voluntad de María la máxima unión absolutamente posible con la voluntad divina, la máxima asociación posible a la actividad del Padre: unión y asociación que eternamente conservará, pues Dios nunca se arrepiente de sus dones.

En virtud de esa unión y asociación forman como un principio único del que procede el Verbo encarnado.

Cristo, Dios y Hombre verdadero, será a la vez todo El Hijo del Padre; y todo El Hijo de la Virgen María, como

fruto único de la actividad de entrambos. Por eso María es Madre de Dios.

Aunque proceda de ambos bajo distinto aspecto.

Del Padre como de principio activo, que obra en María por su Amor y su Poder substancial, el Espíritu Santo —poder o virtud del Altísimo (Lc. 1,35)—. De María como de principio pasivo, que se deja impregnar y llenar del amor activo divino, que se deja cubrir por la sombra del Poder infinito omnipotente del Altísimo, que la envuelve como nube fecundante.

De María, como creatura, procede la naturaleza humana de Cristo, también creada. Del Padre procede, de toda eternidad, la naturaleza divina de Cristo, la misma del Padre, y por eso eterna e increada.

Pero Cristo es uno. Y así todo El —aunque no totalmente— procede del Padre; y todo El —aunque no totalmente— de la Virgen María. Aunque sean tan diferentes los aspectos de esa procedencia cuanto son diferentes el Creador y la creatura, aun en el caso de que ésta sea asociada a la actividad divina hasta el punto de hacerla Madre de Dios.

Por eso la unión de voluntades —divina del Padre y humana de María—, y la asociación de actividades, es tan alta y profunda que constituye un misterio que ni aun en el cielo alcanzaremos a desvelar del todo, aunque allí llegaremos a entenderlo a la luz de la visión divina.

«Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros» (Joan. 1,14). Al «Sí» de María sigue, como efecto a su causa, la Encarnación del Verbo.

María, como toda Madre, sabe lo que concibe, conoce al Hijo que concibe. Siendo el Verbo lo que en su seno concibe, conoce al Verbo, sabe el alcance de su concepción.

Mas el Verbo no puede propiamente ser conocido sino mediante la visión divina. Por eso es opinión común que la Virgen María tuvo, en su concepción del Verbo, la visión divina transeunte, como la tuviera en su propia Inmaculada Concepción, aunque más elevada, pues ahora la tiene como Madre de Dios.

De esa visión nada diremos, por haberla ya descrito.

Baste advertir que María, en virtud de ella y de su re-

cuerdo posterior, no sólo *creía* que su Hijo era Dios —y lo *creía* porque la visión fue sólo transeúnte, por lo que posteriormente ya no contemplaba su divina esencia—, sino que también *sabía* y como palpaba que era Dios, porque recordaba haberlo visto como Dios al concebirlo en sus entrañas.

Ella es la gran ADORADORA de Cristo en la tierra.

11. El «sí» de María lleva a la perfección definitiva su consagración al Corazón de Jesús.

De este modo, el «Sí» de la Maternidad lleva a la perfección definitiva la consagración de María al Corazón de Jesús.

Vimos cómo todas sus fuerzas sensitivas suspiraban por Dios, se ordenaban y orientaban a Dios. Pero, como sensitivas, no podían alcanzarlo.

Hecho Dios Hombre, todas esas fuerzas sensitivas encuentran a Dios, sirven a Dios, se vuelcan en Dios, no menos que las fuerzas espirituales de María.

Toda su fuerza se concentra en Dios: sus ojos miran a Dios y en El se deleitan, sus oídos oyen a Dios, sus labios lo besan, su lengua le habla, sus manos lo llevan y acarician, porque «quien me ve a Mí ve a mi Padre» (Joan. 14,9), porque ese Hombre es Dios. Y así nada queda en María que no esté al servicio enamorado de Dios.

Por eso sólo entonces Ella, satisfecha de haber por fin encontrado el objeto de sus deseos, canta su dicha diciendo: «Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu exulta de gozo en Dios mi Salvador» (Lc. 1,46.47).

Y en esa misma Maternidad se inicia y lleva a término y perfección la reparación deseada por el Corazón de Jesús, sintiendo en adelante con su Hijo, sufriendo con su Hijo y por su Hijo, compensando con su amor todas las ofensas y frialdad de los hombres.

Reparación que alcanzará su cima inefable al pie de la cruz.

Capítulo IX

LA ACEPTACION DE LA MATERNIDAD HUMANA: SU HEROISMO. AMPLITUD DE LA REPARACION DE MARIA

«He aquí la esclava del Señor: hágase en Mí según tu palabra.»

(Lc. 1,38)

«Comenzó a sentir tedio y pavor.»

(Mc. 14,33)

«Venid, comed mi Pan, y bebed el vino que os preparé.»

(Prov. 9,5)

«Llegaos a Mí cuantos me amais, y saciaos del Fruto que yo engendré.»

(Eccli. 24,26)

«Y su Fruto es dulce a mi paladar.»

(Cant. Cant. 2,3)

1. María sabe que su «sí» a Dios la hace también Madre virginal nuestra.

La aceptación de la Maternidad divina llevaba consigo, directamente implicada, la aceptación de la Maternidad humana.

Cristo, al hacerse Hombre, nos incorpora a Sí mismo como miembros suyos, unidos a El, que es la Cabeza. Y María es Madre del Cristo entero, tanto del físico como del místico, tanto de la Cabeza como de los miembros.

Por eso nos dice San Bernardo que desde el momento de la Encarnación nos llevó también en su seno, de modo misterioso, a todos los elegidos. Como de modo no menos misterioso nos tuvo Jesús presentes y nos amó con amor infinito como a miembros suyos desde el primer instante de su existencia en el seno de María (Denz. 2289).

María sabe que al decir: «He aquí la esclava del Señor, hágase en Mi según tu palabra», no sólo queda constituida Madre de Jesús, sino también de nosotros los hombres, con todas las consecuencias que tal Maternidad implica, pues tal era la voluntad de Dios, a la que Ella totalmente adhería.

Y nos engendra a todos hijos suyos con la misma virginidad con que engendra a Cristo, es decir, por el solo acto libre de su voluntad, enriquecida con un amor inagotable, que se dará entero sin disminuirse o dividirse a todos y cada uno de sus hijos.

Si la faceta de Madre de Jesús tenía que llenar de gozo su alma enamorada de Dios —y así lo expresa Ella misma en el *Magnificat*—, la otra faceta de Madre nuestra comporta un heroismo por parte de Ella que jamás podremos alcanzar a comprender, jamás podremos bastante agradecer.

Acepta como verdaderos hijos suyos, y como a hijos reales los amará ya siempre, a quienes sabe son la causa de la muerte de su Hijo Jesús, a los pecadores y míseros, a todos los desgraciados hijos de Eva, y se compromete a criarlos y desarrollarlos como Madre hasta que de esa insignificancia nuestra, cuando no simple basura y podredumbre, que

es lo más frecuente, saque la imagen viva, perfecta y hermosísima de su Hijo Jesús.

Y a cada uno trata con el mismo afecto y ternura con que cuidó y trató a su Hijo Jesús.

Y como Madre siente los dolores de todos, se asocia a los goces de todos, se responsabiliza de las deudas —¡y qué deudas!— de todos, haciéndolas suyas para pagarlas; hace suyos, Ella inocentísima, los pecados de todos, para expiarlos y repararlos, pues todo lo de sus hijos lo considera como suyo, le afecta tanto y más que si fuera propio.

2. Su aceptación la asocia por nuevo título a la Pasión de Cristo.

Así se asocia de un modo maravillosamente íntimo a la Pasión redentora de su Hijo.

Como para Cristo todo era gozo mirando a su Padre y a su Madre María, y todo era dolor y pasión mirando a los hombres que había de redimir con sus sufrimientos y su muerte; así para María todo era gozo mirando a su Jesús, todo pena, preocupación, amargura y pasión mirando a los hombres sus hijos, a quienes había de elevar a la dicha de ser perfectos hijos de Dios.

Como la de Cristo, también toda la vida de la Virgen María fue cruz y martirio, engendrado por el amor inefable que nos tiene.

Y en toda esa extensión casi infinita de su acción a cada uno de nosotros, obra siempre en todos y cada uno con el amor total, la entrega entera, la ternura incomprensible y sin medida, y el poder omnímodo propios de la que es Madre de Dios. Pues en toda acción suya obra María con la perfección suma que alcanza al ser Madre de Dios.

3. Al aceptarnos como hijos se convierte en la gran reparadora del Corazón de Jesús.

En esta función y realidad suya de Madre nuestra, plenamente aceptada y querida, alcanza la reparación de María un grado, intensidad y amplitud que supera toda medida.

Ella hace suyos todos los pecados de los hombres, y compensa a Jesús por ellos con su inocencia, con el dolor vivísimo que le producen transpasando su alma, porque son ofensas a su Jesús.

Ella le consuela de la ingratitud nuestra con su amor, de nuestra frialdad con su devoción, entrega y ternura, de la imperfección de nuestro dolor de los pecados con el dolor vivísimo que Ella por ellos siente: por eso tan fácilmente nos los perdona reiteradamente Jesús, porque quiere aliviar el dolor de Ella.

Ella le sirve de refugio cuando el Corazón de Jesús se cansa de los hombres, sintiéndose entre ellos «triste hasta la muerte», y lleno de «tedio y de pavor» (Mc. 14,33.34) ante la malicia y perversidad nuestra: y María le da asilo en su Corazón, y allí nos presenta a El de nuevo como sus hijos, logrando que, por amor a Ella, no se canse de nosotros.

Cuando contemplo mi propia maldad, ingratitud y frialdad, y veo cómo Jesús sigue siempre amándome y atrayéndome —«Con un amor eterno yo te he amado, y por eso misericordioso te atraje a Mí» (Jer. 31,3)—, no puedo menos de pensar una cosa: Que así como el Verbo no quiso hacerse hombre —diríamos: no se atrevía a hacerse hombre, a entregarse a esta manada de lobos que le despedazaría—, sin asegurarse previamente, según vimos, el amor total del Corazón de María que le consolaría y haría compañía; así, ya hecho hombre, como temeroso de hartarse de los hombres y cansarse de ellos por la tristeza, tedio y pavor que le causamos, quiso hacer a su Madre madre nuestra, como para estar así seguro de que jamás se cansaría de nosotros, ni nos abandonaría dejándonos a nuestra suerte, para no disgustar a su Madre que tanto nos ama.

Quiso que su Madre fuera, no sólo su compañera y consoladora, sino también la fuente de donde sacara paciencia

inagotable, entrega sin límites, aguante incansable con nosotros.

Por eso, cuando reiteradamente nos confesamos de los mismos pecados, en los que de continuo volvemos a recaer mostrando lo lábil de nuestro arrepentimiento, el alma que ofrece a Jesús, no el propio dolor, sino el de la Virgen María, siente la seguridad de ser incansable y totalmente perdonada. Sólo Jesús podría llegar a cansarse de mí un día, si llegara a cansarse de su Madre. Y siendo esto imposible, jamás se cansará de mí, mientras yo me presente a El con Ella.

4. Jesús instituyó la Eucaristía para satisfacer el amor que María nos tiene como Madre nuestra.

Y si Jesús se abrazó a la pasión por amor a su Padre, para cumplir el mandato del Padre y mostrarle su amor, aunque con tristeza de todo, tedio de los amigos que lo abandonan, pavor de la manada de lobos que buscan su vida —y todos, como lobos, la hemos buscado muchas veces crucificándole al pecar—, la monstruosidad y locura que se le ocurrió al perpetuar su pasión y muerte en la Eucaristía, entregándose por siempre al ludibrio de todos, a la frialdad e ingratitud de todos, a las profanaciones de todos, con una pasividad aun mayor de la que mostró en su pasión, se debió a su deseo de complacer a la Virgen María, de mostrarle cuánto nos amaba por ser hijos suyos.

De la institución de la Eucaristía no aparece, que sepamos, en parte alguna, ni mandato, ni aun deseo del Padre Eterno.

Era demasiada humillación para su Hijo, como para que el Padre la deseara. Bastaba para nuestra redención la humillación temporal de su Hijo, su muerte por obediencia, seguida de su glorificación. En ningún momento entraba en sus planes la humillación y anonadamiento permanentes de su Hijo amado, involucrados en la pasión eucarística.

Mas la Virgen nos contempló como hijitos tan enclen-

ques, tan pequeñines, tan desmedrados, que debió decir a su Jesús:

«¿Cómo me las voy a arreglar para alimentar, criar y desarrollar, hasta hacerlos como Tú, a estas birrias que me has dado como hijos, y a los que como hijos amo? Yo te dí mi carne y sangre como herencia, y se la querría dar también a ellos como herencia y alimento; pero a tanto no llega mi poder, que soy pobre creatura, simple esclava del Señor. Mas Tú, que eres Dios, podrías darles tu carne y sangre —que son también míos— como alimento. Sólo así conseguiremos criarlos, transformarlos, hacerlos como Tú perfectos hijos de Dios, transformados en Ti, asimilados por Ti que irás como sustituyendo todo su ser frágil y pecador con tu ser divino e inocente, al ser su alimento».

Por eso Jesús instituyó la Eucaristía, aunque su Padre no se lo había pedido, haciendo permanente su sacrificio, su pasión y humillación hasta que hubiera hombres que salvar, para servirles a todos de alimento, de compañero, de consolador, de imán que volviera a atraerles a todos desde el Sagrario cada vez que se desviaran en pos de las creaturas.

Jesús «cuyo manjar era hacer la voluntad del Padre», nada hacía, ni aún nada podía ocurrírsele hacer, sino lo que el Padre deseaba. Si, pues, se le ocurrió instituir la Eucaristía sin que el Padre le manifestara deseo alguno de que lo hiciera, es porque la Virgen Madre se lo pidió.

Por eso Jesús, sujeto siempre a la voluntad del Padre, por complacer a su Madre, le pide permiso para hacer lo que el Padre no le había indicado, cual se nos indica en el Canon Romano de la Misa: «Tomó pan en sus santas y venerables manos, y elevando sus ojos al cielo, hacia Ti, Dios, Padre suyo Todopoderoso, dándote gracias, y bendiciendo...».

Evidentemente, eleva sus ojos hacia su Padre para pedirle autorización para hacer lo que quiere instituir.

Y el Padre, por complacer los deseos de la Virgen, LA AMADA, y los deseos de su Hijo, da la autorización pedida, y por ella Jesús da gracias al Padre, porque le permite complacer a su Madre en esa locura, que El también, como Hijo suyo, comparte: «Dándote gracias, y bendiciendo lo partió,

lo dio a sus discípulos y dijo: Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado (o: que se entrega) por vosotros».

5. La Eucaristía es don y regalo de nuestra Madre.

Si la Pasión de Cristo, y el mismo Cristo, son don del amor infinito con que nos ama el Padre Eterno, bien podemos decir que la Eucaristía —el Jesús permanentemente presente entre nosotros, doliente por nosotros, simpatizante y compadeciente con cada uno de nosotros, nuestro alimento divino y compañero fiel— es don del amor de nuestra Madre la Virgen.

O mejor: don del Padre Eterno —de quien proviene todo don perfecto, y ¿qué don puede haber más perfecto que el de Jesús Eucaristía?

Pero don concedido por el Padre sólo en atención al amor con que la Virgen nos ama. Por el Padre que dio a la Virgen un corazón que tal don nos deseara, y con tal amor nos amara.

Y por eso, la Virgen, que lo sabe, es Compañera fiel y Adoradora en todos los sagrarios de la tierra: la Gran Reparadora en todos ellos de nuestro abandono, frialdad, desatención y ofensas. No puede dejar sólo a su Jesús, siendo Ella la que le ha inducido a quedarse con nosotros.

Ella es la que hace que Jesús ni se arrepienta ni se canse de haberse quedado con nosotros, al verse arropado con el amor de su Madre.

Mas si es incomprensible la adoración y amor con que lo atiende en su pasión eucarística, no menos incomprensible es el amor a nosotros con que en la Eucaristía nos lo entrega, y la angustia que en esa entrega le causamos.

Como en Belén lo puso en manos de los pastores, aunque angustiada por si pudieran sin querer hacerle daño o dejarle caer, así lo pone ahora en nuestro corazón, con la angustia de que se lo tratemos mal, lo dejemos caer por el pecado, lo traicionemos peor que Judas, entregándolo reiteradamente en manos de sus enemigos.

Cuántas veces sabe que el mismo día que nos lo entrega en la comunión lo vamos a traicionar, vamos a pecar mortalmente. Mas nos ama tanto que no por eso nos lo niega.

La madre no deja de dar alimento a sus hijos —alimento cuyo coste sólo ella sabe—, porque los hijos no lo aprovechen o lo arrojen; antes procura hacerlo más exquisito cada día. Y María nos ama más que toda Madre: el alimento que nos da es el más valioso que concebirse pueda; pero por mal que lo tratemos, siempre vuelve a dárnoslo.

Y ansiosa de nuestro crecimiento y desarrollo, como Madre tierna nos porfía: «Ven, come mi Pan, bebe el vino que Yo misma te preparé y aromaticé... llégate a Mí, tú que me amas como hijo aunque seas ruin, sáciate del Fruto divino que yo engendré para alimentarte a ti» (Prov. 9,5; Eccli. 24,26); y aunque al principio no te guste, por estar estragado y enfermo tu paladar, ya verás como Yo acabaré arreglándolo de tal modo que «mi Fruto será lo más dulce y agradable para tu paladar, lo más delicioso para tu alma» (Cant. Cant. 2,3).

Tanto amor me tiene, que sacrifica a su mismo Hijo por mí.

Pero en ese sacrificio no lo abandona su amor, que combinando maravillosamente el amor a Jesús y a nosotros —todos somos sus hijos—, lo acompaña cuando me lo entrega.

Si en el Sagrario no lo deja solo, tampoco en mi corazón lo deja sólo. Allí está amándolo por mí, supliendo mis descuidos, compensando la pobreza de mi amor con la riqueza del suyo, para que Jesús esté en mí contento, pese a mi frialdad.

Es ella quien le ama por mí y en mí, y así le hace establecer en mí su morada permanente, para no alejarse de su Madre, cuyo amor tanto le gusta recibir, cuyas caricias le hacen feliz en la covacha de mi corazón, como le hicieron feliz en la cueva de Belén.

Y si le arrojo de mí por el pecado libre, y le entrego a sus enemigos, con El se va su Madre, para acompañarle y consolarle en su pasión renovada.

Y es tanta la delicia que Jesús siente de verse así amado

y mimado por su Madre, en su pasión eucarística, que aunque muchas veces con tedio y pavor se me dé, sabiendo voy pronto a traicionarle, siempre vuelve a tener gusto en dárseme, para poder recibir en mí las ternuras de su Madre.

Capítulo X

REPERCUSION DE ESA DOBLE ACEPTACION EN LA ACTUACION DE MARIA CON LOS VIADORES Y LOS BIENAVENTURADOS

«Dichosa Tú, que creíste, porque se cumplirán en Ti cuantas cosas te fueron dichas por el Señor.»

(Lc. 1,45).

«A mis pechos seréis llevados, y sobre mis rodillas acariciados.»

(Is. 66,12).

«Mis amados hijos morarán reclinados en mi pecho.»

(Cant. Cant. 1,12).

«Nos alegraremos y regocijaremos en Ti, al recordarnos de tu amor de madre que nos lleva reclinados en su seno.»

(Cant. Cant. 1,3).

«El que sea y se sienta pequeñín, que venga a Mí.»

(Prov. 9,4).

1. María ama a Dios como Madre nuestra, y a nosotros como Madre de Dios: todo acto de amor suyo lleva el sello de su doble Maternidad

No describiremos la actuación misma de María, pues de ella pensamos tratar en la MATERNIDAD VIRGINAL.

Sólo queremos aquí llamar la atención sobre dos aspectos de ella, que la informan, y en gran parte la moldean y troquelan: la perfección, y la eternidad siempre actual de esa actuación materna.

María, la que nunca escatima nada a Dios, obra siempre y en todo con la perfección y amor sumo de que es radicalmente capaz.

Mas vimos que esa capacidad alcanza su cima intranspasable —por estar en los mismos confines de la perfección divina— en el acto con que se constituye Madre de Dios y Madre nuestra.

En adelante, pues, en toda manifestación o actuación de su amor se hallará toda la plenitud de amor propia de la Madre de Dios y Madre nuestra, y toda la ternura y eficacia incomparable que ese amor incomprensible entraña.

Toda su actuación tiene esos dos matices.

Ama a Dios, no sólo como Madre de Dios, mas también como Madre nuestra —María es *una,* y no puede escindirse en dos—. Y por eso todo su amor a Dios es a la vez un amor que revierte en nosotros, intercediendo por nosotros, mereciéndonos toda clase de bienes con su amor a Dios y el inefable agrado que le da.

Y nos ama a nosotros, no sólo como Madre nuestra, sino como Madre de Dios, con todo el poder, toda la riqueza, todo el abismo infinito de bienes, que ese amor suyo de Madre de Dios pone a su disposición: poder y riqueza prácticamente infinitos, usados en favor de cada uno de nosotros por su amor de Madre nuestra.

Y en realidad, últimamente, el amor de Madre de Dios y el de Madre nuestra es el mismo y único, pues nos ama con el mismo e idéntico amor con que ama a Jesús, por vernos miembros suyos.

Cada uno de nosotros puede así con verdad decir: Me

ama la Virgen, y me cuida, con el mismo amor, la misma ternura, el mismo desvelo, con que lo hiciera a su Jesús (Pío XII, Denz. 2291).

Es más: es amándome a mí como muestra su amor a su Jesús. Como era cuidando de su cuerpo físico y de sus miembros que le mostraba en vida el amor que le tenía.

Y esa actuación materna —tanto en relación a Jesús como en relación a nosotros—, es en cierto modo eterna, participa de la eternidad siempre actual de la actividad divina.

En otros términos, las maternidades que conocemos en el orden natural son más o menos transeúntes, y, en cierto modo, también lo son las relaciones que engendran.

La Maternidad de la Virgen, en cambio, no es transeúnte, ni tampoco las relaciones que engendra, aunque desde nuestro punto de vista empiece en el tiempo.

Ella es siempre actualmente Madre, y nosotros siempre actualmente sus hijos. Como la pasión de Cristo, actuación de Dios en el tiempo, es siempre válida y plenamente actual para todo tiempo: para ahora, para después, y para antes, pues también salva a cuantos vivieron antes de Cristo y creyeron en El.

2. La generación divina eterna, y la generación creada transeúnte

Quizá por otro camino expresemos mejor lo que queremos decir.

Es evidente que la Virgen María participó de la fecundidad del Padre Eterno en un grado incomparablemente superior al de toda creatura. En realidad, en el grado máximo posible, que llega a los confines de la misma fecundidad del Padre, pues que el resultado de su fecundidad es que el mismo que es Hijo del Padre es también Hijo de Ella.

Mas la generación del Padre —«de quien deriva y toma nombre toda paternidad en los cielos y en la tierra» (Ef. 3,15)— es eterna: el Hijo está siempre actualmente procediendo de El, engendrándose de El —«Yo hoy te he engen-

drado» (Sal. 2,7)—, naciendo de El, recibiéndose de El, aunque en todo instante esté recibido con toda la plenitud infinita.

Si observamos la fecundidad natural —participación de la del Padre Eterno— vemos se acerca tanto más a esa actualidad cuanto es más perfecto el ser —tanto engendrante como engendrado—.

La célula que es fecunda por simple división genera sólo en su división. Toda relación de dependencia se rompe con la división misma. Y algo similar sucede con los vegetales, cuya relación se rompe no más desprendida la semilla.

Los insectos ponen sus huevos. Ya puestos, continúa breve tiempo la dependencia de origen, mientras los protegen preparándoles albergue y alimento para el futuro. Sin esa dependencia posterior a la puesta del huevo, éste no llegaría a sobrevivir, por lo que evidentemente ese cuidado forma parte integrante de la misma fecundidad. Pero pasado ese breve período, toda dependencia se rompe, y el huevo queda abandonado a su suerte: la fecundidad es transeúnte, deja de actuar. Y el hijo jamás conocerá a sus padres, como los padres no conocerán al hijo cuando nazca.

Algo semejante sucede con los peces, que ponen los huevos, los fecundan, y los protegen y disimulan. Pero hecho esto, los abandonan y desconocen hasta el punto de que cuando nazcan los alevines el pez grande no vacilará en comérselos aunque biológicamente sean sus hijos: ni los hijos conocen a los padres, ni los padres conocen ya a los hijos. Toda relación de fecundidad ha pasado: era una fecundidad transeúnte.

Bastante más duradera es la fecundidad en los pájaros. No sólo ponen los huevos, sino que luego han de empollarlos: sin esto el pájaro no nace. Y ya nacidos, tiene que alimentarlos, y después enseñarles a volar y a alimentarse por sí mismos. Todo eso pertenece a la fecundidad, pues la función de ésta es producir un ser vivo viable —semejante al que tiene el transmisor—, y sin todas esas cosas no habría tal ser vivo viable. Mas tras esto, las relaciones se rompen, y padres e hijos acaban presto por desconocerse mutuamente.

La fecundidad, pues, de las aves, aunque más perma-

nente —y en este sentido más actual y eterna— que la de los peces e insectos, es, en último término, simplemente transeúnte. Basta ver a los polluelos con la gallina: la primera semana los polluelos siguen a la gallina, sintiendo vivamente su dependencia de origen; la segunda, la gallina sigue inútilmente a los polluelos, que ya no la hacen gran caso, aunque se sienta todavía vivamente madre; la tercera, la misma madre acaba aburriéndose de seguirlos en vano, y el resultado final es la total mutua independencia, el mutuo desconocimiento.

La fecundidad es más duradera en los mamíferos. No sólo permanece de modo total la relación de dependencia de origen durante todo el tiempo que llevan al hijo en la matriz, sino que continúa ya nacidos durante semanas y aún meses; y continúa como necesaria para que el nacido pueda vivir, por lo que esa relación forma parte integrante de la fecundidad.

Pero, normalmente antes de pasado el año, los nacidos se independizan del todo, las relaciones de dependencia de origen se rompen y olvidan por completo, tanto por parte de los padres como de los hijos.

Llegamos al hombre, el ser natural más perfecto del mundo visible que conocemos.

La relación de dependencia de origen no sólo es actual, total y necesaria para la vida durante los nueve meses que el niño está en el seno de su madre, sino también durante los primeros seis o siete años de su vida: si en ese tiempo esas relaciones de origen o fecundidad se suspendieran, la muerte es segura. Y la relación actual de verdadera dependencia de origen sigue, aunque disminuida, hasta casi los veinte años, hasta la formación perfecta del hijo. Y ya nunca se olvidará del todo, sino que actuará variamente mientras dure la vida.

La fecundidad humana tiene así un sello de permanencia enormemente superior al de todas las especies inferiores. Aunque, en definitiva, sea también transeúnte, como lo es la misma vida terrena del hombre.

Mas sabemos que la fecundidad sobrenatural supera inconmensurablemente en perfección a toda fecundidad natu-

ral. En la misma medida la superará en permanencia y actualidad siempre presente de esa fecundidad.

Y sabemos por la fe que la fecundidad del Padre Eterno —de quien deriva y participa, imitándola a su modo, toda paternidad en los cielos y en la tierra (Ef. 3,15)— es siempre actual en un presente eterno: que en un *ahora* eterno está engendrando a su Hijo con toda perfección; que en un *ahora* eterno el Hijo se siente y sabe proceder, ser engendrado, nacer, recibir el ser del Padre.

3. La maternidad de María con relación a Cristo participa de la eternidad de la generación divina

Y sabemos que María participa y copia la fecundidad del Padre con una perfección tal que jamás creatura alguna llegará a alcanzar comprender.

Por consiguiente, tampoco creatura alguna llegará jamás a alcanzar y comprender la actualidad siempre presente de la fecundidad de María en relación a cada uno de sus hijos, ni la profundidad y radicalidad de nuestra dependencia *actual* de Ella en nuestro ser por los siglos de los siglos.

En consecuencia, es Ella siempre Madre actual, que nos está siempre *ahora* engendrando y dando el ser. Y como a recién engendrados nos ama y cuida como con una ternura primeriza, siempre *ahora* nueva, siempre *ahora* comenzando.

Si Dios es nuestro Padre, María es nuestra Madre. Diríamos, pues, que la misma dependencia actual que tenemos del Padre Celestial, que actualmente nos está siempre engendrando y comunicando su misma vida divina —la vida sobrenatural—, esa misma dependencia *actual* tenemos con relación a María como Madre nuestra, que nos está siempre actualmente transmitiendo la vida sobrenatural que proviene del Padre.

Lo que esto implique en cuanto a perfección de la Maternidad de María, y en cuanto a la riqueza de ternura y desvelo con que nos ama y cuida, quizá pueda en algún modo imaginarse, pero no podrá nunca en modo alguno describirse, y así renunciamos a intentarlo.

Baste decir que el mismo Jesús, así como se siente siempre, en un *ahora* eterno, actualmente engendrado y recibido del Padre en su naturaleza divina, así se siente también siempre, en un *ahora* eterno, actualmente recibido y procedente de María en su naturaleza humana.

De ahí el agradecimiento y el amor siempre actual con que la dota y enriquece. Estando siempre recibido de Ella, no puede menos de estar siempre deseando dársele y darle todas sus cosas.

De Ella está siempre *ahora* recibiendo su Humanidad; y El, en cambio, le está dando siempre *ahora* su Divinidad, para que disponga de sus infinitas riquezas en favor nuestro, y nos la haga a nosotros participar.

4. La maternidad de María con relación a nosotros participa de la eternidad divina, y así es siempre actual, no transeúnte

Si esto sucede en la fecundidad de María con relación a Cristo, mucho más sucederá con relación a nosotros, que recibimos de Ella todo nuestro ser: de Ella nos está derivando siempre *ahora,* tanto en el cielo como en la tierra.

De modo que los mismos bienaventurados se sienten siempre *ahora* nacidos de María, recibiéndolo todo siempre *ahora* de Ella como de Madre que les da el ser y les sustenta con las riquezas del Padre Celestial, que les da en clara visión como alimento y vida.

Y ellos conocen y aman esa depedencia siempre actual, y se gozan en Ella, como se goza el pequeñín en el seno de su mamá, y en recibirlo todo de Ella. También ellos, como «infantes recién nacidos» (1ª Petr. 2,2), buscan la leche pura de esa Madre, y reclinados en su pecho y por Ella acariciados, reciben de Ella el maná escondido de la visión divina que los inunda de eterna dicha.

Y nosotros, que creemos y sabemos esa nuestra total dependencia siempre actual, aunque sólo a medias e imperfectamente la conozcamos, gocémonos también en fe en ella; reclinémonos gozosos en el seno de nuestra Madre,

seguros de la ternura y eficacia de su amor, tanto más solícito cuanto nos ve más endebles.

Y no cesemos de dar gracias a Dios de que tal Mamá nos haya dado.

Una Mamá que nos lleva a su pecho, y nos acaricia sobre sus rodillas (Is. 66,12); que cual si fuéramos ramillete de flores —y no la ruindad que todavía somos—, nos estrecha contra su Corazón, que nos ofrece como morada (Cant. Cant. 1,12); que nos invita a cada uno: «tú que te sientes y eres tan pequeñín todavía que perecerías lejos de Mi, ven a Mí, y quédate en mi seno» (Prov. 9,4).

Una Mamá que, aunque a veces —tantas veces— la olvidemos, Ella nunca nos olvida ni nos deja: «¿Podrá una madre terrena olvidarse de su pequeño? Pues si ella se olvidare, Yo no te olvidaré» (Is. 49,15).

Y al despertar de nuestros frecuentes olvidos, alegrémonos y regocijémonos en Ella, al recordarnos de su inefable y delicioso amor de Madre, que nos lleva reclinados en su seno, estrechados contra su pecho (Cant. Cant. 1,3).

Gloriémonos y regocijémonos en Ella: en esa su Maternidad eterna, siempre actual y siempre *ahora*, de cuya fecundidad deriva en cierto modo el ser de todas las creaturas, pues todo fue hecho para y por Ella, y nada fuera de Dios existiría sin Ella, ni nada permanecería en el ser si no es por Ella.

Ella es la Madre universal.

Y Ella es mi Mamá particular, que me da todo su amor, sin dividirlo, como si yo solo existiera, pues una madre ama a cada uno de sus hijos como si fuera único, y a cada uno llama y atrae a sí: «Tú que eres pequeñín, ven a Mí».

Pero sobre todo gocémonos en su grandeza incomparable —que es con toda verdad nuestra, al ser de nuestra Madre—, y digámosla con Santa Isabel:

«Dichosa Tú, Mamita, que creíste, porque se cumplieron en Ti cuantas grandezas te prometió el Señor» (Lc. 1,45).

INDICE

Prólogo 7

LIBRO PRIMERO

EL PLAN ETERNO: LA INSERCION DE MARIA EN LA TRINIDAD BEATISIMA

Cap. I. Predestinación de la Amada 15

1. Toda predestinación está vinculada a Cristo . . . 15
2. Vinculación especialísima de María, la Amada . . 17
3. La predestinación de la Amada difiere de la de los demás predestinados por lo que mira a la plenitud, contingencia y condicionalidad 18
4. La inserción única y del todo peculiar de María en la Trinidad Beatísima: su vinculación a cada una de las tres Personas Divinas 23

Cap. II. La filiación divina y la Virgen María 25

1. Unicidad y singularidad de la generación divina . . 25
2. La generación del Hijo agota la fecundidad del Padre 26
3. La creación como manifestación y participación externa de la filiación del Hijo, fruto del Amor substancial mutuo del Padre y del Hijo 27
4. La filiación participada sólo se obtiene por la incorporación a Cristo como a Cabeza 29

5. La Encarnación es la comunicación infinita de la filiación eterna del Verbo a la creación 30
6. Somos hijos de Dios por nuestra incorporación a Cristo Hombre como miembros diferentes 32
7. La filiación del todo singular y peculiar de la Virgen María 33

Cap. III. María, hija del Padre Eterno 35

1. La filiación de María es en cierto modo idéntica a la de Cristo, participando su necesidad, y completando su finalidad 36
2. El Padre comunica a María toda la plenitud de la filiación divina destinada a las creaturas 37
3. La filiación divina de María es la síntesis de todas las filiaciones de los elegidos, y copia perfecta de la de Cristo Hombre 38
4. En qué sentido la filiación divina de la Virgen es la misma que la de su Hijo, y en qué sentido abismáticamente difiere y dista de ella 39
5. La asociación de María a la filiación y actividad de su Hijo 43
6. Todo lo que el Padre ha dado a la Humanidad de su Hijo lo da también a María 45
7. Asociación indisoluble de María y Cristo, y gloria única que dan al Padre: Cristo confiere a esa gloria la infinitud, María la alteridad perfecta 45
8. Cristo y María constituyen como una sola fuente de toda filiación creada 47
9. Seguridad de los hijos de Dios al recibir su filiación divina de Cristo y de María 48

Cap. IV. María, Madre del Hijo 51

1. El Padre Eterno confiere a María su propia fecundidad y su infinita riqueza 51
2. En María está toda la riqueza de la naturaleza humana de Cristo, para podérsela transmitir 53
3. El afecto del Hijo a su Madre hace le comunique toda la gracia que El posee 54

4. La extensión y alcance prácticamente infinitos de la fecundidad de María 55

CAP. V. LA VIRGEN MARÍA Y EL ESPÍRITU SANTO 57

1. El Espíritu Santo, como Amor substancial y Personal divino, es el principio de fecundidad en Dios . . 58
2. Divinidad y necesidad eterna del Espíritu Santo . . 59
3. El orden de las Procesiones divinas: Padre, Hijo y Espíritu Santo 60
4. Matiz especial de la Iglesia Griega en la contemplación de esas Procesiones 64
5. La Trinidad, misterio absoluto que con su luz ilumina y aclara todos los demás misterios 65
6. La Trinidad y el misterio de la creación 66
7. La Trinidad hace imposible en Dios toda sombra de egoísmo 67
8. La Trinidad y el misterio de la Encarnación del Verbo 68
9. La Trinidad y nuestra elevación al orden sobrenatural 71

CAP. VI. MARÍA, ESPOSA DEL ESPÍRITU SANTO 75

1. El Espíritu Santo se da a María como principio de fecundidad divina 75
2. María, verdadera Esposa del Espíritu Santo . . . 76
3. Grandeza de María como Esposa del Espíritu Santo 77
4. Fecundidad universal de María como Esposa del Espíritu Santo 78
5. Inhabitación del Espíritu Santo en su Esposa la Virgen María 79
6. Corriente de Amor que el Espírtu Santo provoca en su Esposa la Virgen María 80

CAP. VII. SÍNTESIS DE LAS RELACIONES DE MARÍA CON LAS TRES DIVINAS PERSONAS DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD 83

1. Gloria a María, Hija del Padre 84
2. Gloria a María, Madre del Hijo 85
3. Gloria a María, Esposa del Espíritu Santo . . . 86
4. Grandeza total e incomparable de la Virgen María . 87

Cap. VIII. La potencia obediencial en la Virgen María, y el límite sin límite que entraña 91

1. Capacidad natural y capacidad obediencial de la creatura 92
2. La potencia obediencial en la Virgen María y la infinitud de la donación de Dios a Ella 93
3. El sentido de la expresión «quasi infinita» —como infinita— que la Iglesia aplica a la gracia y perfección de María: ausencia de todo límite señalable . 95
4. Ulterior explicación de las ilimitadas posibilidades que se esconden en la potencia obediencial de la creatura 96
5. Todas las actuaciones de la potencia obediencial en los elegidos y bienaventurados derivan y fluyen de la realización *total* de esa potencia en la Virgen María . 99
6. Tanto más penetraremos y gustaremos la infinitud de Dios cuanto más penetremos y gustemos la *cuasi* infinitud de María 101

Cap. IX. La luz que ilumina los dones y privilegios dados por Dios a María 103

1. El plan divino eterno es la luz que ilumina la figura de María 104
2. Como el amor a Cristo lleva al Padre, el amor a María lleva a Cristo 105
3. Principales dones divinos hechos a María 105
4. María es la gloria de Cristo 106

LIBRO II

TODA SANTA O PANAGIA

LA SANTIDAD ONTOLOGICA DE MARIA

Cap. I. La santidad de la Virgen María 113

1. La Trinidad, sede y fuente de toda santidad . . . 114
2. Sólo por medio de Cristo participa la creatura la santidad trinitaria 114

3. Grados de santidad participada 116
4. Santidad negativa y positiva de la Virgen María . . 118
5. María, espejo sin mancha que refleja la plenitud de la Majestad de Dios 119
6. María, huerto cerrado, fuente sellada 122
7. Aspectos varios de la santidad de María 123

CAP. II. MARÍA EXENTA DEL PECADO ORIGINAL 125

1. Existencia del pecado original 126
2. Transmisión universal del pecado original . . . 127
3. Se intenta explicar el pecado original 129
4. El remedio traído por Cristo: nueva generación sobrenatural 133
5. Cristo exime a la Virgen de contraer el pecado original 136
6. Por voluntad del mismo Cristo, la ley del pecado original no afectaba a María 138
7. La Concepción Inmaculada de María en el designio eterno de Dios (Apoc. 12) 139
8. La Concepción Inmaculada anunciada por Dios tras el pecado de Adán, *antes* de conminarle pena alguna (Gén. 3,15) 142
9. La Concepción Inmaculada de María manifiesta en el saludo angélico (Luc. 1,28) 144
10. Maravilla del Universo ante la Concepción Inmaculada 145

CAP. III. INTEGRIDAD DE MARÍA Y SU EXENCIÓN DE LA CONCUPISCENCIA 147

1. Integridad y concupiscencia 147
2. Pérdida de la integridad por el pecado original . . 151
3. Integridad perfecta de María, libre de toda concupiscencia 152
4. Hermosura, diafanidad y plenitud que a María confiere su integridad 154
5. Algunos fragmentos de las lecturas de la Inmaculada, ponderando esa hermosura 155

Cap. iv. María exenta de pecado actual mortal y venial . 159

1. La fe de la Iglesia 159
2. Impecabilidad de la Virgen María 162
3. La vida de María, acto ininterrumpido de amor perfecto 164

Cap. v. Santidad positiva de la Bienaventurada Virgen María 165

1. Plenitud de gracia y santidad en el saludo angélico 165
2. Llena de gracia como inserta en la Trinidad Beatísima 167
3. Llena de gracia como Madre de Dios 167
4. Llena de gracia como Madre nuestra 169
5. María, mar de gracia y santidad 170
6. María posee toda la plenitud de gracia que adorna a la Humanidad de Cristo 171

Cap. vi. La plenitud de gracia poseída por María en el primer instante de su ser 175

1. María empieza donde los elegidos acaban, reuniendo la santidad final de todos ellos 175
2. El amor del Hijo, origen de esa plenitud inicial de gracia 178
3. Elevación de María hasta el solio de Dios para llegar a ser Madre de Cristo 182

Cap. vii. Consumación de la gracia de María en su divina Maternidad 183

1. María destinada a ser Madre de Dios 184
2. Crecimiento de la plenitud de gracia en María para hacerla capaz de ser Madre de Dios 184
3. La plenitud de gracia que alcanza María en su Maternidad comprende cuanto cae bajo el concepto o definición de gracia 186
4. La gracia conferida a María en su Maternidad es

la misma e idéntica a la que adorna la Humanidad de Cristo 187
5. La misma e idéntica gracia está poseída por Cristo y por María, aunque de modo distinto y diferente . 189
6. El Espíritu Santo, poseedor y distribuidor de toda la gracia, la entrega toda a la Virgen, y ninguna distribuye si no es en, con y por María, su Esposa . . 193
7. La posesión de la totalidad de la gracia es en María consecuencia necesaria de su Maternidad divina . . 195
8. La misma totalidad de gracia viene exigida por su asociación a la fecundidad del Padre Eterno . . . 198
9. En el libre consentimiento que la hace Madre de Dios alcanza María la cima y perfección de gracia absolutamente insuperable 201
10. El fruto por ese consentimiento producido nos testifica la totalidad de gracia que lo informa . . . 205
11. Padres y Santos coinciden en atribuir a la Virgen la totalidad de la gracia 207
12. El misterio de la santidad de María y el de Cristo se aclaran mutuamente 211
13. Cristo quiso dar a su Madre toda la plenitud de gracia santificante que El posee, para así poder recibirla y como heredarla de Ella, junto con su naturaleza humana 215

CAP. VIII. DILATACIÓN Y MANIFESTACIÓN —NO AUMENTO— DE LA GRACIA EN LA VIRGEN MARÍA, TRAS SU MATERNIDAD DIVINA . 217

1. Se plantea la cuestión 217
2. La gracia ni creció ni pudo crecer en la Virgen María tras el acto que la constituyó Madre de Dios . . . 219
3. Crece la manifestación y se extiende cada vez más la acción de la gracia en la Virgen María, cual sucede también con la de Cristo 220
4. María, fuente y río de gracia 222
5. Descripción bíblica de la fecundidad externa de la gracia de la Virgen María 223

CAP. IX. LAS TRES DIRECCIONES EN QUE EXTERNAMENTE SE MANIFIESTA Y ACTÚA LA GRACIA DE MARÍA 227

1. Los tres campos regados por la gracia de María . . 227

2. Actuación de María como Madre de Cristo . . . 228
3. Actuación de María como Madre nuestra 231
4. Actuación de María en el Universo 237

LIBRO III

LA AMANTE

CORRESPONDENCIA ACTIVA DE MARIA: SANTIDAD MORAL

CAP. I. MARÍA CONOCE Y AMA A DIOS DESDE EL PRIMER INSTANTE DE SU EXISTENCIA 245

1. La autoridad de Santo Tomás 246
2. El conocimiento humano natural: diversidad de su origen en el estado de justicia original y en el estado de naturaleza caída. Aplicación a María 248
3. El conocimiento infuso en cuanto al origen, pero natural en cuanto al objeto y en cuanto al modo de usarlo. Su presencia en los santos y en María . . 252
4. El conocimiento infuso del todo sobrenatural —en cuanto al origen, objeto y modo de usarlo . . . 257
5. La Virgen María tuvo ya en su misma Concepción Inmaculada esta última clase de conocimiento en un grado que supera toda comprensión 264
6. Las imágenes de la Inmaculada Concepción, expuestas por la Iglesia a la veneración de los fieles, reflejan este conocimiento y amor de María en su Concepción Inmaculada 266

CAP. II. SUGERENCIAS LITÚRGICAS QUE MUESTRAN EL CONOCIMIENTO Y ENAMORAMIENTO TOTAL DE MARÍA EN EL PRIMER INSTANTE DE SU EXISTENCIA 269

1. El Introito 270
2. Salmo responsarial 271
3. Colecta 272
4. El Oficio Divino y las dos primeras Lecturas de la Misa 273

5. Aleluya 274
6. Prefacio 274
7. Postcomunión 275

CAP. III. MARÍA HACE SU ENTREGA TOTAL DE CREATURA EN SU MISMA INMACULADA CONCEPCIÓN: CONSAGRACIÓN PERFECTA . 277

1. María, Novia de Dios, sólo en Dios se goza . . . 277
2. María, en el primer instante de su ser, toma la decisión propia definitiva de la libertad creada . . 280
3. La dirección tomada por la libertad creada depende de su amor o de su falta de amor 282
4. Disposiciones de enamoramiento total que informaron la decisión libre de María, moviéndola a entregarse totalmente a Dios 284
5. Hipótesis del riesgo en la decisión libre de María: su posibilidad de decir «No» a Dios. Consecuencias que se hubieran seguido de ese «No» 286
6. Todo cuanto es fuera de Dios debe su existencia al «Sí» de María 288
7. Hipótesis de la absoluta indefectibilidad del «Sí» libre de María 290
8. Se corrobora esta hipótesis con el ejemplo de la voluntad libre humana de Cristo 291
9. Motivos para sospechar que la libertad de María gozaba de impecabilidad radical análoga a la humana de Cristo 294
10. Excelencia incomprensible de María, que en esta hipótesis destaca 296

CAP. IV. ALCANCE DE LA ENTREGA HECHA POR MARÍA EN EL PRIMER INSTANTE DE SU SER 299

1. María es la Amante perfecta y total 300
2. Efectos principales de la libre entrega de María . . 302

CAP. V. VISIÓN DIVINA TRANSEÚNTE DE LA VIRGEN MARÍA . . 305

1. La Virgen María gozó, en su Inmaculada Concepción, de la visión divina 305

2. La Virgen pidió y obtuvo esa visión por medio del Verbo 307
3. Maravilla de María al ver a su Amado 308
4. Revelaciones que en esa visión se le hacen acerca del plan de Redención, y colaboración que se le pide . 309
5. El «Sí» pleno de María a ese plan, y el cese voluntario de la visión divina 311
6. Efectos que la visión divina produjo en María . . 313
7. Enamoramiento permanente en Ella por el recuerdo de haber visto al Amado 315
8. Aunque la Virgen no recordaba el contenido u objeto de la visión divina, sí recordaba las revelaciones concretas sobre el plan redentor divino que en ella se le hicieron 316

CAP. VI. EL CONOCIMIENTO INFUSO EN LA VIRGEN MARÍA Y SU CONSAGRACIÓN SIEMPRE TOTAL 319

1. Ni el conocimiento infuso de María, ni el amor que de él deriva, se interrumpen jamás 319
2. La consagración total de la carne o cuerpo de María: cuándo se inicia 321
3. La diferenciación de las facultades sensitivas de la Virgen María: su imaginación 323
4. María amó a Dios, ya en el seno de su madre, con todas sus fuerzas tanto espirituales como sensitivas 325
5. Se resuelve una dificultad contra el conocimiento sensitivo intrauterino de María 326

CAP. VII. EL «SÍ» PERPETUO Y PROGRESIVO DE MARÍA Y SU DILATACIÓN PARA EL «SÍ» DE MADRE DE DIOS, BAJO LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO 327

1. Ordenación sobrenatural de los sentidos de María . 328
2. Dilatación de la capacidad del alma de María bajo la acción del Espíritu Santo 328
3. Heroísmo en fe del «Sí» perpetuo y progresivo de María 330
4. Cada «Sí» de María es más divino y más «Sí» que el anterior 331

5. El «Sí» que la hace Madre de Dios lleva a María al mismo límite o confín de la Divinidad 332
6. Ese «Sí» que la lleva al umbral de la Divinidad hace como connaturalmente a María Madre de Dios . . 333

CAP. VIII. LA ACEPTACIÓN DE LA MATERNIDAD DIVINA: UNIÓN DE VOLUNTAD CON DIOS 337

1. El Evangelio nos presenta a María en el momento cumbre de su vida, cuando alcanza el destino eterno a que Dios la predestinó 337
2. Del por qué Dios se sirve del Angel para anunciarle su divina Maternidad 338
3. El saludo angélico y la traducción «llena de gracia» . 339
4. La turbación de María muestra que era tal su arrobamiento enamorado en Dios que jamás le quedó ocio para mirarse a sí misma, o de sí misma acordarse 342
5. Dios manifiesta su voluntad a María 344
6. Dios se muestra seguro de la respuesta de María . 345
7. La pregunta de María no expresa resistencia: tan sólo muestra que había determinado, bajo la acción del Espíritu Santo, ser perpetuamente virgen, y que sabía que Dios quería de modo absoluto esa virginidad suya 346
8. Su consagración virginal parece implicó por parte de María la renuncia a toda posible ilusión de ser Madre de Dios 347
9. María, la Tierra Virgen que nos germinó al Salvador 350
10. La pasividad y rendición total del «Sí» de María, y su asociación abisalmente humilde a la actividad del Padre Eterno 350
11. El «Sí» de María lleva a la perfección definitiva su consagración al Corazón de Jesús 352

CAP. IX. LA ACEPTACIÓN DE LA MATERNIDAD HUMANA: SU HEROÍSMO. AMPLITUD DE LA REPARACIÓN DE MARÍA 353

1. María sabe que su «Sí» a Dios la hace también Madre virginal nuestra 354

2. Su aceptación la asocia por nuevo título a la Pasión de Cristo 355
3. Al aceptarnos como hijos se convierte en la Gran Reparadora del Corazón de Jesús 356
4. Jesús instituyó la Eucaristía para satisfacer el amor que María nos tiene como Madre nuestra 357
5. La Eucaristía es don y regalo de nuestra Madre . . 359

CAP. X. REPERCUSIÓN DE ESA DOBLE ACEPTACIÓN EN LA ACTUACIÓN DE MARÍA CON LOS VIADORES Y LOS BIENAVENTURADOS . 363

1. María ama a Dios como Madre nuestra, y a nosotros como Madre de Dios: todo acto de amor suyo lleva al sello de su doble Maternidad 364
2. La generación divina eterna, y la generación creada transeúnte 365
3. La Maternidad de María con relación a Cristo participa de la eternidad de la generación divina . . . 368
4. La maternidad de María con relación a nosotros participa de la eternidad divina, y así es siempre actual, no transcúnte 369